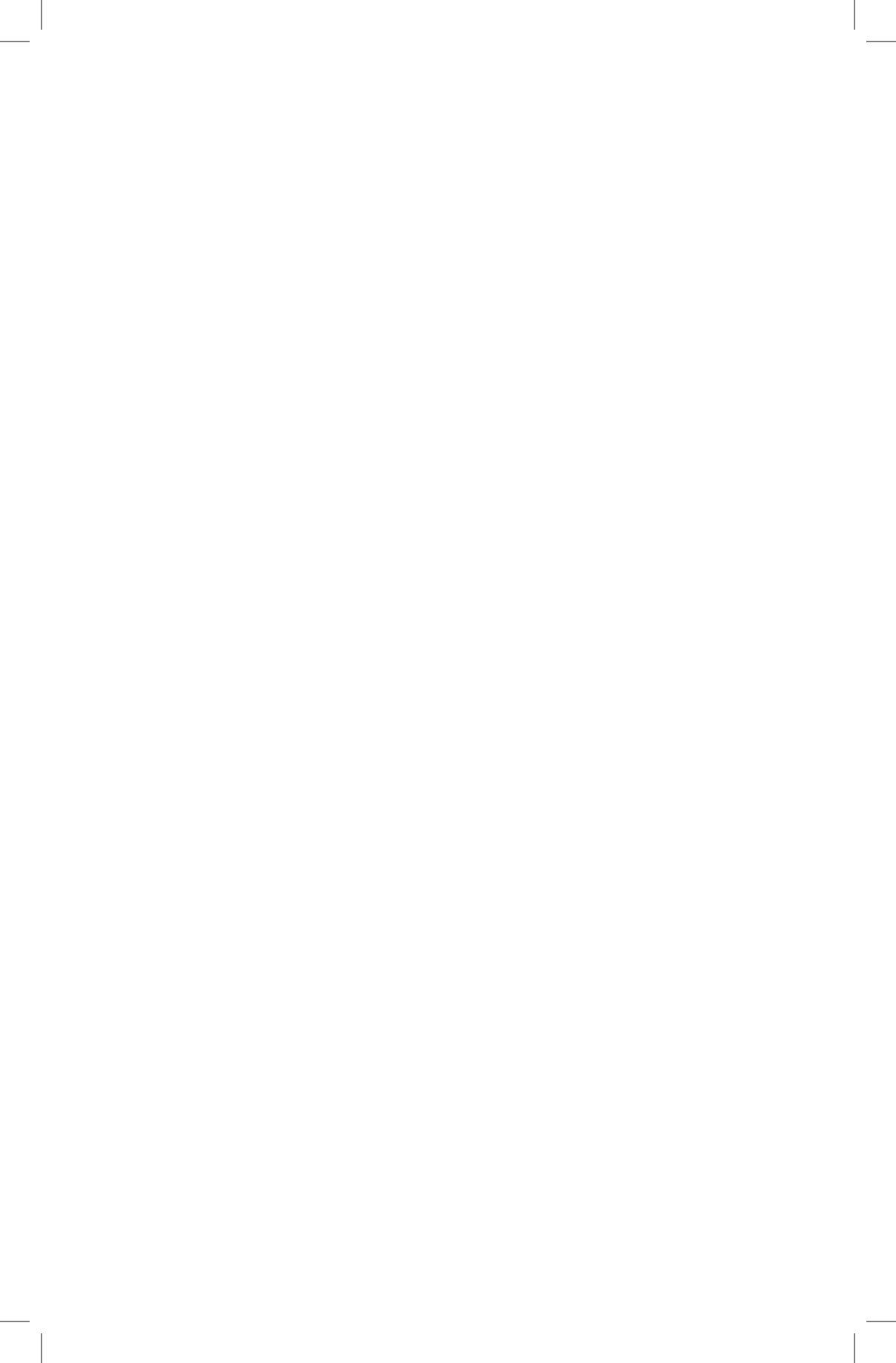


MONOGRÁFICO III

*LA EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO
ESTRATÉGICO DESDE EL RENACIMIENTO*

Coordinado por

Federico Aznar Fernández-Montesinos y
Andrés González Martín



Prólogo

La dramática crisis de la pandemia provocada por el de la COVID-19 nos ha impuesto a todos un obligado confinamiento en el que nos hemos planteado muchas preguntas, la mayor parte de ellas sin respuesta posible. Sin embargo, la ocasión ha permitido identificar algunas certezas:

1. Nuestras sociedades son vulnerables, mucho más vulnerables de lo que pensamos.
2. Enlazado con lo anterior, surge la certeza de que los flujos de la globalización nos conectan a todos con los peligros que emergen en cualquier parte del mundo.
3. Nunca estaremos lo suficientemente preparados para responder a la visita de un “cisne negro” y, posiblemente, tampoco para recibir la visita de un “cisne blanco”.
4. La seguridad es un valor social no siempre suficientemente estimado.
5. La actual pandemia va a imponer cambios geoeconómicos relevantes.
6. Las democracias también están diseñadas para afrontar decisiones dramáticas. La infinita dignidad de cada vida humana, su carácter exclusivo, único e insustituible, como principio rector de toda sociedad democrática nos hace más fuertes.

La democracia no se reduce al principio de la mayoría. El principio de la mayoría es consecuencia del respeto a las minorías y, más allá, al supremo valor de los derechos de cada uno. En situaciones excepcionales, el valor de la libertad es más evidente. Estas certezas invitan a destacar la importancia de pensar y actuar estratégicamente. Cuando el mundo acaba de superar el umbral de la Cuarta Revolución Industrial y vive la tiranía de un virus que cambiará la globalización tal y como veníamos entendiéndola, parece evidente que la inacción no es una opción. Realmente, la estrategia cobra su sentido y

toma relevancia cuando hay algo diferente y desconocido que se incorpora, súbitamente, al contexto. El mayor peligro, en estos casos, es perder la capacidad de pensar y actuar estratégicamente.

En el pensamiento vigente se ha instalado un peligroso virus adanista que considera que todo lo anterior es inservible porque está superado. Los avances científicos y técnicos tienen mucho que ver con esta tentación de empezar de nuevo. El adanismo, de esta manera, nos obliga a empezar de cero, para acabar descubriendo de nuevo la rueda, no sin antes haber puesto en cuestión su existencia y su utilidad. El coste de esta predisposición es social y estratégicamente inasumible.

Nada funciona nunca, completamente, como los interesados pretenden o esperan. Helmuth von Moltke lo expresa con otras palabras: “ningún plan resiste el contacto”. La estrategia tiene que ver con decisiones y acciones donde prima la deliberación previa, pero también con decisiones y acciones en las que prima una dimensión emergente imprevista.

Los estudios históricos de la estrategia no ofrecen, desgraciadamente, soluciones. Cada situación es nueva e irrepetible. En la historia del pensamiento estratégico y de su desarrollo no existen fenómenos, existen acontecimientos. No hay regularidades estratégicas que permitan fijar leyes o principios. Sin embargo, la historia sigue siendo maestra, sigue ofreciendo hechos que nos colocan delante de diferentes desafíos, de retos que no podemos replicar, pero que preservan un sustrato de naturaleza común. Reconstruir las situaciones a las que otros tuvieron que enfrentarse puede prepararnos para afrontar, en mejores condiciones, lo desconocido.

Actuar estratégicamente es consecuencia de pensar estratégicamente. El pensamiento se modela ejercitándolo con provocaciones que imponen el uso de recursos ocultos en el fondo del misterio del conocimiento humano. Este ejercicio de repaso de la evolución del pensamiento estratégico puede ser una forma de estimular un pensamiento creativo, orientado a la acción o la espera dinámica. La palabra “estrategia” proviene del griego *stratos aegon*.

La palabra “estrategia” se relaciona estrechamente, desde sus orígenes, con lo militar, aludiendo a una concatenación meditada de acciones que se prolongan en el tiempo y se encuentran orientadas al logro de unos objetivos previamente fijados. Nace siendo la ciencia de la posición y la anticipación, fijada en grandes términos, lo cual es el factor que va a permitir distinguirla de la táctica, un nivel de decisión más apegado al terreno. Las Fuerzas Armadas de todo el mundo han establecido procedimientos y metodologías fruto de la reflexión de los primeros intérpretes de Napoleón.

Esta monografía que tienen en sus manos y de la que son editores dos miembros del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE), el capitán de fragata D. Federico Aznar Fernández-Montesinos y el teniente coronel del

Ejército de Tierra D. Andrés González Martín tratan de sintetizar la evolución que ha tenido este concepto desde la Edad Moderna, trasladando al día de hoy las conclusiones de cada época para ejercitarnos en la revisión de los desafíos que están por venir. De este modo, se evita la linealidad histórica y se generan, de modo dialéctico, debates que sirvan para que el lector haga su propia reflexión y obtenga conclusiones por sí mismo que puedan serle de alguna utilidad.

Salir de nuestro espacio de confort es una imposición del tiempo en el que vivimos. Los límites entre lo militar y lo civil se han desdibujado, de la misma manera que lo han hecho las fronteras. Interno y externo no son espacios diferentes del todo. La ampliación de las zonas grises aumenta nuestra incertidumbre. Descubrir cómo obtener ventaja de la nueva situación puede darnos una oportunidad para estar mejor dispuestos. La singular situación que vivimos, marcada por un ritmo de cambio acelerado, nos invita a reconsiderar, desde el contexto expuesto, la necesidad de revisar los conceptos de seguridad y defensa.

Comienza el capitulado de la obra el capitán de fragata Aznar con el capítulo *Vigencia del pensamiento de Maquiavelo sobre la guerra*. Con el florentino empieza el pensamiento político moderno. Por eso, y en tanto que ocupado en describir los parámetros reales de la política de su época, debe adentrarse necesariamente en la práctica de la guerra convirtiéndose en un precursor. De este modo, considerando a la guerra parte del comercio político, se adelanta a Clausewitz al describir algunos de los paradigmas más relevantes de las ciencias militares. También se adelantó al propio Weber reclamando para el Estado (del que es, junto con Bodino, ideólogo) el monopolio de la violencia legítima. Y su apuesta por la milicia, por más que no concorde a su época, es una anticipación de lo que será el Servicio Militar Obligatorio una vez que, en el siglo XIX, la aparición del patriotismo rellene el hueco ideológico que propició el fracaso del modelo de Fuerzas Armadas auspiciado por Maquiavelo.

Tras un cierto estancamiento del pensamiento militar en el siglo XVII y parte del XVIII, solo salvado por personajes del calado del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, con la Ilustración comienza un cambio de ciclo que personifica el conde de Guibert. De ese período, y de su proyección posterior, se ocupa el coronel del Ejército de Tierra D. José María Pardo de Santayana Gómez de Olea que firma un ensayo titulado *La edad de oro de la estrategia: los intérpretes de Napoleón y la batalla decisiva*. Y es que la Revolución Francesa desencadenó un periodo de 25 años de guerras casi continuas que terminó dominando por la figura fulgurante de Napoleón y que sumió al continente europeo en la guerra total.

El coronel Pardo de Santayana muestra cómo los siguientes 100 años estuvieron condicionados por la sombra que el gran corso proyectó sobre los asuntos militares. Clausewitz, Jomini y otros estudiosos de la materia se basaron en la abrumadora experiencia acumulada para dar vida a la estrategia como ciencia. Pronto la Revolución Industrial transformaría radicalmente el fenómeno bélico. El prusiano Helmut von Moltke entendió dicho proceso y consiguió que Prusia y su militarismo desplazaran a Francia del liderazgo estratégico. Como las victorias de Moltke se consiguieron por medio de batallas decisivas, especialmente Sadowa (1866) y Sedán (1870), pareció que el modelo napoleónico seguía plenamente vigente. Como consecuencia de ello, Napoleón Bonaparte siguió inspirando a los estrategas de la Primera Guerra Mundial con desastrosas consecuencias. Los imperios europeos fueron a la guerra sin entender que la guerra no solo estaba afectada por la revolución política que hizo del ejército la nación en armas, sino también por la nueva Revolución Industrial. La producción en masa se transformó en destrucción en masa. Nadie lo supo anticipar.

Al final de este período surge la idea de geopolítica, de la que trata el coronel del Ejército de Tierra D. José Luis Pontijas Calderón: *Estrategia y geografía: la geoestrategia*. La palabra geopolítica surgió a finales del siglo XIX de la mano del sueco Rudolf Kjellen para convertirse al poco en la ciencia que no solo ilumina las relaciones internacionales, sino que las determina, en tanto que se convierte en una suerte de conciencia del Estado. Estamos ante la ciencia del mapa y el poder y, por tanto, con muchos paralelismos con la estrategia de la que se sirve para crear conceptos como la geoestrategia.

Además, insiste el coronel Pontijas en que los exponencialmente acelerados avances tecnológicos parecen crear la sensación de que la geografía, como factor determinante de las relaciones internacionales, parece quedar relegada a una mera presencia anecdótica. Nada más alejado de la realidad.

Al hilo de estas reflexiones sobre Clausewitz y la geopolítica, a las que se suman concepciones de orden tecnológico, el coronel del Ejército de Tierra D. Carlos Javier Frías Sánchez lo viene a plantear en el capítulo *La vigencia de las armas nucleares en el siglo XXI*. Y es que vivimos en un “mundo nuclear”, aunque la opinión pública y muchos expertos en Relaciones Internacionales tiendan a olvidar esa característica fundamental, que explica muchas de las interacciones entre Estados en el último siglo. El arma nuclear es un arma inherentemente política.

En cualquier caso, y aunque parezca lo contrario, la tecnología nuclear cumplirá pronto un siglo, a pesar de la invisibilización que la citada banalización trae consigo. Como consecuencia inevitable del desarrollo tecnológico, cada vez más Estados (e incluso pueden ser actores no estatales) alcanzarán la capacidad de producir armamento nuclear, lo que afectará decisivamente al

sistema de no proliferación nuclear, basado en la restricción en el acceso a esta tecnología.

Han pasado ya casi 75 años desde el único empleo real del armamento nuclear y 30 desde el final de la Guerra Fría. Por ello, la opinión pública (y los decisores políticos) podrían llegar a olvidar las terribles consecuencias del empleo, incluso limitado, del arma nuclear. Y no solo: la introducción de armas de hipervelocidad cuestionará todo el sistema de mando y control del armamento nuclear además de la propia estrategia nuclear tradicional, heredada de la Guerra Fría.

Junto a la disuasión tecnológica que el elemento nuclear encarna y que personalidades como Mao consideraban inoperantes, “tigres de papel” por la dificultad para su empleo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, y como prolongación de los conflictos coloniales, se desarrolló una nueva forma de hacer la guerra que acabó siendo clasificada como “asimétrica”, queriendo significar con este término la relativa pérdida de importancia del elemento militar en el conflicto, dada la manifiesta superioridad de capacidades de una de las partes. La guerra se desplaza por ello a otros ámbitos, en principio no específicamente militares. Esta pérdida de isomorfismo entre las estrategias militares viene a recordarnos que la guerra no es solo un acto militar, sino fundamentalmente una actividad política.

De esta cuestión se ocupa el teniente coronel del Ejército de Tierra D. Luis Andrés Bárcenas Medina en el capítulo *Contrainsurgencia postmoderna: la guerra de nuestro tiempo*, que suma al plano bélico el término posmodernidad, con el que se rompe la continuidad existente entre guerra y política. Estamos ante estrategias de resistencia orientadas a que no se visualice una derrota en un mundo en el que la verdad es apariencia.

Esta forma de hacer la guerra está en relación directa con el pensamiento oriental tradicional. Para este, la guerra no es solo un mero objeto de violencia y se convierte en un motivo para la reflexión, de modo que se dota a los conflictos de su verdadera dimensión estratégica y se reducen sus niveles de violencia. Como consecuencia, se cultivan aspectos como la debilidad, la flexibilidad y la sutileza entre otros. Todo lo contrario a la fuerza bruta. Además, la dialéctica y el dinamismo existentes en la armonización de los contrarios, característica de la lógica oriental, encajan muy bien en la lógica paradójica y de niveles de decisión de la guerra. Como resultado de esta concepción intelectualizada, se produce su transformación de saber heredado a conocimiento abierto.

El capitán de navío D. Francisco Benavente Meléndez de Arvás en el capítulo *Los conflictos en reflexión oriental* aborda esta lógica y lo hace evitando la linealidad histórica. Para ello, se centra en el trabajo *La guerra más allá de los límites*, publicado por los coroneles chinos Qiao Liang y Wang

Xiangsui en los albores del nuevo milenio para desplazarse a continuación por diferentes trabajos y conceptos de diversas culturas, pero predominantemente chinos.

El proceder oriental, nos recuerda el capitán de navío Benavente, se centra en la armonía al tiempo que prima la practicidad. Es importante señalar que el pensamiento chino es simbólico, se mueve entre conceptos abstractos, pero posee una refinada comprensión de los sentimientos que despiertan esos símbolos. Detrás subyacen un orden, una ley eterna, un principio supremo. El hombre debe ajustar su conducta a este orden eterno, debe aceptarlo y someterse a su imperio. Pero al mismo tiempo este dogmatismo pone mucho énfasis en la flexibilidad y en la heterodoxia para mantener el control sobre el espacio y los hombres. De la flexibilidad se deriva la capacidad de maniobra y la capacidad operativa. La heterodoxia busca superar en cada caso la acción enemiga.

Ocurre más a menudo de lo necesario que ensalzamos, justamente, lo foráneo, pero no ponemos en su justo valor nuestros propios productos, que existen. Por eso este trabajo no podía obviar la cuestión de la contribución hispánica al pensamiento estratégico y al arte militar. De ello se ocupa el coronel del Ejército de Tierra D. José Luis Calvo Albero en su capítulo *El pensamiento estratégico militar en España e Iberoamérica*, en el que deja claro que el pensamiento estratégico de nuestro país no es concordante con la importancia que ha tenido en el mundo. El problema es que los estudios estratégicos experimentaron una gran expansión a partir del siglo XVIII cuando España estaba ya en decadencia. La crisis interna que se prolongó hasta el siglo XX limitó el pensamiento estratégico español a la difusión e interpretación de ideas importadas del exterior. La América hispana siguió un camino similar. En la segunda mitad del siglo XX se produjo un renacimiento del pensamiento estratégico, tanto en España como en Hispanoamérica. En este contexto, se crea, en 1970, el Instituto Español de Estudios Estratégicos.

El coronel Calvo subraya cómo, en el siglo XVI y parte del XVII, el pensamiento militar español estaba a la vanguardia de Europa. Los cronistas e historiadores que acompañaban a los ejércitos y expediciones son, todavía hoy, una referencia esencial, y no solo por el interés histórico de lo que describen, sino por el modelo estratégico del que son testigos y transmisores.

La aportación del teniente coronel D. Andrés González Martín, *Hiperglobalización y geoeconomía, ¿el futuro que emerge?*, focaliza la atención del lector en la novedad que empezamos a vislumbrar al cruzar el umbral de la Cuarta Revolución Industrial. El potencial de desarrollo de la Inteligencia Artificial permitirá utilizar algoritmos perfeccionados que faciliten el tratamiento y procesamiento de un inmenso volumen de datos para optimizar las decisiones y favorecer el aprendizaje de los propios sistemas.

Consecuentemente, aparece la posibilidad de poner en funcionamiento sistemas capaces de evaluar, seleccionar la información y tomar decisiones adaptándose al nivel de riesgo establecido. El nuevo horizonte anticipa no solo un aprendizaje cognitivo de las máquinas, sino, incluso, una capacidad de aprendizaje prospectivo.

Simultáneamente, se producirán revolucionarios avances en la robótica, en el Internet de las cosas, en los vehículos autónomos, en la impresión en tres y cuatro dimensiones, en la nanotecnología, en la biotecnología, en la ciencia de materiales, en el almacenamiento de energía y en la computación cuántica, todo ello con tanto potencial como para reconfigurar todos los contextos y estructuras. El cambio puede ser trascendental, alterando los modos de vida en todos sus aspectos. El teniente coronel considera que la Cuarta Revolución Industrial supondrá una alteración de los fundamentos de los propios conceptos de seguridad y defensa, que requiere plantear nuevos debates.

La situación es potencialmente peligrosa para los equilibrios de poder. El actual modelo, opina el teniente coronel, será incapaz de ordenar los flujos generados por la globalización. Por lo tanto, asume que el único modelo estable que podemos esperar es un condominio de los Estados Unidos y China, que permita conformar un marco equilibrado en los crecientes movimientos globales de capitales, mercancías, servicios, personas e información. El resultado sería una competencia fundamentalmente geoeconómica de un duopolio imperfecto.

Cada época tiene sus modos estratégicos preeminentes. En este momento de transición que estamos viviendo las dimensiones económica y tecnológica, más que la militar, serán mucho más determinantes. En cualquier caso, aceptando que la estrategia de la disuasión será la dominante, es preciso diseñar una doctrina militar acompañada con los modos estratégicos que surgen. La experiencia de la Guerra Fría invita a pensar que, en torno a los espacios de influencia de cada potencia, se definirán regiones de transición o cinturones de quiebra, donde las presiones acumuladas por la competencia global puedan disiparse. El empleo de la fuerza de forma gradual, para evitar escaladas no deseadas, tendrá también su propio campo de juego. Las guerras por delegación y el uso de las zonas grises no pueden ignorarse.

Pasar de las musas al teatro, de la teoría a la práctica, se encuentra en relación con un concepto que Clausewitz denominaba “fricción” en base al cual “[todo] es muy sencillo, pero lo más sencillo es difícil. Estas dificultades se amontonan y determinan una fricción que nadie que no haya visto la guerra puede representarse felizmente”¹. La doctrina se genera, no como un proceso autorreflexivo, sino para propiciar intelectualmente el logro de unos ciertos objetivos. La auténtica disciplina es por ello una actividad del intelecto.

¹ Carl Von Clausewitz, *De la guerra T. I.* Ministerio de Defensa, 1999, p. 144.

Para plantear esta problemática y cerrar, desde la perspectiva del pensamiento y materialmente la obra, contamos con el general de brigada del Ejército de Tierra D. Enrique Silvela Díaz-Criado quien subraya, en su capítulo *La doctrina militar: del pensamiento estratégico a las operaciones militares*, la imprescindible función de la doctrina para pasar del pensamiento y la filosofía de la guerra a su práctica. Con ello queda constituida en un puente conceptual y en una guía de actuación del mando. El general Silvela considera que para entender la doctrina es necesario conocer cómo se genera, de dónde se parte. Tal cosa solo resulta posible a través de un análisis histórico y conceptual que nos lleve de las características de las sociedades hasta el diseño de un esfuerzo de guerra acorde a su tiempo. Una vez efectuado tal análisis, ya es posible comprender la doctrina militar. En el caso que nos ocupa, el de España y sus Fuerzas Armadas, responde a lo que es la sociedad española actual.

En definitiva, el trabajo que les presento no pretende tratar, siguiendo una secuencia cronológica, el recorrido completo del pensamiento estratégico. Nuestro ejercicio de “pensar” la guerra no pretende agotar un análisis exhaustivo de la materia. Cada capítulo es una invitación a posicionarse en unas coordenadas particulares, que es necesario establecer primero para poder vislumbrar cada panorámica en su horizonte concreto. La capacidad del lector de identificar con precisión la ubicación desde la que dirigir su mirada y de enmarcar su reflexión le otorga más perspectiva.

Por supuesto, no hemos pretendido cerrar ningún debate ni detallar con precisión de orfebre lo que puede extraerse del pasado. Mucho menos, al centrarnos en el futuro, aspiramos a ser precisos. Asumir la tarea de presentar un documento de reflexión estratégica supone aceptar el riesgo de estar sujeto a discrepancias por parte de otros planteamientos seguramente interesantes y de peso. En nuestro equipo, la discrepancia no es entendida como una deslealtad, sino, muy al contrario, como una oportuna invitación a mirar de otra manera.

La estrategia consiste en escrutar el futuro para influir en su configuración. Las certezas del futuro, nos ha enseñado la historia, son efímeras e imprecisas. Trabajar para el futuro exige convivir sin tensión con el misterio. La única certidumbre del futuro es su carácter insondable, es decir, más incertidumbre. El esfuerzo por escudriñarlo para actuar sobre él es una necesidad de todo organismo que aspire a ser sujeto, y no objeto, del devenir histórico. Entrenarse en esta práctica es consecuencia de una determinación. No nos conformamos con aceptar que otros decidan por nosotros. El futuro nos importa porque es donde viviremos el resto de nuestra vida, donde vivirán nuestros hijos y donde aspiramos a que viva con dignidad, prosperidad y bienestar, pero sobre todo con libertad, nuestra querida España. “Porque la libertad, amigo Sancho, es el más preciado don que a los hombres dieron los cielos”.

Francisco José Dacoba Cerviño²
General de brigada del Ejército de Tierra
Director del Instituto Español de
Estudios Estratégicos

² (frandacoba@et.mde.es) General Director del Instituto Español de Estudios Estratégicos. General de brigada de Infantería, Diplomado de Estado Mayor. Es también diplomado en Alta Gestión de Recursos Humanos por el CESEDEN, en Altos Estudios Internacionales por la Sociedad Española de Estudios Internacionales (SEI) y por el Colegio de Defensa de la OTAN (NADEFCOL), de Roma. Como Oficial de Estado Mayor ha desempeñado cometidos de Analista en la División de Planes del Estado Mayor del Ejército y como Jefe de la Sección de Planes y Organización de la misma. Ha participado en numerosas actividades de carácter internacional en el marco del Eurocuerpo y de otros Cuarteles Generales de la Alianza, así como en diversos cursos de perfeccionamiento del Ejército de la República Federal de Alemania. En el ámbito operativo ha sido Jefe de la Unidad de Inteligencia de la División Mecanizada y miembro del Estado Mayor de dicha División. En sus sucesivos empleos ha estado al mando de Unidades Acorazadas y Mecanizadas, la más reciente y previo a su incorporación al Instituto Español de Estudios Estratégicos, el mando de la Brigada de Infantería Mecanizada “Extremadura” XI. Formó parte del contingente español en la Misión de Naciones Unidas UNPROFOR, en Bosnia Herzegovina, en 1.994. En 2.003 fue miembro de la *Coalition Provisional Authority* (CPA) para la reconstrucción de Irak, con sede en Bagdad. Y en 2013 y 2014 desplegó al frente de su Brigada en El Líbano, haciéndose cargo del mando de la Brigada Multinacional del Sector Este de UNIFIL y ejerciendo como Comandante de dicho Sector de la Misión de las Naciones Unidas en el sur de El Líbano.



Vigencia del pensamiento de Maquiavelo sobre la guerra

Validity of Machiavelli's Thought on War

Federico Aznar Fernández-Montesinos¹

Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos
(España)

Recibido: **XX-XX-XX**

Aprobado: **XX-XX-XX**

Resumen

Maquiavelo es un precursor, también en lo que se refiere a la guerra. De hecho, se cumplen precisamente ahora 500 años de su gran clásico, *Dell 'Arte della Guerra*, que tanta influencia tuvo hasta el siglo XVII. Su postura estratégica se adelanta a Clausewitz al incidir sobre la naturaleza política de la guerra; y también a Max Weber al requerir para el Estado el monopolio de la violencia legítima. Su apuesta por la milicia en detrimento de los mercenarios fue prematura para su tiempo por más que sea concorde al modelo democrático.

Palabras-clave: Maquiavelo, guerra, política, *El Príncipe*, *El Arte de la Guerra*, mercenario, razón de Estado.

Abstract

Machiavelli's thought is a forerunner, even regarding warfare; in fact, we are now in the fifth centenary of his great classic *Dell 'Arte della Guerra*, which had such an influence until the XVII century. His strategic commitment is ahead of Clausewitz when considering the political nature of

¹ (faznfer@fn.mde.es) Capitán de Fragata de la Armada y profesor del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN). Es doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid y Licenciado también en Ciencias Políticas por la UNED. Es autor de cuatro libros: *Entender la guerra en el siglo XXI*, *La ecuación de la guerra*, *El papel de las Fuerzas Armadas marroquíes en la vida política del Reino* y *Repensando el liderazgo estratégico* además de editor de otros dos *La guerra contra la violencia* y *Vulnerabilidad y Democracia en Iberoamérica*. Es también autor de más de 200 artículos y documentos de investigación.

war; and even ahead of Max Weber in requiring for the State the monopoly of legitimate violence. His commitment to the militia to the detriment of the mercenaries was premature for his time but consistent with the democratic model.

Key-words: Machiavelli, War, Politics, *The Prince*, *The art of warfare*, Mercenary, State Reason.

Sobre guerra y política

La guerra es un tema recurrente en Maquiavelo toda vez que esta es la actividad política más relevante que pueda emprender un Estado. De hecho, este llega a firmar en uno de sus grandes clásicos, *El Príncipe* (1513): “Un príncipe no debe tener otro objeto, otro pensamiento, ni cultivar otro arte más que la guerra, el orden y disciplina de los ejércitos, porque es el único que se espera ver ejercido por el que manda”². El capítulo XIV de la obra se titula precisamente “De las obligaciones del príncipe en lo concerniente al arte de la guerra”.

En *El arte de la guerra*, un libro más tardío (1521), insiste en tales planteamientos. Es el único de sus trabajos que conoció publicado en vida. Y tuvo un gran éxito; durante el siglo XVI se hicieron 21 ediciones y, además de al español, como veremos, se tradujo al francés, alemán, inglés y latín. Y aún se citaba en el siglo XVII cuando la guerra ya había cambiado sensiblemente³.

Es esta obra deudora de un destierro que empezaba ya a ser prolongado. Su principal protagonista, Fabrizio Colonna, sostiene: “jamás he ejercido el arte militar como profesión, pues la mía es gobernar a mis ciudadanos y protegerlos; y para poder protegerlos, debo amar la paz y saber hacer la guerra”⁴.

De esta manera no se define como un *condottiero* y sí como gobernante; y, por tanto, como alguien obligado a conocer el arte de la guerra, pues “además de las otras calamidades que se atrae un príncipe que no entiende nada de guerra, hay la de no poder ser estimado de sus soldados, ni fiarse de ellos. El príncipe no debe cesar, pues, jamás, de pensar en el ejercicio de las armas, y en los tiempos de paz, debe darse a ellas todavía más que en los de guerra”⁵.

Fiel a esta idea, aborda particularmente su problemática en otros señeros trabajos como los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (tres

² Maquiavelo, *El Príncipe*, Madrid, Espasa-Calpe, p. 32.

³ Félix Gilbert, “Maquiavelo: El Renacimiento del Arte de la Guerra” [en Peter Paret coord.: *Creadores de la Estrategia Moderna*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1992], p. 38.

⁴ Nicolás Maquiavelo, *El arte de la guerra. Obras políticas de Nicolás Maquiavelo*. Ed. Librería de la viuda de Hernando y Cia., 1895, p. 105.

⁵ Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, Espasa-Calpe, p. 32.

volúmenes 1512-1517), donde dedica capítulos exclusivamente a esta cuestión. Esta igualmente tiene reflejo en su *Historia de Florencia* (1520-1525) así como en dos textos menores y oficiales: *La causa de la Ordenanza militar* y *la Provisión de la Ordenanza* (1505) en los que deja entrever su pensamiento. Es más, en estos últimos, y pese a su carácter administrativo, ya hablaba de justicia y armas como factores de fuerza del Estado, un tema que viene a ser el hilo central de su *Príncipe*.

Clausewitz, el intérprete de Napoleón y apóstol de la naturaleza política de la guerra, que suele ser habitualmente muy crítico con otros tratadistas, en el caso de Maquiavelo reconoció expresamente que “tenía buen sentido para analizar los temas militares”⁶.

Y es que, para el florentino, al igual que para el germano, la guerra no es solo una actividad militar, esto es, no es únicamente una sucesión de batallas. La historia nos dota hoy de múltiples ejemplos en que quien gana todas las batallas, acaba perdiendo la guerra (Vietnam, Argelia). A la contra, actos no sangrientos, por ejemplo, un embargo económico, pueden ocasionar más daños sobre un Estado que un ejercicio directo de violencia.

La guerra también puede ser vista como una Institución de Derecho Internacional público, como la más importante. Comenzaría con una declaración de guerra (que debería ser conforme al *ius ad bellum*), se desarrollaría de un cierto modo (*ius in bello*) y acabaría con un tratado de paz. Pero es un hecho que no es así.

También podría analizarse en términos de economía o incluso de religión, justicia, etc., pero no encontraríamos un patrón satisfactorio para explicar todos los casos posibles, porque la guerra es o puede ser un acto militar, jurídico, económico, religioso, ideológico, etc. No obstante, cualquier análisis que se haga en exclusiva desde esos planos es insuficiente y, por consiguiente, puede traducirse en peligrosas equivocaciones.

La guerra es una actividad inherentemente política y quien no emprenda su análisis desde esta perspectiva yerra gravemente. Es más, y en tanto que choque de poderes, no es una actividad inherentemente sangrienta, sino inherentemente política. Como dijera Bouthoul refiriéndose a la obra *Historia de Florencia* antes citada,

“las guerras del Renacimiento, la de aquella batalla de Anagni... en la que hubo una víctima, un muerto por caída de caballo, eran guerras, mientras que la matanza de millones de civiles polacos a manos de alemanes solo fue un simple crimen”⁷.

⁶ Félix Gilbert, *op. Cit.*, p. 41.

⁷ G. Bouthoul, *Tratado de Polemología*. Ediciones Ejército, Madrid, 1984, p. 98.

En cualquier caso, el pensamiento de Maquiavelo supera con creces las dimensiones en que quedaba encuadrada la guerra durante el Medievo al instalarla en lo político. Entonces, el carácter religioso la reducía a un acto de justicia, mientras su dimensión social restringía su ejecución a la nobleza. Maquiavelo dotó a la guerra de un nuevo marco interpretativo al considerarla una herramienta de la política, algo que superaba cualquier norma, código o ética.

Y es que en la guerra la política marca los fines, el para qué y la dota de su razón de ser, a fin de cuentas, es uno de sus instrumentos. Sin política, se torna absurda e irracional. La guerra como dialéctica de voluntades hostiles queda consignada como un debate sangriento y netamente político superando con ello *de facto* los corsés medievales. Es más, al decir de Clausewitz, y como todo acto político, incorpora su propio lenguaje y es siempre un ámbito de elección. La gramática de la guerra es la política.

El pensamiento de Maquiavelo, de modo precursor, se instala precisamente en esta línea. Es más, se le incluye en la escuela realista de las relaciones internacionales que, asentada con una concepción negativa del ser humano en tanto que la violencia es connatural con él, se basa en la desconfianza, es estatista y de política de poder. Su idea de la paz es negativa, sustentada sobre el equilibrio de las potencias militares⁸.

A esta línea pertenecerían pensadores como Tucídides, Ibn Jaldún, Hobbes, Clausewitz, Morgenthau, Kennan, Raymond Aron, Kissinger o los movimientos darwinistas que ven en la guerra el motor de la historia. Para los realistas, es un error evaluar la guerra desde la ética y, por tanto, justificarla desde el punto de vista de su justicia cuando no condenarla en nombre de aquella. La ética es superada por la política cuando se trata de analizar las relaciones internacionales. Desde esta perspectiva, no se pueden aplicar principios éticos a problemas políticos entre Estados⁹. Estamos en un estilo teórico sin concesiones al moralismo. Freund sostenía que desde el Renacimiento la política se hizo autónoma y se dotó de fronteras propias. Raymond Aron, en este sentido sostenía que la esencia del maquiavelismo consiste en “el primado de la observación sobre la ética”. Su cinismo se explica porque los hombres temen saber cómo obran en realidad.

El maquiavelismo de la estrategia confunde fuerza con poder; y esa es una grave equivocación, porque el poder no es solo mensurable en términos militares, sino que es la suma de componentes culturales, económicos, ideológicos, etc., haciendo de tal significación un absurdo. Lo que determina el poder no es lo que este destruye, sino muy al contrario, lo que es capaz de

⁸ Charles-Philippe David, *La guerra y la paz*. Icaria, Barcelona, 2008, p. 70.

⁹ Felipe Jiménez Pérez, “El materialismo y la Paz” en *El Catoblepas, Revista Crítica del presente*, nº 28, 2004, p. 27.

construir. A la obsesión de Maquiavelo por conseguir el poder le falta su “para qué”. La suya es una metodología falta del necesario proyecto; su realización demuestra quién tiene el poder, pues este realmente no pertenece a quien ejecuta, sino a quien diseña el proyecto.

Es más, la guerra es una actividad del espíritu, en la que lo decisivo es la voluntad, algo muy en relación con la *virtù*. Se está derrotado cuando se acepta tal cosa y nunca antes. Vencer es convencer sobre la inutilidad de la lucha; pretende que la parte contraria abandone cualquier expectativa y, consecuentemente, acceda a una negociación que le permita satisfacer sus objetivos más relevantes.

Refiriéndose a esto, Maquiavelo llama en múltiples ocasiones a no comprometer a las tropas en una acción “sino cuando tengan esperanza de vencer”. La guerra, y nos lo recuerda Maquiavelo con frecuencia, se gana antes de emprenderla. Las operaciones militares deben ser, si el trabajo de preparación es el adecuado, poco más que puro trámite. Los dados que se echan cuando se recurre a ella deben encontrarse ya cargados.

Tal cosa además debe hacerse por causas tasadas:

“Cuando le sea indispensable derramar la sangre de alguno, no deberá hacerlo nunca sin que para ello haya una conducente justificación y un patente delito. Pero debe entonces, ante todas cosas, no apoderarse de los bienes ajenos; porque los hombres olvidan más pronto la muerte de un padre que la pérdida de su patrimonio”¹⁰.

Y esta es norma general para el florentino, una ley de oro. Lo suyo es la praxis, la realidad. Así, con igual lógica,

“quien se adueñe de un Estado debe meditar sobre todo el daño que le será preciso infligir, e infligirlo de golpe a fin de no tener que repetirlo cada día, pues el no tener que hacerlo infundirá calma a sus hombres y le permitirá ganárselos con favores. El que obra de otro modo por debilidad, o siguiendo malos consejos, está precisado siempre a tener la cuchilla en la mano; y no puede contar nunca con sus gobernados, porque ellos mismos, con el motivo de que está obligado a continuar y renovar incesantemente semejantes actos de crueldad, no pueden estar seguros con él. Por la misma razón que los actos de severidad deben hacerse todos juntos, y que dejando menos tiempo para reflexionar en ellos ofenden menos; los beneficios deben hacerse poco a poco, a fin de que se tenga lugar para saborearlos mejor”¹¹.

Por esta razón Maquiavelo, y autores como Keegan, o el propio Clausewitz, en la misma lógica, opinan que las batallas para ser decisivas

¹⁰ Maquiavelo, *El Príncipe*. Espasa-Calpe, p. 37.

¹¹ *Ibidem*, p. 21.

deben tener tal grado de bajas que representen un choque psicológico total para el perdedor. De lo contrario, es inevitable el deseo de revancha. El progresivo aumento de tropas con que los norteamericanos trataron de resolver la guerra de Vietnam es un ejemplo de fracaso.

De hecho, el florentino, en este razonamiento, apuesta por actuaciones de gran impacto, antes que por otras graduales a las que el enemigo se vaya acostumbrando. Y llama al proceso contrario para las fuerzas propias, ir conociendo al enemigo poco a poco, pedagógicamente y sin espasmos.

Como sostiene en sus *Discursos*, las guerras deben ser cortas y decisivas. Esa fue precisamente la práctica de Napoleón y es la doctrina recogida por Ullman en el ensayo *Conmoción y pavor: alcanzando la dominación rápida*. Con ello, se pretende actuar sobre la voluntad, percepción y comprensión del adversario para reaccionar, aunque se mantiene el objetivo de destruir a las fuerzas enemigas, la clave se encuentra en impactar sobre estas de un modo tan contundente que la desorientación y el miedo se adueñen de su voluntad¹². Para eso, y puesto que estamos ante una pugna de voluntades, recordando a Glucksmann, “aquel que no retroceda ante ningún derramamiento de sangre llevará ventaja sobre su adversario”¹³.

La obra de Maquiavelo está plagada de ejemplos de tal proceder. César Borgia es un maestro en este sentido.

Paz y política

La guerra incorpora una contradicción dialéctica y es que su objetivo es la paz, algo que solo se supera con la aceptación de que ambos términos pertenecen a la política, razón por la cual no entran en conflicto, como a primera vista parece, y cuentan hasta con espacios comunes y de complementariedad.

No obstante, la sacralización de las palabras y el dotarles de un sentido mítico hacen que pierdan su función real: gana la guerra quien hace aceptar su idea de paz.

En el siglo XXI no se trata ya de vencer, sino también de convencer, de vencer “con”, es decir, de repensar la victoria y transformarla en un episodio común y de mutuo beneficio que, para más *in ri*, sea aceptable para la comunidad internacional. La paz pasa por la desactivación del elemento discursivo del que se alimenta la guerra, de sus intangibles. La alta política es pedagogía.

¹² Anibal Villalba Fernández, “Evolución del pensamiento estratégico,” *Monografía del CESEDEN* núm. 99/2003, pp. 131 y ss.

¹³ André Glucksmann, *El Discurso de la guerra*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1969, p. 22.

Es más, podemos presentar una guerra como un conflicto entre dos ideas de paz y que a veces gana la paz más violenta. La concepción de Maquiavelo sobre la paz es un tipo de paz que Galtung definiría como negativa, un estado de transición entre guerras.

Maquiavelo, como siempre, nos muestra las contradicciones que se dan a nivel político, en la medida en que la política se eleva sobre aquellas y las somete. La lógica política es una lógica específica paradójica y de transformación que pone en evidencia la mutación del marco ético-operativo que se produce al pasar de lo particular-individual a lo general y de grupo. Así,

“César Borgia pasaba por cruel, y su crueldad, sin embargo, había reparado los males de la Romaña, extinguido sus divisiones, restablecido en ella la paz y la lealtad. Si profundizamos bien su conducta, veremos que él fue mucho más clemente que lo fue el pueblo florentino, cuando para evitar la reputación de crueldad dejó destruir Pistoia”¹⁴.

La paz podría definirse, en un término amplio, como una transición y también como la ausencia de conflicto; pero la paz no es un estado en sí misma, sino algo que se elabora. La guerra, como concepto, es un término lleno, mientras que la idea de paz está vacía. Es un concepto vacío que conviene completar para que realmente signifique algo y describa una nueva situación política que es imprescindible entender y valorar como tal.

Una auténtica paz trasciende de la mera superación de la violencia, que es siempre un primer paso. La paz debe ir más allá de una mera y ambigua definición negativa dentro de la que cabe cualquier cosa. En clave positiva, se perfila como todo un proyecto pedagógico y de transformación a largo plazo que debe ser coherente con cada espacio social y que, por ello, precisa de bases sólidas, algo que Maquiavelo no capta.

Con todo, la paz ha sufrido, como ya se ha mencionado, todo un proceso de sacralización que la ha acabado por convertir en un término absoluto, un tótem, pero también en un cliché, en un bien en sí mismo ante el que es preciso prosternarse cuando alguien pronuncia la palabra, privando así a los analistas de cualquier sentido crítico al desarmarlos en nombre de lo políticamente correcto. Es más, parece que los conflictos del siglo XXI los gana quien es capaz de adueñarse de la palabra paz presentando su proyecto como una verdad natural que acaba con cualquier problema. Los que se oponen a ella son entonces enemigos de la paz.

Debe quedar claro que el objetivo de la guerra es la paz y no la justicia, un concepto perteneciente a otro plano diferente, como también el trabajo de Maquiavelo pone en valor según se ha visto con el proceder de César Borgia. Aunque también es cierto que, sin una cierta justicia para las partes, no cabe

¹⁴ Maquiavelo, *El Príncipe*. Espasa-Calpe, p. 36.

la paz. Podemos entonces considerar *sensu contrario* y fruto de la lógica paradójica, que la paz se asienta no tanto sobre la justicia, sino al revés, sobre la injusticia percibida y que siéndolo resulta tolerable para las partes. Maquiavelo expondrá múltiples ejemplos de tal cosa.

La idea de una guerra justa aúna dos términos que se sitúan en planos conceptuales diferentes: uno, la guerra, en el de la política; y otro, el de la justicia, en la ética o en el derecho, según se mire. La combinación de ambos términos es irresoluble y genera una suerte de bucle melancólico. ¿Se puede obtener justicia a través de una serie de actos injustos? ¿Dónde se encuentra la justicia en matar a un civil, por ejemplo, un lechero que no porta armas en el bando equivocado? Puede ser políticamente necesario y legal, pero no justo.

Maquiavelo se despreocupa de la relación entre justicia y política, sometiendo la primera a la segunda y poniendo ésta al servicio del interés general. De hecho, astutamente, permite atisbar ya en *El príncipe* una idea que recoge explícitamente en su *Historia de Florencia*: “solamente son justas las guerras que son necesarias; y son piadosas las armas cuando no hay esperanza fuera de ellas”¹⁵. Esta frase aparece también en el capítulo XXVI de *El Príncipe* y es una cita literal de Tito Livio¹⁶ referida a la guerra samnita y que es nada menos que la primera justificación moral de la guerra que se ha hecho en la historia de Occidente¹⁷. Su valor es, por ello, altísimo.

De esta manera se aúnan fines, medios y resultados en una suerte de *ius post bellum* que evalúa la justicia de un conflicto en relación con ellos y, *a posteriori*, resolviendo la paradoja conceptual que encarna la idea de guerra justa. Para ello hace de la guerra un instrumento útil para resolver las situaciones de bloqueo, utilizando como criterio de verdad y justicia, el resultado final.

El arte de la guerra

Su libro titulado *El arte de la guerra* (1521) entronca con un debate apostillado por Clausewitz. Para este la guerra “no pertenece al ámbito de las artes ni de las ciencias, sino que forma parte de la existencia social humana”¹⁸, aunque opina que la expresión “arte de la guerra” es más adecuada que ‘ciencia de la guerra’¹⁹.

Y es que la estrategia es un arte por la inmanejable cantidad de elementos que intervienen en su diseño, lo que hace muy difícil su concepción como ciencia por el papel que tiene la intuición o el pensamiento divergente. Como

¹⁵ Maquiavelo, *Historia de Florencia*, Libro V, capítulo VIII.

¹⁶ Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, IX, 1.

¹⁷ Antonio Hermosa, *El Hombre tras los hechos*. Ediciones Universitarias Athenaisca, 2019, p. 179.

¹⁸ Carl Von Clausewitz, *De la Guerra T.I.* Ministerio de Defensa, 1999, p. 268.

¹⁹ Díaz de Villegas, *La guerra revolucionaria*. Madrid, Ediciones Europa, 1963, p. 51.

decía Bracque, respondiendo a Picasso: “yo encuentro, y a continuación busco”. Estamos, al igual que en los naipes a los que el florentino también recurre, ante una habilidad que obedece a unos ciertos principios o normas, cuya observancia, por otra parte, no garantiza el éxito por más que lo haga más probable. No es un juego abierto de inteligencias como lo es el ajedrez, pues en los naipes intervienen la personalidad del jugador y la fortuna.

Esta obra tiene como protagonista a Fabrizio de Colonna, un famoso condotiero de Carlos V, quien comparece en la obra actuando como *alter ego* de Maquiavelo, admirando siempre las virtudes “romanas” del Ejército español y que, luego, en la traducción que hace Diego de Salazar al español, se convierte en Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán.

Maquiavelo, en esta ocasión y aun a pesar de declararse diletante en la materia, se adentra en problemas estratégicos de marcado carácter técnico y abstracto sobre los que resulta difícil pronunciarse tanto por lo inconcreto de su propuesta como por la dificultad de valorar *a posteriori* el estado del arte militar de la época y la eficacia de las armas.

La época que le tocó vivir a Maquiavelo, en los albores de la Edad Moderna, corresponde a eso periodos en los que la cultura china califica como interesantes. Es, por ello, un precursor también en lo que se refiere al pensamiento militar. La paulatina generalización de las armas de fuego transformará con su progresivo perfeccionamiento los modos de hacer la guerra ocupando un lugar central en ella.

El florentino se presenta, así como lo que el general Beaufre definía como intérpretes del momento: “uno de los elementos esenciales de la estrategia militar ha sido comprender más de prisa que el adversario las transformaciones de la guerra”. En esa sensibilidad especial anida la victoria. Ello explica la vigencia del pensamiento de Maquiavelo: un éxito cuyos ecos llegan hoy en día.

Y es que lo que ha caracterizado a los grandes estrategas ha sido comprender mucho más deprisa que el contrario; han sabido captar las grandes mutaciones experimentadas por las sociedades erigiéndose en intérpretes del momento y, a veces, llegan a hacer olvidar que son las sociedades las auténticas protagonistas de los conflictos. Su mérito radica en disponer de un agudo sentido de la intuición que los ha convertido en catalizadores de unos acontecimientos, por lo demás, muchas veces inevitables.

Sin embargo y como reproche, Maquiavelo no atina a ver el fundamental papel de la artillería (y aun de las propias armas de fuego), capital ya desde la caída de Constantinopla en 1453 a manos de las tropas de Mehmet II. Y eso es un grave error, un fracaso de la capacidad de interpretación y la visión anticipadora de la que debe encontrarse dotada la mirada estratégica. También es cierto, y debe subrayarse, que su

desarrollo distaba con mucho de alcanzar aún la precisión y fiabilidad que tendrían mucho más adelante.

La muerte, en 1526, por causa de un disparo de falconete de Juan de Médicis, conocido como Juan de las Bandas Negras, tendrá un notable impacto político y servirá para escenificar este cambio, así como para subrayar el igualitarismo intrínseco al nuevo modo de hacer la guerra. Este cambio de modelo sería recogido en la película de 2001 *El oficio de las armas*, de Ermanno Olmi.

Además, y a modo de crítica de *El Arte de la Guerra*, transformar las ideas sobre el papel en una actividad tan compleja tiene el mismo inconveniente de la “fricción” que denunciara Clausewitz para justificar cómo, lo que de ordinario es simple, en la práctica de la guerra se transforma en gravoso. La materialización de las ideas no es tarea en absoluto sencilla y Maquiavelo tiene muchas y además complejas.

En este sentido, el germano considera que “todo en la guerra es muy sencillo, pero lo más sencillo es difícil. Estas dificultades se amontonan y determinan una fricción que nadie que no haya visto la guerra puede representarse felizmente”²⁰. Fricción que viene producida por la acción del enemigo, pero también por el azar, el miedo, las imprevisiones más simples... Pasar de las musas al teatro no es un ejercicio de magia, el papel lo aguanta todo. Napoleón lo decía claramente: “la guerra es ejecución”.

Lo que sí queda claro es que la propuesta de Maquiavelo es una idealización, una mitificación del pasado tan característica del Renacimiento que ignora que la historia es evolución. Su propuesta de volver al mundo romano –se sirve para ello de autores como Vegetio, Polibio y Frontino, de los que ocasionalmente traduce largos textos– contribuye a superar lo que, a su juicio, es una debilidad humana pues el cristianismo “identifica la felicidad suprema con la humildad y con el desprecio por las cosas mundanas”²¹.

Así, implícitamente, contempla la historia como degenerativa. Por ello, propone volver a los modelos de antaño donde se premiaba la honradez y la virtud. Esto entraña una visión idílica y voluntarista de tales cuestiones y de la época considerada cuando el retorno al mundo clásico trae consigo, paradójicamente, una visión imperialista e inapropiada para el humanismo del uso de las Fuerzas Armadas. Roma fue una ciudad-Estado, como lo era también Florencia, de modo que lo que fue útil para Roma puede serlo igualmente para Florencia, cuya política y papel en el mundo de esta forma apoya.

Además, hay un hecho cierto e incontrovertible, los romanos fueron derrotados por unos ejércitos bárbaros que al hacerlo se mostraron superiores a aquellos. Recordando al propio Maquiavelo, no hay juicio más justo que el de los hechos. Además, una estrategia sostenida por mucho tiempo, como señala

²⁰ Carl Von Clausewitz. *De la guerra T. I.*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1999, p. 144.

²¹ Félix Gilbert, *op. cit.*, p. 37.

Clausewitz dentro de su apuesta por la lógica dialéctica de la guerra, se ve siempre finalmente superada.

Es anecdótico, pero en mi condición también de marino resulta necesario referirlo. Sugiere Maquiavelo, desde un cierto simplismo, que un general de mar es más fácil de adaptar a tierra, pues ya no debe preocuparse de los vientos ni del agua. Uno de tierra, en el mar se encontrará en condiciones que no conoce y por tanto lo es menos. Pero Andrea Doria es un ejemplo de lo contrario pues fue *Condottiero* y no se embarcó hasta los 46 años de edad donde alcanzó notorios éxitos navales como, por ejemplo, Lepanto.

Maquiavelo y la milicia ciudadana

Maquiavelo puso en relación los cambios que se estaban produciendo en la organización militar y los que se estaban produciendo a nivel político y social. Así, habíamos señalado antes como, adelantándose a Max Weber, reclamaba para el Estado el monopolio de la violencia legítima, mientras consideraba impropio de una persona digna el recurso a la violencia privada. Y es que, para el florentino,

“la guerra es un arte del que ningún hombre en ningún tiempo puede vivir, como particular, honradamente, correspondiendo ejercitarlo a la república y los reinos... No se puede considerar hombre bueno al que ejerce a una profesión que exige la rapiña, el fraude, la violencia y muchas condiciones que necesariamente lo hacen malo”²².

La guerra es algo que solo puede ser justificada como un acto de Estado y de la política. Queda así claro que la descalificación que hace de la profesión militar se realiza en el contexto del rechazo al ejercicio privado de la violencia, esto es a los mercenarios, a los *condottieros*, pues considera que “en la paz es despojado por ellos y en la guerra por los enemigos”²³ acusándoles de la ruina de la Italia en su época.

De estos, si son buenos en su oficio “no puedes fiarte de ellos porque siempre aspiran a su propia grandeza, sea oprimiéndote a ti que eres dueño suyo, sea oprimiendo a otros contra tus intenciones; pero si el capitán no es valeroso comúnmente causa tu ruina”; y concluye: “la república ha de mandar a sus ciudadanos”²⁴.

Tal y como dice en *El arte de la guerra*, “las armas en manos de sus ciudadanos no podían convertirlos en tiranos, sino las malas instituciones del

²² Maquiavelo, *El arte de la guerra. Obras políticas de Nicolás Maquiavelo, op. cit.*, p. 112.

²³ Maquiavelo, *El Príncipe*. Madrid, Unidad Editorial, 1999, p 61.

²⁴ *Ibidem*, pp. 61-62.

gobierno que subyugan a la ciudad; y si tenían un buen gobierno, no tenían que temer sus armas”²⁵.

No obstante, la propuesta de Maquiavelo se vio destrozada precisamente por las armas españolas en la toma de la localidad toscana de Prato (1512). Este fue un ejemplo de la llamada *Furia española* que dejó en torno a 4 000 muertos, siendo el preludio de lo que había de suceder con las más relevantes ciudades italianas durante el siglo XVI. Tal cosa, además, ya se había visto antes en las batallas de Morat y Nancy (1476), batallas que hacían prever el destacado papel al que estaba llamada la Infantería.

La milicia florentina fue incapaz de responder mínimamente a una Infantería española que solo se encontraba apoyada para el asalto por dos cañones. La caída de la ciudad fue una catástrofe para Florencia. La República, de la que Maquiavelo era secretario e impulsor de la reforma militar que estaba acometiendo, cayó a consecuencia de ello, perdiendo él su empleo y marchando al destierro.

La razón de este fracaso pudo estar en la bisoñez de las tropas, el encontrarse estas mal dirigidas o su falta de adiestramiento, pero lo cierto es que no fueron mínimamente capaces de afrontar a la Infantería española y la derrota fue rotunda. Puede inferirse de todo ello, por tanto, y en términos marxianos, que aún no se daban las condiciones objetivas para implementar este tipo de forma de hacer la guerra. Esta sólo sería posible de la mano del pensamiento romántico.

En fin, la derrota de la República de Florencia, que había asumido los postulados de Maquiavelo a favor de una milicia ciudadana precisamente a manos de sus tan denostados mercenarios, no impidió que en la Ilustración Rousseau en *La nueva Eloísa* y en diversos escritos²⁶, retomase la idea del florentino insistiendo en que todos los ciudadanos debían ser soldados no por profesión sino por deber²⁷.

Y es que, tras la Ilustración, el concepto de Nación política y su lealtad –de naturaleza cuasi religiosa– el patriotismo, surge de la revolución y se consolida en el romanticismo decimonónico rellenando el hueco ideológico que propició el fracaso de Maquiavelo. Cubrirá así el espacio de lo trascendente, toda vez que su aparición sirvió a la espiritualización de las causas y a la adopción de rasgos caballerescos por las multitudes; el patriotismo se convertiría ahora en el nuevo elemento vertebrador de las Fuerzas Armadas, contribuyendo a la cohesión de sus miembros y a la eficacia de la fuerza.

Las armas de fuego dotan de un componente igualador en tanto que no

²⁵ Nicolás Maquiavelo, *El arte de la guerra. Obras políticas de Nicolás Maquiavelo, op. cit.*, p. 114.

²⁶ J.J. Rousseau, *Escritos sobre la paz y la guerra*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982, p. 66.

²⁷ C.F. Friederich, *El Hombre y el gobierno*, Madrid, Editorial Tecnos, 1968, p. 452.

requieren de la destreza y nivel de preparación que las blancas. Son por ello, al mismo tiempo, instrumentos de revolución social. La entrada de los pueblos en la liza, no obstante, tenderá a la ampliación de los objetivos políticos y las absolutizará, toda vez que cuando se moviliza al pueblo mediante la propaganda, es muy difícil conseguir moderación. Esto, unido a la expansión de los límites del campo de batalla como consecuencia de la Revolución Industrial y del Transporte tenderá a hacerlas totales.

Para contradecir a Maquiavelo tenemos prácticamente a todos los países que cuentan con milicias hoy en Oriente Medio y tienen problemas con ellas. Bien es cierto que la mayoría no tiene un nivel de institucionalización adecuado, pero es más alto que el que existía en su época. A reseñar también cómo las guerras que emprenden los militares son, con mucho, menos cruentas que las desarrolladas por otros colectivos porque “en la guerra vale más la disciplina que la impetuosidad”²⁸ y la fuerza es direccionada y modulada de modo acorde a los fines que se pretenden conseguir. La profesionalidad hace un uso tasado de la violencia.

El aprecio de Maquiavelo por la Infantería es, al mismo tiempo, una señal de reconocimiento del papel de pueblo en los conflictos, pero también *escenifica el rechazo* hacia los mercenarios por el peso que tenía la Caballería en este tipo de tropas.

Los mercenarios

Otra cuestión recurrente en el trabajo de Maquiavelo es la problemática de los mercenarios a los que, como decíamos, llega a culpar de la ruina de Italia. Pero los mercenarios siempre han estado presentes en la guerra y aún hoy lo hacen. El artículo 47 del Protocolo I de la Convención de Ginebra²⁹ define como mercenario a quien:

- “a) Haya sido especialmente reclutado, localmente o en el extranjero, a fin de combatir en un conflicto armado.
- b) De hecho, tome parte directa en las hostilidades.
- c) Tome parte en las hostilidades animado esencialmente por el deseo de obtener un provecho personal y al que se haga efectivamente la promesa, por una Parte en conflicto o en nombre de ella, de una retribución material considerablemente superior a la prometida o abonada a los combatientes de grado y funciones similares a las fuerzas armadas de esa Parte.
- d) Que no sea nacional de una Parte en conflicto ni residente en un territorio controlado por una Parte en conflicto.
- e) No sea miembro de las Fuerzas Armadas de una Parte en conflicto.

²⁸ Maquiavelo, *El arte de la guerra. Obras políticas de Nicolás Maquiavelo, Op. Cit.*, p. 303.

²⁹ OR7-004, *El Derecho de los Conflictos Armados. Tomo III, Doctrina del Ejército de Tierra*, noviembre 2007, p. 75.

f) No haya sido enviada en misión oficial como miembro de sus fuerzas armadas por un Estado que no es Parte en el conflicto”³⁰.

Para substituirlos, los países occidentales han recurrido a contratistas privados para reforzar sus capacidades. Estas empresas han recibido el nombre de Compañías Privadas de Seguridad (CMP):

“una empresa privada comercial y legalmente establecida, que se beneficia de ofrecer servicios que involucran el uso ‘potencial’ de fuerza de una manera sistemática y por medios militares, y/o por la transferencia de este potencial a clientes a través del entrenamiento militar diverso y otras actividades como ayuda logística, procuramiento de equipo y colección de inteligencia. Es un potencial porque la presencia mera de una CMP puede disuadir a agresores de considerar el uso de fuerza como un medio para lograr sus objetivos. El rol de la CMP no necesita siempre involucrar el uso potencial o activo de fuerza, ellas pueden dirigir sus actividades también al incremento de las capacidades militares y de seguridad de sus empleadores”³¹.

La cuestión es que los requisitos exigidos para calificar jurídicamente una actividad como mercenaria son muy estrictos lo que sitúa a los miembros de las compañías privadas de seguridad en una zona jurídicamente nebulosa. Se mezcla y confunde, pues, en un mismo espacio, lo público, lo privado, lo militar y lo civil, creándose actores híbridos y redes informales que favorecen la criminalidad.

Más aún, y por mostrar la vigencia del pensamiento de Maquiavelo. Una tendencia evidente en todos los enfrentamientos armados hoy en día es la diversificación de la violencia, de modo que los conflictos proporcionan un marco favorable y pueden servir como detonante para muchas otras formas de violencia organizada y no organizada.

La compleja mezcla de actores violentos que tienen los conflictos del siglo XXI se ve a menudo complementada con bandas mafiosas y especuladores que usan la violencia criminal para obtener ganancias materiales, explotar las posibilidades ofrecidas por las economías de guerra³² y obtener financiación para sus actividades. Una situación que, como puede verse, no parece ser muy lejana a la Italia del siglo XVI.

Una figura, casi una institución, que se repite constantemente en los Estados fallidos, en las guerras de desintegración, es la de los señores de la guerra, una

³⁰ Manuel Cesar Arienza Fernández, *Transnacionalización y privatización de la Defensa*, Monografía IX Curso de Estado Mayor, 2008, p. 14.

³¹ Carlos Ortiz, “Regulando Compañías Militares Privadas: Estados y el creciente negocio de la seguridad privada” [en L. Assassi, D. Wigan and K. van der Pijl (eds.), *Global Regulation. Managing Crises after the Imperial Turn*, University of Sussex, 2004], p.206.

³² Ekaterina Stepanova, “Un patrón para el estudio de los conflictos armados.” [en VV.AA. *Una mirada al mundo del siglo XXI*. Ministerio de Defensa, 2008], p. 43.

suerte de nuevos *condottieros*, líderes dotados de medios militares, cabezas a veces de estructuras tribales que, ante el colapso del Estado, ejercen el poder sobre una porción del territorio, como resultado de la concurrencia de diversos planos de conflicto. En su área de dominación utilizan la delincuencia para la financiación de sus actividades, incrementar su poder y lucro personal y se protegen con las armas³³. Como vemos, se trata de la misma lógica que se daba en la Italia de Maquiavelo, en la que también interferían las potencias de la época.

Otro de los problemas que, como se ha visto, apuntaba Maquiavelo es qué hacer con las tropas una vez llegada la paz, cómo evitar que se vuelvan contra quien los contrató. Por eso, “en la guerra debe tomar a los jefes de entre los ciudadanos, y en la paz hacerles retornar a sus habituales labores”³⁴. Ya no resulta rentable mantenerlas y hay que proporcionarles opciones. Es lo que hoy en día se llama en terminología anglosajona *Security Sector Reform* (SSR), la reforma del sector de seguridad, actividad que se realiza con vistas a ofrecer una salida a los militares y evitar que condicionen o perturben los procesos de paz.

La violencia, una vez desencadenada, genera vida propia dando lugar a grupos parasitarios cuyas rentas económicas y poder dependen de su continuación³⁵. Al deshacerse las estructuras de los Estados fallidos, los miembros de las Fuerzas Armadas se constituyen en elementos de poder incorporándose a los cuerpos de seguridad privada y a los ejércitos mercenarios o contribuyen al poder de los señores de la guerra, desestabilizando aún más el sistema. Por eso es preciso darles una salida.

El ejemplo de Colombia con la guerrilla es pertinente, pero también vale para los países de la órbita de la antigua URSS, donde el poder se construía sobre un triángulo formado por líderes políticos, los partidos comunistas y las Fuerzas Armadas. Al desaparecer los partidos comunistas, las Fuerzas Armadas se alinearon con el poder político. La acción de la OTAN entonces posibilitó el tránsito de estos países hacia el modelo democrático occidental.

Relaciones entre fuerzas armadas y sociedad civil

Según se ha visto, Maquiavelo³⁶ en su trabajo trató política y guerra como un todo indivisible, anticipándose de este modo a Clausewitz por su carácter de instrumento o función.

³³ Miguel Alonso Berro, “Los Estados fallidos”. [en VV.AA. Cuaderno de Estrategia núm. 120/2002], p. 215.

³⁴ Maquiavelo, *El arte de la guerra. Obras políticas de Nicolás Maquiavelo. op. cit.*, p. 114.

³⁵ Miguel Alonso Berro, *op. cit.*, p. 215.

³⁶ J.A. Fernández-Santamaría, *Juan Ginés de Sepúlveda: la guerra en el pensamiento político del Renacimiento*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, p. 11.

Es más, sostiene la idea de que no debe existir discordancia entre el mundo civil y el militar. De la misma se deriva la imperfección con la que se hace la guerra en tanto que continuación de la política, porque el mundo civil debe ser continuación del mundo militar o, mejor aún, este de aquel. De ahí su propuesta de regreso al pasado romano donde existía esa armonía. El aparato militar sirve así también de escuela de virtudes cívicas.

La propuesta de Maquiavelo de volver a la antigüedad clásica y a la equivalencia entre soldado y ciudadano supone un tiempo de refuerzo y rearme moral que contribuye a la legitimación del oficio de las armas. Es, como antes decíamos, un estado ideal, una ensoñación sorprendente precisamente en Maquiavelo, pues con ese retorno se pretende nada menos que:

“Honrar y premiar la virtud, evitar desdeñar la pobreza, apreciar los hábitos y órdenes de la disciplina militar, obligar a los ciudadanos a amarse los unos a los otros, vivir sin banderías, preferir los asuntos públicos a los intereses privados”³⁷.

Los ejércitos profesionales comenzaron a aparecer en el Neolítico ligados a la existencia de excedentes de producción que pudieran mantenerlos. Usando palabras de Walter Bagehot, “la civilización empieza porque el principio de la civilización es militar”³⁸. Solo el genio de la antigua Atenas y de la vieja Roma supieron crear, respectivamente, las condiciones filosóficas y jurídicas precisas para que el poder político y el poder militar se diferenciaron³⁹, conservándolo conexo e interrelacionado.

El Renacimiento incorpora el desarrollo del aparato del Estado y la creación de ejércitos permanentes profesionales dependientes de la corona. Y es que la idea del Estado como ente soberano tardó mucho tiempo en configurarse. Se trata de una idea consustancial al Renacimiento cuya formulación puede atribuirse a Maquiavelo –lo *Stato*–, si bien la doctrina de la soberanía estatal solo queda perfilada en el trabajo de Bodino, a finales del siglo XVI. Surgen términos como *State* en Inglaterra y *État* en Francia, que empiezan a emplearse en su sentido moderno, es decir, cuando la idea de un gobernante que intenta conservar su Estado fue dando paso a la del Estado como una entidad independiente que ese gobernante tiene que proteger.

El papel de los ejércitos es fundamental en la configuración institucional de la nueva organización emergente convirtiéndose en instrumento de dominación y control. Fundir un cañón de valor militar requería un gran despliegue de

³⁷ Maquiavelo, *El arte de la guerra. Obras políticas de Nicolás Maquiavelo. Op. Cit.*, p. 110.

³⁸ Walter Bagehot, *Physic and Politics*. Beacon Press, Boston, 1956, p. 32.

³⁹ Antonio Carro Martínez. *El Estado y las Fuerzas Armadas*. Colección informe. Disponible en: <http://www.mpr.gob.es/servicios/publicaciones/vol01/>

medios y una organización solo al alcance de la corona⁴⁰. La artillería favorecerá de este modo a los grandes Estados que pueden costearla frente a los pequeños. En palabras de Tilly, “la guerra hace al Estado y el Estado hace la guerra”⁴¹.

El personaje principal de *El arte de la guerra*, Fabrizio Colonna, sostiene, no obstante, que la artillería no es precisa por ser lenta y difícil de mover:

“la artillería tiene un mayor uso en el ataque que en la defensa, y como las milicias romanas tenían una gran capacidad de ataque la artillería podría haberse utilizado para reforzar los métodos romanos de hacer la guerra en lugar de invalidarlos”⁴².

Estaba equivocado.

La difusión de las armas de fuego y la necesidad de un menor adiestramiento, como se ha visto, acercó el pueblo a los ejércitos y reforzó el creciente papel del rey en detrimento de la aristocracia⁴³. Como Tilly apunta: “Después de todo, los impuestos, fueron el medio principal mediante el que los forjadores de estados, en el siglo XVI y después, financiaron la expansión de sus ejércitos que fueron a su vez el principal instrumento para establecer el control en sus fronteras, ampliarlas, defenderlas frente incursiones externas y asegurarse la prioridad en el uso de la fuerza dentro de ellas. Y, a la inversa, las necesidades militares fueron a lo largo de estos siglos el incentivo principal para el establecimiento de nuevos impuestos y la regularización de los viejos”⁴⁴.

La complejidad del manejo de este poder requirió de la progresiva aparición de una Administración militar que se adelantó varios siglos y ejemplarizó en todo tiempo a la Administración civil⁴⁵. Elliot⁴⁶ señala cómo la sustitución de un rey guerrero como Carlos V por el sedentario Felipe II, rodeado de documentos en su despacho, simbolizó adecuadamente la transformación del Imperio español, al pasar de la era del conquistador a la del funcionario.

Fuerzas Armadas y Estado fueron en la práctica ideas yuxtapuestas, al menos hasta finales del siglo XVIII. Cuantitativamente, en este periodo el número de militares era muy superior al de los miembros de cualquier otro componente del Estado. Ello obligaba a inversiones que comprometieron más

⁴⁰ José A. Pizarro Pizarro, *La guerra de Indochina punto de inflexión de la historia militar contemporánea*. Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2008, p. 17.

⁴¹ Charles Tilly, *The formation of National states in Western Europe* Princeton, Nueva Jersey, EE. UU., 1977, p. 42., Miguel Ángel Ballesteros Martín, “La Estrategia de seguridad y Defensa”. *Monografía núm. 67 del CESEDE, Fundamentos de la Estrategia para el siglo XXI*, p. 49.

⁴² Félix Gilbert, *Op. Cit.*, p. 33

⁴³ Federico Engels, *Temas militares*, San Sebastián, Equipo Editorial S.A., 1968, p. 19.

⁴⁴ Charles Tilly, *The formation of national states in Western Europe, op. cit.*, p. 23.

⁴⁵ Antonio Carro Martínez, *Op. Cit.* p. 20.

⁴⁶ Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990, op. cit.*

de la mitad –y, en ocasiones, hasta dos terceras partes– del presupuesto nacional de los Estados⁴⁷.

El poder del Estado era prácticamente el poder de sus ejércitos. Simultáneamente, la expansión de estos comenzó a eclipsar al armamento disponible por las fuerzas interiores, estableciéndose una distinción clara y que no existía previamente, entre “interior” y “exterior” fortaleciéndose el vínculo entre guerra y acción del Estado haciendo válida la definición de Max Weber: “el Estado es una comunidad humana que se arroga (con éxito) el monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un territorio dado”⁴⁸. El rechazo de Maquiavelo a la violencia no ejercida por las autoridades legítimas y su equiparación al bandidaje encaja plenamente en la lógica weberiana.

Maquiavelo se retrotrae al Imperio romano y, con ello, a un tiempo en que los términos ciudadano y soldado eran mutuamente intercambiables. Esta tradición la recupera la Revolución Francesa con su célebre Ley Carnot: “Los jóvenes pelearán; los hombres casados forjarán las armas y transportarán abastos; las mujeres harán tiendas y vestidos y servirán en los hospitales; los niños convertirán telas viejas en hilos; los ancianos se harán transportar a la plaza pública y encenderán el valor de los combatientes, predicarán el odio contra los reyes y la unidad de la república”.

El Servicio Militar Obligatorio fue el reconocimiento explícito de que las guerras se entablaban de acuerdo con objetivos nacionales y, a juicio de autores como Anthony Giddens, ayudó al proceso de implantación del sufragio universal. Un ejército de reemplazo es más fácilmente desmovilizable que uno profesional, su costo y peso político es inferior, solventándose los problemas que Maquiavelo anticipara.

El propio Maquiavelo insiste en señalar al líder político que debe mantener buenas relaciones con el pueblo, del que debe procurar ser amado; y también implicarse directamente en los asuntos militares, dos de los extremos del triángulo clausewitziano. Y entre el pueblo y las Fuerzas Armadas, desde su perspectiva, se debe buscar la identidad y confluencia a través de milicias ciudadanas.

El surgimiento de la razón de Estado

Maquiavelo habla de “un arte del Estado” y sienta las raíces del concepto, pero su concreción práctica se alcanza en la Francia de Richelieu, quien, paradójicamente, es el padre espiritual de Bismarck. De este crisol emerge la

⁴⁷ VV. AA., *Aspectos de los conflictos*, Documento de Trabajo Departamento de Estrategia. X Curso de Estado Mayor, *Escuela Superior de las Fuerzas Armadas*, 2008.

⁴⁸ Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*, *Ibidem*.

geoestratégica “razón de Estado” como la última razón del rey; el nombre se lo daría Giovanni Botero. La máxima expresión de la razón de Estado será la guerra. La política dejaba de significar ante todo el arte de gobernar una comunidad humana conforme a justicia y razón y se transformaba en el modo de preservar el Estado, tanto en su carácter de dominio sobre los súbditos como en las relaciones de este con otros Estados⁴⁹.

Estamos, en palabras de Foucault, en una racionalidad específica y secularizada en el arte de gobernar que no tiene que respetar el orden general del mundo ni tampoco del orden religioso, por más que aspire a servirlo. Encarna una “ética finalista y teleológica” que debe aplicarse de acuerdo con la fuerza de un Estado que busca su expansión y perpetuación. El dilema que encarna gira en torno a la moralización del poder.

Por eso Maquiavelo aseveraba que el príncipe, no pudiendo ser temido y amado⁵⁰ simultáneamente, debe ser más temido que amado pues el primer sentimiento es más seguro y “no es razonable que quien está armado obedezca de buen grado a quien está desarmado”⁵¹. Al Capone lo expresaría diciendo que “se consigue más con una palabra amable y una pistola que con una palabra amable”⁵².

La conclusión de los críticos idealistas sobre la obra de Maquiavelo es que la combinación de las enseñanzas maquiavélicas y la herejía es el ateísmo. Tácito, el tacitismo, se convierte en el ámbito español en el modelo a seguir para refutar al tiempo que incorporar el pragmatismo implícito a las ideas de un Maquiavelo del que resulta forzoso abominar.

Dada la finalidad eminentemente práctica –la conservación y aumento del Estado–, sus cultivadores se alejaron del razonamiento especulativo para concentrarse en los casos prácticos, “históricos”, buscando reglas de experiencia sobre las que hacer analogía. Con ello, la principal regla que enseñaba la razón de Estado era que no existía una sola, sino varias; y que, si se interpretaban mal, se caía en lo que Saavedra Fajardo llamó “hipocondría de la razón de Estado”, una suerte de deriva que hace que a un despropósito le siga otro aún mayor.

Eso hará que a la larga la razón de Estado consolidara un significado un tanto reduccionista, que hace de ella poco menos que un manual para gobernantes sin escrúpulos; y esto acababa por dotarla de mala fama. El *quid* de la razón de Estado, así vista, venía a situarse en encontrar el adecuado grado de dureza y maquinación para el logro de objetivos buenos para la comunidad. Más aún, de la razón de Estado se podía evolucionar sin solución de continuidad al absolutismo⁵³.

⁴⁹ Enric Mallorquí- Rucadella (Editor), *Política y Razón de Estado en las letras del Siglo de Oro*, *Revista ehumanista*, volumen núm. 31/2015.

⁵⁰ Maquiavelo, *El Príncipe*, Madrid, Editorial Millenium, 1999, p. 81.

⁵¹ Maquiavelo, *El Príncipe* (Comentado por Napoleón Bonaparte), *op. cit.*, p. 105.

⁵² Benjamin R. Barber, *El imperio del miedo*, Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona, 2004, p. 23.

⁵³ Enric Mallorquí- Rucadella (Editor), *Política y Razón de Estado en las letras del Siglo de Oro*, *Revista ehumanista*, volumen núm. 31/2015.

De ello resulta una paradoja: la razón de Estado de raíz maquiavélica era la resultante de un complejo de naturalismo, voluntarismo y racionalismo que se ha ido desarrollando con ganancia aparente del último para verse al final frustrado pese a desembocar necesariamente en el darwinismo político⁵⁴. La totalización racional ha acabado por significar el triunfo del voluntarismo, en el sentido filonazi de la obra de Leni Riefenstahl *El triunfo de la voluntad*.

Así, la razón de Estado se ha ido convirtiendo paulatinamente en “pasión de Estado”, en un escenario marcado por la guerra de los Treinta años, Napoleón, la guerra franco-prusiana o las dos Guerras mundiales del siglo XX. Como decía Saavedra Fajardo, se invoca la paz, pero se hace la guerra, locuras de Europa. La razón de Estado ha sufrido un reciente descrédito puesto que se considera contradictoria con el Derecho Internacional y el Gobierno constitucional. Pero, con todo y aún hoy, sigue viva⁵⁵.

Ética y liderazgo político

Los modelos de héroes que oferta Maquiavelo los toma del mundo clásico: Alejandro Magno, Aníbal, Escipión, el Africano, etc. Son gente exitosa más que virtuosa, más conocidos por su valentía que por su honradez, como no podía ser de otra manera pues: “Cuando un príncipe tiene que obrar conforme a la índole de los brutos, los que ha de imitar, según el caso, son el león y la zorra. El ejemplo del león no basta porque no se preserva de los lazos y la zorra sola no es suficiente, porque no puede librarse de los lobos. Es necesario ser zorra para conocer los lazos, y león para espantar a los lobos; pero los que toman por modelo al último animal no entienden sus intereses”⁵⁶. El líder aún así la doble naturaleza del centauro Quirón, bruto y hombre simultáneamente

No es gente siempre violenta, sino solo cuando conviene. El príncipe debe ser capaz de “no alejarse del bien, pudiendo hacerlo, sino saber entrar en el mal, si es necesario”⁵⁷. La propuesta de Maquiavelo por la violencia es así una opción racional y de elección. Y se suma a un tipo de liderazgo sumamente proactivo; se encuentra íntimamente ligado a la acción pues, aunque la fortuna sea impredecible, la *virtu* del príncipe puede domeñarla. Así, es mejor “ser impetuoso que circunspecto”⁵⁸. Maquiavelo cultiva la osadía.

La clave de su modelo de liderazgo se encuentra en una suerte de trinidad formada por la Fortuna, la oportunidad –el *savoir faire*– lo que el florentino llamaba la *virtù*.

⁵⁴ María Teresa Cid Vázquez “De la razón a la pasión de Estado: locuras de Europa” [en Enric Mallorquí- Rucadella (Editor), “Política y Razón de Estado en las letras del Siglo de Oro”, *Revista ehumanista*, volumen núm. 31/2015].

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ Maquiavelo, *El Príncipe*, Madrid, Unidad Editorial, 1999, p. 89.

⁵⁷ Viroli, Maurizio, *Nicolas Maquiavelo*, Tusquets editores, 2004, p. 137.

⁵⁸ Maquiavelo, *El Príncipe*, Madrid, Unidad Editorial, 1999, p. 119.

En este sentido escribiría “no debemos dejar nacer un desorden para evitar una guerra, porque acabamos no evitándola; la diferimos únicamente: y no es nunca más que con sumo perjuicio nuestro”⁵⁹, aunando así percepción, oportunidad y proactividad, una nueva trinidad. Napoleón la consideraba literalmente una regla básica de su conducta⁶⁰.

Esta trinidad se contraponen a la otra trinidad de Clausewitz: el peligro, el azar y la incertidumbre; y a la que, en coincidencia con el germano, forman líderes políticos (el príncipe), el pueblo y las Fuerzas Armadas. Tenemos pues también en Maquiavelo las trinidades que más adelante identificaría Clausewitz en sus escritos.

Como se señala en *El arte de la guerra*, el general no tiene que librar todas las batallas que se le planteen –un error muy común–, sino aquellas necesarias para sus objetivos. Le es más interesante evitar que ser bombardeado, y preservar sus fuerzas, que bombardear al enemigo. Es preciso esquivar más que golpear, esto último es, pese a su vistosidad, secundario.

La definición de un buen liderazgo tiene dos acepciones una técnica y finalista y otra ética o de buena praxis. No obstante, a los líderes se les conoce por lo que hacen y no tanto por cómo lo hacen. Es decir, no se les exige tanto una perfección moral –lo que reduciría el espectro de líderes disponibles– como resultados prácticos.

Los ejemplos de los que nos dota Maquiavelo son claros: Alejandro y César Borgia o Fernando el Católico, que tal vez (o no) fuera ese “príncipe de nuestro tiempo, cuyo nombre no conviene mencionar, [que] predica continuamente la paz y lealtad, siendo en realidad enemigo de ambas; de hecho, sí hubiese observado tanto la una como la otra, habría perdido repetidas veces el prestigio y el Estado”⁶¹. La lógica política está secularizada y no se somete a nada salvo a la razón.

Es más, su propuesta política a veces parece que se asienta sobre el engaño por lo que se le tilda de inmoral, amoral o antimoral, pero Maquiavelo lo que hace realmente es definir una metodología y no entra en los concretos fines a los que esta sirve, salvo para pronunciarse por la unidad de Italia.

Así en *El Príncipe* sostiene:

“un príncipe debe tener muchísimo cuidado de que no le brote nunca de los labios algo que no esté empapado de las cinco virtudes citadas, y de que, al verlo y oírlo, parezca la clemencia, la fe, la rectitud y la religión mismas, sobre todo esta última”⁶².

⁵⁹ *Ibidem* p. 32.

⁶⁰ Maquiavelo, *El Príncipe (Comentado por Napoleón Bonaparte)*, *Op. Cit.*, p. 167.

⁶¹ *Ibidem*, p. 122.

⁶² *Ibidem*, pp. 121-122.

Su ética es una ética finalista. Napoleón, en sus comentarios al *Príncipe*, ironiza sobre la preocupación ética que, con todo, se destila de algunos de sus juicios, censurándolo y tildándolo de infantil. Pero la apuesta del florentino es clara.

“Y en las acciones [de los príncipes]... se atiende a los resultados. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos; porque el vulgo se deja engañar por las apariencias y por el éxito; y en el mundo sólo hay vulgo, ya que las minorías no cuentan sino cuando las mayorías no tienen donde apoyarse”⁶³.

La cuestión es que el liderazgo es una construcción cultural ligada a la realidad y a los sucesos. La inconsistencia moral de los líderes, esto es, el desencaje entre su prédica y sus acciones, pese a lo que apunta Maquiavelo, les resta credibilidad y mina su desempeño, y aunque solo sea por esta razón, debe ser considerada, máxime en un tiempo en que resulta difícil escapar al escrutinio público⁶⁴. “Tampoco se puede definir virtud el hecho de matar a los ciudadanos, traicionar a los amigos, y no tener ni palabra, ni piedad ni religión: de esta forma se puede obtener el poder, pero no la gloria”⁶⁵.

Un ideal ético es una hipótesis de perfección moral. Maquiavelo ha hecho más visible la escisión siempre existente entre la ética de los individuos y la ética de los gobernantes. La ética de los individuos podría estar orientada por ciertos ideales de cualquier tipo, pero la ética de los líderes no puede estar orientada por unos principios *a priori* asentados sobre la bondad de las buenas acciones, es decir, no puede estar orientada por ideales personales y, al decir del florentino, imaginarios.

El príncipe a veces debía obrar para su preservación, en tanto que bien superior, “contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad y contra la religión”⁶⁶, aunque sin reconocerlo nunca. Su proceder estaba dotado no pocas veces de una “piadosa crueldad”.

Y es que, en el terreno de lo político, conceptos que en otro plano tienen una cierta significación, en este ámbito cobran un valor distinto como resultado de la lógica de transformación inherente al pensamiento de Maquiavelo. Las categorías bueno/malo, justo/injusto, no son operativas. Se muestran insuficientes como factor explicativo: “bien usadas pueden llamarse aquellas crueldades que se hacen para afianzarse en el poder”⁶⁷. Por lo demás algo no muy lejano a lo sostenido por Mandeville: “Vicios privados, virtudes

⁶³ *Ídem*.

⁶⁴ Joanne B. Ciulla, “What is good leadership”, *Center for Public Leadership*, Work Papers Center for Public Leadership, 2004, p. 6.

⁶⁵ Maquiavelo, *El Príncipe* (Comentado por Napoleón Bonaparte), *Op. Cit.*, p. 75.

⁶⁶ Maquiavelo, *El Príncipe*, Editorial Millenium, 1999, p. 75.

⁶⁷ Viroli Manzio, *Nicolas Maquiavelo*, Tusquets Editores, 2004, p. 153.

públicas” con lo que se expresa la divergencia entre fines individuales y colectivos.

John Stuart Mill, un utilitarista, se aperció de la separación existente entre la ética individual y la propia de sus actos apuntada por Maquiavelo. Las intenciones o razones de un acto nos dicen algo de la moralidad de una persona, pero son los fines de una acción lo que nos indican la moralidad de esta. Con ello, a veces las personas armadas con las mejores intenciones y valores morales pueden conducir al grupo al desastre y los actos de quienes solo buscan el beneficio personal más egoísta, acabar por beneficiar al conjunto⁶⁸. Como André Gide decía, con buenos sentimientos suele hacerse mala literatura.

La ética, así vista, debe ser realista. De este modo se separa lúcidamente un ejercicio ético que busca el bien propio y la moral personal de otro que busca el bien común. Pues, según el realismo político para el que la moral es un idealismo: “El ámbito apropiado de lo ético es privado. En el público no tiene nada que hacer. Lo moral y lo político son incompatibles y, por tanto, a quien ha de actuar en política le es forzoso prescindir de la moral”⁶⁹. Estamos, una vez más, ante un debate aún no resuelto e intrínsecamente humano.

Conclusiones

La aportación de Maquiavelo a la problemática de la guerra es precursora y de primer nivel, adelantándose a Clausewitz y describiendo algunos de los paradigmas más relevantes de las Ciencias Militares. También se adelantó al propio Weber solicitando para el Estado –del que es, junto con Bodino, ideólogo– el monopolio de la violencia legítima.

Confianza, adiestramiento y disciplina son sus recetas básicas para los ejércitos. Estas se ven complementadas por la existencia de un mando único y la batalla decisiva en una guerra corta. Todo ello bajo el amparo de estructuras organizativas que facilitan la tarea.

No obstante, su culto al mundo romano es excesivo. La legión convertida nuevamente en el eje de todo (de organización, de combate, de reclutamiento, etc.) no se adecuaba a los modelos y cultura de la época. Y las tácticas de combate que propugnaba difícilmente, como ya sucedió en el desastre de Prato –que propició su caída personal y aún la de toda la República de Florencia al auspiciar un modelo de Fuerzas Armadas, las milicias, no acorde a su época– tendrían una concreción práctica.

⁶⁸ Joanne B. Ciulla, “What is good leadership”, *Center for Public Leadership*, Work Papers Center for Public Leadership, 2004, p. 6.

⁶⁹ José Luis López-Aranguren, *Ética y Política*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1968, p. 163.

El ser derrotado por la Infantería explica su pobre valoración de la Artillería y las armas de fuego, no atisbando, pese a su perspicacia, a ver en toda su dimensión el cambio de modelo estratégico que se estaba produciendo. Y fueron los españoles –a cuya competencia militar no dispensa crítica– precisamente los que le derrotaron, hecho poco puesto en valor. Prato, con su paradójica importancia para el mundo de las ideas –la derrota enseña– es una batalla poco conocida.

Su poco afecto a la Caballería está en relación tanto con el papel que tiene el pueblo en la Infantería como con su rechazo a los mercenarios cuyos ejércitos se construyen sobre esta arma por la necesidad de adiestramiento que demanda.

Tampoco dio la importancia debida a las cuestiones económicas que el desarrollo de los nuevos ejércitos iba a traer aparejado y que forzarían la creación del aparato estatal. Su propuesta de volver al mundo clásico –sus nuevas leyes de la guerra parecen ser las viejas leyes de la milicia romana⁷⁰– es simplista y tampoco tiene sentido porque, como apunta Clausewitz, “cada tiempo tiene su forma peculiar de guerra... cada uno tendrá también su propia teoría de la guerra”⁷¹. Los problemas que plantea en su trabajo, como la mayor parte de las cuestiones heurísticas, se mantienen vigentes aún hoy.

Así, la cuestión de los mercenarios en el siglo XXI permanece inalterada cuando no se reformula en forma, por ejemplo, de Compañías Privadas de Seguridad. Estas permiten la intervención de los Estados en conflictos internacionales sin exhibir la bandera.

Al mismo tiempo emergen en los Estados fallidos una nueva figura, los conocidos como señores de la guerra que, a modo de modernos *Condottieri*, tratan de hacerse con el poder de modo personalista aunando, no pocas veces bajo sus personas, conflictos que incorporan distintos tipos de violencia (estatal, tribal, étnica, delincencial, cultural, etc.) y actividades tanto lícitas como ilícitas en un maremágnum difícilmente diferenciable.

El fin de la llamada Guerra Fría ha traído consigo también el fin del Servicio Militar Obligatorio, que se atenía a la propuesta del soldado-ciudadano formulada por Maquiavelo. Una propuesta, por otra parte, demasiado prematura para su época. Esto, unido al énfasis en la tecnología, ha provocado la vuelta de la milicia profesional y los ejércitos permanentes, aunque el Estado, al menos en Occidente, conserve el monopolio legítimo de la fuerza.

El Servicio Militar, bien llevado, era una excelente escuela de ciudadanía que dotaba de mayor legitimidad a la acción de los ejércitos e implicaba a la sociedad en la Defensa garantizando la conexión entre Fuerzas Armadas y sociedad, actuando de escuela y reforzando su base: “los hombres bien

⁷⁰ Félix Gilbert, *Op. Cit.*, p. 34.

⁷¹ Carl Von. Clausewitz, *De la guerra T II*, Ministerio de Defensa, 1999, p. 331.

disciplinados temen la ley, tanto armados como desarmados; y jamás causarán perturbaciones si no los provocan los jefes que se les da⁷².

Los problemas de ética y eficacia se mantienen aún sin ser plenamente resueltos pese a su acomodo a la realidad cultural; la dialéctica entre el fin y los medios permanece inalterada. La razón de Estado, tan íntimamente asociada a las políticas de poder y al realismo político, explícita o implícitamente, sigue vigente en lo fundamental, pero también su crítica. Freund, a propósito de un escrito schmittiano, decía que el drama del pensamiento de Maquiavelo es que acababa negando la autonomía de lo político.

Ni siquiera un juicio *a posteriori* sobre un hecho –el ejemplo que se ha dado respecto de la guerra con el llamado *ius post bellum*– puede ser la solución al paradigma ético que se plantea. Cuando a un líder de la China moderna le preguntaron su parecer sobre la Revolución Francesa consideró prematuro pronunciarse. La historia va trocando en cada época lo bueno en malo y viceversa.

El hombre, recordando a Protágoras de Abdera, es el eje y la medida de todas las cosas, eso aún no ha cambiado; y la verdad, es difícil que lo haga. Somos en todo demasiado humanos.

⁷² Maquiavelo, *El arte de la guerra. Obras políticas de Nicolás Maquiavelo, Op. Cit.*, p. 110 y ss.

Referencias bibliográficas:

- André Glucksmann, *El Discurso de la guerra.*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1969.
- Aníbal Villalba Fernández, “Evolución del pensamiento estratégico.” *Monografía del CESEDEN* núm 99/2003.
- Antonio Carro Martínez, *El Estado y las Fuerzas Armadas*. Colección informe. Disponible en: <http://www.mpr.gob.es/servicios/publicaciones/vol01/>
- Antonio Hermosa, *El Hombre tras los hechos*. Ediciones Universitarias Athenica, 2019.
- Benjamín R. Barber, *El imperio del miedo*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona., 2004.
- C.F. Friederich, *El Hombre y el gobierno.*, Madrid, Editorial Tecnos, 1968.
- Carl Von Clausewitz, *De la Guerra T.I y II*. Ministerio de Defensa, 1999.
- Carlos Ortiz, “Regulando Compañías Militares Privadas: Estados y el creciente negocio de la seguridad privada”, [en L. Assassi, D. Wigan and K. van der Pijl (eds). (2004). *Global Regulation. Managing Crises after the Imperial Turn.*, University of Sussex]
- Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.
- Charles Tilly (comp.), *Formation of national states in Western Europe*. Princeton University Press, EE. UU., 1975.
- Charles Tilly, *The formation of National states in Western. Europe* Princenton, Nueva Jersey, EE. UU., 1975.
- Charles-Philippe David, *La guerra y la paz*, Barcelona, Icaria, 2008.
- Edward N. Luttwak, *Parabellum*. Torrejón de Ardoz, Siglo XXI de España Editores, 2005.
- Ekaterina Stepanova, “Un patrón para el estudio de los conflictos armados”. [en VV. AA. (2008), *Una mirada al mundo del siglo XXI*. Ministerio de Defensa.]
- Enric Mallorquí- Rucadella (editor), *Política y Razón de Estado en las letras del Siglo de Oro*. Revista ehumanista, volumen núm. 31/2015.
- Federico Engels, *Temas militares.*, San Sebastián, Equipo Editorial S.A., 1968.
- Felipe Jiménez Pérez, “El materialismo y la Paz” en *El Catoblepas, Revista Crítica del presente*. Núm. 28/2004.
- Félix Gilbert, “Maquiavelo: El Renacimiento del Arte de la Guerra” [en Paret; Peter (Edit.). (1992). *Creadores de la Estrategia Moderna*, Madrid, Ministerio de Defensa]
- Gaston Bouthoul, *Tratado de Polemología*, Madrid. Ediciones Ejército, 1984.
- J.A. Fernández-Santamaría, *Juan Ginés de Sepúlveda: la guerra en el pensamiento político del Renacimiento.*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.

- J.J. Rousseau, *Escritos sobre la paz y la guerra*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982.
- Jesús Martínez Paricio, “Aproximación al planteamiento teórico del liderazgo estratégico”. *Documento de Trabajo del Instituto Español de Estudios Estratégicos*, 2020.
- Joanne B. Ciulla, *What is good leadership*. Work Papers Center for Public Leadership.
- José A. Pizarro Pizarro, *La guerra de Indochina punto de inflexión de la historia militar contemporánea*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2008.
- José Díaz de Villegas, *La guerra revolucionaria*, Madrid, Ediciones Europa, 1963.
- José Luis López-Aranguren, *Ética y Política*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1968.
- José María Tortosa Blasco, “La palabra terrorista” [en VV. AA. (2006). *Afrontar el terrorismo*. Gobierno de Aragón].
- Manuel César Arienza Fernández, *Transnacionalización y privatización de la Defensa*. Monografía IX Curso de Estado Mayor, 2008.
- Manuel Fraga Iribarne, *Guerra y conflicto social*, Madrid, Gráficas Uguina, 1962.
- Maquiavelo, *El arte de la guerra. Obras políticas de Nicolás Maquiavelo*. Ed. librería de la viuda de Hernando y Cia., 1895.
- El Príncipe*. Espasa-Calpe, (1999). *El Príncipe*. Madrid, Unidad Editorial, 1999.
- (1999). *El Príncipe*. Madrid, Editorial Millenium, 1999.
- (1993). *El Príncipe (Comentado por Napoleón Bonaparte)*. Madrid, Ed. Espasa Calpe,
- Mary Kaldor, *Las nuevas guerras*, Barcelona, Editorial Tusquets, 2001.
- Maurizio Viroli, *Nicolas Maquiavelo*. Tusquets Editores, 2004.
- Miguel Alonso Berro, “Los Estados fallidos” [en VV. AA. *Cuaderno de Estrategia núm. 120/2002*].
- OR7-004. *El Derecho de los Conflictos Armados*. Tomo III. Doctrina del Ejército de Tierra, noviembre, 2007.
- Walter Baguehot, *Phisic and Politics*. Beacon Press, Boston, 1956.
- Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.



Los intérpretes de Napoleón: guerra total y batalla decisiva

The Interpreters of Napoleon: Total War and Decisive Battle

José Pardo de Santayana¹

Coordinador de Investigación del Instituto Español de Estudios Estratégicos (España)

Recibido: **XX-XX-XX**

Aprobado: **XX-XX-XX**

Resumen

Tras las guerras napoleónicas aparecieron un conjunto de pensadores, los más destacados fueron Clausewitz y Jomini que permitieron que la estrategia naciera como ciencia. Napoleón asombró al mundo por su capacidad para, por medio de rápidas campañas ofensivas, imponerse a su enemigo en una batalla decisiva dirigida contra el grueso de las fuerzas opuestas. Acabado aquel periodo de continuas contiendas militares las condiciones para el ejercicio de la actividad militar cambiaron radicalmente. Frente a la capacidad destructora de las armas, la ofensiva perdió impulso y se imponían enormes esfuerzos organizativos para poner en pie unos ejércitos que habían crecido en volumen. Helmut von Moltke entendió la naturaleza de dicha transformación y fue capaz de vencer de nuevo por medio de unas batallas decisivas que parecían reafirmar los principios napoleónicos. Esta circunstancia impidió comprender la profundidad de la

¹ (jparygo@mde.es) El coronel José Pardo de Santayana es coordinador de investigación del Instituto Español de Estudios Estratégicos, miembro de número de la Fundación de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, miembro colaborador de la Academia de la Historia de Cuba y presidente de la Fundación Tomás Moro.

Ha sido profesor de Estrategia e Historia Militar de las escuelas de Estado Mayor y de Guerra del Ejército. Es autor del libro *Francisco de Longa, de guerrillero a general en la Guerra de la Independencia* y coautor de los libros *El conflicto de Afganistán* y *El conflicto de los Grandes lagos*.

En la actualidad está traduciendo del francés al español la obra en XIII volúmenes "Contribución a la historia de la Guerra de la Independencia de la Península Ibérica contra Napoleón I" de Jean Sarramon.

transformación que el fenómeno bélico estaba conociendo y llevó al estancamiento y la carnicería de la Primera Guerra Mundial.

Palabras-clave: Estrategia, Napoleón, Clausewitz, Moltke, guerra total, batalla decisiva.

Abstract

After the Napoleonic Wars, a set of thinkers appeared, the most prominent of which were Clausewitz and Jomini, who allowed the strategy to be born as science. Napoleon astonished the world by his ability to, through swift offensive campaigns, prevail against his enemy in a decisive battle directed against the bulk of the opposing forces. After that period of continuous military strife, the conditions for the exercise of military activity changed radically. In the face of the weapons' destructive capacity, the offensive lost momentum and huge organizational efforts were required to set up armies that had grown. Helmut von Moltke understood the nature of this transformation and was able to win again through decisive battles that seemed to reaffirm Napoleonic principles. This prevented understanding of the depth of the transformation that the war phenomenon was experiencing and led to the stagnation and carnage of World War I.

Key-words: Strategy, Napoleon, Clausewitz, Moltke, Total War, Decisive Battle.

Introducción

Todo el mundo ha oído hablar de Clausewitz, Napoleón es uno de los personajes más conocidos de la historia y Helmut von Moltke, aunque casi olvidado, ha sido probablemente el militar con mayor influencia en el desarrollo de la guerra moderna. Desde el siglo XIX, la estrategia como materia de estudio y reflexión ha conocido un desarrollo asombroso. Nos podríamos preguntar ¿a qué se debe todo esto? La respuesta a esta cuestión es uno de los capítulos más interesantes del estudio del fenómeno bélico.

Existe además un cierto romanticismo y hasta una marcada fascinación en torno a las guerras napoleónicas, las últimas guerras donde el guerrero heroico y el líder militar carismático encontraron un lugar de privilegio en la batalla. Apagado el tronar de los cañones empezó un nuevo periodo histórico donde el poder destructivo de las armas dio un giro de 180 grados al modo de hacer la guerra: una actividad presidida a partir de entonces por un modelo organizativo de inspiración industrial.

No obstante, entre la era napoleónica y la de las guerras mundiales pasó un siglo de paz interrumpido únicamente por un breve periodo de guerras limitadas en las que nació la estrategia como ciencia, pero donde el fenómeno bélico no llegó a volver a experimentarse en su dimensión totalizante. Los principios deducidos de aquel cuarto de siglo de continuo guerrear que siguió a la Revolución Francesa llegaron casi intactos al alborar del siglo XX.

El nacionalismo exacerbado, buenas dosis de militarismo y la rivalidad entre las potencias de aquellos años llevaron a las naciones europeas al borde del abismo. El hombre racional terminó perdiendo el control del instrumento militar y la guerra, como le pasó al aprendiz de brujo, adquirió una dinámica propia. La Primera Guerra Mundial supuso el fracaso más rotundo del arte militar y una tragedia de dimensiones bíblicas.

En un diálogo profundo con dicha hecatombe, la Segunda Guerra Mundial impulsó la acción bélica hasta su apogeo definitivo en un frenesí de barbarie y capacidad de superación humana. El arma nuclear, que hace su aparición al final de la segunda gran contienda, se ha ocupado de preservarlo. El enfrentamiento armado nunca volverá a recobrar aquel perfil de guerra total, esta podría desencadenar el empleo del arma nuclear, lo cual, a su vez, llevaría al apocalipsis.

Este capítulo pretende presentar la evolución del pensamiento estratégico desde el final de las guerras napoleónicas hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial. El centro de gravedad descansa en los principales pensadores y su interacción con la experiencia de la guerra para intentar comprender cómo una actividad intelectual tan fecunda pudo tener como resultado un fracaso tan atroz.

La actividad militar alcanza la madurez

Durante el siglo XVIII, se habían dado importantes avances en el arte militar y en las condiciones para el ejercicio de la actividad bélica: mejoras de las carreteras, generalización de la confección de planos más precisos, extensión de la educación que permitió un mayor empleo de ordenes escritas, mayor alcance, precisión y movilidad de la artillería, normalización de sus calibres, concienzuda formación de los oficiales, espíritu ilustrado, entre otros. Todo ello facilitó un importante progreso del modo de emplear la fuerza que llevaría a Guibert a decir: «Dejemos que aparezca, tiene que aparecer un gran genio. Se pondrá a cabeza de la máquina y le dará el impulso necesario»².

Francia, que había liderado a finales de dicho siglo la reflexión para el desarrollo del modo de hacer la guerra desde concepciones racionalistas,

² Antonio Martínez Teixidó, *Enciclopedia del Arte Militar*, Barcelona, Editorial Planeta, 2001, p. 183.

fundió el legado militar del antiguo régimen con dos importantes aportaciones de la Revolución Francesa: la pasión del emergente nacionalismo y la movilización en masa de Carnot. El gran ejército de ciudadanos en armas, identificado con la causa por la que se luchaba, sustituía al pequeño ejército profesional cohesionado por una férrea disciplina. La columna, mucho más maniobrera, se abría camino frente a la rígida línea. Con la división en cuerpos de ejército de la nueva orgánica imperial, la *Grande Armée* pudo maniobrar por rutas separadas para concentrarse en el lugar designado o acudir al ruido del cañón. Liberadas de la tiranía de la logística, las fuerzas napoleónicas, que se suministraban sobre el terreno, ganaron movilidad y profundidad en sus maniobras. La formidable maquinaria militar en manos del emperador de los franceses entraba en acción antes de que sus oponentes pudieran reaccionar e incluso antes de que siquiera entendieran lo que estaba ocurriendo. El gran corso llegó a cimentar su imperio sobre los mitos de invencibilidad y de liberador de los pueblos.

Ocultando sus intenciones con la fuerza extendida en amplio despliegue y a cubierto de una barrera natural, Napoleón lanzaba una operación rápida que buscaba el envolvimiento del enemigo o la ruptura de su frente. Una vez sorprendido su enemigo y sin capacidad para escapar de la trampa, el general Bonaparte forzaba una batalla decisiva contra el grueso de la fuerza oponente. Con la capital de su víctima a su merced, el emperador dictaba las condiciones de paz y, en unos pocos meses, había conseguido cambiar el mapa de Europa. Tanto la guerra como la batalla se habían vuelto resolutivas, poniendo toda la energía de la sociedad al servicio de la causa bélica.

Con el tiempo, los enemigos del intempestivo Bonaparte aprendieron un nuevo estilo de hacer la guerra, transformaron sus ejércitos según el patrón francés y lo derrotaron. En el Congreso de Viena restauraron el antiguo régimen. No obstante, las fuerzas que la revolución política y social había liberado, combinadas con las capacidades materiales que la Revolución Industrial había propiciado, transformaron para siempre las dinámicas militares.

El periodo de guerras tan intenso y prolongado que se extendió desde la Revolución Francesa (1789) hasta el ocaso de Napoleón (1815) permitió un análisis sistemático del fenómeno bélico y dio lugar a la aparición de una serie de teóricos de la guerra que hicieron nacer el pensamiento estratégico como ciencia. Las dos figuras señeras fueron Jomini y Clausewitz, ambos fueron testigos y participaron de forma directa en aquella formidable aventura militar.

Jomini

Antoine-Henri Jomini nació en Suiza en 1779. Con 19 años abandonó lo que podría haber sido una brillante carrera comercial para dedicar los siguientes 70 años primero al ejercicio y después al estudio de las operaciones militares. Con el fin de dar al estudio de la guerra el carácter de «científico», redujo su estudio a la «estrategia operativa». Su concepción general sobre la problemática del fenómeno bélico, abstrayéndole de su contexto político y social, dando énfasis al proceso de la toma de decisiones y a los resultados operativos, convirtió la guerra en un enorme juego de ajedrez³, lo que se ha dado a conocer como el álgebra de la acción.

Su sistematización de la lógica que pone en relación cantidad de fuerzas, recursos disponibles, teatro militar, posiciones relativas y liderazgo militar permitió poner las bases para el desarrollo de los estudios estratégicos.

Su obra más importante es el *Compendio del arte de la guerra* (1838). Su trascendencia radica en que proporcionó una nueva nomenclatura estratégica que, unido a su principio fundamental del arte de la guerra: escoger y coordinar la maniobra que conduzca al punto decisivo, han constituido el fundamento en las concepciones estratégicas del siglo XIX⁴. Junto con él aparecieron otros pensadores como el duque de Ragusa y Wilhelm von Willissen que siguieron una línea de pensamiento similar.

El modo napoleónico de abordar las operaciones quedó plasmado en todos los tratados de la época, lo que se tradujo en la superioridad de la ofensiva y en la estrategia de la acción directa que busca la destrucción del grueso de la fuerza enemiga por medio de una operación rápida culminada por una gran batalla decisiva. El alma del ejército residía en el liderazgo del general en jefe que debía tanto movilizar las energías necesarias como concebir las operaciones.

Clausewitz

Carl von Clausewitz nació en el ducado de Magdeburgo (reino de Prusia) en 1780. Aunque contemporáneo de Jomini, tardó más en darse a conocer. Se alistó en el Ejército prusiano a la edad de 12 años. Tuvo una activa participación en las guerras de aquella época. Fue colaborador cercano de los grandes reformadores militares prusianos von Scharnhorst y von Gneisenau. Ambos, de procedencia hanoveriana y austriaca,

³ John Shy, "Jomini", *Creadores de la estrategia moderna: desde Maquiavelo a la era nuclear*, obra coordinada por Peter Paret, Madrid, Ministerio de Defensa, 1991, pp. 157-158.

⁴ Antonio Martínez Teixidó, op. cit., p. 199.

son considerados los mayores genios militares de la época después de Napoleón⁵.

Clausewitz gozó de la amistad y tutela de ambos reformadores y de una amplia formación intelectual, en gran parte autodidacta. Desde 1818, cuando fue ascendido a mayor general, hasta 1830 fue director de la academia militar prusiana donde estudió Helmut von Moltke, que fue quien le daría a conocer varias décadas después.

Tras su muerte, su mujer publicó, en 1832, los manuscritos inacabados de su obra más importante. *Von Kriege* («De la guerra») se convertiría en un tratado de referencia obligada. A lo largo de ocho volúmenes analiza el fenómeno de la guerra, desde su planteamiento y motivaciones hasta su ejecución, abarcando los aspectos logísticos, tácticos, operativos y estratégicos. Pero, por encima de todo ello, lo que le hace tan relevante es su enfoque filosófico. El idear esquemas estratégicos y nuevas tácticas le interesaban mucho menos que identificar los elementos permanentes de la guerra y llegar a comprender los mecanismos que rigen su funcionamiento⁶.

Para Clausewitz, la guerra no es un acto autónomo o aislado, sino esencialmente un acto de carácter político, de donde deriva su racionalidad. En su concepción, entran en juego además los otros dos elementos de la guerra: violencia y pasión y el juego de incertidumbre, oportunidad y probabilidad. La pasión interesa especialmente al pueblo; el juego, oportunidad y probabilidad, al comandante en jefe y a su ejército, y la razón política, solamente al gobierno, formando lo que designó como una «trinidad» inseparable⁷.

La lógica de la acción, donde el que más se empeña lleva la ventaja, impulsa el fenómeno bélico hacia la guerra total. Esta tendencia puede ser moderada por razones políticas, pensaba Clausewitz, pero no por ello dejaba de ser un elemento vertebrador de la dinámica guerrera.

El pensamiento estratégico del militar prusiano sigue vigente para comprender el fenómeno bélico en toda su complejidad.

Trasmisión de los principios napoleónicos

Después de silenciarse los caños de las batallas napoleónicas devino un gran periodo de paz, lo que produjo un estancamiento del desarrollo de la teoría militar la cual perdió contacto con la realidad bélica en profunda

⁵ Hajo Holborn, “Moltke and Schlieffen: The Prussian-German School”, *Makers of Modern Strategy*, obra editada por Edward Mead earle, Princeton University Press, 1971, p. 173.

⁶ Peter Paret, “Clausewitz”, *Creadores de la estrategia moderna: desde Maquiavelo a la era nuclear*, obra coordinada por Peter Paret, Madrid, Ministerio de Defensa, 1991, p. 200.

⁷ *Ibidem*, p. 2012.

transformación⁸. La Revolución Industrial empezó a cambiar la capacidad del hombre para producir, para trasladarse y para modificar su entorno. La máquina sustituyó al esfuerzo de hombres y animales. Todas las dimensiones de la actividad humana se expandieron. La producción en masa de las fábricas encontró su analogía en la capacidad de destrucción en masa de las armas y en la capacidad para movilizar mayores cantidades de recursos humanos y materiales para la actividad militar.

Los padres de la estrategia como ciencia, en vez de dotar a las mentes de recursos intelectuales para entender la revolución militar que estaba ocurriendo, ejercieron paradójicamente el efecto contrario. Los expertos militares a los que formaron estaban preparados para combatir una guerra del pasado con unos principios en gran parte superados por los avances tecnológicos y sociales. El pensamiento clausewitziano, gracias a su dimensión más filosófica, estaba menos anclado a las circunstancias de un tiempo determinado, pero todavía no se había dado a conocer.

Cuando los ejércitos se volvieron a enfrentar a mediados del siglo XIX, la guerra presentó un perfil mucho menos heroico, más desordenado y con mayores índices de mortalidad. Parecía que sin la experiencia de la guerra no hubieran podido nacer verdaderos generales. El romanticismo de la guerra se había esfumado definitivamente. En dicho contexto de confusión, hubo un general prusiano que se adelantó a los demás y entendió que la guerra había adquirido una nueva dimensión y que únicamente podía ser abordada con un cambio de naturaleza conceptual y organizativa. ¡Había nacido el nuevo modelo militar de la era industrial!

Moltke

Helmut von Moltke nació en 1800 en el ducado de Holstein (entonces feudo del rey de Dinamarca) en el seno de una familia prusiana. Con 11 años ingresó en la escuela de cadetes de Copenhague. 11 años después pasó al Ejército prusiano donde se convirtió en alumno aventajado de la Escuela General de Guerra de Berlín. Su inteligencia y discreción, así como su exactitud y pulcritud en el servicio, le abrieron las puertas de la corte.

Tuvo ocasión de observar en persona la evolución que estaba sufriendo la guerra como consecuencia tanto del crecimiento de los ejércitos como de los efectos cada más destructivos de las nuevas armas. Dedicó mucho tiempo al estudio, a escribir sobre historia militar y a la confección de mapas, pero hasta la última etapa de su vida militar no tuvo experiencia ni en combate ni en el mando de tropas.

⁸ Stefan T. Possony y Etienne Mantoux, "The French School", *Makers of Modern Strategy*, obra editada por Edward Mead Earle, Princeton University Press, 1971, p. 206.

Fue ayudante del príncipe Federico Guillermo y, en 1857, el rey Guillermo I le nombró jefe del Estado Mayor del Ejército prusiano. Dirigió las fuerzas prusianas en las guerras de los Ducados de 1864, austro-prusiana de 1866 y franco-prusiana de 1870-71.

Los éxitos obtenidos en dichas campañas asombraron al mundo. Cuando fue preguntado sobre las principales obras que le habían servido de inspiración citó, entre otras, *Vom Kriege* de Clausewitz, lo que sacó a este último del anonimato. Los principales ejércitos del mundo empezaron a estudiar las campañas de Moltke, aunque sacaron de ellas conclusiones en parte equivocadas.

Moltke nunca pretendió establecer una teoría sobre la guerra. Su enfoque, en consonancia con el pensamiento filosófico dominante, era positivista y no consideraba que hubiera principios que determinaran el arte de la guerra. Se centraba en hacer planes militares para distintas campañas potenciales y pensaba que cada circunstancia dictaba un modelo de respuestas distinto, manteniendo una gran flexibilidad y una destacada apertura de miras⁹.

El punto de partida de su reflexión era la observación de que el volumen de los ejércitos ya no permitía reunirlos antes de dar la batalla, dado que esto los inmovilizaría. Había pues que dividir la fuerza en distintos ejércitos que habían de marchar por separado para converger sobre el grueso del enemigo en el mismo campo de batalla. El general en jefe, buscando siempre mantener la iniciativa, debía conducir dichos ejércitos indicando la dirección de su avance, de ahí el término directiva. El ferrocarril y el telégrafo jugaban un papel clave para el despliegue, abastecimiento y sistema de comunicación de los ejércitos.

La principal diferencia con el modo de actuar de los otros líderes militares de su tiempo es que preparaba la ejecución del plan hasta el más mínimo detalle de modo que, al iniciarse la guerra, únicamente tenían que distribuirse las órdenes ya elaboradas y esperar hasta el primer encuentro. Esto dio lugar a un formidable sistema de movilización más ordenado y rápido que lo conocido hasta entonces. Para llevar a cabo este nuevo modo de hacer la guerra, el general prusiano conformó el Estado Mayor a su medida: capaz de preparar minuciosos planes y ejecutar la voluntad del jefe durante las operaciones.

Una de sus pocas máximas era que no hay plan que sobreviva al primer choque con el enemigo, por lo que a partir de dicho momento el general en jefe tenía que guiar los ejércitos por directivas para buscar una resolución favorable. Dada la fortaleza que la defensa de una línea estaba adquiriendo, la forma preferida de abordar una formación enemiga era el envolvimiento, lo que daba la ventaja al que era capaz de reforzar más rápidamente la fuerza empeñada. Para Moltke, la actitud ofensiva o defensiva vendría impuesta por las circunstancias, en principio, no era partidario de una u otra.

⁹ Hajo Holborn, op. cit, p. 185.

La movilidad de los ejércitos que marchaban por separado, la agilidad del sistema de directivas y la ordenada y rápida movilización permitieron a Moltke superar a sus enemigos en poco tiempo por medio de grandes batallas envolventes que resultaron decisivas. La victoria se producía antes de que sus oponentes hubieran tenido tiempo de tomar el control de la situación. Todo hacía pensar que se trataba de una réplica de la forma napoleónica de hacer la guerra.

La experiencia de la Guerra de Secesión norteamericana (1861-1865), donde hubo más simetría en el modo de emplear la fuerza, mostró lo contrario: tendencia al estancamiento, poder de las fortificaciones, fracaso del ataque frontal, importancia del poder industrial, entre otras cuestiones. Las potencias europeas despreciaron las lecciones aprendidas de dicha guerra. Con sus campañas rápidas y sus batallas decisivas, Moltke había creado un espejismo, posible únicamente porque había entendido cómo estaba cambiando la guerra y los demás no. Cuando esa ventaja desapareció, porque los demás ejércitos adoptaron el modelo de movilización prusiano, reaparecería la tendencia al estancamiento de las operaciones militares. No obstante, hubo que esperar varias décadas porque, tras la guerra franco-prusiana, la paz volvió a reinar en Europa.

El camino hacia las trincheras, el barro y el fracaso del arte de la guerra

Después de los repetidos éxitos del general prusiano, los ejércitos europeos adoptaron lo que se interpretó como el modelo prusiano, una reencarnación de los principios napoleónicos adaptados a las nuevas circunstancias del progreso¹⁰, creyendo que iban a conseguir también los resultados obtenidos por Moltke y Bonaparte: una rápida campaña concluida por una gran batalla decisiva. Para salir victorioso, había que poner todo el énfasis en el proceso de movilización. Quien movilizara antes más tropas ganaría la guerra. Como Moltke había vencido también en todas sus campañas por medio de operaciones ofensivas, la actitud ofensiva se reafirmó como la forma superior de hacer la guerra.

Los Estados Mayores empezaron a preparar planes para lanzar a la batalla grandes masas de tropas, las necesidades de dichos planes condicionaron la estrategia, la diplomacia se acomodó a las exigencias militares, la rigidez de los mecanismos de movilización y la falta de planes alternativos dejó sin margen de maniobra a los gobiernos¹¹.

¹⁰ Gunther E. Rothenberg, "Moltke, Schlieffen y la Doctrina del envolvimiento Estratégico", *Creadores de la estrategia moderna: desde Maquiavelo a la era nuclear*, obra coordinada por Peter Paret, Madrid, Ministerio de Defensa, 1991, p. 313.

¹¹ *The Great War*, editado por Thomas E. Griess, the Wets Point Military History Series, New

La expansión colonial y las categorías neodarwinistas dieron al enfrentamiento geopolítico una mística supremacista y belicista. El sistema de alianzas, previsto para evitar la guerra, vinculó la suerte de unas naciones y otras. Durante los años de la «paz armada», todas las potencias se empeñaron a fondo por mejorar sus capacidades militares. El militarismo y el extremo nacionalismo empujaron a las naciones hasta el umbral de la guerra.

Un acontecimiento tangencial en Sarajevo encendió la mecha. Pensando que la guerra duraría poco y que se resolvería por medio de una gran batalla, los gobiernos y los Estados Mayores se vieron atenazados por la prisa y la ansiedad. La falta de conciencia de las dimensiones que la contienda iba a alcanzar impidió que se crearan mecanismos de freno suficientemente sólidos. El 30 de julio de 1814, el zar Nicolás II dio la orden de movilización general, cinco días después la Gran Guerra ya había arrastrado hacia sí a las principales potencias. Los jóvenes acudieron prestos a los banderines de enganche. ¡No querían llegar tarde a la batalla decisiva! La gran tragedia se inició sin que Europa supiera que se dirigía a su autoinmolación.

La Primera Guerra Mundial representa el fracaso del pensamiento estratégico. ¡Qué paradoja que haya sido el resultado de un esfuerzo intelectual tan prodigioso!

Los éxitos militares tienden a ser imitados en las siguientes guerras. Recientemente, hemos visto cómo los EE. UU. se han dejado arrastrar por el espejismo de la victoria en la Revolución de Asuntos Militares. La experiencia enseña que cada guerra es distinta y debe ser combatida con nuevos principios que se adapten a las condiciones estratégicas específicas. Además, las pasiones y los laberintos que las guerras propician producen fenómenos muchas veces contraproducentes e imprevisibles. El pensamiento estratégico debe ser crítico, incisivo y prudente, siempre necesitado de un buena dosis de sabiduría.

Conclusión

Cuando la reflexión militar llevada a cabo en el siglo XVIII — especialmente por Francia—, incorporada a las profundas transformaciones que produjo la Revolución Francesa que impulsó el enfrentamiento militar hasta la guerra total, cayó en manos además de un genio como Napoleón, se produjo un momento prolongado de apogeo del arte militar. Este terreno fértil permitió que germinara el estudio de las cuestiones estratégicas como ciencia.

De todos los pensadores estratégicos de su tiempo, Jomini fue el más influyente. Este, al igual que la mayoría, puso el énfasis en encontrar las claves del arte de las operaciones militares, lo que se conoce como el álgebra

Jersey, Avery Publishing Group, 1986, pp. 13-18.

de la acción. Clausewitz escogió un enfoque mucho más filosófico, pero tardó demasiado en darse a conocer. Se dio además la circunstancia de que acabadas las guerras napoleónicas se produjo un prolongado periodo de paz, al tiempo que la Revolución Industrial transformaba profundamente la actividad humana en su conjunto, incluido el fenómeno bélico.

La sistematización del pensamiento militar facilitó que los principios de la era napoleónica arraigaran en la profesión de las armas. Cuando, a mediados del siglo XIX, los ejércitos tuvieron serias dificultades para adaptarse a las nuevas circunstancias, surgió un nuevo genio, Moltke, quien reflexionó serenamente sobre el proceso que se estaba produciendo y fue capaz de dar una respuesta organizativa y operativa a la guerra de la era industrial.

A pesar de que el nuevo entorno operativo tendía a reforzar la defensiva y al estancamiento operativo, la superioridad organizativa e intelectual de Moltke permitió obtener la victoria por medio de campañas rápidas culminadas por un gran batalla decisiva, según el modelo napoleónico. Por entonces, se descubrió también a Clausewitz que fue citado por el general prusiano como una de sus lecturas de cabecera.

Se establecieron una serie de dogmas militares que dinamizaron y falsearon al mismo tiempo la realidad del fenómeno bélico. El proceso de movilización de los ejércitos se convirtió en la esencia del planeamiento militar. Se pensaba que el que movilizara primero contaría con una enorme ventaja para disputar la batalla decisiva que había de producirse en unas pocas semanas. Todo dependía de unos planes minuciosos que se imponían por encima de importantes consideraciones de toda índole. Había que ganar la batalla a cualquier precio, el resultado de la guerra dependía de ello. La mentalidad ofensiva, que había quedado bendecida tanto por Napoleón como por Moltke, aunque este último nunca fuera de aquella opinión, condicionaba los enfoques estratégicos.

Ignorando el abismo al que Europa se estaba acercando, las potencias de entonces se dejaron arrastrar por el interés geopolítico y la pasión del nacionalismo. La Primera Guerra Mundial puso todo en su sitio y dio a conocer la espantosa dimensión que la guerra estaba adquiriendo. Es verdaderamente paradójico que un siglo después de haber nacido la estrategia como ciencia, el arte militar llegara a tocar fondo de una manera tan dolorosa y autodestructiva.

Nuestro tiempo se enfrenta de nuevo a una revolución estratégica, esta vez como consecuencia del profundo reordenamiento del orden internacional. No deberíamos olvidar las grandes lecciones que las guerras enseñan al precio de enorme destrucción y sufrimiento.

Referencias bibliográficas:

Antonio Martínez Teixidó, *Enciclopedia del Arte Militar*, Barcelona, Editorial Planeta, 2001.

Edward Mead Earle, *Makers of Modern Strategy*, Princeton University Press, 1971.

Peter Paret, *Creadores de la estrategia moderna: desde Maquiavelo a la era nuclear*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1991.

Thomas E. Griess, *The Great War*, the Wets Point Military History Series, New Jersey, Avery Publishing Group, 1986.

Thomas E. Griess, *The Wars of Napoleon*, the Wets Point Military History Series, New Jersey, Avery Publishing Group, 1984.

Estrategia y geografía: la geoestrategia

Strategy and Geography: Geostrategy

José Luis Pontijas Calderón¹

Analista de Seguridad Euroatlántica en el Instituto Español de Estudios Estratégicos (España)

Recibido: **XX-XX-XX**

Aprobado: **XX-XX-XX**

Resumen

El avance científico y tecnológico puede llevar a la falsa conclusión de que la geografía ya no es la limitación que siempre supuso. Pero a pesar de los avances tecnológicos, la realidad física impone obstinadamente su realidad, agregando otra capa de complejidad al análisis de la geopolítica convencional.

A lo largo de este estudio veremos como la evolución de la interpretación de la geografía ha afectado a la concepción estratégica que las comunidades humanas han obtenido de ella. Para ello, comenzaremos en los clásicos, para analizar a continuación a las interpretaciones geoestratégicas terrestre, naval y aérea (a través de las figuras que configuran las principales referencias mundiales), dando

¹ (jpolcal@oc.mde.es) El coronel José Luis Pontijas Calderón nació en Madrid, el 2 de mayo de 1959, es coronel de Artillería, diplomado de Estado Mayor, experto en Relaciones Internacionales con destinos relacionados en el Estado Mayor conjunto, la Dirección General de Política de Defensa, Estado Mayor del Eurocuerpo, (Estrasburgo, Francia), División de Planes, Sección de Asuntos Internacionales (Estado Mayor del Ejército), Sección de Conceptos y Estrategia del Estado Mayor Militar, del Servicio Exterior de la Unión Europea (Bruselas).

Es doctor en Economía Aplicada, por la Universidad Alcalá de Henares (sobresaliente cum laude), posee un diploma universitario en Paz, Seguridad y Resolución de Conflictos, (Instituto Universitario Gutiérrez Mellado), el curso de Altos Estudios Internacionales (Sociedad de Estudios Internacionales del Centro Superior de Investigaciones Científicas), Curso Superior en Política Común de Seguridad y Defensa (European Defence College, Bruselas) y los niveles superiores de los idiomas Inglés y Francés (4.4.4.4 en ambos idiomas, según STANAG OTAN).

Actualmente, es analista responsable del área euroatlántica en el Instituto Español de Estudios Estratégicos (Centro Superior de Estudios de la Defensa) desde 2017.

Recibió el 1er Premio Revista Ejército 2011 por su artículo “Fin del cuento de hadas: el regreso de la geopolítica de poder” y es profesor de Geopolítica y Estrategia en el máster universitario en Geopolítica y Estudios Estratégicos, Universidad Carlos III (Madrid). Ha publicado recientemente *El Brexit y sus implicaciones para la seguridad y la defensa* (disponible en: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_trabajo/2019/DIEEET02-2019Brexit.pdf) y *El ocaso del orden liberal* (disponible en: <https://ejercito.defensa.gob.es/Galerias/multimedia/revista-ejercito/articulos/documento.pdf>).

alguna pincelada sobre el espacio exterior y el ciberespacio, finalizando con unas conclusiones.

Palabras-clave: Geografía, geopolítica, estrategia, historia.

Abstract

Scientific and technological progress can lead to the false conclusion that geography is no longer the limitation that it always meant. But despite technological advances, physical reality stubbornly imposes its reality, adding another layer of complexity to the analysis of conventional geopolitics.

Throughout this study we will see how the evolution of the interpretation of geography has affected the strategic interpretation that human communities have obtained from it. To do this, we will begin in the classics, to analyze next the terrestrial, naval and air geostrategic interpretations (through the figures that make up the main world references), giving some brushstroke on outer space and cyberspace, ending with conclusions.

Key-words: Geography, Geopolitics, Strategy, History.

«Nuestro mundo está dividido políticamente. Está dividido porque el hombre lo quiere y porque la naturaleza refuerza este deseo». Con esta frase comenzaba el estudio que Saul Bernard Cohen realizaba sobre la situación política mundial, al comienzo de la última década de la Guerra Fría². En dicho trabajo, la Geografía (la ciencia) y la evolución de su interpretación política por parte de la humanidad, la geopolítica, jugaban un papel fundamental. Un papel que todavía siguen jugando, porque el medio geográfico y su relación con la política internacional es la esencia del análisis geopolítico.

Efectivamente, la geografía es un medio que nos ayuda a comprender la realidad política internacional desde una perspectiva elevada. Conflictos internacionales e intra-Estado, crisis, acontecimientos y decisiones trascendentes solo pueden explicarse si se tiene plena conciencia de las esperanzas, temores y prejuicios generados a través de la historia y de cómo son definidos por el entorno físico (la geografía) donde se desenvuelven los seres humanos, los Estados y las entidades.

Los Estados se definen territorialmente y los actores que deciden su comportamiento estratégico se ven obligados a hacerlo en un espacio geográfico. Pero los seres humanos se comportan a menudo basándose en hechos subjetivos —lo que creen que es posible— y cuando menosprecian

² Saul B. Cohen, *Geografía y Política en un mundo dividido*, Ediciones Ejército, 1980, p. 23.

el hecho geográfico crean mapas mentales donde confunden lo deseable con lo posible, lo que se denomina como la «geografía de la imaginación», desembocando en políticas que generan estrategias erróneas. ¿Consideraron suficientemente los Estados Unidos y sus aliados las enormes restricciones que el terreno y el clima imponían en Vietnam o Afganistán? ¿Su fracaso se debió a la incompetencia militar a nivel táctico o a las restricciones que la geografía impuso sobre su diseño estratégico? ¿O fue el factor humano el determinante, sabiendo sacar partido de las imposiciones del medio geográfico? Así pues, los contextos geográficos tuvieron —y siguen teniendo— una enorme importancia para las elecciones políticas y, consecuentemente, las estratégicas, aunque evidentemente no basten para explicar el devenir histórico. Pero a menudo, sin caer en el determinismo, el ámbito estratégico se ve seriamente limitado por el contexto geográfico, es decir, la estrategia debe definirse contando con el factor geográfico, convirtiéndose así en geoestrategia.

La ubicación de un Estado determina su identidad, la de sus vecinos y sus relaciones espaciales con cualquier otra entidad estatal y no estatal del planeta. Es un hecho estratégico que los vecinos tienden a ser adversarios, mientras que los más distantes, tienden a ser aliados, ya que es probable que compartan hostilidad hacia el/los Estado/s situado/s entre ellos. Además, la proximidad geográfica entre una potencia expansionista y un país confiado en las virtualidades de la protección global contribuirá en muy pocos años a la declaración del espacio como posible zona de guerra, cualesquiera que sean las ideologías subyacentes en ambas partes³. Todos los Estados tienen narrativas históricas estratégicas que reflejan una historia mixta de conflicto y cooperación con otros Estados, donde la habilidad en el arte de gobernar y las estrategias adoptadas han sido determinantes. Pero las implicaciones percibidas por la ubicación geográfica probablemente cuentan más. Estados Unidos ha disfrutado de una posición de seguridad privilegiada, mientras que Rusia ha sentido tradicionalmente la necesidad de buscar la seguridad mediante la expansión para controlar sus regiones periféricas.

Pero antes de continuar argumentando porqué la geografía continúa siendo importante para la estrategia, debemos establecer la relación entre la primera y las relaciones internacionales, ya que estas últimas son el marco que explicita la práctica de la estrategia. En este sentido, la citada relación puede ser analizada desde tres puntos de vista.

El primero es la geografía como objetivo de la política que desarrollan los estados, en el ejercicio del control sobre «sus territorios» (incluyendo los ámbitos marítimos, terrestres, aéreos, espaciales y cibernéticos sobre los que su presencia es, o pretende ser, asertiva y reguladora). En tanto en cuanto un Estado ejerce, o intenta ejercer, control sobre «sus territorios», dicho control

³ Miguel Alonso Baquer, *¿En qué consiste la estrategia?*, Ministerio de Defensa, 2000, p. 81.

puede ser discutido por otro u otros Estados e incluso por actores no estatales (organizaciones terroristas y/o criminales, movimientos radicales, consorcios empresariales, individuos empoderados, etc.), resultando en motivo de conflicto, confrontación o crisis. Así, la función primaria de un Estado sería asegurar su control indiscutido sobre lo que considera sus territorios, incluyendo de manera muy especial la defensa y control de sus fronteras. Todo ello tiene un sentido eminentemente geográfico, por lo que la principal característica común a todos los Estados que componen el sistema internacional es que precisamente tienen una base territorial, es decir, geográfica. En cada territorio, con muy pocas excepciones (se me ocurre aquí citar a Andorra), es únicamente un Estado quien representa la autoridad y ejerce su control ante el concierto internacional. Así, la geografía es el marco fundamental de las relaciones políticas internacionales, como lo es el tablero para el juego del ajedrez y sin el cual su interpretación resultaría inútil.

El segundo punto de vista incluiría el «ambiente», entendido como sus características climáticas, fauna, flora y tipo de terreno, así como las históricas, que incluyen a su vez, las culturales. Dentro de las características históricas es importante tener en cuenta el método diseñado por la Escuela de los Annales que analiza el ambiente geográfico de una región a través de las corrientes históricas de larga duración que actúan (llevan actuando) en la misma. Esta perspectiva fue desarrollada por el historiador francés Ferdinand Braudel⁴. En esencia, la larga duración es una estructura geográfico-histórica que opera en una región determinada, que el transcurso del tiempo altera muy poco y que coexiste simultáneamente con otros dos niveles temporales: la coyuntura o nivel de tiempo histórico intermedio en el que se producen hechos históricos que producen cambios profundos de duración media (procesos económicos o revoluciones que rara vez exceden dos generaciones) y los eventos o tiempo en el que se producen los acontecimientos puntuales de corta duración que marcan el día a día. Este enfoque facilita el estudio de las sociedades (entes políticos) y su evolución a través del marco espacial territorial, es decir, geográfico.

En tercer lugar, estaría la interpretación de la geografía como el escenario para la acción militar o, dicho de otra manera, para el desarrollo de la estrategia militar. En este caso, es importante notar que esta perspectiva es mucho más simplificada y lineal. Si bien para el político y el militar —los actores estratégicos por excelencia— el ambiente forma parte de los elementos para tener en cuenta durante el planeamiento y la ejecución, flora, fauna, clima, terreno y tiempo histórico son solo considerados si pueden tener influencia o aprovechamiento en la consecución de los objetivos que se han fijado estratégicamente.

⁴ Ferdinand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Ed. FCE, 1976.

Esta última perspectiva, estudiar la geografía como el teatro para la acción estratégica, puede ser trazada desde la Antigüedad hasta nuestros días y su evolución ha ido abarcando aspectos cada vez más amplios y complejos.

El enfoque de los clásicos

La geografía ha formado parte de las cuestiones que ya desde la Antigüedad han llamado la atención de los autores clásicos que han analizado y teorizado sobre el fenómeno de la guerra. Un referente en Asia sigue siendo Sun-Tzu, que escribió del 400 al 320 a.C. Para él, la geografía era el escenario de la acción, la batalla, así que debe ser simplificada y esquematizada para su mejor comprensión y uso: «*El terreno debe ser clasificado según su naturaleza como accesible, amenazante, intrusivo, constringente, restrictivo, escarpado y distante, etc., la configuración del terreno es de la mayor importancia en combate. Por lo tanto, estimar la situación del enemigo y calcular las distancias y el grado de dificultad del terreno para obtener la victoria, son las virtudes del buen general. Aquel que combate con el total conocimiento de estos factores ganará sin duda; aquél que no lo hace, será derrotado con toda seguridad*»⁵.

Resulta curioso que sus ideas sean comparables a las de pensadores europeos del siglo XIX, como Clausewitz y Jomini⁶.

Entre los occidentales, podríamos remontarnos a Aristóteles, quien sostenía que el dominio de los griegos sobre otros pueblos del norte y del sur fue posible por su situación en la zona templada de la Tierra⁷ (una idea que luego Mackinder desarrollará, como veremos más adelante). Pero quizá deberíamos comenzar por el griego Heródoto⁸, nacido hacia el 485 a.C., quien se considera el primer historiador conocido. Lo que caracteriza su obra histórica sobre las guerras médicas (entre griegos y persas) es que las decisiones de los hombres se relatan siempre inmersas en el escenario geográfico en el que se desenvuelven. Es importante recordar que, para el hombre de la época, el entorno geográfico era percibido de una forma e intensidad muy distinta a cómo lo percibimos nosotros y al que atribuían cualidades sobrenaturales. Esto le hacía profesar un profundo respeto hacia la naturaleza circundante por lo amenazante, hostil, letal e impredecible. El mundo estaba tan poco poblado que el hombre todavía no la había abarcado, por lo que el hecho religioso y mítico iba ligado al geográfico, donde moraban dioses y monstruos que interactuaban con él. Al hombre moderno, que desconoce esta relación, le resulta difícil interpretar

⁵ Sun Tzu, *El arte de la guerra*.

⁶ Colin S. Gray, *War, Peace and International Relations*, Ed. Ed. London & New York: Routledge, 2007, p. 21.

⁷ Aristóteles, *Política*, vol. VII.

⁸ Heródoto, *Los nueve libros de la Historia*.

la importancia del hecho mítico-religioso cuando está íntimamente ligado al geográfico, lo que le lleva a considerar posible lo que en realidad resulta muy difícil (geografía de la imaginación); y así es cómo se introduce en complejos laberintos geoestratégicos de muy difícil salida.

Si bien la obra de Heródoto concede primordial relevancia a las intrigas humanas, estas se desarrollan en el marco geográfico donde los elementos imponen su ley (tempestades, lluvias torrenciales, calores agobiantes, distancias enormes, montañas de difícil progresión, pasos obligados, puntos dominantes del terreno, etc.). En ella, la acción humana se impone o fracasa, pero goza de cierto control sobre su destino, matizado por la voluntad de los dioses, quienes podrían ser interpretados como el factor que el azar siempre juega en las empresas humanas.

Pero será el ateniense Tucídides, su sucesor, quien dando un paso espectacular en la modernidad de su método (altamente influenciado por el racionalismo escéptico de sofistas e hipocráticos)⁹, elabore una explicación racional de los acontecimientos, eliminando los aspectos mítico-religiosos del relato histórico. Tucídides conserva, e incluso acrecienta, el papel jugado por la geografía en el devenir estratégico y sobre todo táctico de su relato sobre la guerra del Peloponeso. Su enfoque es especialmente valioso al ser partícipe de los hechos que relata, ya que llegó a actuar como almirante de la flota ateniense frente al espartano Brasidas, cuando este último tomó Anfípolis (424 a.C.), derrota cuya responsabilidad le valió el destierro. En su estilo, llano y descriptivo, relata con gran precisión cronológica los hechos, en una búsqueda de la verdad con escasas concesiones, proporcionando hasta los mínimos detalles de estos, incluyendo la toponimia y la descripción geográfica de los lugares. Así pues, la geografía juega un papel muy importante y sin el cual la comprensión de los acontecimientos resultaría muy difícil.

El avance de Tucídides fue de gigante, ya que pasó de los patrones morales y religiosos, a los sociales, políticos y geográficos. Podemos afirmar que fue el primer historiador que, apreciando la exactitud y la objetividad del relato histórico, lo condicionó por la geografía. Los grandes historiadores que vinieron después (Jenofonte, César, Tácito, etc.) no añadieron nada en términos técnicos al método historiográfico del ateniense, donde la geografía era el escenario en el que la guerra, con sus decisiones estratégicas, campañas y batallas, se desarrollaban cronológicamente. Así pues, la visión geopolítica se limitaba a la extensión y el carácter del medio geográfico¹⁰.

Para observar un cambio sustancial en la citada visión (distinto del producido por el progresivo avance de la humanidad en el conocimiento geográfico) y que básicamente se reducía al análisis topográfico para su empleo

⁹ Donald Kagan, *Tucídides: cronista, guerrero, historiador*, Ed. Edhasa, 2014, p. 27.

¹⁰ Saul B. Cohen, *Geografía de un mundo dividido*, Ediciones Ejército, 1980, pag 76.

táctico, operacional o comercial, tenemos que saltar hasta el surgimiento de los imperios transoceánicos (portugués, español, francés y británico) quienes, aprovechando los avances de la técnica geográfica (impulsada por la navegación), comenzaron a concebir el mundo de manera más amplia. Las regiones tenían diferente importancia política y/o estratégica con las consecuentes implicaciones internacionales que su control o dominio significaban para las extensas áreas circundantes. Así, geógrafos como Humboldt (1799) y Ritter (1804) contribuyeron con sus obras a crear una escuela alemana de geografía moderna, o el francés Guyot, que fue el primer geógrafo moderno en resaltar la posición central de Europa dentro de los océanos «que son la gran vía de comunicación del mundo»¹¹.

Todos ellos, sirvieron de antesala al que se considera el fundador de la geografía política moderna, el alemán Ratzel. En su libro *Geografía Política* (1897), sienta las bases para el análisis moderno geopolítico, analizando la situación comparativa de los Estados según su situación geográfica, considerando que la misma contribuye al carácter político de los grupos que la ocupan. Para ello, elaboró lo que denominó «leyes geográficas» que afectan a los Estados. La contribución más importante del citado geógrafo fue relacionar las zonas continentales con el poder político, una extensión de sus leyes geográficas por las que las actividades, el carácter y destino de los Estados eran producto de su situación tamaño y características geográficas. Así, pensaba que la historia estaría dominada por los grandes Estados que ocupaban grandes espacios en amplias zonas continentales: Rusia, Estados Unidos y Sudamérica.

Fue la reinterpretación de la idea de los grandes espacios de Ratzel la que proporcionó un modelo de entendimiento sistemático geoestratégico de la Tierra que, a partir de entonces, influiría de manera determinante en las acciones políticas y militares de las grandes potencias y, por ende, de las demás.

Halford John Mackinder y la revolucionaria teoría de la «tierra corazón»

Quizá el mayor avance en la relación entre geografía y estrategia la protagonizó el británico Halford Mackinder (1861-1947), un personaje polifacético que, junto al servicio en la administración (lo que le permitió conocer varios continentes), unió la experiencia académica. Estableció por primera vez una relación clara entre geografía y estrategia, entendiendo la primera como el marco de la política que desarrollan los Estados y como el objeto por el que entran o pueden entrar en conflicto.

¹¹ Arnald Guyot, *La Tierra y el hombre*, 1887.

Efectivamente, de las tres maneras en las que la geografía podía ser, puede ser interpretada, Mackinder sintetizó la segunda y la tercera, combinando la «larga duración» con la de ser potencialmente un teatro para la acción militar. Para ello, desarrolló el concepto del Área pivote (*Pivot Area*), en un ensayo titulado *El pivote geográfico de la historia*¹² y que, en 1978, llegó a ser citado como uno de los textos más importantes jamás escritos¹³. Era la culminación de una serie en la que defendía el estudio de la geografía desde un nuevo punto de vista, denominándola como la «nueva geografía», preconizando un enfoque global e integrador (en línea con la Escuela de los Annales, pero diferente), abarcando la geografía, la geología, el clima, la historia, etc., organizado sobre el concepto de «región». Así, el Área pivote era una región de Eurasia ocupada fundamentalmente por Rusia (la Rusia previa a la Primera Guerra Mundial), algunos Estados menores y amplias zonas susceptibles para la expansión rusa. Resultaba así inconquistable para los poderes marítimos, dada su enorme e inalcanzable distancia a la costa, sus enormes recursos humanos y materiales, así como su posición central en la inmensa masa euroasiática.

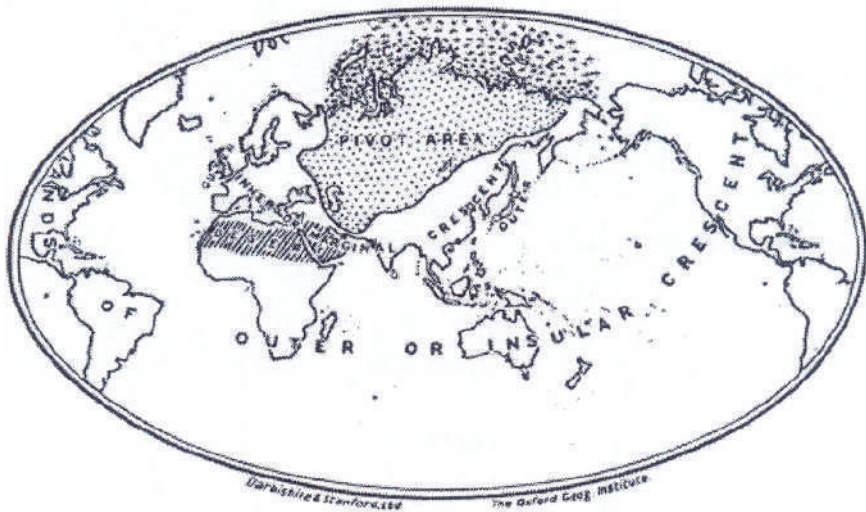


Figura 1. Área pivote de Mackinder. Fuente.
The Geographical Pivot of History.

¹² Halford J. Mackinder, *The Geographical pivot of History*, 1904.

¹³ R.B. Downs, *Books that change the World*, Chicago American Library Association, 1978.

De esta manera, por primera vez se obtenían consecuencias estratégicas de la interacción entre la geografía y el poder militar que asesoraban la acción política. En el ensayo, Mackinder aseguraba que el sistema internacional comenzaba a ser cada vez más cerrado, lo que significaba que «cualquier explosión de fuerzas sociales, en vez de disiparse en los territorios circundantes de espacio desconocido y de caos incivilizado, será abruptamente devuelto como un eco, desde el lado más distante del globo y, en consecuencia, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo se verán sacudidos»¹⁴. ¡Estaba anunciando la globalización con 100 años de anticipación!¹⁵.

La segunda afirmación consistía en resaltar la importancia de la localización y la configuración geográfica, como el marco dentro del cual se ejerce el poder político. En este sentido, afirmaba que la relevancia política de la localización geográfica de un Estado cambiaba sujeta a dos factores evolutivos: los avances en los desarrollos de los medios de transporte¹⁶ y de la tecnología del armamento. De esa manera, sintetizaba combinando los patrones que proporcionan el estudio de la geografía y de la historia para obtener consecuencias aplicables al momento presente. Así, la lucha que Europa (marco regional geográfico) sostuvo durante centurias contra las oleadas de invasiones procedentes del este (larga duración histórica), proporcionaban la base lógica para llamar la atención sobre la vital importancia que para el viejo continente tenía la expansión y crecimiento de Rusia.

Esta configuración geográfico-histórica resultaba ser una perspectiva geopolítica absolutamente innovadora y facilitaba la comprensión de la importancia geoestratégica de Rusia. Obtenía así, la necesidad de mirar Europa como un marco para la posible acción militar en la que el objetivo del Imperio británico debería ser detener la expansión rusa. Más aún, las implicaciones que la evolución tecnológica significaba para los medios de transporte y el armamento proporcionaron el verdadero sentido al concepto de «pivote geográfico de la historia» basado en una afirmación revolucionaria, ya que, por primera vez en la historia de la humanidad, una gran potencia podría alcanzar el dominio mundial. Hasta entonces, los imperios (asirio, romano, chino, español, británico o ruso) habían tenido un alcance y un límite geográfico. Así, la combinación del desarrollo tecnológico con la persistencia de determinados patrones geográficos en la historia, podrían inducir un cambio radical (pivote histórico) a favor del poder terrestre que dominara el Área pivote. Para ello, tan solo precisaba

¹⁴ H.J. Mackinder, *The Geographical Pivot of History*, *Geographical Journal* 23/4, 1904, p. 437.

¹⁵ De hecho, las cifras de intercambio comercial a nivel mundial en 1914 no se volvieron a alcanzar hasta 1999. Disponible en: <https://ourworldindata.org/trade-and-globalization>

¹⁶ El análisis de Mackinder estaba muy influenciado por la aparición del ferrocarril que daría acceso a las inmensas riquezas que atesoraba el «pivote», inaccesible hasta entonces y que acabaría por convertir a Rusia en una potencia global.

expandirse desde su posición central a las tierras que circundaban dicha región, lo que le permitiría hacerse con el control de sus vastos recursos para construir flotas y armar ejércitos. De esa manera, el dominio mundial estaría a su alcance. Dicha afirmación debería tener consecuencias muy importantes para aquellas potencias que estaban situadas en lo que Mackinder denominó «el creciente marginal» (*marginal crescent*) de la masa terrestre euroasiática.

De esta manera, *El pivote geográfico de la historia* se convirtió en un enfoque revolucionario por tres razones:

- Su concepción del rol del ambiente (geográfico e histórico) en la historia.
- Las potenciales consecuencias estratégicas del análisis de dicha concepción.
- La necesidad de acción política-militar debida a las citadas consecuencias.

Pero apenas unos meses después de la emisión de su ensayo, Japón derrotó a Rusia en Port Arthur (este de Siberia) y en la batalla naval del estrecho de Tsushima (mayo de 1905). Así pues, la guerra rusojaponesa finalizó con la derrota de una gran potencia terrestre a manos de un poder marítimo. Por si esto fuera poco, la Primera Guerra Mundial modificó radicalmente el panorama geopolítico mundial con el ascenso de EE. UU. a la categoría de gran potencia y rediseñando drásticamente el mapa europeo.

Así pues, Mackinder desarrolló una segunda versión de su teoría del Área pivote en *Ideales democráticos y realidad* (1919). Como hemos descrito, el concepto detrás de la publicación de *El pivote geográfico de la historia* era el desarrollo por primera vez en la historia de un sistema político internacional cerrado, en el que la dominación mundial por parte de una gran potencia situada en el Área Pivote era un objetivo político viable. En la nueva versión, el Área pivote se expandió y recibió un nuevo nombre, la «tierra corazón», incluyendo Rusia, el Báltico, el Danubio, el mar Negro, Asia Menor, Armenia, Persia, Tíbet y Mongolia, abarcando así la nueva Alemania y las nuevas naciones salidas de la desmembración del Imperio austríaco.

En segundo lugar, realizó una adaptación de la interpretación del impacto de la tecnología tenía sobre el transporte y el armamento. Así, el ferrocarril, el motor de explosión de los vehículos, unido a la capacidad que la aviación proporcionaba a las fuerzas terrestres para contrarrestar las acciones del poder naval en las proximidades de las costas (en este sentido, y siguiendo la doctrina del momento, interpretaba a la aviación como una extensión del ejército de tierra) convertían de nuevo a dicha tierra corazón en «la región que, bajo las condiciones modernas, puede denegar el acceso al poder naval... Resumiendo,

una gran potencia en posesión de la tierra corazón y de Arabia podría tomar fácil posesión del cruce de caminos mundial en Suez¹⁷».

Además, advirtió de la continuidad de la amenaza que una gran potencia terrestre en posesión de la llamada tierra corazón podría seguir suponiendo para una gran potencia naval. Porque, a pesar de la derrota de Alemania, gran potencia terrestre, frente a las dos grandes potencias navales, Reino Unido y EE. UU., las constantes geográficas continuarían e incluso ofrecerían crecientes oportunidades estratégicas a una gran potencia terrestre sobre una potencia naval. Junto a las citadas constantes (patrones) geográficas añadió el capital humano, entendido este como una masa demográfica numerosa, correctamente instruida y socialmente organizada.

Pero fue precisamente la importancia dada a Europa Central en la versión de 1919, lo que distingue sobremanera dicha versión de la de 1904, afirmando que:

- Quien domina Europa del Este, controla la tierra corazón.
- Quien domina la Tierra Corazón, manda sobre la «isla mundial» (Eurasia).
- Quien domina la «isla mundial», gobierna el mundo.

En dicha versión, el geógrafo nos advierte de que «si no aceptamos una solución completa para la “cuestión del este” solo ganaremos un respiro y nuestros descendientes se encontrarán con la necesidad de reorganizarse para poner sitio a la tierra corazón de nuevo¹⁸». Hay que reconocer que la situación actual en Europa le sigue dando la razón a Mackinder.

Pero la nueva adaptación que Mackinder preconizaba precisaba de la creación de Estados tapón (*buffer states*) rodeando a la nueva Rusia bolchevique, lo que requería un alto coste económico y militar que los políticos de entonces no estaban dispuestos a afrontar, conscientes de que la opinión pública occidental no lo apoyaría tras los millones de muertos en la reciente guerra mundial.

La tercera versión de la teoría de la tierra corazón de Mackinder apareció en 1943, cuando su autor tenía 82 años y además se encontraba en mitad de una indecisa, en aquel momento, Segunda Guerra Mundial. A pesar de ello, dejó traslucir una clara visión geopolítica, en la que el concepto de la tierra corazón era todavía más válido, ya que englobaba también la faceta económica. Efectivamente, cuando definió el Área pivote en 1904, esta era una región geográfica escasamente

¹⁷ H.J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A study in the Politics of Reconstruction*, Ed. Penguin Books, 1919, p. 86 y 87.

¹⁸ H.J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A study in the Politics of Reconstruction*, Ed. Penguin Books, 1919, p. 87.

desarrollada económica y socialmente, pero la Rusia bolchevique de 1943 había conseguido crecer de manera decidida en dichos ámbitos, organizando y formando a su capital humano de manera muy eficientemente. Así pues, la tierra corazón pasó de ser un término meramente descriptivo en términos geográficos, a convertirse en un término técnico del que se extraían consecuencias estratégicas que, a su vez, precisaban acciones militares.

En esta última versión, Mackinder identificó dos amenazas para las potencias marítimas: Alemania y la Unión Soviética. La primera debía ser neutralizada mediante una potencia terrestre en el este y una potencia marítima en el oeste, como así fue efectivamente. En cuanto a la segunda, preconizó que, en caso de que se erigiera como vencedora de Alemania, se encumbraría como el mayor poder terrestre del globo, amparada por una inmensa fortaleza terrestre y disfrutando de un capital humano suficiente en número y calidad. Para contrarrestarla, Mackinder acudió al concepto «océano interior», región geográfica que, abarcando el Atlántico Norte, englobaba a Europa Occidental, EE. UU. y Canadá, junto a los mares y ríos navegables que de ellos dependen. El océano interior precisaba de tres elementos:

- Una cabeza de playa en Francia.
- Un aeródromo protegido por un foso marítimo en Reino Unido.
- Una reserva industrial y de capital humano cualificado en el este de EE. UU. y Canadá.

De esta manera, pergeñó con antelación la necesidad de crear una alianza atlántica, que se fraguó pocos años más tarde, cuando esos mismos países crearon la OTAN en 1949.

Tras examinar las tres versiones de la teoría de la tierra corazón, pudiera parecer que esta ya no es de utilidad, aunque fuese el paradigma geoestratégico dominante durante la Guerra Fría. Pero las teorías de Mackinder, aplicadas a las amenazas del momento, siguen teniendo relevancia aún hoy en el siglo XXI, a pesar de que dichas amenazas se hayan disipado en parte (Alemania no parece una amenaza en el corto y medio plazo y Rusia es una amenaza de otro tipo a la imaginada en su tiempo). Pero el mismo Mackinder ya advirtió de que cada siglo posee su propia perspectiva geográfica y, a medida que avanzamos en el siglo XXI, nuevas regiones se van dibujando. Esto es así, ya que nuevas potencias alcanzan el grado de superpotencia, con capital humano y económico suficiente en cantidad y calidad para modificar el *statu quo* —estamos hablando de China, India, Indonesia, Brasil— y que fuerzan la creación de nuevas regiones geográficas o la transformación de las existentes. Además, los avances tecnológicos dibujan nuevos ámbitos o contribuyen a modificar los existentes, donde los intereses de los Estados compiten: el espacio exterior y el

ciberespacio. Así pues, tres son las razones que mantienen vigente el interés de las citadas teorías:

- La existencia de un sistema internacional cerrado, donde la dominación mundial por parte de una gran potencia es un objetivo político alcanzable —EE. UU. lo consiguió durante las dos décadas que siguieron al final de la Guerra Fría—
- La teoría de la tierra corazón representa un modo de estudiar la geografía donde los patrones históricos proporcionan un enfoque que permite obtener consecuencias estratégicas para los Estados.
- Este proceso de análisis y comprensión geográfico-histórico requiere de una constante reinterpretación, dada la constante evolución de la economía, la demografía y la tecnología en un mundo plagado de incertidumbre y de ambigüedad.
- Por último, cabe señalar que, en su última versión, nuestro geógrafo mostró cierta consideración hacia el ámbito marítimo, pero siempre supeeditándolo a la habilidad de controlar y proteger el dominio terrestre. Este aspecto, el naval, fue desarrollado por uno de sus discípulos, el profesor Spykman, pero antes conviene analizar las teorías del principal responsable del expansionismo nazi y otros puntos de vista.

Haushofer y el *lebensraum* hitleriano

La teoría de Mackinder dio paso a una elaborada interpretación de la conjunción de la geografía, la historia, la economía y la demografía, desembocando en una visión darwinista de la política internacional, de consecuencias dramáticas para Europa, al ser adoptada por el nazismo. Dicha teoría fue elaborada por el geógrafo alemán Karl Haushofer (1869-1946), quien había servido como oficial en la Primera Guerra Mundial, donde alcanzó el grado de general de división. La base de su razonamiento puede trazarse desde el también geógrafo alemán Friedrich Ratzel (1844-1904) quien, en su libro *Geografía Política* (1897), adelantó el concepto de *lebensraum* (espacio vital), además de impulsar la idea de que la geografía política era una disciplina que debía estudiar la evolución del hombre en el tiempo, en relación con su geografía física, estableciendo la relación y mutua influencia entre ambos. Según Ratzel, las sociedades son organismos vivos que crecerán o se encogerán según el espacio vital del que dispongan.

Haushofer reinterpretó el concepto de la «lucha por la supervivencia» de Darwin basándose en Ratzel (profesor amigo de su padre y con el que compartió muchas horas de debate durante su juventud) sustituyéndolo por el de «lucha

por el espacio». Así, los Estados, especialmente los vigorosos y vitales (como el alemán al que dirigía su mensaje) como organismos vivos que eran, poseían «el imperativo categórico de expandirse mediante la colonización o la conquista». Las fronteras no eran más que «una parada temporal para las naciones en armas que se encontraban en camino de su expansión territorial», condenándolas a un estado constante de fluidez, incertidumbre e inestabilidad. De esta manera, las fronteras se convertían *de facto* en objeto de enfrentamiento entre Estados, donde el espacio vital disputado estaría reservado para el vencedor, ya que Haushofer entendía el *lebensraum* como «el derecho y el deber de una nación de proporcionar espacio amplio y recursos a su pueblo». Como conclusión, el deber de un Estado fuerte era expandirse a costa del débil, donde el estado, liberado de las leyes internacionales, debía obedecer a leyes biológicas.

La otra gran columna que sustentaba la teoría de Haushofer fue el concepto de la tierra corazón que tomó de Mackinder. En sus más de 40 libros, cerca de 400 artículos y conferencias, entrelazó ambas teorías a las que sumó la idea de la necesidad de autarquía de un Estado para que fuera verdaderamente independiente. Para alcanzar dicha autarquía, o si se prefiere, autosuficiencia, organizó el mundo en cuatro grandes regiones que denominó «panregiones». Si un Estado deseaba alcanzar la absoluta independencia de los demás, su obligación era hacerse con el control de una de dichas panregiones.

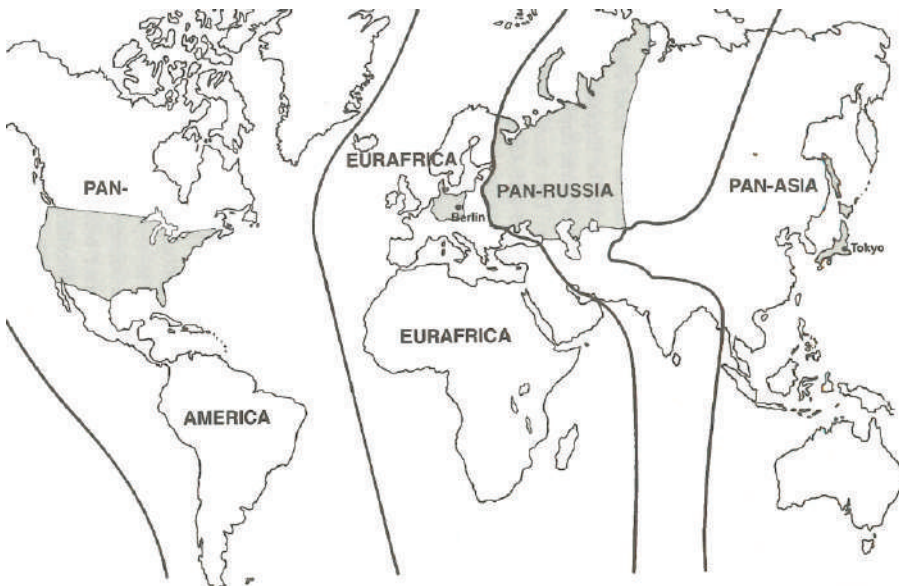


Figura 2. Panregiones de Haushofer. Fuente.
Karl Haushofer, *Geopolitik der Pan-Ideen* (Berlín: Zentral, 1931).

Por alguna razón desconocida, Haushofer identificó a Hitler como alguien en quien merecía la pena invertir, ya que durante varios meses (junio a noviembre de 1924) le estuvo visitando semanalmente, mientras este último se encontraba preso en Landsberg (Lech), junto a su brazo derecho, Rudolf Hess. Durante ese tiempo, ambos fueron aleccionados sobre los conceptos *lebensraum*, tierra corazón, expansión a costa del débil y otras materias de geopolítica.

Así, el término *lebensraum* de ser puramente geográfico y académico, pasó a ser un propulsor político-militar, cuando reinterpretado junto al de la tierra corazón y la necesaria autarquía, fue el objetivo nazi, una vez a la cabeza de la gran potencia europea del momento. Evidentemente, Hitler no hubiera tenido éxito si previamente Haushofer no hubiera extendido su idea de «claustrofobia nacional» entre cientos de miles de alemanes, ya que sus publicaciones y emisiones de radio alcanzaron notable éxito entre la población germana y germanoparlante en el extranjero. Es muy probable que el capítulo 14 de *Mein Kampf*, en el que se menciona el *lebensraum* y se explica la política exterior, estuviera influenciado por Haushofer quien, a su vez, lo estaba por Ratzel y Mackinder.

Como se puede ver en la figura anterior, el esfuerzo nazi se focalizó en controlar la región de pan-Rusia¹⁹, ya que ni siquiera el control de gran parte de Europa garantizaría la sustentación del Tercer Reich (el que se pretendía durara 1 000 años). El final trágico de Haushofer (acabó suicidándose en 1945 y su hijo mayor fue ejecutado por la Gestapo) acompañó la terrible tragedia que sus ideas contribuyeron a desencadenar durante la Segunda Guerra Mundial.

Pero antes del derrumbamiento nazi, ya hubo quien elaboró la contrarréplica a su visión geopolítica. Robert Strausz-Hupe²⁰, austríaco emigrado a EE. UU., publicó en 1942 su obra *Geopolítica: la lucha por el espacio y el poder*, en la que denunciaba la perversión que Haushofer hacía de Mackinder y el peligro que representaba la *Geopolitik* nazi. Su obra restauró a Mackinder y su teoría, pero además concienció a los norteamericanos, protegidos por el aislamiento perfecto de los dos océanos que les circundan, de la importancia de la geopolítica. Así, tras la Segunda Guerra Mundial, Washington estuvo en condiciones de preservar el equilibrio euroasiático, que el Reich nazi, siguiendo las teorías de Haushofer, intentó subvertir.

Hasta aquí, hemos visto una línea de evolución que fundamentalmente sostiene la importancia del medio terrestre. Conviene aunar otros puntos de vista que complementen nuestro estudio.

¹⁹ Liddell Hart compartía esa idea. De hecho, tras el Pacto Germano-Soviético defendió la necesidad de buscar la paz con Hitler, pues consideraba que el bloqueo naval con el que la Royal Navy pretendía derrotar a Alemania era ya inútil, al tener Hitler acceso a los inmensos recursos de Eurasia a través de la URSS. Liddell Hart, *History of the Second World War*, Ed. Pan Books, 1973.

²⁰ Strausz-Hupé, Robert, *Geopolitics: the Struggle for Space and Power*, Ed. G.P Putnam's Sons, 1942.

Mahan y el punto de vista marítimo

Aunque anterior a Haushofer y casi contemporáneo de Mackinder, es necesario mencionar al marino militar norteamericano, Alfred Thayer Mahan (1840-1914). Aunque nunca llegó a plasmar en una obra sus ideas geopolíticas, estas se pueden destilar a lo largo de su extensa bibliografía sobre estudios históricos navales. Mahan creía firmemente que el prerrequisito fundamental para alcanzar la preeminencia internacional en el siglo XX era logrando la supremacía naval y que, por lo tanto, esta debía ser el objetivo de los EE. UU. Para llegar a dicha conclusión, Mahan partía de la división del mundo en cuatro grandes grupos geopolíticos:

- Una masa de mares y océanos que conecta la tierra de manera ininter-rumpida.
- Un Estado enorme y terrestre, el Imperio ruso, ocupando el centro de Eurasia y extendiéndose desde Europa hasta Japón.
- Unos Estados marítimos en Europa Occidental, el este y el sur de Asia.
- Unos Estados insulares, Reino Unido, Japón y Estados Unidos, desconnectados de Eurasia.

Anticipándose a Mackinder, consideraba que la mayor amenaza era una Rusia expansionista que se hiciera con el control de Eurasia, ya que su posición central le proporcionaría una base magnífica para llevar a cabo cualquier posible expansión. Pero frente a esto, las ventajas que ofrecían el comercio marítimo y el menor coste que dicho medio proporcionaba para el transporte y aplicación de recursos donde se requiriese, conferiría una ventaja fundamental a la potencia que pudiera asegurarse su uso.

Su visión del mundo es lo que le hizo, y sigue haciendo, tan valioso a los ojos de la geopolítica, ya que consideraba que el hemisferio septentrional era la clave para el poder mundial, dentro del cual, Rusia era la potencia dominante en Asia, y a la que además consideraba inexpugnable. Pero dicha posición podría ser amenazada desde bases marítimas clave que rodean Eurasia.

La visión geopolítica del mundo de Mahan se adelanta unos años a la de Mackinder y aunque coincidente, obtiene unas conclusiones totalmente opuestas.

Efectivamente, Mahan sostenía que eran los océanos Índico y Pacífico, y no la masa euroasiática, los que determinarían el destino geopolítico del mundo (algo totalmente actual). La razón era clave para entenderle: una potencia marítima podría proyectar su poder a través del anillo exterior de la masa continental euroasiática, lo que acabaría afectando al desarrollo geopolítico del interior de la misma. Para ilustrar su razonamiento, Mahan calificaba como

«territorios discutibles» los que se extendían al sur de Rusia y al norte del océano Índico, es decir, la zona conflictiva entre el poder continental dominante en Eurasia (en aquel momento Rusia) y el poder marítimo dominante en el mundo (en aquel momento Reino Unido). Curiosamente, dentro de ese «territorio discutible» Mahan destacaba la importancia de China, Irán, Turquía y Afganistán, estados que hoy en día, siguen siendo geopolíticamente importantes. Además, fue él quien por primera vez utilizó el término «Oriente Medio», territorio comprendido entre la India y Arabia, y de gran relevancia para la estrategia naval, aún hoy en día.

Al igual que muchos de los pensadores de su tiempo, Mahan no estuvo exento de la influencia del darwinismo político, ya que, siendo un imperialista acérrimo, sostenía que una nación debía expandirse o estaba condenada a la decadencia (como Haushofer). Para evitarla, Estados Unidos debía expandirse apoyándose en el desarrollo de un poder naval que le garantizase la supremacía de su armada. Este juicio lo atemperó con los años al reconocer que la supremacía naval era muy difícil de alcanzar por un solo Estado, de tal modo que, en vez de la supremacía, Estados Unidos debía alcanzar la superioridad naval. Dicha superioridad requería la cooperación de otras potencias navales para alcanzar así un grado de preponderancia que garantizase el control de los mares más importantes, es decir, aquellos que eran vitales para la seguridad económica y militar estadounidense²¹. Si nos fijamos, este concepto de superioridad naval, complementada con coaliciones con otras potencias navales, es exactamente la estrategia naval norteamericana hoy en día. Por otro lado, si analizamos el desarrollo exponencial de la armada china, vemos que su enfoque es también en gran parte «mahaniano».

Resulta sorprendente que con 100 años de antelación Mahan llegara a la conclusión²², de que una alianza formada Reino Unido, Alemania, Estados Unidos y Japón, se acabaría oponiendo a una coalición ruso-china, lo que refleja en cierta medida la situación geopolítica mundial actual.

Spykman y el Rimland

Fue un holandés naturalizado estadounidense quien combinó las ideas de Mackinder con la óptica naval de Mahan. Nicholas J. Spykman (1893-1943) emigró a EE. UU. tras la Primera Guerra Mundial, donde acabó como profesor universitario en Berkeley y Yale, fundando en esta última el Instituto de Estudios Internacionales. Durante su breve periodo de profesorado (falleció de cáncer a los 50 años), también defendió la idea de que la geografía era un medio

²¹ Jon Sumida, *Geopolitics Geography and Strategy*, Ed. Frank Cass, 1999.

²² Alfred T. Mahan, *The problem of Asia and Its Effect upon International Politics*, 1900.

fundamental para evaluar los peligros y las oportunidades que los Estados se ven obligados a hacer frente en el mundo. Poco antes de fallecer, publicó su obra²³ en la que reflejó sus ideas.

Así, mientras Strausz-Hupé se centró en analizar la visión geopolítica nazi, Spykman analizó el mapa mundial para evaluar las posibilidades de que la Alemania nazi (una potencia eminentemente terrestre) alcanzase un dominio global y en cómo Estados Unidos podría impedirlo. Esto le llevó a esbozar la configuración del mundo de posguerra, forjando una visión que impulsaría a los EE. UU. a adoptar la «estrategia de la contención»²⁴ durante la Guerra Fría. Saúl Bernard Cohen²⁵ consideró a Spykman heredero directo de las doctrinas estratégicas de Mahan, en el sentido geopolítico, pero a la vez inspirado geográficamente por Mackinder. Así, afirmó que las tierras costeras de Eurasia que denominó Rimland o «territorios marginales» (Europa marítima, Oriente Medio, India, el Sudeste Asiático y China) eran la clave para el control del mundo, debido a sus ricos recursos, su población y a la capacidad de utilizar líneas marítimas exteriores que las interconectaban.

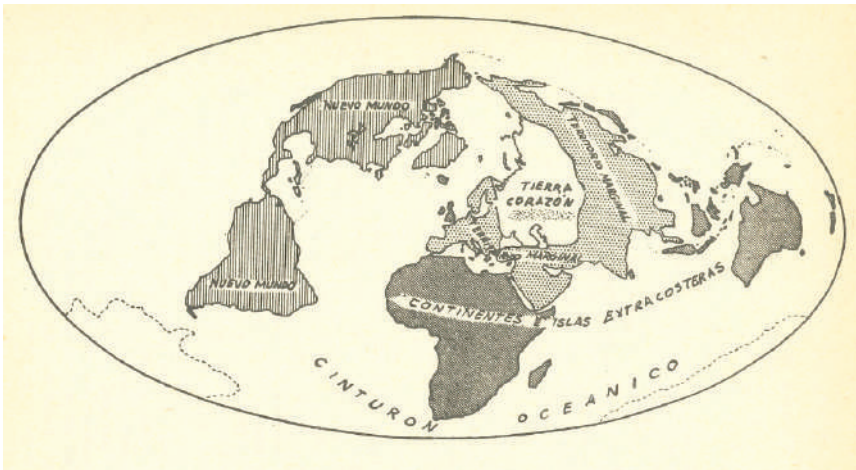


Figura 3. Visión geográfica de Mackinder. Fuente.

Geografía de un mundo dividido, p. 94.

²³ Nicholas Spykman, *Estados Unidos frente al mundo*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

²⁴ Dicha estrategia fue preconizada por el diplomático Jorge Kennan, quien mientras estaba destinado en la embajada norteamericana en Moscú, envió en 1946 su famoso *Long Telegraph*. Disponible en: <https://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/116178.pdf>

²⁵ Saul Bernard Cohen, *Geografía y Política en un mundo dividido*, Ediciones Ejército, 1980.

Pero partiendo de la visión geográfica global de Mackinder y apoyándose en las teorías de Mahan (y, por lo tanto, rechazando el predominio del poder terrestre) afirmó:

- Quien controle los territorios marginales, dominará Eurasia
- Quien controle Eurasia, dominará el mundo.

En este razonamiento, no solo tenía en cuenta el poder naval, sino también el poder aéreo que ya en su tiempo se empezaba a mostrar como algo a tener en cuenta.

Spykman defendió una concepción orgánica del planeta en la que cualquiera puede afectar a todos los demás, nos mostró el mundo que habitamos en la actualidad mediante el énfasis en la geografía²⁶, y dentro de ella, la compleja situación de Oriente Medio, sur de Asia y los territorios fronterizos de Rusia, lo que le hace parecer contemporáneo.

No podemos olvidar una de las reflexiones más categóricas de Spykman y que los geoestrategas norteamericanos sí tienen en cuenta. Si bien se oponía a la dominación del continente europeo por cualquier potencia, también se oponía rotundamente a una Europa unida, porque afectaría la relevancia de Estados Unidos como potencia atlántica y debilitaría notablemente su posición en el hemisferio occidental.

Seversky y el punto de vista aéreo

La evolución de las capacidades aéreas, unidas a la entonces incipiente carrera espacial y al desarrollo de armas intercontinentales, llevó a algunos estudiosos a considerar una reinterpretación de la teoría de Spykman. Ya Renner²⁷ consideró, en 1942, que el poder aéreo había provocado la unión de la tierra corazón euroasiática con una segunda tierra corazón, la norteamericana, a través del Ártico, formando una nueva sola tierra corazón más alargada. Esta nueva tierra corazón disfrutaría de las nuevas rutas interiores aéreas, junto a las terrestres y navales anteriores y, por lo tanto, se convertiría en la nueva clave para el control del mundo.

Pero fue Alexander Seversky²⁸ quien, basándose en el anterior, proporcionó la que se denominó «la visión global de aviador». Según él, el mundo había que verlo desde una proyección azimutal equidistante y centrada en la que el hemisferio occidental se extiende hacia el sur, dividido en dos grandes regiones, América y Eurasia (con África como extensión hacia el sur

²⁶ Robert D. Kaplan, *La venganza de la geografía*, Ed. RBA libros, 2014, p. 136.

²⁷ George T. Renner, *Human Geography in the Air-Age*, Ed. Macmillan 1942, p. 152-154.

²⁸ Alexander P. de Seversky, *Air Power: Key to Survival*, Ed. Simon and Schuster, 1950.

de Europa y el Mediterráneo) como zonas separadas (ver figura). Así, la zona de dominio de la Unión Soviética era el sur y sudeste de Asia y África al sur del Sáhara. Por su parte, la zona de dominio aéreo norteamericana era el continente americano. El resto del globo se definía como la «zona de decisión» en la que solapaban las zonas de dominio aéreo norteamericana y soviética, es decir, la Europa marítima, el norte de África y Oriente Medio. Era precisamente en la citada «zona de decisión» donde debería lograrse el dominio del aire, el cual proporcionaría el dominio global.

Las evidentes carencias de la teoría de Seversky, olvidando que la distancia de Estados Unidos al África subsahariana es la misma que al sur del continente americano, provocaron que no recibiera la misma aceptación que las de Mackinder y Spykman en su momento. Además, el trabajo que realizó en 1950 obvió el drástico giro que las nuevas armas nucleares, junto con la evolución de la tecnología, imponían a las consideraciones geoestratégicas. Pero qué duda cabe de que Seversky contribuyese a realzar las nuevas posibilidades del poder aéreo y espacial, que en gran medida modificaban la interpretación geopolítica y, por lo tanto, geoestratégica por influencia de la tecnología.

**THE AIRMAN'S VIEW:
DE SEVERSKY (1949)**

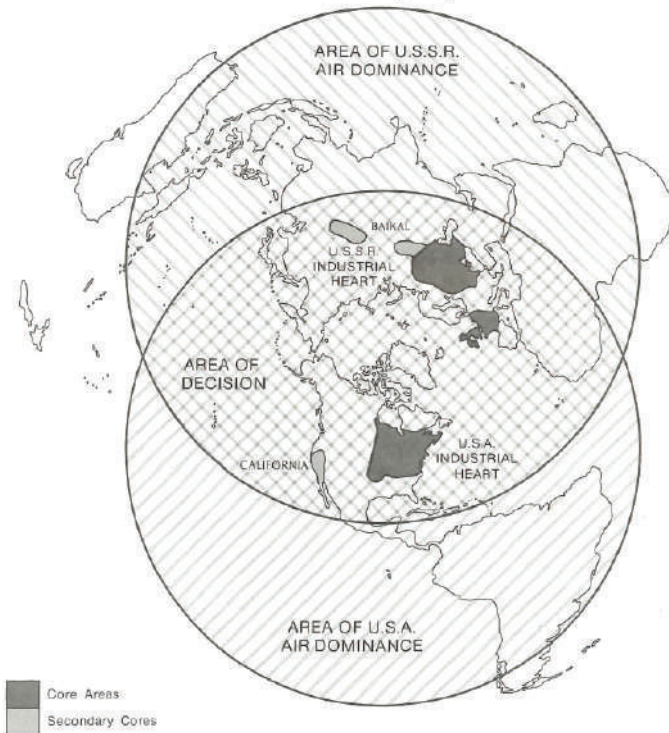


Figura 4. El mundo según Seversky. Fuente.

Political Geography (2nd edition), Martin Ira Glassner,
p. 330. Ed. John Wiley & Sons, 1995.

En un estudio posterior, John Slessor²⁹ (jefe de las fuerzas aéreas británicas entre 1950-52) afirmó que el poder aéreo era el gran complemento a las fuerzas marítimas y terrestres, lo que además podría evitar la necesidad de acudir al arma nuclear para la defensa del territorio marginal de cualquier posible intento de conquista desde la tierra corazón. Su enfoque terminó por equilibrar la importancia entre el territorio marginal y la tierra corazón.

Pero la historia nos ha demostrado que incluso con el dominio del mar y del aire puede resultar difícil acceder a los territorios marginales por parte de potencias navales exteriores. Los conflictos de Corea del Norte, Vietnam, Camboya y Laos, todos ellos situados en los territorios marginales y rodeados de mar, fueron fracasos estratégicos norteamericanos (potencia marítima por excelencia) en un momento en el que nadie osaba disputarle el dominio de los océanos y del aire. Estos fracasos fueron debidos a la oposición de las grandes potencias situadas en la tierra corazón (la Unión Soviética y, sobre todo, China), a pesar de tener impedido el acceso a los mares que las unen. Otro ejemplo cercano lo tenemos en Siria, donde Rusia ha conseguido neutralizar, desde su posición interior, la estrategia de las potencias marítimas occidentales. El mar de China es otro ejemplo en el que la potencia marítima norteamericana (aun contando con el refuerzo de Japón, Corea del Sur y Filipinas) no ha sido capaz de frenar el expansionismo y afianzamiento chino en la región.

Así pues, la importancia de las líneas interiores terrestres y la acción que desde dicho ámbito se puede proyectar hacia el mar, sigue siendo un factor que tener en cuenta a la hora de diseñar una adecuada estrategia global.

En la actualidad, las grandes superpotencias (Estados Unidos, China y Rusia) o aquellas que aspiran a serlo en un futuro a medio plazo (India) tienen muy en cuenta los postulados geoestratégicos de Spykman, Mahan y, hasta cierto punto, de Seversky, adaptándolos a la evolución de la tecnología y su impacto sobre la interpretación del ámbito geográfico, estudiando a quienes han protagonizado la evolución moderna de la geopolítica (ver figura).

²⁹ John Slessor, *The Great Deterrent*, Ed. Preager, 1957.

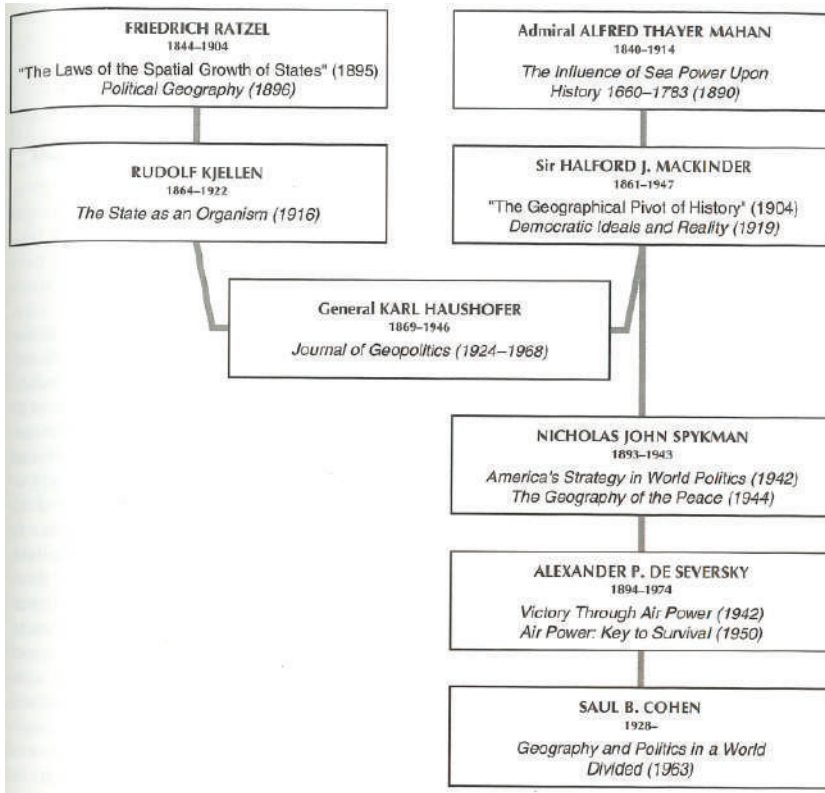


Figura 5. Postulados geoestratégicos de diversos autores.

Fuente. Political Geography (2nd edition), Martin Ira Glassner, pag 333. Ed. John Wiley & Sons, 1995.

La nueva China, aunque situada en las tierras marginales y próxima a la tierra corazón, además de unas poderosas fuerzas terrestres, está también desarrollando su flota oceánica en un claro enfoque mahaniano. Lo mismo se podría decir de India, cuya pugna estratégica en el océano Índico con la anterior la está empujando a un enfoque marítimo en su interpretación geoestratégica.

Así pues, se puede afirmar que la geografía, su interpretación política (la geopolítica), junto con su enfoque estratégico (la geoestrategia), continúan ajustándose a grandes rasgos a los patrones diseñados por los teóricos que hemos mencionado. Cabe preguntarnos ahora si los nuevos dominios de confrontación estratégica están sujetos a la geografía.

Geografía y geoestrategia en la era de espacio y del ciberespacio

Podría pensarse que tanto el espacio exterior como el ciberespacio son ámbitos absolutamente independientes de la geografía. Así parece demostrarlo el hecho de que organizaciones terroristas, como Al Qaeda, desarrollen actividades de reclutamiento, formación, financiación y propaganda con un componente fundamentalmente virtual y, por lo tanto, *a priori*, independiente del ámbito geográfico. Pero cualquier ciberamenaza tiene siempre y obligatoriamente un componente humano que precisa una infraestructura física, una ubicación geográfica para desarrollar sus actividades.

El ciberespacio es el dominio más reciente de confrontación estratégica y la acomodación de los ciberactores (estatales y no estatales) al mismo, todavía se encuentra en sus primeros compases. El advenimiento del «ciber poder» asociado a las capacidades de actuación de los múltiples ciberactores (ofensivas o defensivas) puede reducir la importancia del espacio geográfico, al ser capaz de actuar independientemente de gran parte de este. Pero, aunque radicalmente diferente del poder terrestre, naval, aéreo o económico, al final precisa un anclaje geográfico: la ubicación física donde están instaladas las computadoras, los nodos, las antenas emisoras, los cables de fibra óptica por los que transcurre la información, sus puntos de entrada y salida de los océanos y mares, la ubicación del personal que los gestiona, etc. Y es precisamente ese anclaje geográfico el que sigue ejerciendo su influencia, ya que tormentas, ciclones, terremotos, puntos de paso obligado, altas cordilleras, clima extremo, ataques físicos contra la infraestructura que lo soporta, etc., siguen siendo posibilidades geográficamente dependientes con las que obligatoriamente habrá que seguir contando en el dominio cibernético.

También podría pensarse que cuanto se ha dicho no se aplicaría al dominio del espacio exterior, ya que los artefactos que orbitan alrededor de la Tierra no se verían afectados por los condicionamientos geográficos que sí afectan al cibernético. Pero nada más lejos de la realidad, porque al igual que en el ciberespacio, la actuación en el espacio exterior para su explotación precisa también de anclajes geográficos, es decir, la infraestructura que desde la superficie terrestre los controla y gestiona la información de doble dirección que obligatoriamente se establece. Además, todo cuanto actúa en el dominio espacial está sujeto a cuanto sucede en él provocado por la acción de los demás cuerpos celestes: actividad solar, radiaciones, partículas, meteoritos, etc. A nadie extraña ya que una tormenta solar pueda dañar seriamente satélites y aeronaves, incluso afectando seriamente la infraestructura terrestre.

Así pues, el ámbito del espacio exterior también es geográficamente dependiente, aunque de otra manera. Lo que en principio pudiera parecer un vacío exterior, es en realidad un rico conglomerado de montañas y valles

gravitacionales, océanos y ríos de energía y recursos, unas veces dispersos, otras concentrados, zonas sujetas a radiaciones mortales para humanos y muy dañinas para los materiales, junto a lugares precisos sujetos a peculiaridades astrodinámicas³⁰.

El primer factor geográfico que afecta en el espacio exterior es la distancia a la Tierra, ya que cuanto mayor es la altura a la que se sitúa un satélite, más amplitud de terreno cubre su observación, pero menor es el detalle de la observación que proporciona. Además, está la fricción y el desgaste producidos por la atmósfera, más acusado cuanto menor sea la altura, hasta el punto de que no es aconsejable situar satélites por debajo de los 160 km. Pero cuanto mayor es la altura, mayor es el coste de poner el satélite en órbita, otro factor a tener en cuenta. Tampoco podemos olvidar que los centros de lanzamiento espacial tienen asociado eficiencias y ventajas según su posición en la Tierra (ver figura a continuación). Estas localizaciones adquieren así un valor «astropolítico», podríamos decir.

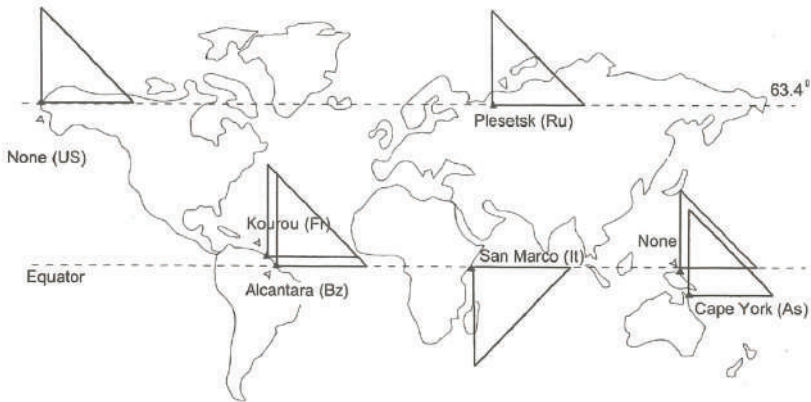


Figura 6. Puntos de lanzamiento óptimos. Fuente. Geopolitics, Geography and Strategy.

Pero es que el espacio exterior mismo, se divide en cuatro zonas «astropolíticas» diferenciadas (ver figura), según su interés y posibilidades de aprovechamiento estratégico:

³⁰ Everet C. Dolman, *Geostrategy in the Space Age: an Astropolitical Analysis*, Ed. Frank Cass, 1991, p. 83.

- La Terra o Tierra, que abarca desde la superficie hasta la altura a la cual es posible orbitar sin necesidad de impulsión, sería el equivalente a la costa y su dominio proporcionaría ventajas extrapolables.
- El espacio terráneo, que abarca desde la anterior hasta los 36 000 km de altura, donde se sitúan los sistemas geoestacionarios susceptibles de incorporar sistemas de observación, navegación y armas sofisticadas. En su zona más cercana a la Tierra es donde vuelan los misiles balísticos intercontinentales.
- El espacio lunar, región que abarca desde el límite superior de la anterior hasta la órbita de la Luna.
- El espacio solar, que abarca todo lo demás en el sistema solar.

A nadie se le escapa que la potencia que consiga el control de estas zonas estará en una posición inmejorable para imponer sus criterios políticos, económicos y militares a los demás.

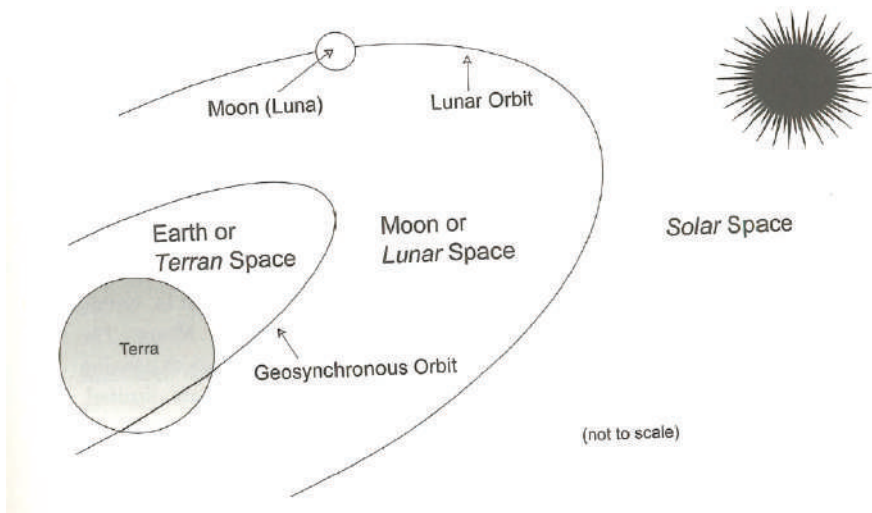


Figura 7. Las cuatro zonas del espacio exterior.

Fuente. Geopolitics, Geography and Strategy.

Así, la configuración de los nuevos dominios de confrontación en el ciberespacio y el espacio exterior, aunque definidos por características diferentes a los tradicionales terrestre, marítimo y aéreo, siguen siendo geográficamente dependientes, aunque en diferente grado según sus características.

Conclusiones

Es evidente que el avance de la tecnología modifica la forma en la que los ámbitos terrestre, naval, aéreo, cibernético y espacial se ven afectados por la geografía. De hecho, la teoría de la tierra corazón se basaba en las limitaciones de alcance de las armas navales sobre tierra y de las terrestres sobre el mar. Esto ha cambiado mucho y seguirá cambiando más con el avance de la tecnología. Pero dicho avance, si bien ha modificado la forma en la que la geografía afecta a los citados ámbitos (hoy en día un contingente militar podría cruzar el desierto del Sáhara en cuestión de horas, el estrecho de Gibraltar en cuestión de minutos o lanzar un ataque cibernético en cuestión de segundos) en ningún modo ha hecho desaparecer el factor geográfico como uno de los más importantes a tener en cuenta a la hora de definir y aplicar una estrategia.

La globalización supone la superación de muchas barreras, antes infranqueables, y ello significa un aumento del número y la intensidad de las interacciones a nivel global, lo que implica una mayor probabilidad de conflictos y de cooperación, y todos ellos tendrán una dimensión geográfica propia. Así, la geografía, dada esta mayor accesibilidad, tendrá mayor importancia en lugar de menos. Podríamos estar abocados a un mundo en el que, tal y como afirmaba en 1931 la escritora y exploradora Freya Stark³¹, «La superpoblación de las décadas recientes, junto con los avances en tecnología militar, para la que el tiempo y la distancia han desaparecido, augura una crisis de espacio en el mapa mundial». Una crisis que se produciría en el «sistema cerrado» mundial que Mackinder ya supo identificar y que incidiría en la idea del conflicto perpetuo que defendió Haushofer y que Strausz-Hupé asumió cuando advertía a Estados Unidos de que no podía permitirse la retirada de la geopolítica «pues esta y la competición por el espacio, son eternas».

En cualquier caso, las limitaciones que espacio y tiempo imponen nos dicen que la dimensión geográfica seguirá siendo un elemento a tener en cuenta a la hora de diseñar una estrategia, cualquiera que sea el ámbito de esta. Y esto es debido a que, a pesar de que la tecnología nos ayuda a superar los obstáculos de la geografía, reduciendo el tiempo necesario para recorrer distancias, esta seguirá imponiendo obstinadamente limitaciones físicas a las empresas humanas.

Así pues, la geografía como factor permanece y tanto la política como el desarrollo estratégico de esta se verán obligados a realizarse condicionados por el marco geográfico en el que se desenvuelvan.

³¹ Freya Stark, *Los valles de los asesinos y otros viajes persas*, Ed. RBA, 2008.

Referencias bibliográficas:

- Alexander P. Seversky, *Air Power: Key to Survival*, Ed. Simon and Shuster, 1950.
- Alfred T. Mahan, *The problem of Asia and its Effect upon International Politics*, 1990.
- Aristóteles, Política, Vol. VII.
- Arnald Guyot, *La Tierra y el hombre*, 1887.
- Basil Liddell Hart, *History of the Second World War*, Ed. Pan Books, 1973.
- Colin Gray, *Geopolitics, Geography and Strategy*, Ed. Frank Cass, 1999.
- Colin Gray, *War, Peace and International Relations*, Ed. Routledge, 2007.
- Donald Kagan, *Tucidides: cronista, guerrero, historiador*, Ed. Edhasa, 2014.
- Everet Dolman, *Geostrategy in the Space Age: an Astropolitical Analysis*, Ed Frank Cass, 1991.
- Ferdinand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Ed. FCE, 1976.
- Freya Stark, *Los valles de los asesinos y otros viajes persas*, RBA, 2008.
- Gastón Bouthoul, *Tratado de Polemología*, Ediciones Ejército, 1984.
- George T. Renner, *Human Geography in the Air-Age*, Ed. Macmillan, 1942.
- H.J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A study in the Politics of Reconstruction*, Ed. Penguin Books, 1919.
- Haldford Mckinder, *The Geographical Pivot of History*, Geographical Journal, 1904.
- Harm De Blij, *Why Geography Matters*, Ed. Oxford University Press, 2012.
- Herodoto, *Los nueve libros de la Historia*.
- John Baylis y otros, *Strategy in the contemporary World* (2nd edition), Ed. Oxford University Press, 2007.
- John Slessor, *The Great Deterrent*, Ed. Preager, 1957.
- John Sumida, *Geopolitics Geography and Strategy*, Ed. Frank Cass, 1999.
- Martin Ira Glassner, *Political Geography* (2nd edition), Ed. John Wiley & Sons, 1995.
- Miguel Alonso Baquer, *¿En qué consiste la estrategia?* Ed. Ministerio de Defensa, 2000.
- Nicholas Spykman, *Estados Unidos frente al mundo*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1944.
- Peter Taylor y Colin Flint, *Geografía Política*, Trama Editorial, 2002.
- Raymond Aron, *Guerra y paz entre las naciones*, Alianza Editorial, 1985.
- Robert B. Downs, *Books that change the World*, Ed. Chicago American Library Association, 1978.
- Robert Kaplan, *La venganza de la geografía*, Ed. RBA libros, 2015.
- Robert Strauss-Hupé, *Geopolitics: the Struggle for Space and Power*, Ed. G.P Putnam's Sons, 1942.

Saul Bernard Cohen, *Geografía y política en un mundo dividido*, Ediciones Ejército, 1980.

Sun Tzu, *El arte de la Guerra*.

Tim Marshall, *Prisioneros de la geografía*, Ediciones Península, 2017.

Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Ed. Cátedra Letras Universales, 1988.

La vigencia de las armas nucleares en el siglo XXI

The Relevance of Nuclear Weapons in the 21st Century

Carlos Javier Frías Sánchez¹

Coronel del Ejército de Tierra (España)

Recibido: **XX-XX-XX**

Aprobado: **XX-XX-XX**

Resumen

El mundo está en proceso de cambio. El sistema internacional ha pasado de una estructura bipolar a otra unipolar, y evoluciona hoy hacia una multipolar. Sin embargo, la actual «multipolaridad es desequilibrada» y, por ello, inestable, con una superpotencia (Estados Unidos) luchando por mantener su ventaja relativa frente a sus rivales, otra cuya principal baza es su arsenal nuclear (Rusia) y una tercera que busca recuperar el papel de hegemón al que cree ser acreedor (China). Por otra parte, el actual régimen de no proliferación nuclear es «hijo» de la Guerra Fría y su diseño responde a la distribución de poder y tecnología existente en el momento de su creación. Conforme pasa el tiempo, y estas condiciones se apartan más de las que permitieron su creación, el régimen está peor adaptado a sus fines. En consecuencia, existen muchas posibilidades de una reactivación de la proliferación nuclear en el futuro.

Palabras-clave: Régimen, proliferación nuclear, sistema internacional, multipolaridad desequilibrada, armas nucleares.

¹ (cfriassanchez@gmail.com) Carlos Javier Frías Sánchez nació en Madrid en 1967. Es coronel del Ejército de Tierra, actualmente destinado como jefe del Regimiento de Artillería Antiaérea nº 73 con guarnición en Cartagena (Murcia). Es diplomado de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas (2005), máster en Estudios Estratégicos por la Universidad de Granada (2011), máster en Seguridad y Defensa por el CESEDEN y la Universidad Complutense (2012) y doctor en Paz y Seguridad Internacionales por el Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado (2015). Ha tenido numerosos destinos en España y en el extranjero, y ha efectuado misiones en los Balcanes y en África. Es autor de varios artículos y publicaciones en revistas españolas y extranjeras sobre temas militares (especialmente en los campos de doctrina e historia militar) y estratégicos (especialmente sobre disuasión y armamento nuclear).

Abstract

The world is changing. Our international system is evolving from a bipolar structure to a unipolar one and is moving towards a multipolarity. However, this multipolarity is unbalanced, and hence, unstable, with a Superpower struggling to keep its rivals at bay with decreasing resources (USA), another one whose only trump card is its nuclear arsenal (Russia) and a third one seeking to recover its ancient hegemonic role (China). On the other hand, the current nuclear non-proliferation regime is a legacy from the Cold War, and its design and operation are based on the distribution of power and technology at the time of its inception. As time passes and this distribution is more and more different from the one it was based on, this regime is less and less apt to achieve their pretended goals. Therefore, there is a high possibility of a re-activation of nuclear proliferation processes soon.

Key-words: Regime, Nuclear Proliferation, International System, Unbalanced Multipolarity, Nuclear Weapons.

«El viejo mundo se muere, el
nuevo tarda en aparecer, y en ese
claroscuro surgen los monstruos»

Antonio Gramsci

Introducción

Resulta un tópico mencionar que el final de la Guerra Fría supone un cambio fundamental en el panorama estratégico que ha estado vigente desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

La distribución de poder entre los Estados tras la Segunda Guerra Mundial y la particular estructura del sistema internacional durante la Guerra Fría configuraron una serie de instituciones que han dado forma a nuestro mundo. Para varias generaciones, la existencia de estas instituciones era una parte integrante de la forma de funcionar de nuestro mundo. Así, la Organización de Naciones Unidas, el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) de 1947, la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial, la Organización del Tratado del Atlántico Norte y el Pacto de Varsovia, entre otros, eran las instituciones que proporcionaban el marco en el que se desenvolvían las relaciones entre los Estados. Uno de estos elementos que configuraban el mundo durante la Guerra Fría era el régimen de no

proliferación nuclear, el conjunto de instituciones e instrumentos jurídicos que tenían como finalidad impedir la extensión de las armas nucleares.

Hasta tal punto estos instrumentos e instituciones se convirtieron en omnipresentes que, en cierta manera, nos hicieron olvidar que su origen y permanencia estaban ligadas a la continuidad de un determinado reparto de poder.

La brusca caída de la Unión Soviética supuso un terremoto geopolítico: de la división del mundo en dos bloques rivales, encabezados cada uno por una superpotencia, pasamos a un mundo en que Estados Unidos superaba ampliamente en poder y en influencia a cualquier otro Estado del sistema internacional.

El hecho de que Estados Unidos —y sus valores— fuera el inspirador de la mayoría de las instituciones creadas tras la Segunda Guerra Mundial, supuso la supervivencia de muchas de ellas (de todas aquellas ligadas a la instauración de un «orden liberal» basado en el libre comercio y la extensión progresiva de la democracia liberal), el declive de otras que «necesitaban» la rivalidad entre las dos superpotencias para justificar su actividad (como la OTAN o, en menor medida, la ONU) y la desaparición de aquellas ligadas directamente a la superpotencia desaparecida (como el Pacto de Varsovia o el COMECON).

La permanencia de muchas de estas organizaciones y la «inercia institucional» de todas ellas han ocultado hasta cierto punto el hecho de que la situación del mundo ha cambiado y que el marco que estas instituciones daban a las relaciones internacionales no corresponde a la actual estructura del sistema internacional. Y, cuanto más nos alejamos del periodo en que estas instituciones eran válidas —la Guerra Fría—, mayor es la inadecuación entre ellas y la realidad.

En el campo del armamento nuclear, el régimen de no proliferación nuclear es uno de estos casos de declive. La abrogación del Tratado sobre Misiles Antibalísticos (también llamado ABM Treaty, firmado en 1972 y denunciado en 2002), así como la del Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (o INF Treaty, firmado en 1987 y abandonado en 2019) son dos ejemplos del declive del conjunto del régimen.

¿Quiere esto decir que estas instituciones deben desaparecer? En ningún caso. Son instrumentos que han proporcionado seguridad y prosperidad durante muchos años, pero es imperativo adaptarlos a la estructura real del mundo actual, que dista mucho de la existente en el momento de su creación.

«El viejo mundo» (nuclear)

La aparición del arma nuclear en 1945 supuso más que un terremoto geopolítico: forzó un cambio de paradigma que cuestionaba la propia naturaleza del fenómeno de la guerra, una de las constantes que han acompañado indefectiblemente a la humanidad desde sus mismos albores.

Para entender la dimensión del cambio que implicó el arma nuclear es útil recordar alguna de las citas más relevantes que «dieron la bienvenida» al nuevo ingenio. Así, Bernard Brodie² citaba, en los albores de la era nuclear, que «... hasta el momento presente el propósito principal de nuestro sistema militar ha sido ganar guerras. De ahora en adelante, su propósito principal debe ser evitarlas. No puede tener prácticamente ningún otro propósito».

En efecto, la aparición del arma nuclear configuró un mundo que disfrutaba de una paz (relativa), pero que vivía bajo la amenaza perenne de un «Armagedón nuclear». La presencia de las armas nucleares era un factor permanente que dominaba las relaciones internacionales, y la opinión pública en todo el mundo era agudamente consciente de las posibles consecuencias de una (siempre posible) guerra nuclear. La sombra de la disuasión nuclear afectaba de forma determinante a todas las crisis y a todos los conflictos, incluso locales.

Además, las armas nucleares son elementos fundamentales de la distribución de poder en el sistema y condicionan las relaciones de disuasión entre los Estados³, lo que evidencia la relación directa entre la estructura del sistema internacional y el armamento nuclear.

Las armas nucleares configuraron un mundo «*único*», sin precedentes históricos y muy particular, distinto del mundo anterior a la Guerra Fría y del que la sucedió.

Un mundo «bipolar»

La estructura del sistema internacional en un momento determinado queda determinada por el número de «polos» existentes entonces. Según su número, esta estructura puede ser unipolar (un solo polo dominante), bipolar (dos polos) o multipolar (varios polos).

² Bernard S. Brodie, *The Absolute Weapon: Atomic Power and World Order*, Nueva York, Harcourt Brace, 1946, p. 76.

³ Clark A. Murdock, "A Nuclear Deterrent for the 21st Century", en Craig Cohen y Josiane Gabel, en *Global Forecast 2015, Crisis and Opportunity*, Washington, Center for Strategic and International Studies, 2014, p. 17. Disponible en: http://csis.org/files/publication/141110_Cohen_GlobalForecast2015_Web.pdf

Para Snyder y Diesing⁴, el número de «polos» de poder del sistema internacional lo fija el número de «actores principales» presentes en cada momento en el seno del sistema y «la distribución de poder militar», entre ellos: en un sistema «bipolar», existen dos grandes potencias cuyo poder militar es similar y cuya rivalidad domina las interacciones entre los componentes del sistema. En esta aproximación «realista», el poder se mide esencialmente en términos de «poder militar».

En una aproximación más amplia, Kenneth N. Waltz⁵ considera que el poder de los Estados puede medirse en varias esferas diferentes (económica, militar, política y demográfica) y que la consideración de gran potencia depende del poder agregado del Estado, es decir, de la suma de su tamaño físico, población, dotación de recursos, fuerza militar, estabilidad política y competencia.

La aparición del arma nuclear y el hecho de que solo Estados Unidos y la Unión Soviética estuviesen en condiciones de producir arsenales nucleares masivos determinó una nueva estructura del sistema internacional. En efecto, la posesión de enormes arsenales nucleares en manos de estas dos superpotencias hizo que ningún otro Estado pudiera rivalizar de ninguna manera con ninguna de ellas, ni pudiera tener ninguna esperanza de éxito en un conflicto militar con cualquiera de ellas, independientemente de la competencia de sus Fuerzas Armadas. De esta manera, el sistema internacional se configuraba como una estructura con dos «polos», dos superpotencias rivales entre sí, mientras que ningún otro miembro del sistema internacional se acercaba remotamente al poder (agregado o simplemente militar) de cada una de ellas. La estructura del sistema internacional durante la Guerra Fría respondía en consecuencia al modelo de la bipolaridad.

En términos históricos, la estructura bipolar no es particularmente estable. Los casos conocidos (Roma y Cartago o Atenas y Esparta)⁶ se caracterizaron precisamente por una situación de conflicto casi permanente. Sin embargo, la Guerra Fría fue un conflicto relativamente «incruento», en el sentido de que ambas superpotencias eligieron dirimir sus diferencias a través de sus Estados u organizaciones aliadas. Las razones de esto hay que buscarlas precisamente en el efecto de las armas nucleares⁷.

⁴, Glenn H. Snyder y Paul Diesing, *Conflict among Nations: Bargaining, Decision Making and System Structure in International Crisis*, Princeton, Princeton University Press, 1977, pp. 419–420.

⁵ Kenneth N. Waltz, *Theory of International Politics*, Long Grove, Waveland Press Inc., 2010, pp. 88-99.

⁶ Karl W. Deutsch y David J. Singer. “Multipolar Power Systems and International Stability”, en *World Politics*, de la Universidad John Hopkins, vol. 16, n° 3, de abril de 1964, pp. 390-406, p. 406.

⁷ Alfred Wohlstetter, “The Delicate Balance of Terror”, Santa Monica, RAND Corporation, 6 de noviembre de 1958, accesible en la página web de la RAND Corporation, en <http://www.rand.org/about/history/wohlstetter/P1472/P1472.html> 20 de mayo de 2019.

La estructura bipolar se caracteriza además porque obliga a los Estados a alinearse con uno u otro de los polos sin posibilidad de permanecer al margen de la rivalidad entre las dos superpotencias, como muestra crudamente «el diálogo de melios» que recoge Tucídides en *La Guerra del Peloponeso*. Este efecto se materializa en la aparición de dos bloques rivales. Una consecuencia de ello es que las rivalidades entre Estados «menores» del sistema acaban atrayendo la atención de las dos superpotencias y los conflictos entre estos Estados «menores» acaban siendo parte de la pugna más amplia entre las superpotencias. Las guerras árabe-israelíes son una muestra de este fenómeno. El conflicto entre Israel y sus vecinos árabes por el dominio de Palestina acabó convertido en una guerra en la que Israel era un aliado de Estados Unidos y los países árabes lo eran de la Unión Soviética. Como consecuencia, ambas superpotencias enviaron gran cantidad de armamento a sus aliados respectivos. De la misma forma, los armisticios que siguieron a cada uno de los episodios de ese largo conflicto fueron en realidad acuerdos alcanzados por ambas superpotencias e impuestos a sus aliados.

Un tercer efecto de la bipolaridad es que las superpotencias son capaces de ejercer una enorme presión sobre sus aliados ante la amenaza de abandonarlos a su suerte frente al poder aplastante de la superpotencia rival.

Armas de fisión y armas de fusión

En realidad, aunque se hable genéricamente de «armas nucleares», existen dos tipos principales de armas nucleares, atendiendo al principio físico que explica su funcionamiento: las armas de fisión (también llamadas atómicas) y las armas de fusión (también conocidas como termonucleares o de hidrógeno). Estos dos tipos de armas tienen diferencias suficientes como para tenerlas muy presentes en todas las discusiones sobre este tipo de armamento.

Las armas de fisión basan su funcionamiento en conseguir la escisión de los núcleos de átomos de elementos pesados (uranio o plutonio) que pasan a convertirse en átomos de elementos más ligeros, generando gran cantidad de energía. Las armas de fusión intentan conseguir unir núcleos de elementos ligeros (en general, hidrógeno) que se convierten en elementos más pesados (helio, por ejemplo). La energía necesaria para conseguir la fusión de los núcleos de hidrógeno es enorme, tan grande que se emplea una bomba de fisión para proporcionar esta energía, pero la fusión genera una cantidad de energía varios órdenes de magnitud superior. En consecuencia, las armas de fusión son miles de veces más potentes que las de fisión: mientras que estas últimas miden su potencia en kilotones (miles de toneladas de trinitrotolueno, el explosivo militar más habitual), las de fusión llegan a las decenas de megatones (millones de toneladas de trinitrotolueno), como fue el caso de la Bomba del Zar que alcanzó los 57 megatones en el ensayo que la Unión Soviética realizó en Nueva Zembla el 30 de octubre de 1961. A modo de comparación, la bomba lanzada

sobre Hiroshima tenía una potencia de unos 13 kilotonnes y la que cayó sobre Nagasaki alcanzó los 21 kilotonnes.

La diferencia de nivel tecnológico necesario para producir armas nucleares de fisión y armas nucleares de fusión es muy importante. La tecnología de la bomba de fisión es relativamente sencilla, además de que se han producido importantes filtraciones tecnológicas que han allanado las dificultades técnicas para construir este tipo de armas⁸, de forma que la principal dificultad para su fabricación es el acceso a determinados materiales (fundamentalmente, el material fisible, sea uranio enriquecido o sea plutonio). La fabricación de la bomba de hidrógeno supone el dominio previo de la tecnología de la bomba de fisión⁹ seguida de un salto tecnológico importante y complejo¹⁰ para obtener la bomba de fusión.

Las características de las armas termonucleares las hacen en realidad muy diferentes de las armas de fisión. En palabras de Churchill¹¹, «Hay una inmensa distancia entre la bomba atómica y la de hidrógeno. La bomba atómica, con todo su horror, no nos lleva fuera de los límites del control humano, o de los acontecimientos manejables en pensamiento o en acción, en paz o en guerra. Pero... [con] la bomba de hidrógeno, los fundamentos de las cuestiones humanas sufrieron una revolución».

En efecto, como explica Mandelbaum¹², «Ninguna [de las dos bombas atómicas lanzadas sobre Japón] causó tantos daños como los que provocaron las incursiones aéreas que los Estados Unidos habían llevado a cabo con explosivos no nucleares contra Tokio, Yokohama y Dresde».

Esta diferencia es más importante de lo que pueda parecer, puesto que la producción de armas de fusión es un paso posterior y tecnológicamente mucho más complejo que la fabricación de armas de fisión con excepción de Estados Unidos, Rusia, China, Francia y el Reino Unido, ningún otro Estado dispone de armas de fusión. Los casos de proliferación nuclear más «mediáticos» (Irán o Corea del Norte) se centran actualmente en la producción de armas de fisión (aunque los norcoreanos alardearon de haber conseguido una explosión termonuclear en septiembre de 2017, pero existen fundadas dudas de

⁸ La red del paquistaní A. Q. Khan distribuyó el diseño de una cabeza nuclear de fisión china apta para su empleo en misiles nucleares; el OIEA descubrió y mostró el diseño de una cabeza nuclear de fisión apta para su empleo en manos de Saddam Hussein. Citado en Henry D. Sokolski (ed.), *The Next Arms Race*, Carlisle Barracks, Strategic Studies Institute, julio de 2012, p. 24, accesible en <http://www.strategicstudiesinstitute.army.mil/pdf/FILES/PUB1113.pdf>, 8 de septiembre de 2019.

⁹ Bertrand Goldschmidt, *The Atomic Complex. A Worldwide Political History of Nuclear Energy*. La Grange Park, American Nuclear Society, 1982, p. 104.

¹⁰ Aunque tal vez menos complejo de lo esperable, debido a una deficiente preservación de las tecnologías necesarias. *Ibid.*, p. 211.

¹¹ Michael Mandelbaum, *The Nuclear Revolution: International politics before and after Hiroshima*, Cambridge, University of Cambridge Press, 1981, p. 3.

¹² *Ibid.*, p. 2.

este hecho)¹³. Y, como decían Churchill y Mandelbaum, lamentablemente, la humanidad tiene experiencia en guerras donde se han empleado profusamente armas capaces de destruir una ciudad en un día¹⁴.

Sin embargo, esto no es completamente cierto. La fisión nuclear necesita reunir una masa de algún elemento radiactivo, cuyos núcleos atómicos emiten neutrones de forma espontánea. Esos neutrones pueden chocar con otros núcleos, rompiéndolos y produciendo nuevas emisiones de neutrones. Sin embargo, en estado natural, esta actividad radioactiva produce energía, pero el número de colisiones de neutrones es tan pequeño que esa energía es casi imperceptible. Para aumentar el número de colisiones de neutrones se «enriquece» el material radiactivo: el uranio existe en dos isótopos en la naturaleza, el uranio-238 (97 % del existente) y uranio-235 (3 % restante) que coexisten mezclados. El uranio-238 es mucho más estable (emite menos neutrones), mientras que el uranio-235 es más activo.

El «enriquecimiento» consiste en separar el uranio-238 del uranio-235, reservando este último para producir material fisible. Por su parte, el plutonio es un elemento artificial, altamente radiactivo que consiste en un subproducto de la fisión del uranio, lo que implica que la producción de plutonio implica disponer de un reactor nuclear de uranio. La fisión «explosiva» se produce cuando se reúne una cierta cantidad de uranio «enriquecido» o plutonio, cantidad llamada «masa crítica» (diferente para cada uno de estos elementos).

En ese momento, la emisión de neutrones es suficiente para que se produzca una reacción en cadena: los neutrones emitidos chocan con núcleos de átomos, los rompen y estos núcleos rotos emiten nuevos neutrones que alcanzan a otros núcleos, rompiéndolos a su vez... Las bombas de fisión mantienen separada la masa crítica de uranio o plutonio en cantidades menores (llamadas «masas subcríticas»), reuniéndolas rápidamente en el momento de la explosión. Sin embargo, la explosión disgrega la masa crítica, por lo que es necesario forzar al máximo el tiempo en que la masa crítica se encuentra reunida. Esto se hace envolviendo las masas subcríticas en una estructura construida de un material lo más resistente posible (tungsteno) o mediante lentes explosivas (bombas de implosión). Incluso así, la cantidad de material radiactivo que se consume en la explosión es muy pequeña (del orden del 2 o el 3 %). El resto de este material altamente radiactivo se dispersa con la explosión.

En consecuencia, las armas nucleares producen efectos no solo térmicos y mecánicos (como cualquier otra bomba), sino que además contaminan radiactivamente amplias áreas, imposibilitándolas para la vida humana durante

¹³ Robert Windrem, “North Korea likely lying about Hydrogen bomb test, experts say”, en *NBC News*.

¹⁴ Franklin D’Olier, et al., *U.S. Strategic Bombing Survey*, Washington, 1946 (reimpreso en 1987 por la USAF). Disponible en: <http://web.archive.org/web/20080528051903/http://aupress.au.af.mil/Books/USSB S/USSBS.pdf>.

largos periodos de tiempo. Es decir, sus efectos exceden con mucho los de los bombardeos convencionales.

Sin embargo, la rápida aparición del arma termonuclear (la primera explosión de estas armas se produjo en 1952) y la evolución de la estrategia nuclear de las dos superpotencias, basada cada vez más en las bombas de hidrógeno, hicieron que las armas de fisión pasasen casi desapercibidas en comparación con la amenaza que suponían las armas de fusión.

La «destrucción mutua asegurada»

Quizá el concepto más conocido de la estrategia nuclear de la Guerra Fría sea el de la «destrucción mutua asegurada» (MAD, por sus siglas en inglés). Las connotaciones apocalípticas que invoca esta expresión hicieron que la MAD fuera una especie de resumen de lo que significaría una guerra en la que se empleasen armas nucleares. Solo podría acabar con la extinción del género humano o, incluso, de la vida en el planeta. Sin embargo, la MAD fue la «etapa final» del desarrollo de una serie de ideas sobre la forma de emplear las armas nucleares (o, mejor dicho, de evitar su uso).

Si en los primeros momentos de la era nuclear, el monopolio norteamericano de esta tecnología parecía apuntar hacia una situación de unipolaridad, la adquisición por la Unión Soviética de la tecnología necesaria para desarrollar armas nucleares obligó a ambas superpotencias a reflexionar sobre la utilidad y el posible empleo de las armas nucleares.

En realidad, aunque ya desde el primer momento de su aparición algunos autores consideraron estas novedosas armas como algo fundamentalmente distinto del resto de los medios militares (denominados, por exclusión, «convencionales»), en los primeros años tras la aparición de las armas nucleares había muchos especialistas que consideraban el arma nuclear simplemente como una bomba convencional, pero con una potencia extraordinaria. Consecuentemente, se desarrollaron armas destinadas al empleo en combate de estas armas (como los «cañones atómicos») y se esbozaron doctrinas de empleo del armamento atómico.

Sin embargo, el desarrollo de las armas termonucleares (Estados Unidos las probó ya en 1952, mientras que la Unión Soviética detonó su primera bomba de hidrógeno al año siguiente, en 1953) llevó al convencimiento que expresaba la mencionada cita de Churchill: las armas termonucleares eran algo substancialmente distinto de las armas convencionales. En efecto, el nivel de destrucción que podrían causar estas armas era tal que requerían una aproximación intelectual diferente.

En 1954, Alfred Wohlstetter realizó un detallado estudio sobre la vulnerabilidad de las bases aéreas norteamericanas (en aquel momento, el único vector de lanzamiento de armas nucleares eran los bombarderos pesados) ante un ataque aéreo soviético¹⁵. Wohlstetter apuntaba así uno de los primeros conceptos clave de la estrategia nuclear de la Guerra Fría: la capacidad del «primer golpe» (*first strike*), entendida como la posibilidad de emplear armas nucleares contra un adversario con la finalidad de destruir su arsenal nuclear antes de que pueda emplearlo. Es importante tener en cuenta que la definición de «capacidad del primer golpe» se realizó en los primeros años de la Guerra Fría cuando la extensión geográfica de ambas superpotencias y la imprecisión de los sistemas de ataque (factores a los que se unieron prontamente la dispersión de los arsenales nucleares y las medidas de protección física de las instalaciones ligadas a estos arsenales) determinaron que la capacidad de destruir el armamento nuclear del enemigo solo era alcanzable por medio de ataques con armamento nuclear.

Como consecuencia lógica de la posibilidad de sufrir un «primer golpe», aparece el concepto de «segundo golpe» (*second strike*), la capacidad de responder a un ataque de «primer golpe» con armamento nuclear capaz de causar un daño inaceptable al enemigo. Los trabajos del Comité Gaither, organizado por el Gobierno norteamericano en 1957 y encargado de estudiar la estrategia a seguir con el armamento nuclear, concluyeron que la disuasión basada en la amenaza mutua dependía de la seguridad de que la fuerza encargada de la represalia pudiera sobrevivir a un primer ataque enemigo¹⁶. Es decir, que la adquisición y el mantenimiento de la capacidad de «segundo golpe» era una parte imprescindible de la disuasión nuclear.

A partir de los conceptos de «primer golpe» y «segundo golpe», la evolución de los arsenales nucleares era previsible. Aunque ninguna de las dos superpotencias admitiese que sería la primera en lanzar un «primer golpe» sobre su rival, ambas desconfiaban de la otra. Para evitar sufrir un ataque del «primer golpe» con éxito, era necesario tener un arsenal nuclear tan grande como para que una parte de él pudiera sobrevivir para asestar un «segundo golpe». Sin embargo, cuanto más crecía el arsenal nuclear enemigo (y, puesto de que las armas de «primer golpe» eran indistinguibles de las de «segundo golpe»), mayor era su capacidad de asestar un «primer golpe» eficaz. Así, a partir de los años 60, las dos superpotencias se embarcaron en una vertiginosa

¹⁵ Alfred Wohlstetter et al., *Selection and Use of Strategic Air Bases*, Santa Monica, RAND Corp. United States Air Force project RAND R-266, de abril de 1954 (reimpreso en 1962), accesible en <http://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/reports/2006/R266.pdf> 18 de febrero de 2020.

¹⁶ Thomas C. Schelling, en Elbridge A. Colby y Michael S. Gerson, *Strategic Stability: Contending Interpretation*, Carlisle, Strategic Studies Institute, febrero de 2013, p. v, accesible en <http://www.strategicstudiesinstitute.army.mil/pdf/files/PUB1144.pdf>, 12 de febrero de 2020.

carrera de armamento nuclear que llevó a que su capacidad destructiva fuese suficiente como para acabar con el planeta varias veces.

Como consecuencia, a principios de los años 60, el secretario de Estado del presidente norteamericano Kennedy, Robert S. McNamara, enunciaba la teoría de la «destrucción mutua asegurada» (MAD, por sus siglas en inglés), entendida como la situación en la que un conflicto nuclear entre las dos superpotencias implicaría inevitablemente la destrucción de ambas. En palabras del propio McNamara en 1967, «Es importante comprender que la destrucción asegurada es la quintaesencia de todo el concepto de disuasión». El concepto fue duradero: en julio de 1980, el secretario de Defensa norteamericano, Harold Brown, declaró: «lo que ha llegado a ser conocido como destrucción asegurada es el cimiento de la disuasión nuclear, y mantendremos tal capacidad en el futuro»¹⁷. Es importante citar que McNamara no enunciaba una «teoría», sino que simplemente comunicaba que la estrategia nuclear norteamericana se basaría en un hecho incontrovertible: una guerra nuclear implicaría la destrucción de ambas superpotencias, y con ellas, de la vida en la Tierra.

Un fenómeno derivado de la MAD fue lo que Glenn Snyder llamó la «paradoja de la estabilidad-inestabilidad»¹⁸: la estabilidad nuclear derivada de existencia de la MAD se tradujo en la aparición de múltiples conflictos «menores», de tipo no nuclear, puesto que las dos superpotencias tenían la garantía de que la otra no recurriría a una represalia que pudiera conducir al estallido de una guerra nuclear total.

Dado el alcance global de la destrucción originada en caso de una guerra nuclear entre las superpotencias, el mantenimiento de la paz entre ambas superpotencias era del máximo interés de todos los Estados (y de todos sus habitantes), pues nadie podría quedar al margen de las catastróficas consecuencias de una guerra termonuclear.

Sin embargo, a veces tendemos a olvidar que la MAD implica el intercambio de miles de cabezas termonucleares, algo que solo estaba al alcance de las Superpotencias de la Guerra Fría. El nivel de destrucción que acarrearía una guerra nuclear «limitada» entre Estados con armas de fisión distaría mucho del esperado en la temida MAD y, según el área geográfica que abarcase el conflicto, habría Estados más afectados por él, mientras que otros sufrirían las consecuencias en menor medida. En consecuencia, para según qué posibles diadas de conflicto nuclear, no todos los Estados sentirían que es de su máximo interés evitar ese conflicto. De la misma manera, sería posible que algún Estado (incluso nuclear) apoyase a grupos radicales capaces de emplear una de estas armas nucleares «limitadas».

¹⁷ Citado en John T. Correll, “The Ups and Downs of Counterforce”, en *Air Force Magazine*, octubre de 2005, pp. 58-64, pp. 61 y 63.

¹⁸ Glenn Snyder, “The Balance of Power and the Balance of Terror,” en Paul Seabury (ed.), *The Balance of Power*, San Francisco, Chandler, 1965, pp. 184-201.

El régimen de la no proliferación nuclear

Como se ha citado, uno de los efectos del alineamiento de los Estados en bloques, propio de la Guerra Fría, es que todos los conflictos, incluso locales, acababan subsumidos en la gran rivalidad entre las dos superpotencias. Cuando esos conflictos aparecían entre Estados del mismo bloque, la superpotencia hegemónica dentro del bloque afectado acababa arbitrando una solución más o menos justa y más o menos duradera. Sin embargo, cuando afectaba a Estados rivales alineados en diferentes bloques, el riesgo de que un conflicto local acabase escalando a un conflicto mayor entre las dos superpotencias era elevado. Si no había armas nucleares por medio, la citada paradoja de la estabilidad-inestabilidad hacía que resultase en un conflicto más o menos intenso, pero siempre limitado. En cambio, si existía la posibilidad de que alguno de los contendientes llegase a emplear armas nucleares, el riesgo de una escalada que degenerase en una guerra termonuclear entre ambas superpotencias era muy elevado.

La necesidad de reducir en lo posible el riesgo de una guerra termonuclear llevó a la creación del conjunto de acuerdos e instituciones conocido como el régimen de no proliferación nuclear, un conjunto de instrumentos jurídicos y políticos destinados a evitar que nuevos Estados accediesen al arma nuclear y (en teoría) a alcanzar el desarme de los Estados que ya poseían ese armamento.

El régimen de no proliferación nuclear es precisamente un «régimen», y más concretamente un «régimen de seguridad». En una definición ampliamente aceptada, para Krasner, los regímenes son¹⁹ «un conjunto de principios, normas, reglas y procedimientos de tomas de decisiones explícitos o implícitos alrededor de los cuales convergen las expectativas de los actores en áreas específicas de las Relaciones Internacionales».

Krasner fija como factor que justifica la creación de un régimen la existencia de principios y normas compartidas. Para los regímenes de seguridad, Jervis añade que el mantenimiento de los regímenes de seguridad depende bien de una imposición hegemónica o bien precisa que los Estados participantes en ellos otorguen la misma importancia a los «valores de seguridad mutua y cooperación»²⁰.

En realidad, con relación a la creación y mantenimiento de los regímenes internacionales, los estudiosos mantienen básicamente tres posiciones:

- El realismo en sus diferentes tendencias, que defiende que los regímenes son un epifenómeno, un reflejo de las relaciones de poder existentes en el sistema internacional en cada momento. Como

¹⁹ Stephen D. Krasner, *International Regimes*, Ithaca, Cornell University Press, 1982, p. 2.

²⁰ Jervis, Robert, "Security regimes", en S. Krasner, *International Regimes*, op. cit., p. 177.

consecuencia, no tienen un efecto real, más allá de ser vehículos de los Estados poderosos para hacer avanzar sus intereses²¹.

- La escuela liberal, que considera que los regímenes son una característica constante e inherente al sistema internacional: cualquier conducta pautada da lugar a un régimen (formal o informal) y, por lo tanto, tienen influencia en muchas facetas de las relaciones internacionales, ya sea mediante una estructura formal o por uso no reglado. En esta corriente de pensamiento, la mayor interconexión entre los diferentes Estados es un factor que favorecería la aparición y el fortalecimiento de los regímenes²².

- Una posición intermedia defiende que los regímenes están determinados por las relaciones de poder, pero que, en circunstancias concretas, estos regímenes influyen en el comportamiento de los Estados²³.

En cualquier caso, la situación particular de la Guerra Fría favorecía la creación de un instrumento que redujese el riesgo de una guerra termonuclear entre ambas superpotencias. Como consecuencia, la práctica totalidad de los Estados aceptaron la creación de una serie de instrumentos jurídicos que restringían su soberanía, al tiempo que garantizaba unos derechos diferentes a un reducido grupo de Estados. En efecto, el elemento clave del régimen, el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) de 1968, otorga a cinco Estados (Estados Unidos, la Unión Soviética, China, Francia y el Reino Unido) el estatus de «Estados nucleares» con el derecho de poseer armas nucleares, derecho al que renuncian el resto de los Estados signatarios del tratado.

En su primer párrafo, el TNP alude como razón de su redacción a «la devastación que causaría una guerra nuclear». Sin embargo, su funcionamiento se basa en tres compromisos interrelacionados de carácter mucho más práctico que moral:

-Por un lado, pretende reducir los incentivos de los Estados para hacerse con armamento nuclear, al garantizar que tampoco sus rivales obtendrán estas armas, evitando así las «carreras de armamentos» nucleares.

-Por otro, ofrece ayuda técnica para aprovechar los usos pacíficos de la energía nuclear, sujeta a la renuncia al armamento nuclear.

-Finalmente, ofrece la posibilidad del desarme nuclear de los Estados nucleares, es decir, promete el final del riesgo de una guerra nuclear que afectase a todo el planeta.

²¹ Stephen D. Krasner, *International Regimes*, op. cit., p. 6.

²² *Ibid*, p. 8.

²³ *Ibid*, p. 7.

En su funcionamiento, el régimen de no proliferación nuclear descansa sobre el control de la oferta de tecnología, materiales y equipos nucleares²⁴. Para ello, existen una serie de instrumentos jurídicos internacionales diseñados para restringir el acceso de los potenciales proliferadores a elementos tecnológicos que les pudieran servir para construir bombas o explosivos nucleares. Además del TNP, verdadero corazón del régimen, destacan el grupo de suministradores nucleares, el Comité Zangger, la *Proliferation Security Initiative* y el Acuerdo de Wassenaar. Aunque su función no es exactamente el control de la oferta de materiales, equipos y tecnología nuclear, hemos incluido una pequeña reseña de la Organización del Tratado de Prohibición Completa de Ensayos Nucleares, por su relación con las medidas de control de la oferta.

El TNP es uno de los tratados internacionales más exitosos: solo cinco Estados (India, Pakistán, Israel, Corea del Norte y Sudán del Sur) no son parte del TNP. En general, el éxito del TNP se debe en gran medida a las presiones de las superpotencias para imponer a los Estados de su bloque la política de no proliferación nuclear, con una combinación de coerción e incentivos. Es posible afirmar que el TNP ha tenido éxito en reducir la proliferación de armas nucleares (desde su creación, solo la India, Pakistán, Corea del Norte e Israel han accedido al arma nuclear, si bien Sudáfrica llegó a tener hasta seis cabezas nucleares, aunque las desmanteló posteriormente). No obstante, el TNP ha fracasado en su oferta de conseguir el desarme de los Estados nucleares.

En los años finales de la Guerra Fría, las dos superpotencias tomaron una serie de iniciativas para reducir sus respectivos arsenales nucleares. Así, se firmaron los tratados START I²⁵ y II²⁶, el citado Tratado INF o el Tratado SORT²⁷. Estos acuerdos eran estrictamente bilaterales, y, aún después de su aplicación (y cada uno de ellos implicaba el desmantelamiento de miles de cabezas nucleares), los arsenales nucleares soviéticos y norteamericanos seguían siendo inmensamente superiores a los del resto de los Estados nucleares y, aún más, a los de los Estados que obtuvieron estas armas al margen del TNP.

«El mundo nuevo» (nuclear)

La caída del bloque socialista tuvo unas consecuencias geopolíticas de enorme calado. Por un lado, desaparece uno de los «polos» del sistema que pasa a tener una estructura unipolar, una situación sin antecedentes históricos.

²⁴ Christian Enemark, "Farewell to WMD: The Language and Science of Mass Destruction", en *Contemporary Security Policy*, vol. 32, nº 2, de agosto de 2011, p. 393. Disponible en: <http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/13523260.2011.590362?journalCode=fcsp20> 3 de marzo de 2019.

²⁵ Tratado de Reducción de Armas Estratégicas o *Strategic Arms Reduction Treaty* firmado en 1991.

²⁶ Actualización del anterior, firmado en 1993.

²⁷ Tratado de Reducciones de Ofensivas Estratégicas o *Strategic Offensive Reductions Treaty* de 2002.

Por otro, la ideología comunista, la única alternativa ideológica a la democracia liberal queda enormemente desprestigiada, por el fracaso económico y político de su principal valedora, la Unión Soviética. En el campo nuclear, esta situación se traduce en una repentina pérdida de utilidad del arma nuclear: de garantías absolutas de la disuasión (y, por ello, de la paz), las armas nucleares pasan a ser artefactos muy costosos sin una finalidad clara. ¿A quién disuadir tras el «fin de la historia»? En este nuevo escenario mundial, el poder militar convencional de Estados Unidos le otorga una gran libertad de acción sin tener que recurrir al armamento nuclear (como confirmó la aplastante victoria sobre el Irak de Sadam Hussein en 1991). El armamento nuclear pierde interés en el mundo político y para la opinión pública. Desaparecida la amenaza de existencia global que representaba la MAD, hoy en día las cuestiones nucleares suscitan un escasísimo interés popular, como muestra el nulo interés público que se dedica a las sucesivas conferencias de revisión del TNP, incluso en este 2020 en el que se celebra el 50º aniversario de su entrada en vigor.

El renacimiento de Rusia como potencia con aspiraciones globales y el auge de China hace que Estados Unidos haya dejado de ser el único «polo» del sistema. Nos acercamos a un mundo multipolar. Y, si de algo nos sirve la experiencia histórica, es posible defender que la estructura multipolar es temporal y, por ello, inestable.

Y, pese a la aparente irrelevancia de las armas nucleares, vivimos en un «mundo nuclear» en el que todas las cuestiones relevantes de relación entre las grandes potencias están condicionadas por la existencia del arma nuclear. Más aún cuando Rusia solo tiene su arsenal nuclear como argumento para mantener su estatus de potencia mundial, y China tiene un arsenal manifiestamente inferior al de sus posibles rivales.

Es evidente que, tras la caída de la Unión Soviética, Rusia no ha podido heredar el papel de hegemon del conjunto de Estados que formaba el bloque socialista, y que Estados Unidos ha perdido gran parte de su capacidad de coerción frente a neutrales y aliados que tenía durante la Guerra Fría, más aún tras sus fracasos en la posguerra iraquí y en la ocupación de Afganistán, fracasos que han mostrado los límites del poder militar convencional norteamericano. Además de a la pérdida de influencia de las dos superpotencias «tradicionales», asistimos hoy al imparable incremento de poder de China, que emerge como una tercera superpotencia.

Así, como se ha citado, tras el final de la Guerra Fría, el mundo pasó de una situación de bipolaridad, a otra de unipolaridad y es posible afirmar que el sistema internacional se dirige ahora hacia una situación de multipolaridad.

En su clasificación de sistemas conforme al número de polos de poder —y compartiendo la citada definición de Snyder—, Mearsheimer²⁸ distingue dos

²⁸ John J. Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics*, Nueva York, W.W. Norton, 2003, pp. 334-347.

posibles casos para la multipolaridad que denomina multipolaridad equilibrada y multipolaridad desequilibrada. En el primero de estos casos, ninguna gran potencia destaca exageradamente sobre el resto (sería el caso del mundo aparecido tras la Paz de Westfalia o tras el Congreso de Viena). El segundo de ellos, la multipolaridad desequilibrada se da cuando un sistema compuesto por grandes potencias contiene un potencial hegemón (sería la situación del ejemplo propuesto por Deutsch y Singer²⁹). En este caso, este hegemón en ciernes se siente con capacidad de alterar el equilibrio de poder incluso por la fuerza y, al mismo tiempo, el temor que despierta tiende a suscitar una coalición antihegemónica (de acuerdo con el principio del equilibrio de poder, enunciado por Kenneth N. Waltz)³⁰ con un riesgo importante de generar un conflicto armado. Esta situación de multipolaridad desequilibrada sería la antesala de una unipolaridad (cuando una potencia en auge creciente aspira a ser hegemónica) o de una multipolaridad equilibrada (caso de una potencia hegemónica en decadencia). En este segundo caso, la potencia principal se vería obligada a mantener su reputación con recursos decrecientes, mientras que la cada vez menos desfavorable percepción de la comparación de capacidades militares disminuiría su poder de coerción (y, por tanto, las limitaciones que el sistema impone a los demás Estados) y alentaría nuevos desafíos. Un ejemplo histórico podría ser la España de los Austrias menores, periodo que culminó con la Guerra de los Treinta Años, la más destructiva librada en suelo europeo hasta las guerras napoleónicas.

Por otra parte, en los sistemas multipolares equilibrados, de forma similar al caso de los sistemas bipolares, las restricciones impuestas por la estructura serían relativamente importantes (cada superpotencia impondría límites a sus aliados y cada una de ellas restringiría además la libertad de acción de las otras), resultando un sistema más seguro³¹. De la misma forma, en un sistema multipolar equilibrado, las potencias estarían menos inclinadas a intervenir en todos los conflictos para mantener su reputación de superpotencia, al existir siempre otros candidatos susceptibles de intervenir en un caso concreto (como ejemplo, puede citarse el intento de Gran Bretaña, Francia o la Unión Soviética de evitar enfrentarse a la Alemania nazi, intentando que otra de las grandes potencias de la época asumiese el liderazgo en ese tema)³².

La multipolaridad no implica necesariamente un entorno de seguridad más benigno para el resto de Estados «menores». Como en el ejemplo citado del Concierto de Europa, las grandes potencias pueden verse tentadas de establecer

²⁹ Deutsch y Singer, *Multipolar Power Systems...*, op. cit., p. 406.

³⁰ Kenneth N. Waltz, *Theory of International Politics*, Long Grove, Waveland Press Inc., 2010, (primera edición en 1979).

³¹ Shipin Tang, "A Systemic Theory of the Security Environment", en *The Journal of Strategic Studies*, vol. 27, n°1, de marzo de 2004, pp. 1-34, p.6.

³² *Ibid*, p. 61.

un gobierno mundial, imponiendo sus intereses comunes al resto de Estados (véase la guerra de independencia griega, en el que las potencias europeas que formaban parte del Concierto de Europa decidieron que Grecia debía ser independiente, combatiendo y derrotando al Imperio otomano).

El fin de la bipolaridad implica también que los Estados no necesitan alinearse en un bloque. Pueden tener una relación más o menos próxima a Estados Unidos (la superpotencia restante) o a sus adversarios (Rusia y China), pero estas relaciones no implican el convertirse en enemigos existenciales de otros Estados. De la misma manera, al desaparecer el conflicto entre el mundo capitalista y el socialista, los conflictos locales y regionales han recuperado su autonomía, desligándose de la competición entre las superpotencias.

A diferencia de otras multipolaridades históricas, la existencia del arma nuclear implica la vigencia de la mencionada paradoja de la estabilidad-inestabilidad: los polos del sistema (inevitablemente, Estados nucleares) saben que su arsenal nuclear es una salvaguarda de sus intereses vitales y que les permite desarrollar políticas agresivas frente a sus rivales, con la seguridad de que no arriesgan nada fundamental.

En consecuencia, en el campo específicamente nuclear, la bipolaridad reduciría la proliferación, mientras que la multipolaridad la favorecería³³: las razones para ello nacerían de que el final de la bipolaridad puso fin a muchas de las garantías de seguridad³⁴ que las dos superpotencias otorgaban a sus aliados que eran un factor clave para limitar la proliferación nuclear, al tiempo que redujo la capacidad coercitiva de las superpotencias sobre el resto de Estados.

Si aceptamos como válida la multipolaridad desequilibrada como la estructura del sistema internacional en este nuevo mundo aparecido tras la Guerra Fría, quizá su principal característica sea que se trata de una estructura dinámica, con cambios continuos en la distribución de poder relativo entre las superpotencias, y por ello necesariamente inestable. En consecuencia, la creación de instituciones duraderas, como el conjunto de ellas que han dado forma a nuestro mundo entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la actualidad, es extremadamente difícil, lo que nos llevará a un mundo mucho más anárquico y cambiante.

Sin embargo, la multipolaridad desequilibrada es una situación transitoria que deberá evolucionar hacia una nueva unipolaridad, una bipolaridad diferente (¿Estados Unidos-China?) o una multipolaridad equilibrada. Todas estas

³³ Benjamin Frankel, "The Brooding Shadow: Systemic Incentives and Nuclear Weapons Proliferation", en *Security Studies*, vol. 2, n° 3/4 de la primavera/verano de 1993, pp. 37-78, p. 37.

³⁴ Estas garantías pueden entenderse como «los medios y métodos empleados para convencer a un aliado o socio de que Estados Unidos puede garantizar su seguridad en caso de intimidación, coerción o ataque por parte de un tercero». En Justin V. Anderson y Jeffrey A. Larsen, *Extended Deterrence and Allied Assurance: Key Concepts and Current Challenges for U.S. Policy*, INSS Occasional Paper 69, Colorado Springs, USAF Academy, USAF Institute for National Security Studies, septiembre 2013, p. 6.

posibilidades son más estables que la actual multipolaridad desequilibrada. Sin embargo, esta evolución será previsiblemente larga, y tiene pocas posibilidades de ser completamente pacífica. Es decir, el «mundo nuevo» todavía queda lejos en el tiempo.

Los «monstruos del claroscuro»

En nuestro mundo actual parece que nos hemos olvidado de las armas nucleares y que estas son reliquias de una época felizmente superada. Sin embargo, en mi opinión, las armas nucleares estarán más presentes que nunca en el mundo al que nos dirigimos y el riesgo de una guerra nuclear (si bien, limitada) es mucho mayor que en el jerarquizado mundo de la Guerra Fría.

En efecto, la desaparición de la bipolaridad implica también el fin de la MAD: las dos superpotencias con arsenales nucleares capaces de destruir el mundo han dejado de ser una «amenaza existencial» la una para la otra, por lo que el riesgo de una guerra termonuclear que destruya el planeta se ha alejado mucho. Este hecho tiene múltiples consecuencias, entre las que cabe destacar una fundamental: el empleo del arma nuclear en un conflicto local o regional no implicaría necesariamente una guerra termonuclear global. Es decir, las consecuencias de un conflicto nuclear limitado geográficamente afectarían poco a aquellos Estados alejados del lugar del conflicto. Y, en consecuencia, los incentivos de estos Estados para inmiscuirse en un posible conflicto nuclear geográficamente alejado son mucho menores. Por ello, los beneficios del régimen de no proliferación nuclear ya no se perciben necesariamente como «universales» por todos los Estados. De la misma forma, si una guerra nuclear no implica necesariamente el fin de la vida en la Tierra (caso de un conflicto nuclear «limitado»), su uso respondería a un cálculo de coste/beneficio, por lo que es posible considerar un uso militar «real» del armamento nuclear.

Desaparecido el «conflicto existencial» característico de la Guerra Fría, los posibles conflictos armados a los que se enfrentarán las superpotencias actuales serán siempre limitados. Y, por ello, los sacrificios que estarán dispuestas a hacer serán igualmente limitados³⁵. En consecuencia, incluso arsenales nucleares relativamente reducidos (al alcance de la mayoría de los Estados) serán efectivos como elemento de disuasión frente a todos los Estados del sistema internacional (incluso frente a las superpotencias). Y, por ello, la posesión de armamento nuclear será cada vez más una prioridad para los Estados enfrentados a alguna de las superpotencias. Los casos de Gadafi (Libia renunció al armamento nuclear en 2003 a cambio de «normalizar» sus

³⁵ Andrew Mack, *Why Big Nations Lose Small Wars: The Politics of Asymmetric Conflict*, en *World Politics*, vol. 27, nº 2, enero de 1975, pp. 175-200.

relaciones con Occidente; en 2011, una coalición occidental derribó su régimen, y el dictador libio fue cruelmente asesinado por una turba o de Ucrania (en el Tratado de Budapest de 1995, Ucrania accedió a entregar las armas nucleares presentes en su territorio, «herencia» de la Unión Soviética a Rusia, a cambio de que Estados Unidos, Reino Unido y la propia Rusia garantizaran su integridad territorial; en 2014, Rusia se anexionaba Crimea, y rebeldes apoyados por Rusia se apoderaron de la provincia de Donbass; las tibias reacciones de Estados Unidos y del Reino Unido no sirvieron para revertir la situación), o la diferencia de trato que reciben Irán (en proceso de obtener armas nucleares y sujeto a fuertes presiones y sanciones por parte norteamericana) y Corea del Norte (que ya dispone de ese armamento y que obtiene ayudas a cambio simplemente de acceder a negociar), Pakistán o la India, son incentivos para que los Estados que aspiran a modificar la distribución de poder en el sistema internacional se hagan con armamento nuclear. El caso de Pakistán y la India es muy especial en el sentido de que son Estados que han obtenido armamento nuclear al margen del régimen de no proliferación. Y, sin embargo, su condición ha sido aceptada por los Estados nucleares del TNP, lo que cuestiona la utilidad de la adhesión al régimen del resto de Estados no nucleares. En cualquier caso, si alguno (o algunos) de estos Estados descontentos con el actual *statu quo* consiguen desarrollar armas nucleares, sus rivales regionales también lo harán.

Por todo lo anterior, ni es previsible un desarme nuclear por parte de los Estados nucleares del TNP, ni el actual régimen de no proliferación nuclear podrá garantizar en el futuro a todos los Estados parte que sus rivales no accederán al armamento nuclear. De esta manera, dos de los compromisos esenciales en los que se basa el régimen de no proliferación nuclear quedan en entredicho.

El tercero de esos compromisos era la oferta de ayuda tecnológica para acceder a los usos pacíficos de la energía nuclear. De hecho, como se ha citado, el funcionamiento práctico del régimen se basa en restringir el acceso a la tecnología y a los materiales fisibles. Sin embargo, la tecnología nuclear tiene ya 80 años, por lo que cada vez más Estados tienen el nivel técnico suficiente como para desarrollar esa tecnología. Brasil, Turquía, Malasia, Indonesia, Taiwán son ahora suministradores de componentes nucleares. Por ello, al existir fuentes alternativas para acceder a la tecnología nuclear, la necesidad de asumir las renuncias que implica la pertenencia al régimen de no proliferación es mucho menos perentoria.

Como consecuencia de todo lo anterior, algunos Estados perciben beneficios mayores en desarrollar armas nucleares que en permanecer en el régimen de no proliferación nuclear. Y, en un efecto «bola de nieve», el acceso al arma nuclear de determinados Estados arrastrará a otros (caso muy probable de Arabia Saudí o Turquía si Irán accede al armamento nuclear, por ejemplo).

Como es lógico, cuantas más armas nucleares haya, más decisores tengan la capacidad de emplearlas y más Estados (estables o no) tengan almacenadas armas nucleares (con grados de seguridad muy variables), la posibilidad de un error, de un accidente o de que estas armas acaben en manos de grupos terroristas será mayor.

Por último, conforme la memoria de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki y de la amenaza permanente de un holocausto nuclear en el que vivía la población mundial durante la Guerra Fría se vaya olvidando, el riesgo de que un líder (de un Estado o de un grupo no estatal) decida emplear el armamento nuclear será cada vez mayor.

Conclusiones

La estrategia nuclear no es un tema de interés histórico. Desgraciadamente, es una cuestión llamada a conocer una creciente actualidad. El régimen de no proliferación nuclear actual ha sido una herramienta fundamental para reducir el riesgo de una guerra nuclear. Sin embargo, es uno de los «hijos» de la Guerra Fría, y su diseño y operación corresponden a la situación del mundo en el momento de su creación, en términos de la distribución de poder entre los Estados (el elemento clave que determina la estructura del sistema internacional) y de las posibilidades tecnológicas de cada Estado en aquel momento. Conforme nos alejamos de ellas, sus limitaciones se hacen más evidentes, y su capacidad para cumplir sus fines disminuye.

La estructura actual del sistema internacional (multipolaridad desequilibrada) es inestable y, por ello, resulta muy difícil adoptar un nuevo régimen de no proliferación nuclear basado en la nueva distribución del poder y de las nuevas capacidades tecnológicas. Es indudable que estamos en un momento histórico y, si «la violencia es la partera de la historia», es difícil que la transición entre dos mundos tan distintos sea completamente pacífica. Vivimos en un mundo nuclear y, pese a la abundancia de buenas intenciones, seguiremos haciéndolo en el futuro. Por ello es imperativo refundar el régimen de no proliferación nuclear y adaptarlo a la nueva realidad del sistema internacional.

La alternativa es un riesgo muy elevado de sufrir una guerra nuclear de imprevisibles consecuencias.

Referencias bibliográficas:

- Alfred Wohlstetter et alt., *Selection and Use of Strategic Air Bases*, Santa Monica, RAND Corp. United States Air Force project RAND R-266, de abril de 1954 (reimpreso en 1962). Disponible en: <http://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/reports/2006/R266.pdf> 18 de febrero de 2020.
- Alfred Wohlstetter, “The Delicate Balance of Terror”, Santa Monica, RAND Corporation, 6 de noviembre de 1958. Disponible en la página web de la RAND Corporation: <http://www.rand.org/about/history/wohlstetter/P1472/P1472.html> 20 de mayo de 2019.
- Andrew Mack, “Why Big Nations Lose Small Wars: The Politics of Asymmetric Conflict”, en *World Politics*, vol. 27, nº 2, enero de 1975.
- Benjamin Frankel, “The Brooding Shadow: Systemic Incentives and Nuclear Weapons Proliferation”, en *Security Studies*, vol. 2, nº 3/4 de la primavera/verano de 1993.
- Bernard S. Brodie, *The Absolute Weapon: Atomic Power and World Order*, Nueva York, Harcourt Brace, 1946.
- Bertrand Goldschmidt, *The Atomic Complex. A Worldwide Political History of Nuclear Energy*. La Grange Park, American Nuclear Society, 1982.
- Christian Enemark, “Farewell to WMD: The Language and Science of Mass Destruction”, en *Contemporary Security Policy*, vol. 32, nº 2, de agosto de 2011. Disponible en: <http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/13523260.2011.590362?journalCode=fesp20> 3 de marzo de 2019.
- Clark A. Murdock, “A Nuclear Deterrent for the 21st Century”, en Craig Cohen y Josiane Gabel, *Global Forecast 2015, Crisis and Opportunity*, Washington, Center for Strategic and International Studies, 2014, p. 17. Disponible en: http://csis.org/files/publication/141110_Cohen_GlobalForecast2015_Web.pdf
- D. Sokolski, D. (ed.), *The Next Arms Race*, Carlisle Barracks, Strategic Studies Institute, julio de 2012, p. 24. Disponible en: <http://www.strategicstudiesinstitute.army.mil/pdffiles/PUB1113.pdf> 8 de septiembre de 2019.
- Franklin D'Olier et alt., *U.S. Strategic Bombing Survey*, Washington, 1946 (reimpreso en 1987 por la USAF). Disponible en: http://web.archive.org/web/20080528051903/http://aupress.au.af.mil/Books/USSB_S/USSBS.pdf.
- Glenn H. Snyder, Paul Diesing, *Conflict among Nations: Bargaining, Decision Making and System Structure in International Crisis*, Princeton, Princeton University Press, 1977.
- Glenn Snyder, “The Balance of Power and the Balance of Terror,” en Paul Seabury (ed.), *The Balance of Power*, San Francisco, Chandler, 1965.

-
- John J. Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics*, Nueva York, W.W. Norton, 2003.
- John T. Correll, “The Ups and Downs of Counterforce”, en *Air Force Magazine*, octubre de 2005.
- Justin V. Anderson, Jeffrey A. Larsen, *Extended Deterrence and Allied Assurance: Key Concepts and Current Challenges for U.S. Policy*, INSS Occasional Paper 69, Colorado Springs, USAF Academy, USAF Institute for National Security Studies, septiembre 2013.
- Karl W. Deutsch, David J. Singer, “Multipolar Power Systems and International Stability”, en *World Politics*, de la Universidad John Hopkins, vol. 16, n° 3, de abril de 1964.
- Kenneth N. Waltz, *Theory of International Politics*, Long Grove, Waveland Press Inc., 2010, (primera edición en 1979).
- Michael Mandelbaum, *The Nuclear Revolution: International politics before and after Hiroshima*, Cambridge, University of Cambridge Press, 1981.
- Robert Windrem, “North Korea likely lying about Hydrogen bomb test, experts say”, en *NBC News*.
- Shipin Tang, “A Systemic Theory of the Security Environment”, en *The Journal of Strategic Studies*, vol. 27, n°1, de marzo de 2004.
- Stephen D. Krasner, *International Regimes*, Ithaca, Cornell University Press, 1982.
- Thomas C. Schelling, en Elbridge A. Colby y Michael S. Gerson, *Strategic Stability: Contending Interpretation*, Carlisle, Strategic Studies Institute, febrero de 2013, p. v- Disponible en: <http://www.strategicstudiesinstitute.army.mil/pdffiles/PUB1144.pdf> 12 de febrero de 2020.

Estrategia de la resistencia Contrainsurgencia posmoderna: la guerra de nuestro tiempo

Postmodern Counterinsurgency: the War of our Times and the Strategy of the Resistance

Luis Andrés Bárcenas Medina¹

Teniente coronel Ejército de Tierra (España)

Recibido: **XX-XX-XX**

Aprobado: **XX-XX-XX**

Resumen

La guerra de nuestro tiempo ha tomado la forma de contrainsurgencia posmoderna. Esto es, el conflicto asimétrico por excelencia, irregular, de carácter civil, prolongado y en el que la resistencia se demuestra como el factor clave para no ser derrotados en un mundo dominado por las percepciones. El carácter posmoderno de este conflicto genera una contradicción *in terminis*, puesto que rompe el de por sí delicado continuum entre guerra y política definido por Clausewitz y que ha enmarcado históricamente las relaciones internacionales. La posmodernidad aplica a las guerras las dinámicas de los mercados, sustituye la victoria por el éxito y hace imposible que unos efectos militares tangibles se alineen con un universo político que consume percepciones noseológicas y sociológicas. El fracaso de las dos grandes guerras que este formato nos ha ofrecido en el siglo XXI, sin embargo, nos permite aventurar que los Gobiernos

¹ (lbarmed@et.mde.es) Luis Andrés Bárcenas Medina nació en Madrid en 1968 y es teniente coronel del Ejército de Tierra. Actualmente está destinado en el Estado Mayor del Eurocuerpo, (Estrasburgo) como jefe de la Sección de Operaciones Futuras. Es diplomado de Estado Mayor Conjunto por España y por el Reino Unido, y además de múltiples destinos en el Ejército de Tierra, la OTAN, el Estado Mayor de la Defensa y el Ministerio de Defensa, ha participado en operaciones en el exterior en Bosnia, Kosovo y Afganistán. Es coautor del libro *Conflictos congelados de la antigua Unión Soviética* (Ed. Ministerio de Defensa y Universidad Carlos III), así como de múltiples artículos y colaboraciones en la Revista Ejército, Revista Política Exterior e Instituto Español de Estudios Estratégicos.

occidentales han resultado vacunados contra tentaciones de este tipo por una larga temporada.

Palabras-clave: Estrategia, posmodernidad, resistencia, asimetría, insurgencia, contrainsurgencia, victoria, éxito, mercados.

Abstract

The so called ‘war of our times’ has adopted the format of a postmodernist counterinsurgency, namely the irregular, civil, asymmetric, protracted conflict in which resistance proves to be the most significant value to avoid defeat in a world dominated by perceptions. The postmodern character of this type of conflicts has brought about a ‘*contradictio in terminis*’ as it breaks up the delicate ‘continuum’ between war and politics described by Clausewitz, that has historically shaped the international relations. Postmodernity imports dynamics from markets to warfare, substitutes victory by success and make tangible military effects almost impossible to align with the political realm, that is fuelled with sociological and epistemological perceptions. The failure of the two big wars of this kind in the 21st Century suggests that Western governments have been ‘vaccinated’ against any similar temptation for a long time ahead.

Key-words: Strategy, Postmodernity, Resistance, Asymmetry, Insurgency, Counterinsurgency, Markets.

La guerra de nuestro tiempo

Los diferentes periodos en los cuales los académicos—de todas las disciplinas—acostumbran a dividir la historia se definen por hitos que convencionalmente adquieren mayor relevancia que los demás. Es cierto que hay determinados hechos o fenómenos que marcan discontinuidades, puntos sobre los que cabe acuñar la manida expresión “un antes y un después”. Sin embargo, por debajo de estos puntos de inflexión, la vida de las personas, el devenir de los pueblos, el desarrollo de las relaciones, presentan una continuidad que podríamos calificar de cosmogónica. Es la revelación que subyace al *nihil novum sub sole* del Eclesiastés. Pues bien, una de estas continuidades se refiere a la guerra, o sea, a esa traducción cultural, social, colectiva del conflicto inherente a la naturaleza humana².

² Constatada su continuidad como fenómeno histórico del pasado y del presente, no es el objeto de este artículo profundizar en la inacabable polémica sobre el origen antropológico o cultural de la guerra. Para ampliar conocimientos sobre este tema baste recomendar el artículo “Un análisis antropológico de la Guerra”, de *Bronislaw Malinowski*, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 3, n.º 4, pp.119-149, 1941. Disponible en: https://www.jstor.org/stable/3537297?read-now=1&seq=1#page_scan_tab_contents consultado el 27 de febrero de 2020.

Cuando se coloca un hito en una fecha con pretensiones históricas estamos separando dos periodos de tiempo que comportan formas distintas de hacer o configuraciones diferentes en la vida de las sociedades. Este fenómeno puede aplicarse, en general, desde el individuo hasta el mundo en su conjunto, o sectorialmente en las historias particulares del arte, de la filosofía, de la medicina, de la tecnología; y también de la guerra. Cada tramo presenta algunas características que lo diferencian del anterior. Así, por ejemplo, la aparición del barroco o del nominalismo, de los antibióticos o del transistor son momentos que señalan respectivamente el advenimiento de nuevas eras y la superación de épocas anteriores. ¿Qué resulta si aplicamos a la guerra esta plantilla de análisis?

Las generaciones de militares que están hoy en activo han vivido –están viviendo– a caballo de tres (¿quién sabe si sobre cuatro, tras la pandemia de la COVID-19?) de esos periodos históricos, en Europa y en el mundo. Estos periodos están articulados por las bisagras de la caída del Muro de Berlín y por esa “toma de la Bastilla” de nuestro tiempo que fueron los atentados del 11 de septiembre de 2001. Como, hasta que se demuestre lo contrario, la archiconocida definición “clauswitziana” de la guerra como continuación de la política por otros medios no ha sido superada³, los cambios políticos –no lo olvidemos, asociados también a las revoluciones tecnológicas– han llevado aparejadas evoluciones en la forma de hacer la guerra. Incluidos sus objetivos y sus dinámicas.

El modelo anterior a la caída del Muro de Berlín estaba caracterizado por la confrontación de dos grandes fuerzas tectónicas cuyo enfrentamiento directo hubiera supuesto un Armagedón nuclear tras, o al mismo tiempo que, una guerra convencional. Esto es, las formas predominantes de hacer la guerra eran las basadas en los medios convencionales (estrategia de la victoria) y en las capacidades nucleares (estrategia de la disuasión/destrucción). Por aquello de la continuidad histórica, las tensiones geopolíticas se estuvieron evacuando desde 1945 hasta 1989 sobre “plataformas” alternativas, en las cuales las principales formas de enfrentamiento tuvieron que ver con la guerra no convencional, de guerrillas o de insurgencia. Estos son los casos entre otros de Indonesia, Malasia, Cuba, Bolivia, Indochina, Argelia, Vietnam, Nicaragua, El Salvador y la multitud de guerras coloniales y poscoloniales libradas en África y Asia. En todos estos conflictos, tanto el objetivo político como los medios utilizados abocaron a los contendientes a adoptar lo que hemos querido llamar “estrategia de la resistencia”, esto es, la estrategia de la guerra irregular sobre largos periodos de tiempo en la que el factor fundamental es la voluntad de vencer. Pero también, ¡y de qué manera!, las guerras de “evacuación de tensiones” nos dejaron claros ejemplos de enfrentamientos convencionales, como demuestran los episodios árabe-israelíes de 1956, 1967 y 1973. Sobre el Sinaí o en los altos del Golán unos y otros buscaron la “victoria” en términos puramente “clauswitzianos”; esto es, como

³ Karl von Clausewitz, *On War*. Londres: Everyman's Library, 1993: Libro I, Capítulo I. p. 99

la eliminación de la voluntad de combatir del enemigo mediante la destrucción de su ejército⁴.

En otras palabras, la Guerra Fría nos dejó un trágico catálogo de experiencias militares sobre las cuales redactar doctrinas y construir ejércitos, siendo el contexto geográfico, estratégico, económico, interno y externo el que aconsejó a cada cual en la siempre difícil toma de decisiones.

Pero cayó el Muro y con él el modelo de confrontación política que simbolizaba. Desaparecieron las fuerzas tectónicas para dar paso a una maraña de conflictos de escala menor, por los que afloraron las tensiones que habían quedado ocultas o neutralizadas por la dinámica de bloques. Guerras civiles –esto es importante– en Yugoslavia, Argelia o los múltiples conflictos en el espacio postsoviético (Transnistria, Nagorno-Karabaj, Chechenia, Osetia del Sur, Abjasia, todas de carácter civil, también).

El continente norteamericano fue escenario de una sustitución de conflictos políticos en el eje comunismo-capitalismo, por una serie de movimientos inercialmente insurgentes –comunistas–, pero muy relacionados con el narcotráfico (Colombia, Perú, etc.) o directamente provocados por el tráfico de drogas (México).

En Oriente Medio hay que mencionar la primera Guerra del Golfo, en 1991, como una de las más “engañosas” campañas militares de la historia. El fulgurante éxito de la coalición liderada por los Estados Unidos contra el Ejército de Irak sembró la percepción de que la potencia convencional norteamericana podría resolver problemas políticos allá donde y cuando fuera necesario. Con este espíritu, se inició la invasión de Irak, en 2003, con las consecuencias que todos conocemos. En cualquier caso, desapareció del horizonte de los políticos y, por tanto, de los militares la posibilidad de un conflicto convencional masivo entre iguales y aún más de uno de carácter nuclear. Se extendía por todo el planeta la sensación de que los problemas militares se ceñían cada vez más al ámbito de las intervenciones multinacionales de mayor o menor intensidad que o bien en poco tiempo, o bien con poco desgaste, resolvían los problemas políticos. Incluso en una región tradicionalmente conflictiva, las grandes guerras convencionales árabe-israelíes de 1956, 1967 y 1973 dejaron paso a una inestabilidad de orden más limitado en la cual los disturbios, la guerrilla urbana, el terrorismo, y las acciones “quirúrgicas” se sucedían sin sobrepasar unos umbrales de violencia que aconsejaran reproducir las operaciones convencionales de las décadas pasadas. El único intento de hacerlo, la operación Justa Recompensa, en 2006, en la que Israel invadió el sur del Líbano para enfrentarse al creciente poder de Hezbolá, resultó en un relativo fracaso⁵. La

⁴ *Ibid.*, p. 89 (T. del A).

⁵ Las Fuerzas de Defensa israelíes perdieron 119 combatientes y sufrieron 1 245 heridos, según el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí, balance que puede considerarse muy negativo para las IDF. Disponible en: <https://mfa.gov.il/mfa/foreignpolicy/terrorism/hizbullah/pages/israel-hizbullah%20conflict-%20victims%20of%20rocket%20attacks%20and%20idf%20casualties%20july-aug%202006.aspx> consultado el 25 de febrero de 2020.

lección aprendida fue que el uso de fuerzas convencionales de manera masiva para controlar otro país, o al menos parte de él, requería de una voluntad y unos recursos que las sociedades occidentales, incluso las muy curtidas como la israelí, no estaban dispuestas a pagar.

Pero al mismo tiempo que desaparecía la generación de políticos que habían gestionado la Guerra Fría, la retirada progresiva de los grandes gendarmes (EE. UU. y la URSS) fue dejando paso a otro tipo de escenarios caracterizados por el vacío de poder y los estados fallidos. Grupos no estatales, fundamentalmente yihadistas, ocuparon los huecos geográficos y políticos que una situación sin referencias claras iba dejando. En Afganistán, donde los talibanes se habían hecho con el poder tras el derrocamiento del Gobierno prosoviético de Hafizullah Amin y la guerra civil entre “señores de la guerra”, apareció el fenómeno del “parasitismo” yihadista: grupos de combatientes islamistas radicales encontraron refugio en el régimen talibán. Desde allí, historia por todos conocida, organizaron los atentados del 11 de septiembre contra los Estados Unidos.

No entraremos a valorar si el 11 de septiembre de 2001 representa un hecho de alcance histórico de la misma envergadura que la caída del Muro de Berlín, pero sí estamos en condiciones de asegurar que ese atentado terrorista marca un nuevo hito en la historia de la guerra: se inauguraba la era de la contrainsurgencia posmoderna. En ese momento no lo sabían, pero por segunda vez en sus vidas profesionales los militares occidentales, con los norteamericanos a la cabeza, se enfrentaban a un nuevo cambio de paradigma: en el plazo de 10-15 años habían pasado de prepararse para la guerra convencional (nuclear entre bloques), a ejecutar intervenciones de baja intensidad (*Operations Other Than War*, las denominaba la doctrina norteamericana de los años 90)⁶ para sumergirse ahora, de manera inesperada, en la enésima reedición de la guerra de guerrillas, para la que desde una perspectiva posmoderna (y fundamentalmente anglosajona)⁷ ni política, ni cultural, ni material, ni doctrinalmente estaban preparados.

Las intervenciones norteamericanas en Afganistán a partir de noviembre de 2001, y más tarde en Irak a partir de mayo de 2003, inauguraron un duro periodo de aprendizaje para los políticos, pero sobre todo para los militares, al final del

⁶ Para más información: “Joint Publication 3-07, Joint Doctrine for Military Operations Other than War, US Armed Forces Joint Staff”, 16 de junio de 1995.

⁷ Es importante hacer esta salvedad, porque la aproximación de los países anglosajones y en general los del Norte de Europa a los conflictos irregulares siempre ha sido diferente a la española donde, por nuestra historia y nuestra geografía el peso dado a la guerra de guerrillas siempre ha sido proporcionalmente mayor. La propia organización del Ejército de Tierra así lo demuestra. En 1954, se crearon las dos primeras Compañías de Operaciones Especiales (llamadas tradicionalmente de “guerrilleros”), para más tarde, en 1965 integrar dos de ellas en cada una de las Brigadas de Defensa Operativa del Territorio (en total 18 compañías) cuya misión principal era el encuadramiento para la resistencia en territorio nacional tanto en una ambiente de insurgencia como en uno de contrainsurgencia. De alguna manera se adelantó organizativamente esa dualidad previsible de combate simultáneamente convencional y no convencional que hoy llamamos “guerra híbrida”. Disponible en: <https://www.militar.org.ua/blog/las-fuerzas-de-defensa-operativa-del-territorio-dot/en> consultado el 27 de febrero de 2020.

cual la “resistencia” se ha demostrado como la fortaleza más preciada y, a la postre, como insustituible factor de éxito. A partir de este momento, resistencia en el plano estratégico e insurgencia en el político se asocian y generan el binomio dominante durante las dos primeras décadas del siglo XXI.

Asimetría, resistencia, insurgencia

Si alguien escribiese un “evangelio de la guerra” –perdón por el oxímoron: la guerra nunca es una buena noticia– bien podría iniciarlo con esta paráfrasis: “En el principio era la asimetría”. Asimetría en todo y en todos. Asimetría como instinto y asimetría como exigencia de la razón. La historia del conflicto humano y de su expresión cultural, la guerra, se puede trazar hacia atrás en la permanente búsqueda de la asimetría. Pero ¿asimetría en qué?

De otro texto, clásico en menor medida, pero muy conocido por los militares españoles, *La doctrina terrestre*, en sus múltiples versiones y actualizaciones⁸, podemos extraer el objeto sobre el que aplicar esta necesidad instintiva: los llamados “principios inmutables” del arte de la guerra. Todos los militares que hoy están en activo en el Ejército Español han estudiado y han aplicado, cuando han tenido que hacerlo, estos principios que constituyen el andamiaje más básico del pensamiento militar e incluso de la mística que rodea al guerrero español. Estos principios son: voluntad de vencer (querer), libertad de acción (saber), y capacidad de ejecución (poder).

De origen francés, sin embargo, estos principios se incorporan a la doctrina española tras la Primera Guerra Mundial y recogen el pensamiento del Mariscal Foch, generalísimo de los ejércitos aliados en 1918. Foch los proponía a sus camaradas en forma de infinitivo, como imperativos de la actuación militar. Para el mariscal, la victoria era el producto de la conjugación apropiada de los verbos querer, saber y poder (a los que Foch añadía actuar)⁹. Esta aproximación se adopta en la doctrina española de una manera literariamente brillante que, edición tras edición, ha venido respetándose¹⁰. Merece la pena recordarla: “Los principios de

⁸ La Doctrina para el empleo de las fuerzas terrestres, con esta u otra denominación similar, constituye el documento más importante del corpus doctrinal del Ejército español. De él se deriva el resto de publicaciones que son de obligado cumplimiento, e incluso aquellas que simplemente orientan en determinados ámbitos o especialidades. Se actualiza con cierta frecuencia e incorpora los avances, las tendencias, las experiencias y las lecciones aprendidas por el Ejército, desechando contenidos obsoletos. También sanciona, junto con las Reales Ordenanzas, la “cultura corporativa” y garantiza unidad intelectual y espiritual entre los miembros del Ejército (fenómeno que se extiende, en España, a todas las Fuerzas Armadas sobre la base de la doctrina conjunta).

⁹ “En écoutant le Marechal Foch”, reseña del libro de mismo título, del Tcol. André Larde. “Cahiers de la pensée mili-terre”, 19 de mayo de 2019. Disponible en: www.penseemiliterre.fr Consultado el 27 de enero de 2020.

¹⁰ Desgraciadamente, en opinión del autor, se ha optado por eliminar parte de este contenido en la última versión, lo que empobrece no solo el lenguaje, sino el concepto, que introducía como factor la “gestión de riesgos”.

la guerra son verdades confirmadas e ideas básicas que vienen rigiendo de una manera permanente las acciones victoriosas de los ejércitos, según se desprende del examen de la historia. Conocerlos no es suficiente para vencer, pero ignorarlos es, a menudo, suficiente para ser derrotado.

Los principios constituyen la base formal permanente de la ciencia y el arte militares. Sin ellos, la base científica de la conducción de las operaciones militares carecería de solidez y el arte militar no podría presentar las manifestaciones geniales de los grandes hechos que enseña la historia.

Los principios sirven como punto de apoyo a las teorías y a las doctrinas mediante su ponderación y adaptación según el ambiente económico-social, el nivel de desarrollo tecnológico de los medios y el criterio político establecido para la realización de la guerra en cada época.

Los principios de la guerra, de aplicación en todos los niveles de conducción, son:

- Voluntad de vencer.
- Libertad de acción.
- Capacidad de ejecución (...)”¹¹.

Asimetría para aplicar pues sobre la voluntad de vencer, sobre la libertad de acción y sobre la capacidad de ejecución. Si en los juegos olímpicos se trata de ir más rápido, más alto, y ser más fuerte, en la guerra se trata de “querer más”, “saber más” y “poder más” que el adversario; e incluso de “hacer más”, si queremos ser fieles a los orígenes.

¿Por qué estamos asociando los principios del arte de la guerra y la asimetría en un trabajo dedicado a la “estrategia de la resistencia”? Precisamente porque es jugando con estas variables donde alcanza singularidad la guerra irregular o de guerrillas o de “insurgencia” o como se quiera denominar al conflicto que ganará el que más resista.

Profundicemos más en esta relación. Si oponemos a la estrategia de la resistencia las otras dos grandes formas de hacer la guerra (la forma convencional, hogar de la “estrategia de la victoria”) y la estrategia nuclear (“estrategia de la disuasión-destrucción”)¹² nos encontramos con que quien aplica una estrategia de resistencia es quien se ve obligado a combatir del lado malo de la asimetría. Supongamos que, en la búsqueda natural de este desequilibrio, un contendiente presenta una mayor voluntad de vencer, una mayor capacidad de ejecución y una mayor libertad de acción que otro. El desenlace del conflicto dejará poco

¹¹ DO-001 Doctrina. Empleo de la Fuerza Terrestre (2ª Edición). Edición 18/9/1998. Mando de Adiestramiento y Doctrina del Ejército de Tierra.

¹² No entraremos a analizar esa síntesis de todas ellas que se ha dado en llamar “guerra híbrida”, fenómeno sobre el que se están escribiendo miles de páginas. Baste con señalar que supone el empleo armonizado de todas las estrategias posibles en manos de un determinado actor de forma simultánea y sincronizada (N. del A).

espacio a la sorpresa y solo una dosis de azar históricamente infrecuente podría alterar la victoria del primero. De los tres principios, sin embargo, hay uno que es fundamentalmente “endógeno” y pertenece al ámbito del carácter, no de las habilidades o las capacidades. En efecto, es en la voluntad de vencer donde más efecto puede tener la aplicación acertada del principio de asimetría, en un permanente juego compensatorio entre los tres.

Para ilustrar este fenómeno, podemos oponer dos casos paradigmáticos: por un lado, la campaña de la Wehrmacht en la URSS a partir del verano de 1941; y, por otro lado, la(s) Guerra(s) de Vietnam, primero durante la campaña de Indochina contra el Ejército francés y, posteriormente, contra las fuerzas combinadas de Vietnam del Sur y de los EE. UU. En el primer caso, los soviéticos comenzaron la guerra con menos libertad de acción y con menos capacidad de ejecución que los alemanes para, progresivamente, ir igualando estos parámetros con sus adversarios, hasta llegar a revertirlos, sin que la voluntad de vencer pueda esgrimirse como un factor desequilibrante. Sin embargo, en el caso de Vietnam —y podríamos añadir España en 1808-1812 o Cuba en 1959 o, más recientemente, Irak en 2003-2011 o Afganistán desde 2001 hasta hoy—, los vietnamitas jamás consiguieron igualar la capacidad de ejecución ni la libertad de acción de franceses y norteamericanos. Fue la voluntad de vencer la que neutralizó la asimetría padecida por el bando más débil en términos de capacidad y habilidad. La voluntad de vencer pasa a primer plano como mecanismo de compensación de los otros dos factores cuando no son decisivos. Por esto aparecen íntimamente ligados los conceptos de “estrategia de la resistencia” con el de guerra irregular, o en más amplio sentido, con los conflictos que se sitúan en el eje insurgencia-contrainsurgencia. En este eje no solo se enfrentan enemigos asimétricos por definición, sino que además lo hacen en forma de guerra civil, y este factor es muy importante.

En su conocido libro *Counterinsurgency*, el exmilitar australiano, David Kilcullen, define “insurgencia” en los términos en lo que lo hace la doctrina norteamericana en vigor, el Field Manual FM 3-24: “Un movimiento organizado encaminado a derribar un gobierno constituido mediante el uso de la subversión y el conflicto armado... o con otras palabras, una insurgencia es una lucha político-militar, organizada y prolongada, diseñada para debilitar el control y la legitimidad de un gobierno establecido, potencia ocupante o cualquier otra autoridad política, aumentando al mismo tiempo el control por parte de la insurgencia”¹³. La insurgencia es un movimiento interno que desemboca en guerra civil en cuanto se sobrepasan los límites de la no violencia o de la violencia en forma de terrorismo¹⁴. Por lo tanto, resistencia, insurgencia y

¹³ David Kilcullen, “Counterinsurgency”, *Oxford University Press*, Nueva York, 2010, p. 1. Traducción del autor.

¹⁴ No es objeto de este trabajo, pero es muy importante tener presentes las diferencias entre una campaña terrorista (por muy generalizada que pueda llegar a ser) y una campaña de insurgencia. En el

guerra civil suelen aparecer asociados sin excepción a lo largo de la historia en forma de triada.

Con perdón de la herejía geométrica, los puntos que definen este triángulo no se encuentran en el mismo plano o, mejor dicho, sus lados unen conceptos pertenecientes a distintos ámbitos. La resistencia es una forma de estrategia, la insurgencia es un contexto político y la guerra civil define los actores y el sustrato social y geográfico. Hay que hacer la salvedad de que ha habido guerras civiles de formato convencional, como lo fue la Guerra Civil española o la Guerra Civil norteamericana, o incluso la que enfrentó a rojos y blancos en Rusia tras la Revolución de 1917. En resumen, todas las guerras de insurgencias suponen la existencia de un conflicto civil, pero lo contrario no siempre es cierto.

Las guerras civiles presentan una característica muy particular: constituyen una aberración en el canon de la guerra. En los conflictos combatidos por ejércitos regulares ocurre que, en un momento determinado, todos los recursos de la nación son canalizados hacia ese esfuerzo principal colectivo. Se produce una alineación de recursos, capacidades y voluntades, en el mejor de los casos, que multiplica las energías por la vía de la concentración de esfuerzos. Sin embargo, en las guerras civiles, el fenómeno que se produce es el inverso. Las energías se desmultiplican mediante la división de los recursos nacionales (sean económicos, militares o simplemente humanos). Por tanto, es muy difícil, salvo por la vía de un desgaste muy prolongado en el tiempo, que un bando pueda imponerse al o a los otros sin ayuda foránea.

En los cuatro casos más emblemáticos del siglo XXI, este fenómeno se demuestra palmariamente. En Afganistán, a partir de 2001, la intervención occidental decidió la disputa interna entre los talibanes y el resto de grupos políticos en aquel país. Casi 19 años después, parece que se está llegando a un acuerdo que permitiría (está por ver) que la presencia extranjera no condicione el pacto nacional afgano.

En Irak, la invasión por parte de la coalición liderada por los EE. UU., en 2003 irrumpió en una guerra civil larvada que llevaba enfrentando a chiíes y sunnís secularmente en aquel país.

En Libia, una guerra civil entre partidarios y detractores de Gadafi, que afloró las tensiones tribales que el régimen del coronel había conseguido

caso de las campañas terroristas cobra aún más importancia la voluntad de vencer porque la asimetría en capacidad y habilidad es aún mayor que en un entorno de insurgencia-contrainsurgencia, pero son menos demandantes en términos de recursos humanos y materiales. El terrorismo no obliga a la reconstrucción de un país, la insurgencia sí. Como ejemplo de este fenómeno cabe recordar la orden presidencial del presidente Obama aprobando el incremento de fuerzas norteamericanas en Afganistán: "Esta aproximación no debe entenderse como la asignación de recursos necesaria para llevar a cabo una campaña de contrainsurgencia o de reconstrucción nacional, sino, de manera más limitada, debe considerarse ligado al objetivo principal de desarticular, desmantelar y finalmente derrotar a Al Qaeda así como de evitar el retorno de Al Qaeda a sus santuarios seguros en Afganistán o Pakistán" (T. del A.). Bob Woodward, *Obama's Wars*, Simon & Schuster, Nueva York, 2010, p. 385 y ss.

neutralizar, fue catalizada por ciertas potencias occidentales hasta el derrocamiento del líder libio. Este fenómeno está constatado en su teorización de la guerra de insurgencia por Kilcullen, quien lo expresa así:

“[...] En la moderna contrainsurgencia ganará el bando que mejor movilice sus bases de apoyo global, regional y local, e impida al adversario hacer lo propio”. En este mismo sentido, “[...] el “área de influencia” de la fuerza de seguridad puede llegar a incluir todos los países vecinos, y el ‘área de interés’ puede llegar a ser mundial [...]”¹⁵.

Volvamos a la resistencia. Si aceptamos que la voluntad de vencer puede servir de principio compensatorio a unas menores libertad de acción y capacidad de ejecución, entonces debemos asumir el valor del factor tiempo, porque la resistencia por definición se demuestra a lo largo del tiempo o no es tal. La característica que comparten las insurgencias es la negación de una imposible “batalla decisiva”. Las estrategias convencionales acaban sintetizándose en el planteamiento de una serie de combates o batallas, alguna de las cuales suele desequilibrar de manera irreversible (aunque no instantánea) la balanza a favor de uno u otro bando. En las guerras de insurgencia, el débil se hurta a esta batalla decisiva, de manera que cualquier fracaso es reversible, al precio de que ningún éxito es definitivo. El insurgente erosiona la voluntad de vencer del poderoso mediante golpes a su libertad de acción y su capacidad de ejecución. Al contrario, el contrainsurgente erosiona la libertad de acción y la capacidad de ejecución mediante golpes a la voluntad de vencer del insurgente. En este intercambio de golpes, se pone a prueba la resistencia del débil y voluntad del fuerte.

Todo ello ocurre sobre una línea de tiempo muy prolongada y unas esperanzas de finalización del conflicto muy pequeñas. Como ejemplo podemos reseñar la guerra de Colombia, que ha durado 50 años y donde aún existen grupos armados no desmovilizados o la guerra de Afganistán que, en diferentes formatos y con distintos actores, lleva activa al menos desde 1979. De Irak podemos decir que el derrocamiento de Saddam Hussein, en 2003, inauguró una época de inestabilidad que aún está lejos de cerrarse.

Las guerras largas generan dinámicas diferentes que las guerras cortas. Salvo casos muy específicos en la historia, por ejemplo la guerra del Yom-Kippur en 1973, diseñada de manera brillantísima por el líder egipcio Anwar el Sadat para romper el bloqueo generado por la guerra de los Seis Días y permitirle un cambio de alineamiento del bando soviético al occidental¹⁶, la duración de las guerras es siempre impredecible, puesto que se desencadenan

¹⁵ David Kilcullen, *Counter-Insurgency Redux*, Survival, Vol. 48, nº 4, invierno 2006-2007, p. 121 (T.del A.).

¹⁶ Shlomo Gazit, Prólogo a Asher *The Egyptian Strategy for the Yom Kippur War* .I.

procesos y recursos que se desconocen antes de empezarlas. Las guerras largas cambian, mutan dentro de la guerra y generan unas dinámicas poco reconocibles para los militares.

Posmodernidad, guerra y mercados

En el Occidente cultural la posmodernidad como cosmovisión lo permea todo, empapando la actividad humana de una fluidez y una contingencia incompatible con los conceptos primarios y nítidos con los que se maneja la guerra en su versión convencional: victoria, derrota, vida y muerte. Y este es el entorno en el que ha desembocado la revolución tecnológica experimentada por la humanidad en los últimos 20 años. Especialmente desde la aparición de la omnipresente red, una realidad virtual que, a efectos político (y militares), tiene a veces mayor trascendencia que la auténtica realidad. Dos espacios distintos que coexisten en el mismo tiempo, que se retroalimentan, pero que están contruidos por elementos inmiscibles: los efectos tangibles y las percepciones noseológicas.

Pues bien, la contrainsurgencia posmoderna constituye la quintaesencia de la asimetría, porque no solo enfrenta a dos o más bandos que cuentan con distinta voluntad de vencer, distinta capacidad de ejecución y distinta libertad de acción, sino que los enfrenta en dos planos a distinto nivel: el de las realidades y el de las percepciones. Las contradicciones, las fricciones, la confusión y la desorientación que genera este fenómeno son ilimitadas. Es muy ilustrativa la descripción que hace el Field Manual 3-24 *Counterinsurgency* del Ejército de los Estados Unidos en este sentido:

“The media directly influence the attitude of key audiences towards counterinsurgents, their operations, and the opposing insurgency. This situation creates a war of perceptions between insurgents and counterinsurgents conducted continuously using the news media”¹⁷.

En los casos de contrainsurgencia posmoderna coexisten factores tradicionales con otros de nuevo cuño insertados por la “revolución de las percepciones” facilitada por la red y la irrupción, o mejor diríamos, la disrupción introducida por el *marketing* en el ámbito político con metástasis hacia el nivel militar. Así, se mantiene el carácter de guerra civil, la intervención militar y política de actores externos, la asimetría como principio y la resistencia como estrategia. Pero concurre, para complicarlo todo, otro factor virtual: las

¹⁷ FM 3-24, “Counterinsurgency”, Headquarters Department of the Army, Washington DC, 2006, p. 112. Disponible en: <https://www.hsdl.org/?view&did=468442#page=112&zoom=page-width-7.610> Consultado el 28 de febrero de 2020.

percepciones sociales y su explotación política. De alguna manera el conflicto se plantea entre proveedores de efectos reales (combatientes insurgentes y contrainsurgentes) y consumidores de percepciones políticas (políticos, electores, población civil del país en cuestión, medios de comunicación, agentes económicos, resto de la comunidad internacional, etc.). El trasvase, la comprensión entre ambos “universos”, el de los proveedores de efectos reales y el de los consumidores de percepciones manipulables, es tan difícil de conseguir que, en la mayoría de los casos, conduce al fracaso. Hay que reconocer que la relación entre militares y políticos siempre ha constituido una debilidad, el verdadero talón de Aquiles del desencadenamiento, planeamiento, conducción y finalización de las guerras. El *continuum* que plantea Clausewitz entre política y guerra nunca ha constituido un engranaje lubricado y ajustado, sino que más bien se trata de un punto de fricción permanente y, a la luz de la historia, inevitable. Una vez más los ejemplos son clarificadores. La Primera Guerra Mundial terminó con una oferta de armisticio por parte de Alemania, por la razón de que existía un clima prerrevolucionario en el país que amenazaba con llevarse por delante la monarquía –como había ocurrido en Rusia un año antes–¹⁸, cuando sus ejércitos hubieran sido capaces de alcanzar una situación de “empate técnico” tras contener la ofensiva aliada en Amiens en agosto de 1918. De esta desconexión entre los proveedores de efectos (los militares alemanes) y los consumidores de percepciones (el gobierno del canciller Max von Baden) surgió la rendición incondicional alemana, plasmada en el Tratado de Versalles, donde se sembraron las semillas de la Segunda Guerra Mundial. Las consecuencias para el Reich son por todos conocidas. De las discrepancias entre Hitler y sus generales ante Dunkerque o en el frente ruso, se han escrito ríos de tinta¹⁹. En el caso de la contrainsurgencia posmoderna, esta desconexión es aún mayor. Es épica la batalla mantenida por los jefes militares en Afganistán con el presidente Obama con ocasión del “surge” solicitado por el general MacChrystal en 2009. En pocas ocasiones ha quedado más patente la desconexión entre los proveedores de efectos y los consumidores de percepciones²⁰. En todos los casos anteriores, la pugna la perdieron los militares en favor de los políticos y en perjuicio de sus respectivos países, como anticipo de inesperadas derrotas, además, mucho más dolorosas que lo que las meras condiciones militares permitirían aventurar.

Pero los ejércitos aprenden. A partir de 2001, costó años de sufrimiento que los militares “doblasen la esquina” de las operaciones de estabilización propias de los años 90 y aprendieran a enfrentarse con cierta eficacia operativa

¹⁸ Hew Strachan “La Première Guerre Mondiale” *Presse de la Cité*, 2005, París, p. 311 y ss.

¹⁹ Interesante consultar sobre este tema en Erich von Manstein, “Mémoires”, Ed. Perrin, París, 2017.

²⁰ El periodista Bob Woodward hace una magistral descripción de este episodio en su libro “Obama’s Wars”, *Simon & Schuster*, Nueva York, 2010.

a los grupos insurgentes tanto en Afganistán como en Irak. Podemos señalar como hito de este proceso de aprendizaje corporativo la aparición, en 2006, del ya mencionado Field Manual 3-24 *Counterinsurgency* del Ejército de los Estados Unidos.

Este documento, recibido como agua de mayo por los sufridos soldados estadounidenses y aliados empeñados en aquellos teatros, constituye tanto una valiosa adaptación a la guerra de insurgencia para militares bisoños en la misma, como, sobre todo, una adaptación de los militares a la política posmoderna, a la conducción de las campañas basada en percepciones. Constituye un brillante intento de explicar a los militares que el significado del *continuum* de Clausewitz había cambiado, y no por el lado de la guerra, sino por el de la política. Explica una nueva gramática que ha costado muchas vidas aprender.

En esta línea, resulta muy significativo que una de las lecciones aprendidas por las Fuerzas Armadas británicas de sus experiencias en Irak y Afganistán ha sido su incomprensión del fenómeno al que se estaban enfrentando. La aplicación de plantillas, incluso de contrainsurgencia, obsoletas y un marco mental heredero a partes iguales de la Guerra Fría (priorizando las acciones convencionales de fuerza- *kinetics*) y de operaciones de estabilización (en Europa, con facciones y códigos culturales más reconocibles) llevó a los británicos a un verdadero laberinto del que, con mucha dificultad, consiguieron extraerse al cabo de los años. Para paliar este déficit de cultura corporativa (de “capacidad de ejecución”, en resumidas cuentas) han venido elaborando, a partir de 2010, una doctrina sobre *Understanding* (comprensión) que, en su versión actualizada en 2016, se define como

“[...] the perception and interpretation of a particular situation in order to provide the context, insight and foresight required for effective decision-making. Understanding helps us to make decisions; it also helps us to manage any associated risks and any second and subsequent order effects”²¹.

Es decir, se dieron cuenta de que gran parte de su fracaso se debía a la errónea percepción e interpretación de las guerras en las que habían participado. Como hemos visto, no se trata de un desconocimiento *a priori* (que palía la inteligencia militar), sino una incomprensión de la ineficacia de los efectos producidos una vez trasladados al campo de las percepciones (políticas, de

²¹ “La percepción e interpretación de una situación determinada con el objeto de proporcionar el contexto, la visión detallada y la anticipación necesarios para una toma de decisiones eficaz *understanding* nos ayuda a tomar decisiones; así como a gestionar los riesgos asociados, así como cualquier efecto de orden secundario o subsecuente”, Joint Doctrine Publication 04. Understanding and Decision-making. Joint Doctrine Publication 04 (JDP 04) (2nd Edition), dated December 2016 Development, Concepts and Doctrine Centre. Disponible en: https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/584177/doctrine_uk_understanding_jdp_04.pdf Consultado el 15 de marzo de 2020.

comunicación, económicas). La mera existencia de este concepto evidencia la perplejidad de los británicos, cuya experiencia militar no es despreciable, pero que ante una nueva gramática que nadie les había enseñado “estaban redactando mal”. Más adelante veremos cómo, a los ojos de un militar español, con una cercanía a entornos culturales distintos incrustada en su ADN y con un bagaje histórico desde los dos lados de la barrera (los españoles hemos sido insurgentes y contrainsurgentes, que no es el caso de los británicos ni norteamericanos), este déficit estructural de las primeras potencias del mundo resulta palmario incluso antes de que los anglosajones mismos lo percibieran.

Volviendo al FM 3-24, además de una precisa definición del marco doctrinal necesario para salir airosos del embroque, este documento asume –sobre todo en su parte dedicada al diseño operacional y al planeamiento– que la complejidad de la guerra obliga a interpretar (en el sentido lingüístico del término) sus resultados para hacerlos comprensibles, más allá de su mero conocimiento y análisis. Las campañas se articulan sobre unos diseños operacionales que permiten el avance desde la situación de partida hacia ese estado final deseado con el que definimos lo que tradicionalmente se ha llamado “victoria”. Pues bien, el trayecto de las fuerzas contrainsurgentes pasa por una serie de indicadores que marcan la mayor o menor convergencia del estado medido con el deseado. En sentido contrario, la acción del insurgente se focaliza en hacer que las líneas de operaciones diverjan y se separen, o no alcancen los hitos (condiciones decisivas) que los jalonan. Para llevar a cabo esta ingente tarea (medición de indicadores, y su evaluación en apoyo a la toma de decisiones), se ha desarrollado una función llamada en inglés *assessment*, que ha adquirido en los conflictos posmodernos una importancia vital, hasta el punto de que todos los demás procesos se articulan en torno a él.

Esta dinámica no es muy diferente a los métodos empleados por las Fuerzas Armadas de primer nivel a la hora de enfrentarse a problemas militares más tradicionales. De hecho, para los conflictos convencionales que ahora mismo está contemplando la OTAN como escenarios posibles, los métodos de diseño y planeamiento para las campañas y operaciones son muy similares. Sin embargo, existe una diferencia de contenido que pervierte absolutamente la gramática de la guerra moderna, esa que decía que las acciones militares buscan la victoria necesaria y requerida por los objetivos políticos.

Nos apoyaremos en Steven Metz para describir esta nueva aproximación. Metz relativiza, como Kilcullen, el valor de la palabra victoria:

“Las insurgencias contemporáneas se parecen mucho menos a una guerra tradicional en la que los combatientes buscan la victoria estratégica que a un violento, fluido y competitivo mercado. Esta circunstancia es el resultado de la globalización, el decline del apoyo de los estados a las insurgencias [...] y la imbricación de la insurgencia con complejos conflictos asociados al fenómeno

de la debilidad y el fracaso de los Estados [...]”²²

Esta analogía implica que, al igual que en los modernos mercados, ningún actor puede aspirar al dominio completo (*strategic victory*), sino como mucho a la sostenibilidad y a cierto grado de beneficio, político o económico. En el caso de las insurgencias, la ausencia de potencias que las respalden abiertamente impide resultados como los de Fidel Castro o Ho Chi Minh, recuerda Metz, pero lo mismo puede aplicarse a las llamadas fuerzas de seguridad: “Es prácticamente imposible para cualquier entidad única, sea un actor estatal o no estatal, monopolizar el poder. El dominio y el reparto del mercado cambian permanentemente”²³ En otras palabras, se asume que la victoria clásica es inalcanzable y que a lo más que se puede aspirar es que la propia cuota de mercado—esto es, la cantidad de poder y control sobre el territorio, la población y los recursos— sea mejor y mayor que la de los adversarios, sabiendo que jamás se les podrá expulsar totalmente. Al igual que en los mercados de cualquier otro bien o servicio, se pelea por el éxito en términos de sostenibilidad (mantener el esfuerzo militar indefinidamente) dividiendo (retorno político y económico del conflicto), inversión (en términos económicos, pero, muy fundamentalmente, humanos) y gastos de producción y corrientes (coste de las operaciones e impacto en los ejércitos). Jugando con estas variables se medirá el mayor o menor éxito de la campaña, nunca más la victoria.

De la victoria al éxito

La conducción de la guerra con parámetros empresariales tiene su origen en la guerra de Corea. Estaba recién terminada la Segunda Guerra Mundial, en la que el éxito se medía de manera instintiva sobre la base del territorio conquistado y, por ello, los norteamericanos se dedicaron, tras el desastre inicial, a reconquistar el terreno perdido tras la invasión de Corea del Sur por los comunistas norcoreanos, y luego por los chinos. Los planes militares norteamericanos contemplaban la ocupación de Corea del Norte hasta la frontera con China. Pero, en el invierno de 1951, el presidente Truman cambió los objetivos políticos de la campaña: se trataba de reestablecer la frontera entre las dos Coreas en la línea anterior al ataque norcoreano. El Ejército norteamericano se quedó sin parámetros geográficos a medir y se vio obligado a adoptar el recuento de cadáveres norcoreanos y chinos (*body counting*) para analizar el grado de éxito de las acciones, las operaciones y, finalmente, de la guerra. Este caso constituye el primero en el que los militares entregan al

²² Steven Metz, *New Challenges and Old Concepts: Understanding 21st Century Insurgency*, Parameters, invierno 2007-2008, p. 23 (T.del A.).

²³ Ibid. p.23 (T.del A.). Citado en artículo del propio autor “Clausewitz, COIN, y el nuevo paradigma”, en *Revista Ejército*, número de octubre de 2012.

político “éxito” más que victoria²⁴. Con la experiencia de Corea, entraron los norteamericanos ocho años después en Vietnam, país en el que ya los franceses habían demostrado que el control absoluto del territorio era imposible. Vietnam ya no era un conflicto convencional como Corea, sino una guerra en el eje insurgencia-contrainsurgencia que señalaba la transición entre los conflictos clásicos en la década de los 50 y 60 (por ejemplo, Argelia entre los años 1957 y 1961), con las insurgencias posmodernas del siglo XXI.

En 1961, el presidente Nixon nombró secretario de Defensa a Robert McNamara, en ese momento presidente de la Ford Motor Company. McNamara había sido el profesor más joven de la Harvard Graduate School of Business Administration. Como profesor en Harvard inició en la Segunda Guerra Mundial a los oficiales de la Fuerza Aérea norteamericana en el análisis del negocio y lo aplicó personalmente al empleo de los bombarderos B-29 utilizados en el teatro del Pacífico contra Japón entre 1943 y 1945.

Pues bien, McNamara, a quien el senador Republicano, Barry Goldwater, motejó como “máquina IBM con piernas”²⁵, introdujo en Vietnam el análisis a través de indicadores, recuperando el truculento *body counting*. En esta tradición, ahora un poco menos macabra, las contrainsurgencias posmodernas disponen de una batería casi infinita de indicadores analíticos que permiten evaluar el resultado de las acciones de manera puramente numérica. Esta es la metodología que los militares norteamericanos han incorporado a su doctrina (que es la de todos nosotros) y que ha dado lugar a la función de *assessment*, ya mencionada anteriormente.

Con esta batería de indicadores en la cartera, cualquier general puede dirigir una campaña proporcionando efectos tangibles que serán transformados en percepciones a consumir por los distintos “mercados” que los demanden (políticos, medios de comunicación, índices bursátiles). Kilcullen propone hasta 53 indicadores para medir el progreso de la campaña en Afganistán. Son indicadores relativos a la población, a los niveles de gobierno de la nación anfitriona, a las fuerzas de seguridad, al enemigo²⁶. Y le faltan por añadir a todos aquellos relacionados con el pilar de desarrollo que se incorpora a todas las campañas de contrainsurgencia. Esto es, las acciones militares reales de combate, o no de combate, deben ser medidas en términos de efectos, estos efectos contrastados contra una parrilla de indicadores predefinida en el plan de operaciones y de este contraste (mediante algoritmos de correlación, el *assessment*) se generan las percepciones que permitirán al “propietario” político

²⁴ Scott Sigmund y Marissa Edson Myers, “Body Counts and “success” in the Vietnam and Korean Wars”, *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 25, n.º 3, invierno 1995, pp. 377-378.

²⁵ Phil Rosenzweig “Robert S. McNamara, and the Evolution of Modern Management”, *Harvard Business Review*, diciembre de 2010. Disponible en: <https://hbr.org/2010/12/robert-s-mcnamara-and-the-evolution-of-modern-management> Consultado el 18 de marzo de 2020.

²⁶ Kilcullen, op.cit, p. 57-76.

de la guerra navegar por ella de manera satisfactoria para sus intereses. Para completar el escenario y como en toda estructura empresarial y de mercado, no es de extrañar que el humo del *marketing* se haya infiltrado en la guerra por las rendijas de las operaciones de información.

Pero ¿qué pasa con la resistencia, el hilo conductor de este trabajo? Pues pura y simplemente que no constituye un indicador medible. La resistencia adquiere su valor cuando se aplica fundamentalmente sobre la voluntad de vencer, que como se ha señalado anteriormente es un principio residente en el carácter. Los principios inmutables del arte de la guerra se materializan de forma compleja y su genialidad consiste en que sintetizan toda su complejidad en tres enunciados simples que pertenecen a tres ámbitos distintos. Así, la libertad de acción habla de la competencia intelectual, técnica, profesional para el empleo de los recursos, de las fuerzas, en el tiempo y el espacio de acuerdo con los propios intereses. Nunca es absoluta mientras dura la guerra, puesto que constituye confrontada con la libertad de acción del enemigo un juego de suma cero. No es directamente medible, pero puede ser desgranada en indicadores que si lo sean. Por su parte, la capacidad de ejecución reúne los medios humanos y materiales necesarios para alcanzar los objetivos militares definidos en los planes. No se confronta, sino que se refiere a la del enemigo y a la situación, es decir, se diseña desde tiempos de paz para afrontar riesgos o amenazas (no confundir ni mezclar, por favor) en función del entorno estratégico previsible. Tampoco es directamente medible, pero también puede descomponerse de manera relativamente sencilla en indicadores que sí lo son.

Sin embargo, la voluntad de vencer presenta características totalmente distintas. No es medible ni se puede descomponer. Constituye un absoluto y un *a priori* en toda guerra. Se puede dudar de la voluntad de guerrear, actividad en general poco apetitosa, pero de lo que no se puede dudar es de la voluntad de vencer. Es una pulsión binaria: se tiene o no se tiene. Lo cual no implica de ningún modo que constituya un instinto irracional, sino una precondition para romper hostilidades, un umbral moral (no técnico, no intelectual) necesario para empeñarse de manera esperanzada en el combate. La resistencia monta a lomos de la voluntad de vencer, multiplica en el caso de la insurgencia la voluntad de guerrear, mientras que la complementa en el caso de la contrainsurgencia. Resistencia y voluntad de vencer forman un centauro.

El hecho de que la voluntad de vencer no sea medible está en la raíz del fracaso de las contrainsurgencias posmodernas y de su antecesor inmediato a gran escala, la guerra de Vietnam. Porque que no sea medible no quiere decir que no exista, que no sea apreciable. La voluntad de vencer, tal y como rezaba la doctrina española, “se desprende del examen de la historia” y aunque conocerla “[...] no es suficiente para vencer, [...] ignorarla, a menudo, es suficiente para ser derrotado”. Un ejemplo: en julio de 1965, el presidente Johnson solicitó

el apoyo de sus aliados en su esfuerzo de contención del comunismo en Asia, pidiéndoles mayor implicación en la guerra de Vietnam; entre ellos se encontraba España. El general Franco respondió a esta solicitud en una carta explicando los motivos que le llevaban a rehusar implicar a España en aquel conflicto con argumentos desde el nivel táctico, al geopolítico, sin dejar de tocar factores históricos. Merece la pena recordar algunos párrafos. En primer lugar, evidencia la dificultad intrínseca de la tarea en relación con los medios y con la situación. También menciona la imposibilidad de conseguir la iniciativa en este contexto. Le habla, por tanto, de libertad de acción y de capacidad de ejecución:

“Mi experiencia militar y política me permite apreciar las grandes dificultades de la empresa en que os veis empeñados: la guerra de guerrillas en la selva ofrece ventajas a los elementos indígenas subversivos que con muy pocos efectivos pueden mantener en jaque a contingentes de tropas muy superiores; las más potentes armas pierden su eficacia ante la atomización de los objetivos; no existen puntos vitales que destruir para que la guerra termine; las comunicaciones se poseen en precario y su custodia exige cuantiosas fuerzas. Con las armas convencionales se hace muy difícil acabar con la subversión. La guerra en la jungla constituye una aventura sin límites”.

Más adelante, incluye Franco, el factor tiempo con estas consideraciones:

“Cuanto más se prolongue la guerra, más empuja al Vietnam a ser fácil presa del imperialismo chino y, aun suponiendo que pueda llegar a quebrantarse la fortaleza del Vietcong, subsistirá por mucho tiempo la acción larvada de las guerrillas que impondrá la ocupación prolongada del país en que siempre seréis extranjeros. Los resultados, como veis, no parecen estar en relación con los sacrificios”.

Más adelante advierte a Johnson que su nivel de comprensión de los conflictos es muy deficiente, puesto que está aplicando plantillas occidentales (o más bien empresariales, habría que añadir) a realidades que no lo son. Franco llega a apelar incluso el social-comunismo como única solución posible para lo que él llama “pueblos nuevos”:

“La subversión en el Vietnam, aunque a primera vista se presente como un problema militar, constituye, a mi juicio, un hondo problema político; está incluido en el destino de los pueblos nuevos. No es muy fácil al Occidente comprender la entraña y la raíz de sus cuestiones. Su lucha por la independencia ha estimulado sus sentimientos nacionalistas; la falta de intereses que conservar y su estado de pobreza les empuja hacia el social-comunismo que les ofrece mayores posibilidades y esperanzas que el sistema liberal patrocinado por el Occidente, que les recuerda la gran humillación del colonialismo”.

Finalmente, en clave geopolítica, adelanta lo que al final sucedió:

“[...] ya que, en el fondo, los principales actores aspiran a lo mismo: los Estados Unidos, a que el comunismo chino no invada los territorios del Sudeste Asiático; los Estados del sudeste asiático, a mantener a China lo más alejada de sus fronteras; Rusia, a su vez, a que su futura rival, China, no se extienda y crezca, y Ho Chi Minh, por su parte, a unir al Vietnam en un Estado fuerte y a que China no lo absorba. [...] No conozco a Ho Chi Minh, pero por su historia y sus empeños en expulsar a los japoneses, primero, a los chinos después y a los franceses más tarde, hemos de conferirle un crédito de patriota, al que no puede dejar indiferente el aniquilamiento de su país. Y dejando a un lado su reconocido carácter de duro adversario, podría sin duda ser el hombre de esta hora, el que el Vietnam necesita”²⁷.

Conclusiones

En un puñado de párrafos, Franco –un militar– comparte con Johnson –un político– los principios asombrosamente actuales que rigen los conflictos de insurgencia y que 55 años después los Ejércitos anglosajones llegarían a aprender al precio de su propia sangre (y de la de muchos aliados, e iraquíes y afganos), a saber:

- Que es condición previa para iniciar ninguna acción militar una comprensión profunda del fenómeno que se está por afrontar, que en el caso de las guerras de insurgencia es siempre radicalmente distinto del de las guerras convencionales. Por ello el propio Ejército Británico sitúa en su falta de *understanding* la raíz de sus fracasos iniciales en Irak y Afganistán.
- Que, en los niveles táctico y operacional, los efectos militares alcanzados no son explotables directamente por los políticos, porque no son decisivos y porque son reversibles²⁸. El corolario de este principio es que, si no se ha aplicado bien el primero, es necesario transformar estos efectos en percepciones, como reiteradamente proponen Kilcullen, Metz y otros. La función de *assessment* y su mirada de indicadores permiten a los jefes militares navegar en este escenario y enlazar en la medida de lo posible con el nivel político. Se trata de un tratamiento paliativo del error cometido por falta de comprensión.

²⁷ Ambas cartas, la de Johnson y la de Franco. Disponible en: <https://fnff.es/historia/54233177/la-opinion-de-franco-sobre-la-guerra-de-vietnam.html> Consultado el 22 de marzo de 2020.

²⁸ Sobre este fenómeno de la reversibilidad de las acciones tácticas en los entornos de contraingurgencia es interesante consultar Nick Reynolds (2019), “Learning Tactical and Operational Combat Lessons for High-End Warfighting from Counterinsurgency”, *The RUSI Journal*, 164:7, 42-53 DOI 10.1080/03071847.2019.1700686. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/03071847.2019.1700686> Consultado el 15 de febrero de 2020.

- Que los efectos estratégicos para ser decisivos son tan costosos que dejan de ser rentables. Es necesario recordar las insoportables tensiones sufridas por la Casa Blanca y las cúpulas militares norteamericanas en el caso del *surge* afgano de 2009. Las imágenes de los helicópteros evacuando la embajada norteamericana en Saigón, en 1975, son otro ejemplo claro de precios no asumibles.
- Que, en los conflictos en el eje insurgencia-contrainsurgencia, el tiempo se prolonga de manera que se “metaboliza” por los locales y se “indigesta” a los extranjeros (como poco después demostraría la intervención soviética en Afganistán). La resistencia como factor clave se pone de manifiesto; y una vez más los casos de Afganistán (va para 20 años) o de Siria (9 años ya) ponen este principio de manifiesta actualidad.
- Que la solución a un conflicto de insurgencia debe ser geopolíticamente armónica, porque si no lo es, no es solución, y condena a ese pueblo a la guerra perpetua. La actual guerra de Siria constituye un ejemplo evidente al respecto.
- Que los hombres fuertes son parte de la solución, no del problema. Es en el campo de las realidades donde se hayan las soluciones. Se evidencia el valor también casi absoluto del liderazgo. Ho Chi Mihn, como Bashar al Asad, como Fidel Castro, son figuras fuertes, y las figuras fuertes son parte necesaria de la solución, no del problema. Este principio llevó a la muerte a Ahmad Shah Massud, único líder carismático que hubiera podido hacer frente en Afganistán a los talibanes (que lo sabían), asesinado precisamente por eso. Después de la eliminación de Gadafi, el intento de sustitución en Libia por el mariscal Haftar-con mayor o menor probabilidad de éxito- sigue esta misma estela.

Con todo lo anterior en mente, el diagnóstico que cabe hacer sobre la posmodernidad aplicada a la guerra (la guerra de nuestro tiempo) es que cuanto más globalizado está el planeta; cuanto mayores son las relaciones comerciales, económicas, sociales y culturales; cuanto más permeables son las culturas, la guerra viene a recordarnos que hay realidades prepolíticas que subyacen a esta acumulación de capas de interconexión. Estas realidades se fijan, se agarran de manera inerradicable a la esencia misma de la vida social de los pueblos. Y, curiosamente, no aparecen en el radar, porque no son mesurables. Se trata de todos aquellos rasgos de la naturaleza humana que se socializan y que forman parte del armazón íntimo de las personas e histórico de los pueblos. El apego a estas realidades es una fuente inagotable de resistencia y, por tanto, dota a los grupos sociales que son fieles a ellos de una resiliencia incomparablemente mayor que cualquier interés contingente, como son los del mercado, pueda proporcionar. En palabras de un alto oficial pakistani al autor explicando sus

lealtades en un foro privado: “Yo soy un pashtun de 3.500 años, un musulmán de 800 años y un pakistaní de 70”.

A modo de conclusión, citaremos las palabras dirigidas por un importante general británico con responsabilidad en las operaciones en Afganistán e Irak, a una audiencia compuesta por militares y funcionarios civiles de alto rango en 2011, analizando el futuro de la “guerra de nuestro tiempo”: “la guerra ha podido cambiar de carácter, pero no de naturaleza [...] y la experiencia de las dos últimas guerras de contrainsurgencia ha dejado al poder político sin apetito para otra guerra como estas por al menos 30 años”.

En ambas cuestiones, el tiempo le ha dado la razón. Pero la continuidad histórica de la guerra nos lanza ya, cuando aún se combate en Afganistán, en Irak, y en Siria y en Libia la guerra dista mucho de estar terminada, hacia el siguiente capítulo: la zona gris y la batalla multidominio están a la vuelta de la esquina.

Referencias bibliográficas:

- Bob Woodward, *Obama's Wars*, Simon & Schuster, Nueva York, 2010.
- Bronislaw Malinowski, "Un análisis antropológico de la Guerra", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.3, n.º 4, 1941.
- Dani Asher, *The Egyptian Strategy for the Yom Kippur War*. McFarland & Co, Jefferson, North Carolina, 2009.
- David Kilcullen, "Counter-Insurgency Redux", *Survival*, Vol. 48, n.º 4, invierno 2006-2007.
- David Kilcullen, *Counterinsurgency*, Oxford University Press, Nueva York, 2010.
- David M. Glantz, y Jonathan M. House, *Choque de Titanes. La victoria del Ejército Rojo sobre Hitler*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2017.
- DO-001 Doctrina. Empleo de la Fuerza Terrestre (2ª Edición). Edición 18/9/1998. Mando de Adiestramiento y Doctrina del Ejército de Tierra.
- Erich Von Manstein, *Mémoires*, Perrin, París, 2017
- FM 3-24, *Counterinsurgency*, Headquarters Department of the Army, Washington DC, 2006.
- Hew Strachan, *La Première Guerre Mondiale*, Presse de la Cité, París, 2005.
- Joint Doctrine Publication 04. *Understanding and Decision-making*. Joint Doctrine Publication 04 (JDP 04) (2nd Edition), December 2016 Development, Concepts and Doctrine Centre. Edición on-line Ministerio de Defensa del Reino Unido.
- Joint Publication 3-07, *Joint Doctrine for Military Operations Other than War*, US Armed Forces Joint Staff, 16 de junio de 1995. Edición digital.
- Karl Von Clausewitz, *On War*, Everyman's Library, Londres, 1993
- Karl-Heinz Frieser, *The Blitzkrieg Legend. The 1940 Campaign in the West*. Naval Institute Press, Annapolis, 2005.
- Naveh Simon, *In Pursuit of Military Excellence*, The Cummings Center for Russian and European Studies, Universidad de Tel Aviv, Frank Cass, Londres, 1997
- Nick Reynolds, "Learning Tactical and Operational Combat Lessons for High-End Warfighting from Counterinsurgency", *The RUSI Journal*, 164:7, 42-53 DOI 10.1080/03071847.2019.1700686. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/03071847.2019.1700686>
- Phil Rosenzweig "Robert S. McNamara, and the Evolution of Modern Management", *Harvard Business Review*, diciembre de 2010. Disponible en: <https://hbr.org/2010/12/robert-s-mcnamara-and-the-evolution-of-modern-management>
- Robert M. Citino, *De la Blitzkrieg a Tormenta del Desierto. La evolución de la guerra a nivel operacional.*, Ediciones Salamina, Málaga, 2015.

- Scott Sigmund y Marissa Edson Myers, “Body Counts and “success” in the Vietnam and Korean Wars”, *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 25, n.º 3, invierno 1995.
- Steven Metz, “New Challenges and Old Concepts: Understanding 21st Century Insurgency”, *Parameters*, invierno 2007-2008.
- Tom Shanker, “*Warning Against Wars Like Iraq and Afghanistan*”, *The New York Times*, 25 de febrero de 2011 (Ed. digital).



Los conflictos en la reflexión oriental

Conflicts in Eastern Reflection

Francisco Benavente Meléndez de Arvas¹
Capitán de Navío (España)

Recibido: **XX-XX-XX**

Aprobado: **XX-XX-XX**

Resumen

El concepto “reflexión” implica individualidad y cultura. Por ello, llegar a acuerdos de mínimos en aspectos cruciales de la realidad exige un relativo esfuerzo de abstracción y de comprensión de lo diferente, particularmente si analizamos el pensamiento de pueblos que nos son lejanos.

Las filosofías orientales siguen siendo extrañas al pensamiento occidental generalizado. Sus principios rectores se vierten en un estilo de moral distinta. El cambio, dicho en abstracto, se percibe peligroso en un hemisferio y como parte de la misma vida en el otro.

En este contexto, “pensar la guerra” debe sufrir o sufrir los mismos contrastes. De descubrir sus peculiaridades va este trabajo de análisis.

En nuestros días, los chinos, por ejemplo, siguen sintiendo internamente el orden del universo de raíz milenaria, budista, confucionista. La efervescencia cultural que significó la revolución comunista, aunque afectó las relaciones sociales, no pudo eliminar la ancestral inclinación de este pueblo hacia la armonía y el orden celestial. Siguen pensando la guerra en forma muy similar a sus clásicos eternos.

Por tanto, revisaremos a continuación todas estas cuestiones.

Palabras-clave: Filosofías orientales, pensar la guerra, importancia del cambio, armonía y conflicto.

¹ (pacon_trasgu@icloud.com) Francisco Benavente Meléndez de Arvas se encuentra actualmente retirado. Ha desarrollado su carrera operativa en el Arma Submarina. Posteriormente, participó en el proceso de profesionalización de las Fuerzas Armadas españolas tras la suspensión del Servicio Militar Obligatorio.

Se licenció en Ciencias Políticas y obtuvo el diploma de Estudios Avanzados en Ciencias de la Administración. *La guerra contra la violencia, El acoso a los Estados en el siglo XXI; sociedades y estructuras y La UE; su vocación de actor global. Necesidad de transformación militar* son algunas obras en las que ha participado.

Abstract

The concept of “reflection” implies individuality and culture; therefore, reaching minimum agreements on crucial aspects of reality requires a relative effort of abstraction and understanding the different if we analyse the thinking of peoples that are distant from us.

Oriental philosophies remain foreign to generalized Western thought. Its guiding principles are poured into a different Moral style. The change, said in the abstract, is perceived as dangerous in one hemisphere and as a part of the essential life in the other.

In this context, ‘thinking on war’ must suffer or suffer indeed the same contrasts. This work of analysis goes to discover these peculiarities.

In our days, the Chinese, for instance, continue to feel the Order of the Universe in a sense of millenary roots, going from Buddhist, Confucianist. The cultural effervescence that the communist revolution meant, could not eliminate the ancestral tendency of this people towards harmony and celestial order, although if affected social relations. They continue to think on war in a very similar way to its eternal classics.

We will therefore review all these issues below.

Key-words: Eastern Philosophies, Thinking on War, Importance of Changes, Harmony and Conflict.

Forma de pensar oriental

“La cultura o civilización, en sentido etnográfico amplio, es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos o capacidades adquiridas por el hombre en cuanto miembro de la sociedad”.

E.B. Taylor, *Primitive Culture*

Cuando consideramos el concepto “reflexión” (forma de pensar) nos resulta claro que es bastante difícil llegar a acuerdos de mínimos en aspectos cruciales de la realidad con personas de nuestro mismo entorno: familia, empresa, comunidad académica, e incluso como nación. Por ello, entiendo que intentarlo con entornos culturales antropológicamente distantes va a exigir un relativo esfuerzo de abstracción y de comprensión de “lo diferente”.

Forma de pensar oriental, ¿qué podemos decir de ello? Sostengo que es necesario revisar los fundamentos culturales antes de ir a mayores. Tendemos a pensar que la ética y la moral, desde nuestro enfoque europeo, acaso sean semejantes a las que se dan en culturas del Lejano Oriente. Decididamente no es así y me explico a continuación.

Filosofías orientales

Dado que vamos a viajar intelectualmente “más allá del Himalaya”, deberemos dejar atrás lo religioso-metafísico que resulta ser tema capital en el país del Ganges.

En el subcontinente indio, el pensamiento se caracteriza por una posición de retiro, de apartamiento de la vida: el hombre debe liberarse de la vida mediante la reflexión. La filosofía india está volcada en la finalidad: ordenar nuestra vida y conducta para liberarnos de la vida y acabar los ciclos de reencarnación. Es esta una finalidad “más allá de la vida”.

El filósofo indio no tiene nada que ver con las personas de su entorno, porque está dedicado a la soledad. Poco puede, pues, influir en el desarrollo de su comunidad como no sea a través de una enseñanza exotérica. Es esta una sociedad cuyos mejores ciudadanos son unos “pasotas” con los que no se puede contar; no al menos según el sentido de cooperación interciudadana común en la cultura occidental.

Pero más allá del Himalaya la filosofía se torna práctica, fuertemente práctica y de aplicación a la vida. De hecho, su fin buscado es la conformación de la vida misma: una vida perfecta, ejemplar y armónica, que por serlo lleva a la felicidad.

Los filósofos chinos no son teólogos son educadores del pueblo, consejeros de príncipes, estadistas. Si buscan la soledad lo hacen porque no han podido ejercer esas “funciones vitales” sobre la sociedad de su época; entonces se retraen y se ciernen sobre el *tao*, que pasa a ser el guía de sus almas.

China: el I Ching

Pragmáticos desde el minuto uno, los filósofos chinos no se retuercen la mente especulando que pueda haber más allá de los dioses. La primera obra que producen es un libro oracular, *El libro de las metamorfosis* (también conocido como *El libro de los cambios*), el viejísimo *I Ching*. Significa “fuente de consulta”. Su esencia lo llena todo y es reconocible en la obra de Lao Tse y de Kung Tse (Confucio).

El principio rector es dar indicaciones sobre el modo de comportarse en cada situación precisa, es pues un libro de moral. Da instrucciones para el conocimiento y perfeccionamiento de uno mismo. El libro se centra en la preocupación por el cambio constante del aspecto de los acontecimientos.

Es importante señalar que el pensamiento chino es simbólico, se mueve entre conceptos abstractos, pero posee una refinada comprensión de los sentimientos que despiertan esos símbolos. Detrás subyace un orden, una ley eterna, un principio supremo: *tao*, que significa propiamente “camino”.

El hombre debe ajustar su conducta a este orden eterno, debe aceptarlo y someterse a su imperio. Es una idea de carácter conservador y contemplativo, fundamental de la ética china. Pero ¿cómo hacerlo?, mejor dicho ¿cómo lo hacen?

Así como los occidentales dedicamos un considerable esfuerzo a combatir o restringir los peligros que implica todo cambio, para la mentalidad china cualquier momento es, en sí mismo, el resultado de una cadena causal que abarca hasta los mínimos detalles del devenir. Este método arcaico de afrontar la realidad, dando espacio a la aleatoriedad, es una marcada característica de esta cultura. Difícil de comprender para la forma occidental de interpretar intelectualmente la existencia.

En China, se produjo un cambio radical hacia los siglos VI y V a.C.; con una generalizada inestabilidad del poder que llevó a continuas guerras y desorden.

Un efecto importante fue la aparición de cierta movilidad social, hasta entonces inexistente. Digamos que una importante masa de “hijos del pueblo” escaló las estructuras de poder y se empoderó en cierta manera. Con ello, se hizo patente una búsqueda de la solución práctica al problema de la organización ideal de la sociedad humana.

Aun así, los pensadores de esa época no tenían tiempo que perder en estériles estudios de las condiciones objetivas de la existencia cósmica; y los problemas sociales constituyeron la preocupación primordial de toda la filosofía china de esos dos siglos. Los representantes de las tres principales escuelas filosóficas chinas de la época fueron Lao-Tse –taoísta–, Kung-Tse (Confucio) y Mo-Tse –utilitarista–.

Sin ánimo de entrar en más consideraciones que no son objeto de este trabajo, podemos señalar que de Confucio son normas tales como: “que el príncipe sea príncipe, el criado criado, el padre padre, el hijo hijo”. Es decir, el hombre ha nacido dentro de determinadas estructuras de relación que dan sentido y contenido a su vida y que predeterminan sus deberes que consisten precisamente en desempeñar bien este puesto “asignado en el universo”.

Potente fuerza determinista estructural observamos aquí. Hemos de tenerla en cuenta en nuestro análisis. Con esto en mente, no nos debe extrañar que Confucio reprobese el nacionalismo guerrero y las luchas civiles.

Japón

La filosofía japonesa no tiene raíces tan antiguas como las mencionadas, ni siquiera son milenarias. De hecho, se desarrolló bajo la influencia de la filosofía china de la naturaleza, el confucianismo, el budismo y, más tarde, el neoconfucianismo.

Lo más significativo que se puede contar de su pensamiento es que establecen que sobre el universo impera un absoluto místico: el *taikioku* o *mukioku* –el “gran límite” o “lo ilimitado”–, fuerza universal y sobrenatural, privada de cualidades y de formas, inaccesible a la percepción humana. Este “absoluto” constituye la base del principio ideal *ri* (léase *li*), enlazado con el principio material *ki* (*tsi*) capaz de crear la naturaleza física de las cosas y del hombre².

Han heredado del confucionismo clásico las relaciones de subordinación. Y dominaron las ideas y concepciones materialistas, debido fundamentalmente a la influencia de los pensadores occidentales que brillaban en los años del despertar filosófico nipón. Cabe así mencionar a Bacon, Hobbes, Galileo. Hablamos de una filosofía que se desarrolla en los siglos XVII y XVIII, cuestión que sorprende de alguna manera³.

Cabe aquí la pregunta esencial: ¿se desarrolla para algo o “contra algo”? Sostengo que se desarrolla como acción dialéctica enfrentada a las normas del profundo feudalismo milenar japonés. Era el tiempo del *Bakumatsu*, el final del periodo Edo y del *shogunato*. Los primeros estertores de una era milenaria y el final del *sakuko*, su política de aislamiento.

En la segunda mitad del siglo XIX, un elemento esencial influyó sobre el desenvolvimiento de la filosofía japonesa: su inacabada revolución burguesa en los años 1867 y 1868. Las ideas filosóficas, en dicho periodo, se fueron desarrollando en el proceso de la lucha entre los filósofos *kanriō gakusia* (“doctos de la burocracia”) y *minkan gakusia* (“doctos del pueblo”).

Se nos antoja, pues, que esta nación se dedicó a otras cosas que a hurgar en cosmogonías supraexistentes. La larga travesía feudal, con un orden férreo de la sociedad que lo sostenía, tal vez dedicó sus energías a otras cuestiones. Por lo tanto, aquí debemos subir un escalón y dirigir el análisis a los aspectos morales. La ética japonesa parece un arcano y es heredada de sus vecinos del otro lado del mar de China. Pero la moral es el terreno de la religión, principalmente, y en este campo nos encontramos con el sintoísmo. Se trata de la religión nativa de Japón. Se basa en la veneración de los *kami* o espíritus de la naturaleza. Hay *kami* que son locales, conocidos como espíritus de un lugar en particular y otros representan objetos naturales mayores y también procesos. A esta especie de animismo naturalista se superpone una profunda veneración a los antepasados que se identifica intensamente con la cultura ancestral japonesa.

Lo que trasciende, de interés para nuestro análisis, es la potencia del ritual o rituales, puesto que son la esencia de este pueblo. La otra obsesión son las prácticas de purificación, la obediencia al orden que fluye del cielo y arregla

² Descripción más amplia en: <http://www.filosofia.org/enc/ros/filos18.htm>

³ En el siguiente enlace se expone cómo interaccionó la filosofía occidental de entonces con el pensamiento japonés: <http://www.filosofia.org/urss/dfm1946.htm>

la Tierra. Este orden surge de las normas morales religiosas y llena la vida y las artes japonesas, incluidas las marciales. Es la esencia, así mismo, del código ético del *bushido*, trasciende la religión y llena la norma militar de los *bushi*, llamados, en Occidente, samuráis.

Y como vamos de guerra y conflicto es bueno una breve mención a la esencia de este código *bushido*: lealtad y honor hasta la muerte; aceptar la muerte como parte del orden celeste que rige la Tierra. La correcta traducción de *bushido* no es “código samurái” sino el camino; y este término, que ya ha sido mencionado antes, cierra un círculo de su forma oriental de pensar el universo.

Señalo que nos limitamos a estos dos países por ser representativos de la zona objetivo⁴, por la gran influencia milenaria de uno y por el enganche tardío, en forma de vagón de cola, del otro; así como por ser muestra suficiente para el análisis que se pretende.

Interpretación de la guerra en el pensamiento clásico oriental

En las culturas que se basan en filosofías morales de raíz pacifista que arraigan sus principios y valores en formas peculiares de religión trascendente, siempre se detecta una delicada relación dialéctica con los asuntos de la guerra y los conflictos.

Por ello, podemos interpretar *a priori* que, en el caso de China, ese “orden superior” que rige los destinos de las personas y les impulsa a desarrollar su vida en el puesto que en ella tienen asignado, implica que la guerra pueda llegar a ser entendida como algo estresante: como un fallo o fractura de la “armonía celestial”.

Otro aspecto que debe atraer nuestra atención es escrutar de qué manera la actitud ante estos asuntos puede verse modificada al contactar con otras las culturas, si la interacción alcanza un nivel tal que permita que superen sus reglas esenciales originarias. Para empezar, sostenemos que la guerra es un acto político, un hecho social y sus singularidades culturales deben ser consideradas en el análisis.

En el caso chino, cuando acaeció el momento en que los conflictos dejaron de ser locales y abarcaron totalidades superiores, reinos enteros, hemos de suponer que se produjo una reflexión inevitable. Cómo no, si alteraba la armonía predicada por sus filósofos, consejeros de príncipes.

⁴ Corea se hace visible en el siglo X de nuestra era. Fue básicamente imperial a estilo japonés y bastante introvertida como nación; y su moral es budista.

En Japón, lo medieval se extendió en el tiempo como se ha señalado. Probablemente porque accedió a un “pensamiento superior elaborado” mucho más tarde y por importación del que ya había procesado su vecino chino.

En la tradición medieval europea, la idea de caballero embebe la función militar. Es una imagen idealizada que actúa a través de un código ético y abarca la idea de servicio público (que prestan las Fuerzas Armadas bajo el concepto de “acto de servicio”). En el caso japonés, esta construcción intelectual alcanzó caracteres épicos y se convirtió en la justificación de cualquier acción, incluida la pérdida de la vida en combate. El nombre del guerrero arquetípico, el samurái, deriva del verbo *saburau* que viene a significar “servir como ayudante” en un entorno de clase nobiliaria⁵.

Uno se siente tentado a pensar que la posición legendaria, casi homérica, que recreó durante centurias el guerrero emblemático japonés, ocurrió porque ninguna otra idea fuerza existió en los años del *sakoku*. Pero sorprende la barroca elaboración y desarrollo que alcanzó, hasta el punto de que el *bushido*, “el camino (*do*) del guerrero (*bushi*)”, supone entre otras cosas una ética y una práctica específica de una casta y, por ende, una ideología estructurada y centrada sobre un tipo de comportamiento moral. Y esto es pensamiento denso basado en ideas fuerza, pensamiento sobre el sentido de lo correcto que se postula como estilo de vida: un camino en toda regla.

El concepto tras el *do* japonés es un método de aprendizaje que incluye el arte del combate cuerpo a cuerpo, pero ligado a las artes estéticas, menos violentas. Podemos considerarlo un adiestramiento dirigido a la realización personal completa, una actividad de perfeccionamiento a través de una práctica íntima e intensa que requiere dedicación diaria para su interiorización.

La realidad social del Japón de esa época era una estructura estratificada con un pueblo llano igualmente estratificado, sobre el que se situaba la clase militar, los *bushi*, divididos a su vez en múltiples niveles y que, al comienzo de la era Meiji (1868), Nitobe cifra en unos dos millones de personas. Por encima de todos ellos estaban los militares nobles, *daimio*, y en la cima de la pirámide los nobles de la Corte, los *kugé*⁶.

El contraste entre ambas culturas es llamativo porque una va “de lo general a lo particular”, la otra recorre un camino inverso. La primera atrae la mente racional de manera inmediata con un reto ideológico de densidad e intensidad sugestivas, mientras que lo japonés es épico, ensalza y canta al perfecto guerrero autodisciplinado en el honor hasta la muerte.

⁵ Javier Hernández-Pacheco, “Oficial y caballero. El paradigma militar en una cultura posheroica” en VV.AA. *En una sociedad posheroica: la transformación del paradigma militar*. Monografía del CESEDEN núm. 127.

⁶ Federico Aznar Fdez-Montesinos, “Bushido y Valores Militares”.

Principios y valores culturales

En nuestros días, los chinos siguen sintiendo internamente el orden del universo de raíz milenaria, budista, confucionista. La efervescencia cultural que supuso la revolución comunista, aunque afectó al eje circular de relaciones sociales, no pudo alcanzar de forma efectiva las relaciones en el eje radial⁷. Difícilmente podía conseguirlo si se piensa en cómo funcionan las cosas en la capa basal de una sociedad política⁸. En esencia podemos detectar que sigue presente la inclinación a la armonía y al orden. El intenso adoctrinamiento marxista no pudo penetrar esta realidad moral porque las esencias intrahistóricas cambian en rangos de siglos.

Del mismo modo podemos señalar que, en este contexto, la permanente aspiración al razonamiento lógico esencial del pensamiento occidental, como valor profundamente enraizado en nuestra cultura, resulta incomprensible desde la óptica china sumergida en su *I Ching*. El afán de debate y contraste de pareceres, la contraposición de opciones y opiniones, tan propia del modo de pensamiento occidental, democrático, les parece a los chinos mera palabrería, innecesaria para alcanzar objetivos cualesquiera. Y es que, desde su postura confuciana, que les inclina al equilibrio y al rechazo del conflicto, esta forma de interactuar en el seno social es un simple desperdicio.

Los valores ético-morales chinos se orientan al desarrollo equilibrado de la sociedad. Estos valores son principalmente: benevolencia, caridad, tolerancia, lealtad, reciprocidad, justicia. En esencia son valores humanos. Pero China sigue sintiendo un respeto reverencial por la jerarquía, la familia, los antepasados y la tradición; y en esto marcan una diferencia primordial.

También es notoria su inclinación al estudio, la meditación, la introspección, el autocontrol, el equilibrio, la armonía, la ausencia de conflictividad y la aspiración al “justo medio”, concepto este esquivo a la mente occidental; y en esto siguen marcando diferencias importantes.

Por otra parte, para el confucionismo, la jerarquía no puede ser únicamente social. Debe ser también moral: “quien mejor practica las virtudes esenciales es un hombre superior”, y son estos los que tienen la misión suprema de dirigir a la sociedad y de ocupar los cargos públicos. Se establece con ello la base ideológica de una jerarquía de carácter ejemplarizante. Cualquiera puede observar que este principio es la situación presente en la China de nuestros días.

Queda sentado, pues, el campo de la diversidad intercultural, con mención de las importantes consecuencias derivadas, si hablamos del mundo de los conflictos.

⁷ Gustavo Bueno Martínez, *Cuestiones proemiales*. Disponible en: www.filosofia.org/filomat/df244.htm

⁸ Gustavo Bueno Martínez, *Teoría de la Sociedad política y del Estado*.

Resaltan para nuestras intenciones de análisis: la norma de preservar el equilibrio y la armonía, eludir discusiones y conflictos; el protocolo estricto y la conciencia de la propia misión en el mundo; la expresión educadamente contenida inspirada por la autodisciplina y el autodomínio; la exaltación de la lealtad a la jerarquía.

La guerra, las estrategias

Del capítulo II del clásico *El arte de la guerra* de Sun Tzu, extraemos las siguientes materias que resaltan de forma expresa: logística, costes de la guerra y sus consecuencias, la guerra ha de ser corta –“todavía no hemos visto una operación inteligente que fuese prolongada”–, el combate encarece la economía.

Cualquier estrategia moderna acepta estas cuestiones sin reparos. Hoy nadie duda que una guerra consume los recursos existentes y no genera otros nuevos, la guerra es un acto político antieconómico. Ya lo era hace más de 2.500 años para los expertos de entonces. Este enfoque nos obliga a centrar el análisis en los delicados equilibrios entre lo que es una “guerra de duración útil” y una “paz sin excesos”.

La obra de Lü Shang (conocido también como Jiang Ziya), otro clásico, nos enseña cómo entendían lo estratégico. Shang distinguía seis formas de estrategia. En “lo civil” explica cómo debe organizarse el Estado para proveer una apropiada base logística, fundamento de cualquier necesidad posterior de expansión militar. Volvemos, una vez más a las ideas-fuerza de la cultura china: ajustar la economía reduciendo el dispendio de recursos, promover apropiados valores y reglas de comportamiento en la población, el equilibrio de “premios y castigos reglados”, un clásico chino; actuar con dignidad y evitar alterar y perjudicar al pueblo.

Que privilegie la estrategia “civil” es ya toda una declaración de intenciones que nos da que pensar. Pero aún asombra más cuando expone sus objetivos de la estrategia militar: elaborar planes para provocar desafección en el enemigo y captar a los descontentos, usar subterfugios y técnicas de guerra psicológica para manipular su población y causar su abatimiento, cultivar visiblemente la virtud y establecer políticas que se ganen el corazón y la mente del pueblo: “Esta es la vía en la que el Estado ganará la victoria sin una sola batalla.”

Da al resto de aspectos de la estrategia nombre de animales totémicos para describir aspectos relativos a “lo militar”: organización, armamento, táctica, asuntos relativos al mando, estudio del terreno. Todos ellos temas eternos de los tratadistas militares chinos.

Que sean de nuestro interés sobresale el énfasis que siempre pone en la necesidad de flexibilidad y heterodoxia como vía de mantener el control del espacio y los hombres. Repite una y otra vez que el funcionamiento efectivo del buen gobierno deriva de una visión estratégica centralizada y ordenada, visión que debe estar bien informada, apoyada en comunicaciones efectivas y en el secreto.

De la flexibilidad deriva la capacidad de maniobra, rapidez de acción decididamente ejecutada, astucia y engaño en la maniobra, uso de emboscadas, maestría en el empleo de tipos de fuerza diferentes según la situación y el terreno.

La heterodoxia busca superar en cada caso la acción enemiga, enfrentar fuerzas superiores, nunca repetir tácticas, explorar continuamente las fortalezas y debilidades propias y del enemigo y actuar en consecuencia. Para Lü Shang, no hay “manuales de empleo”, solo rige en el campo de batalla el arte del general.

La justificación de la guerra

Los debates sobre las “causas justas” son antiguos y conocidos en Occidente. En Oriente tenemos una primera aproximación en la obra de Sima Rangju⁹. En su obra *Los métodos de Sima*, también conocida por *El arte del mariscal de guerra* afirma que la guerra es necesaria para la existencia del Estado y que su explotación concienzuda es el fundamento del poder político.

Sostiene así mismo que el equilibrio entre guerra y paz es vital para la prosperidad del Estado y que “los que descuidan a sus ejércitos perecerán”; pero, atención, añade, “tan rápidamente como los que recurran a la guerra con demasiada frecuencia”. Rangju sostiene que la guerra es una necesidad desafortunada para alcanzar la paz; es decir, en la moral china de Sima, sin guerra no hay Estado, pero con excesiva beligerancia tampoco. No es un mal principio para comenzar y es digno de ser tenido en cuenta.

Lo que subyace es la aceptación, como hecho natural, de la diferencia de roles entre “lo civil” y “lo militar” por sus valores inherentes contradictorios. No está claro que el autor entienda que está en riesgo la imprescindible “armonía celestial”, más bien parece que centra el asunto en cuestiones de *yin* y *yang*. De hecho, alerta sobre la inevitable decadencia del Estado “si los civiles actúan como soldados y si los soldados actúan como civiles”¹⁰.

Del concepto de utilidad surge un pensamiento poderoso sobre justificaciones: para que la guerra sea legítima debe beneficiar al pueblo. En

⁹ Famoso general chino de la era de las primaveras y los otoños.

¹⁰ No establece con claridad la diferencia entre unos y otros; la da por sentada. Considera lo civil y lo militar dos esferas con vida propia dentro del Estado.

puridad, el autor exige que beneficie a los pueblos de los Estados involucrados, por lo que exige –interesante pensamiento– que se eviten acciones de guerra que dañen la población del enemigo y prohíbe severamente actos inamistosos contra una población sometida. La razón de estas propuestas, tan extremas como llamativas, radica en que Sima solo admite la guerra “para eliminar un Gobierno protervo”. Casi suena kantiano.

Que elija a Sima antes de trasladarme, en un salto de unos 2.500 años, a nuestros días es intencionado. Veamos qué diferencias podemos encontrar en el pensamiento de los tratadistas actuales.

Interpretación de la guerra en el pensamiento oriental actual

Considero suficiente la mención hecha al pensamiento clásico. Es obvio que puede ser mucho más extenso, pero siguiendo sus propios consejos seamos heterodoxos y flexibles, demos por bueno el conocimiento adquirido y viajemos varios milenios en el tiempo hasta el presente.

Y lo primero por considerar es que las circunstancias cambiantes del desarrollo tecnológico han introducido, en mi opinión, un sexto factor a los cinco clásicos de los tiempos de la *Golden Era* de la dinastía T'ang: las técnicas *high-tech*, las guerras de alta tecnología. Cabe preguntarnos qué significa esto en la mente oriental.

Pensamiento militar contemporáneo

Los autores militares chinos de nuestros días siguen fundando su pensamiento en sus clásicos. Es una lógica que enlaza con la tradición, reverenciada en esos países. Parece seguir existiendo un rechazo natural a la inclinación al conflicto, si nos atenemos a sus prólogos.

Si su “escuela” es flexibilidad y heterodoxia; si su estrategia básica es conocer el terreno y las debilidades y fortalezas de unos y otros; cuando leamos a sus pensadores de hoy deberemos buscar las esencias que ambos antecedentes vuelcan en sus obras.

La realidad según ellos

Debo señalar que los actuales escritores de textos militares ven inquietos cómo evoluciona un factor básico de sus clásicos: el Estado. Factor que pasa, en ellos, de “constante” a “variable”, cuando no a “incógnita”. Les sorprende que la globalidad¹¹ haya sembrado “la realidad tangible” de nuevos entes en

¹¹ Nuestro mundo tras la implementación de la globalización, generalizada en el siglo XX.

forma de estructuras organizadas ajenas a la regulación estatal. Les inquieta la proliferación de organizaciones intergubernamentales (OIG) de todo rango y condición, en cuyo seno “el poder estatal” languidece y agoniza.

“Poder” y “regulación” son variables íntimamente incrustadas en su concepto de armonía. Que ahora queden al albur de relaciones extraestatales es algo que les conmueve. Y si la “guerra justa” se hacía necesaria para evitar gobiernos protervos, empiezan a comprobar que el progreso ya no permite pensar en la guerra como foro último de apelación y debate.

Y, lo primordial, ven en todo ello un reto definitivo a la autoridad. Un amenaza a la idea tan suya y querida de autoridad nacional como fuente de regulación jurídica y de armonía esencial. Un peligro para los intereses nacionales, para la virtud que nutre la voluntad de la nación¹².

El nuevo paradigma del statu quo internacional

En nuestros días, cualquier medio, ya sea diplomático, económico o político tiene suficiente fuerza para suplantar el papel de los medios militares.

Queda, pues, roto el equilibrio del *yin* y *yang*, de lo civil y lo militar. Sima clamaría su regla: “la nación declinará si los civiles se comportan como militares”. Liang y Xiangsui aseveran¹³ que la humanidad no tiene razones en absoluto para estar contenta con tal estado de cosas, porque lo que ha implementado la globalidad es la generalización del campo de batalla, que hoy es la Tierra entera. Se ha generalizado un “estado de guerra sin derramamiento de sangre” que ocupa todo el espacio. Las personas ya no están seguras en ninguna parte del globo. Afirmación que no sorprende hoy a nadie, sea o no experto en temas de polemología.

Me resulta llamativa esa diferenciación entre guerras sangrientas/no sangrientas, porque abre nuevas vías a las estrategias de enfrentamiento. Si sus clásicos consideraban la victoria como el objetivo de la guerra, cabe preguntarse qué piensan de ello los autores militares de hoy.

Tipos de guerra, caminos “distintos” hacia la victoria

Partiendo del escenario globalizado que perciben, los autores comprenden que encarar un conflicto que se puede desenvolver en campos de batalla sin límites definidos supera “lo militar y armado” si se pretende garantizar la seguridad nacional.

¹² Qiao Liang y Wang Xiangsui, *Unrestricted Warfare*, 1999.

¹³ Op. cit.

Se trata de una visión estratégica de sentido amplio en función de la variedad de intereses nacionales en juego. Se acabó la guerra militar, bienvenido el conflicto plenario¹⁴ en el que la entera nación será forzosamente actora.

Discrepan, y me parece razonable, de los últimos estudios sobre Revolution in Military Affairs (RMA), aunque el esfuerzo tecnológico en el desarrollo de armamento parecía ofrecer respuestas para alcanzar modos de guerra menos brutales con reducción del número y gravedad de bajas, tal cosa no se ha producido. La guerra sigue mostrándonos una cara feroz. A la guerra de hoy, a pesar de todo y por desgracia, podemos categorizarla como una guerra sin restricciones.

Las variables que citan como inductoras de esta visible transformación son los cambios en el armamento. Hoy aportan una mayor letalidad y capacidad destructiva, hasta tal punto que han hecho descarrilar los viejos principios de la guerra, inmutables desde Sun Tzu a Napoleón. Por cierto, a este último le recriminan no haber escrito su prometido libro sobre este asunto. Perciben el surgimiento de otros “principios nuevos” que hoy resultan extraños para los militares.

El cambio se produce, según los autores, en la cercanía temporal de la primera Guerra del Golfo. Citan dos conceptos que consideran enfrentados: uno americano –*full-dimensional operations*– y otro chino –guerra combinada “más allá de los límites”–.

Qué significa la propuesta “guerra combinada “más allá de los límites””

Como su propio nombre indica proponen saltarse todas las restricciones en el combate. Algo inquietante, qué duda cabe.

Mas añaden un “pero”: cuando se lleven a cabo acciones de combate se deben cumplir inexorablemente los principios esenciales que únicamente en situaciones excepcionales podrán ser obviados.

Principios esenciales “más allá de los límites”

Detectamos de nuevo su inclinación a la armonía, al eterno *yin-yang*, en el proceso de elaboración de sus principios esenciales: “En el proceso deductivo sobre reglas de guerra ponderamos la aparición de algún tipo de modo de combate, y este proceso nos aporta un principio que surge a lo largo de él”.

Pensar reglas de guerra, aportar nuevos métodos de combate, deducir principios esenciales aplicables; todo ello parece un potente proceso de introspección.

¹⁴ Término que me invento para dar a entender una totalidad holística.

Siguen con un modo armonioso de análisis, porque nunca pecarán de soberbia. La *hybris* es un pecado intelectual que se da más en Occidente. Consideran que todo este esfuerzo intelectual en la deducción de principios no garantiza el camino a la victoria. Pero su “pensar la guerra” con la mente abierta, es para ellos un proceso teórico indispensable para perfeccionar el modo de combatir.

En el caso que nos ocupa sus hallazgos son los siguientes:

Omnidireccionalidad

Como punto de partida de esta propuesta de guerra aconsejan: actúa a “modo de máscara” en esa forma tan del gusto de la cultura china, del arte del fingimiento.

Al tiempo, debe conocerse todo lo relacionado con el conflicto sin puntos ciegos, sin espacios oscuros u ocultos. Ya no hay distinciones entre lo que es y no es, o será o no será, “campo de batalla” en el futuro o ya mismo.

Omnidireccional también significa que se considera lo tangible, lo intangible y la tecnología que conecta ambos conceptos. Omnidireccional significa que tienen vocación de actuar en los ejes circular y radial del espacio antropológico¹⁵, ampliando los límites de la guerra clásica.

Considero importante esta circunstancia. Mucho más si son ellos quienes asignan carácter esencial a este principio como punto de partida de la guerra sin restricciones.

La violencia en relación con los ejes del espacio antropológico nos aporta visiones que amplían nuestra percepción. Para que exista violencia debe preexistir un estado de equilibrio sobre el que ella va a actuar. Y esta cuestión es aceptable para ambas visiones culturales: “equilibrio y armonía/violencia y conflicto” son caras de la misma moneda. Al fin y al cabo, la cultura humana, las culturas, son entre otras cosas un relato de operaciones violentas a lo largo de la historia.

En mi opinión, la fusión de la “violencia circular” cuya expresión máxima es la guerra sin límites y la “violencia radial” que hace uso intensivo de recursos, nos anticipa que la categoría “guerra combinada “más allá de los límites”” tiene vocación de alcanzar todos los recovecos del espacio antropológico. El pensamiento del maese Niccolo se nos viene a la mente de natural, si tenemos en consideración su desprecio por las limitaciones morales y su consejo al príncipe de acción irrestricta en la consecución de sus objetivos.

Y si nos cuesta entender los vericuetos de la cultura oriental, lo mismo les sucede a ellos con la nuestra. Lo demuestran al asignar al florentino una actitud que rompía con la romántica idea de los combates de caballeros o su

¹⁵ Gustavo Bueno Martínez, *Teoría Sintáctica del Poder Político*. Disponible en: www.filosofia.org

“declinante tradición”. No parecen conocer a otros pensadores más profundos y que fueron fuente de inspiración del Renacimiento italiano, como el español Baltasar Gracián. Tampoco comprenden las relaciones de poder y los equilibrios del derecho de gentes que impusieron en Europa los reyes de España.

Irónicamente, la leyenda negra cuya finalidad era servir de herramienta de resistencia política trastocando y reescribiendo la realidad de la regulación imperial ha terminado por “oscurecer” el análisis de los estrategas chinos actuales que se tragan este “anzuelo” y su cebo envenenado. De fuentes turbias, malas conclusiones.

A este tenor es lógico que les resulte arduo comprender los argumentos de los “títulos justos de la guerra” establecidos desde el discurso católico y evangélico con su dialéctica eterna entre “lo justo” y “lo necesario”. Algún día deberemos explicárselo.

Así pues, lo omnidireccional en la mente china va por otros derroteros. Ni Confucio ni Mozi les sirven ya. Los legalistas¹⁶ al estilo de Han Fei Tzu resultan más prácticos. Por lo tanto, ya no cuenta ni predicar con el ejemplo ni la creencia en una hipotética bondad natural humana. Solo queda pues admitir que las personas actúan para alcanzar ganancias y evitar castigos, aunque suene cínico en el sentido clásico. De ahí a proponer un modelo de Estado que ponga el acento en el bienestar social de la nación por encima de los derechos individuales solo hay un pequeño paso.

Sincronía

Incluye un concepto añadido o consustancial: “mismo periodo de tiempo”, porque no se trata de sincronizar los relojes, sino de establecer el “tiempo de guerra designado” para las operaciones omnidireccionales.

Objetivos limitados

Los objetivos señalados han de ser siempre menores que los medios disponibles. Un poco simple parece, pero solo parece. Se pliegan a sus clásicos más conocidos.

Por lo tanto, recomiendan no fijar objetivos irrestrictos en tiempo y espacio. Tampoco aquellos que no se merezcan tal categoría o no se puedan acometer, aunque sean de interés. Parece una obviedad, pero es muy complejo este consejo.

Ejemplarizan con lo ocurrido en Corea (1951), Vietnam (1964) y Afganistán (1978) en los que los objetivos superaron los medios disponibles; así como con la declaración de 1996 de la Administración Clinton que señaló

¹⁶ El legalismo es propio de la época que va entre los siglos V al II a.C.

como objetivos cuestiones que no merecían tal clasificación. Sí lo era el “interés nacional” y no en absoluto su *sense of values* (que incluso es difícil traducir a un concepto comprensible).

Según expresan, no limitar los objetivos en el sentido que le dan en este principio es la senda que lleva a una nación a la tragedia.

Medios ilimitados

Es el *yang* de la ecuación que sigue por lógica. La visión armoniosa implica el empleo irrestricto de medios para alcanzar los objetivos limitados. Es una propuesta de lo más racional. Para que nos entendamos, lo consideran *ultima ratio* en el empleo de medios, su “última frontera” en una estrategia *beyond limits*.

Subyace un principio filosófico esencial: los medios empleados deben servir sí o sí para alcanzar el objetivo (limitado) previsto y no exceder esta consecución. Esto suena confuciano.

La idea es potente porque centra en los objetivos el esfuerzo racional de pensar la guerra. Es propio de sus clásicos cuya sabiduría rezuma en cada palabra. Es decir, racionalicemos los objetivos *–limited objectives–* y después actuemos con la energía del agua que se desploma por la torrentera y con la velocidad del rayo, implementando medios más allá de los límites, pero sin vulnerar el planteamiento de objetivos.

O sea, nos ofrecen una estrategia irrestricta en los medios y cómo emplearlos, pero contenida y racional en los objetivos, planificados, limitados. No podía ser de otra manera sin alterar las normas de la armonía eterna, pienso yo. Pero alertan que tampoco debe caerse en el vicio opuesto. El empleo restringido de medios resulta tan nefasto como superar los límites impuestos a los objetivos. Insisten: “limita los objetivos, pero actúa “más allá de los límites” en la disposición y utilización de medios”.

Asimetría

En realidad, lo llaman “no equilibrado” (distinto que desequilibrado, en chino), asimetría es lo más parecido a este concepto en la visión anglosajona.

De hecho, se trata de un principio que actúa como pivote, o punto de apoyo y balance, para describir las reglas de los conceptos “más allá de los límites”. Significa elaborar un plan en oposición a la idea de simetría equilibrada y desarrollar la acción de combate en esa línea de pensamiento.

Lo que se pretende con este principio es favorecer el descubrimiento de los puntos débiles del enemigo y explotar esa ventaja. Es el principio más útil para los débiles.

Los autores no lo desarrollan de modo claro y caen en tópicos clásicos usados en la exposición occidental de lo asimétrico en conflictos.

Consumo mínimo

No emplear más que los medios suficientes para alcanzar los objetivos, significa en primer lugar anteponer lo racional al ahorro. La logística de las operaciones quedará señalada por la forma de combate elegida.

Es un principio asentado en la racionalidad para el señalamiento de objetivos y en el consecuente uso de recursos. Debe insistirse en que no hablamos de ahorro de recursos y medios, sino de ajuste racional de su empleo a los objetivos señalados y definidos racionalmente teniendo en cuenta los recursos disponibles; es una dialéctica dual y balanceada.

En resumen, la forma de aplicar cabalmente este principio consiste en elegir un modo de combate que resulte en el empleo racional de los recursos de guerra disponibles. No hacerlo llevaría inevitablemente a un despilfarro de medios y una baja eficiencia. Se trata de combinar las capacidades superiores de varios tipos de acción, en varias clases de áreas, para crear una forma de combate completamente nueva que nos permita alcanzar los objetivos señalados mientras minimizamos el consumo de recursos.

Coordinación multidimensional

Significa coordinar y asignar todas las fuerzas que podemos movilizar, tanto en el ámbito militar como no militar, para batir un objetivo.

Es otro aspecto incluido en el principio inicial de sincronía: coordinación y cooperación de múltiples fuerzas en múltiples escenarios para alcanzar los objetivos. Es un principio ampliamente recogido por todos los manuales al uso.

La novedad de la propuesta de los autores es que, si consideramos que cualquier escenario puede acabar siendo “campo de batalla” y que cualquier fuerza puede ser usada bajo condiciones de “combate”, deberemos entender la coordinación multidimensional como aquella que aplicaremos entre la dimensión militar y varias otras no militares en la consecución de un objetivo específico; aunque la acción militar deba ser considerada en todas las guerras como la forma de acción primordial.

Concretando: “si decides “ir más allá de los límites” no te quedes corto, porque tan malo es lo uno como lo otro”.

Resulta interesante el ahínco con el que explican la complejidad de este principio. Señalan la necesidad urgente de ampliar el campo de visión respecto de las fuerzas movilizables, especialmente las no militares. Poner atención al empleo de recursos estratégicos intangibles tales como los factores geográficos,

el papel de la historia, la cultura y sus tradiciones, el sentimiento de entidad étnica, etc. Y no solo eso, sino también ser capaces de interconectar y coordinar todos los niveles de acción desde la política de guerra hasta las tácticas.

Ajustes y control del proceso completo

Quieren expresar que a lo largo de la guerra es imprescindible un proceso continuo de inteligencia para el ajuste y control de la situación. Es la forma de afrontar la aleatoriedad de los sucesos con creatividad. Consideran que es absurdo y naïf entrar en acción encorsetados en planes rígidos predeterminados.

Este consejo me trae a la memoria conversaciones con amigos que han trabajado en países orientales, en líneas aéreas para ser más exactos, tras la diáspora que el cambio de ciclo económico alumbró con el nuevo siglo. Educados en métodos *West style* propios de sus compañías anteriores, repletos de normas de seguridad IATA¹⁷, pasaron un duro periodo de adaptación a la mentalidad oriental. Para resumir, antes tenían que cumplir todas y cada una de las normas de un pesado tomo de seguridad y además ser rentables a las compañías, protegidos por la regla *safety is paramount*. En sus nuevas compañías tenían que ser rentables y “no incumplir” una corta lista de reglas actuando con profesionalidad, porque esta característica era la causa por la que habían sido contratados. Quiere esto decir que los *warning* que recibían de sus nuevas compañías ocurrían por situaciones que les costaba comprender. Si esgrimían el argumento *safety*, la respuesta solía ser del tipo: “los hemos contratado porque los consideramos profesionales de valía contrastada y la compañía espera que se comporten como tal”. El *warning* se mantenía y, en la mayoría de ellas, un segundo aviso implicaba el despido. Un claro reflejo de contrastes culturales.

Si repasamos las formas de redactar las ROE en ambos extremos del mundo, es posible que encontremos circunstancias parecidas. En este apartado, el consejo se centra en que lo que espera la “compañía” es que se mantenga la iniciativa con puño firme.

Es interesante que relacionen este concepto con el de sincronía. Existe una relevancia entre estas nociones en función de su orden de presentación en el texto. En este caso la sincronía prevalece sobre el ajuste y control.

Por las mismas razones ya explicadas que caracterizan la guerra moderna –alta tecnología, extensos escenarios, variadas capacidades involucradas, extensión y alcance de la información disponible– el ajuste y control es cuestión de conseguir habilidad en ello.

¹⁷ The International Air Transport Association (IATA).

Proponen confiar más en la intuición que en la deducción matemática¹⁸. Esto resulta extraño a la mente occidental, pero se debe a que tienen en mente la opción de cambiar el campo de batalla a la esfera “no militar” como resultado de la aplicación de un completo juego de ROE que no solo se fija en los despliegues puramente militares de armas.

Así entienden la “guerra combinada, más allá de los límites”, la interpretan como el uso de estos métodos de combate, extraños y completamente nuevos, que llevan a la victoria. Y, como siempre, el consejo chino clásico y eterno: “La victoria no está garantizada por la simple aplicación de los principios arriba señalados; pero violarlos asegura la derrota. Si no hay un principio que garantice la victoria, solo podremos contar con principios esenciales, deberemos recordar esto siempre”.

Conclusiones

Se puede sostener que el pensamiento estratégico oriental, según lo entienden culturalmente, es una evolución del clásico y no una revolución, a pesar de la era Mao.

Resaltan sus inquietudes como observadores del escenario internacional de nuestros días. Dos particularmente: la globalidad y el desarrollo extraordinario de la computerización, por el efecto rompedor del *statu quo* anterior debido a la aparición de una miríada de empresas y OIG y ONG que retan a los Estados y su soberanía.

Los progresos de la humanidad, especialmente la descalificación de la guerra como “corte de apelación” potencial, o *ultima ratio*, en la resolución de conflictos, ya no sirven para superar los nuevos desequilibrios.

Consideran que el “efecto integrador” de estos factores es omnicompreensivo y profundo. Y ven que la aparición de una ruda y novedosa forma de “ilustración” hace que muchos conceptos, antes básicos, del equilibrio internacional se verán inevitablemente alterados y otros desaparecerán.

Consideran especialmente frágiles las posiciones de autoridad y las fronteras; y temen la disolución de esos espacios en los que las naciones son actores principales.

Dan por acabada la arquitectura estatal que nació en la Paz de Westfalia, en 1648, demolida por el surgimiento de un gran número de organizaciones metanacionales, transnacionales e incluso no-nacionales. Y consideran que estas circunstancias inducen fuertes contradicciones y retos en la realidad

¹⁸ A leer este consejo me vino a la memoria inmediatamente la rancia explicación de mis tiempos de Escuela naval, cuando el profesor intentaba hacernos comprender la importancia de la matemática en los “juegos de guerra” durante las batallas del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial.

de nuestros días. De estos retos subrayan uno muy especial que puede ser fulminante: el que se provocará entre la “autoridad nacional”, los intereses nacionales y la propia voluntad de la nación. Este enfoque intra-Estado es de relevancia principal.

Que mencionen el tratado que puso fin a las guerras europeas del siglo XVII resalta la importancia que le dan a los “cambios de ciclo”. Westfalia puso fin a las regulaciones jurídico-políticas del Sacro Imperio Romano y para los autores estos escenarios de inflexión son de obligado estudio. Muchos de sus pensamientos hunden raíces en ellos.

En segundo término, les inquieta que el Estado esté perdiendo el monopolio del uso –legal– de la fuerza. Que no controle la exclusividad de uso del armamento, que no sea la única entidad con capacidad legal de poseerlo.

Citan, entre las fuerzas que retan a los Estados en este asunto, el terrorismo, el crimen organizado, el narcotráfico y las crisis explosivas de odio racial. Y, con ello, coinciden con la mayoría de analistas, salvo en el último aspecto.

Pero interesa fijarse con atención en estas conclusiones, porque tal y como expone su teoría estratégica, la acción de combate irá dirigida a los puntos débiles del enemigo antes que a otros. Está en sus principios de “guerra irrestricta más allá de los límites”. Por ello, es relevante que los mencionen expresamente y con intención crítica además, porque lo consideran propio de un pensamiento estrecho y limitado. Son los siguientes: conflictos de raíz política, racial, religiosa, cultural y étnica, en el nivel intranacional; crimen organizado de nivel regional; piratería y terrorismo, en el nivel que podemos llamar “apátrida”; movimientos religiosos, crimen organizado de nivel global; y tráfico de armas de raíz económica, en el nivel supranacional.

Como final de su crítica añaden por su cuenta, como amenazas asimétricas del inmediato futuro, a las compañías que depredan beneficios con intención monopolista, así como aquellas de tamaño global que no dudarán en retar a las autoridades nacionales en persecución de sus intereses empresariales y que pueden significar un impacto serio en la economía mundial.

Detecto en el añadido influencias, casi seguro, de su reciente historia; pero esas mismas también les liberan de un discurso que, en Occidente, “debe ser” políticamente correcto. No necesitan serlo siempre que respeten su propia idiosincrasia y cultura, claro está.

Un ejemplo de lo que digo lo tenemos si observamos cómo diseccionan sin ambages los efectos de las tensiones del poder que dieron paso a las naciones-Estado “asistidas por una guerra de hierro y sangre”. Del mismo modo afirman que la transición, desde ellas, a la globalidad no deja ninguna vía que evite la colisión de enormes intereses de bloques.

Esa libertad de “pensar y decir” les permite insistir en la inutilidad de la guerra clásica como herramienta última de resolución de conflictos. Insistencia

muy llamativa, por otra parte. Prestan especial atención a guerra clásica, no lo olvidemos. De hecho, a continuación sostienen que la humanidad no tiene razones en absoluto para sentirse aliviada por ello. Simplemente, hemos sustituido las guerras sangrientas por “guerras sin sangre” hasta donde se ha podido hacerlo.

De nuevo, Sun Tzu, deja su aroma en estos pensamientos: “Porque obtener cien victorias en cien batallas no es el colmo de la habilidad. Someter al enemigo sin librar combate es el colmo de la habilidad”¹⁹.

Estiman que, en las guerras futuras, las hostilidades serán de otro tipo. Lo financiero hará que las naciones sean derrotadas sin derramar una sola gota de sangre. Y añadido yo, en campos de batalla clásicos, porque sangre se derramará, aunque no sea del modo “clásico”. Debemos dedicar unos momentos a reflexionar sobre ello.

Hoy en día, en esta tercera década del siglo XXI que ahora empieza, la acción especuladora en los mercados está provocando situaciones de gran calado en las economías de muchos países. Hasta tal punto que resulta muy difícil arriesgar un pronóstico de cómo las cosas sucederán.

Personalmente percibo que este será uno de los escenarios de “combate” en el futuro inmediato; y lo que es peor, nadie arriesga un análisis sobre quiénes serán los contrincantes implicados; ni siquiera si nosotros mismos estaremos bajo amenaza.

La completa situación política mundial es inescrutable porque los actores se muestran ocultos y el mandato de Tzu del “arte de la impostura” ha llegado a niveles de actuación sublimes.

Mientras que restringimos el “teatro de operaciones” con espíritu taxativo, hemos convertido nuestro mundo en un “campo de batalla” en el más amplio sentido. Y, según los autores, en este escenario de guerra la gente todavía pelea, saquea y mata como antes, pero con armas más sofisticadas y medios más avanzados. De alguna forma menos sangrienta, pero exactamente igual de brutal; nada que esperar, pues, del eterno sueño de paz tan propio de nuestra raza.

En Oriente, se sigue pensando que la guerra no podrá desaparecer en un previsible futuro, ya sea en su modalidad sangrienta o en forma no letal ni lesiva. En Oriente, siguen priorizando el pensamiento sobre aquello que debe ser considerado para alcanzar la Victoria. O sea, que están alerta y en estado beligerante y, lo principal, quieren prevalecer.

Interesa, por tanto, conocer cómo sienten el escenario, porque “su guerra” es un conflicto en sentido amplio que se desplegará en un “campo de batalla sin límites definidos”. En este escenario ya no se puede confiar exclusivamente en fuerzas armadas de estilo clásico. Será un enfrentamiento de amplio

¹⁹ Sun Tzu, “*El Arte de la Guerra*”, Editorial Troquel, Buenos Aires, noviembre 1993, pág 59

espectro que implicará a la globalidad de la población en una u otra dimensión en este nuevo tipo de batalla. Lo expresan muy gráficamente desdiciendo a Clemenceau: “...Esta es la clase de guerra en la era de la globalidad. Aunque sea tan solo un aspecto de ello, es un aspecto sorprendente”.

Referencias bibliográficas:

Lao Tsé, “*Tao Te Ching*”.

Confucio, “*The Family and the State*” (<https://plato.stanford.edu/entries/confucius/#FamiStat>)

Federico Aznar Fernández -Montesinos, “*Los valores militares y el bushido*”.

Gustavo Bueno Martínez, *Cuestiones proemiales*. Disponible en: www.filosofia.org/filomat/df244.htm

Gustavo Bueno Martínez, *Teoría de la Sociedad política y del Estado*.

Gustavo Bueno Martínez, *Teoría Sintáctica del Poder Político*. Disponible en: www.filosofia.org

Javier Hernández-Pacheco, “Oficial y caballero. El paradigma militar en una cultura posheroica” en VV.AA. *En una sociedad posheroica: la transformación del paradigma militar*. Monografía del CESEDEN núm. 127.

Li Shi, “*The Military History of Remote Antiquity Period and The Three Dynasties*” DeepLogic (ebook)

Qiao Liang y Wang Xiangsui, *Unrestricted Warfare*, 1999.

Sun Tzu, “*El Arte de la Guerra*”, Editorial Troquel, Buenos Aires, noviembre 1993.

El pensamiento estratégico militar en España e Iberoamérica

Military Strategic Thought in Spain and Latin America

José Luis Calvo Albero¹

Coronel del Ejército de Tierra (España)

Recibido: **XX-XX-XX**

Aprobado: **XX-XX-XX**

Resumen

El destacado papel representado por España en la historia no se corresponde con la importancia de su pensamiento estratégico. España estaba ya en decadencia cuando los estudios estratégicos experimentaron una gran expansión a partir del siglo XVIII. La crisis interna que se prolongó hasta el siglo XX limitó el pensamiento estratégico español a la difusión e interpretación de ideas importadas del exterior.

La América hispana siguió un camino similar. Sumida en un siglo XIX presidido por la inestabilidad tras la independencia, el pensamiento estratégico se centró allí también en la importación de ideas foráneas.

En la segunda mitad del siglo XX, se produjo un renacimiento del pensamiento estratégico tanto en España como en Hispanoamérica. La incorporación de instituciones civiles al estudio de los asuntos estratégicos y la progresiva integración de esta disciplina en el marco más amplio de los estudios de seguridad permiten vislumbrar un futuro más brillante.

Palabras-clave: Pensamiento estratégico, pensamiento militar español, estrategia, literatura militar, tratadistas militares iberoamericanos.

¹ **(añadir email)** José Luis Calvo Albero es coronel del Ejército de Tierra español. Profesor de estrategia y Teoría de la Guerra en la Escuela de Guerra del Ejército en Madrid (1998-2002) y en el US Army War College en Carlisle, Pennsylvania (2015-2018) actualmente es el director de la División de Coordinación y Estudios en la Secretaría General de Política de Defensa. Es autor, junto con Javier Jordán, de *El nuevo rostro de la guerra* (EUNSA, 2005) y, con Félix Vacas, de *El conflicto de Chechenia* (Publicaciones de Defensa, 2004), así como de numerosos artículos y colaboraciones en obras colectivas. Premio Defensa en 2003 y 1º Premio de la Revista Ejército de Tierra en 1999, 2006 y 2010.

Abstract

The outstanding role played by Spain in history does not correspond to the importance of its strategic thought. Spain was already in decline when strategic studies experienced a great expansion in the 18th century. The internal crisis that lasted until the 20th century limited Spanish strategic thinking to the dissemination and interpretation of foreign concepts.

Hispanic America followed a similar pattern. Immersed in a 19th century dominated by instability; military thought also focused on the importation of foreign ideas.

In the second half of the 20th century, there was a revival of strategic thought both in Spain and in Latin America. The incorporation of civil institutions to the study of strategic matters, and the progressive integration of this discipline in the broader framework of security studies allow us to glimpse a brighter future.

Key-words: Strategic thought, military thought in Spain, strategy, military literature, Latin American military theorists.

Introducción

El pensamiento estratégico en España no ha estado a la altura de su importancia histórica como nación. Con esta frase podría resumirse brevemente un panorama, en general, poco satisfactorio. No es que España carezca de pensadores estratégicos, militares y civiles, ni que sus obras carezcan de mérito, pero ni se ha podido crear una escuela de pensamiento estratégico mínimamente homogénea ni alumbrar ningún pensador de prestigio universal. Pobres resultados para la que fue una de las potencias clave en la historia del mundo.

Cabe preguntarse por los motivos de este triste panorama y podrían apuntarse varios. El primero, y quizá uno de los más evidentes, es que los textos sobre pensamiento estratégico son, en su inmensa mayoría, bastante recientes. El pensamiento estratégico comienza a desarrollarse tímidamente en el Renacimiento, tras la invención de la imprenta, y vive su auténtica explosión en los siglos XVIII y, sobre todo, XIX. Y, para entonces, España se encontraba ya en franca decadencia como potencia.

El aislamiento de España de las guerras europeas a partir del final de la guerra de la independencia tuvo también mucho que ver. Aunque el siglo XIX presencié frecuentes intervenciones militares en el exterior, estas tuvieron lugar en las colonias, o fueron de poca entidad como la guerra del Pacífico y la expediciones a México y Cochinchina, o fueron sencillamente un fugaz

desastre, como la guerra contra Estados Unidos en 1898. El mayor esfuerzo de las fuerzas armadas se libró en el interior, con un rosario de guerras civiles y un intervencionismo militar en política, materializado mediante golpes, alzamientos y pronunciamientos diversos, que poco bien hizo a la profesionalidad de las instituciones militares españolas. Desgraciadamente, esa dinámica continuó durante gran parte del siglo XX y no favoreció en absoluto la consolidación de un pensamiento estratégico comparable al de otras potencias europeas.

Esa misma dinámica se dejó como legado a las instituciones militares de la América hispana tras los procesos de independencia. Aquejados de similares problemas sociales e institucionales, los nuevos Estados americanos terminaron por utilizar también a sus ejércitos como instrumentos de política interior, con tan nefastos resultados como en España. Aunque Iberoamérica presencié guerras interestatales de considerable entidad en el siglo XIX, el intervencionismo en política absorbió la mayor parte de las energías de las instituciones militares de la región. Pese a que aparecieron notables pensadores estratégicos, muy pocos de ellos consiguieron que su obra fuese conocida más allá de sus fronteras.

Contodo, la historia del pensamiento estratégico español e hispanoamericano existe, aunque permanezca prácticamente desconocida incluso para muchos profesionales de la milicia. Algunos autores, como el marqués de Santa Cruz de Marcenado, alcanzaron una fama considerable en Europa. Otros, la mayoría, se empeñaron en hacer circular por España y la América hispana las ideas que se producían en el extranjero y, en muchos casos, realizaron un encomiable esfuerzo para mejorar la profesionalidad y el conocimiento de sus compañeros de armas. Otros, una minoría, llegaron a alcanzar un notable nivel de calidad en sus obras, que desgraciadamente no fue suficiente para elevarles a la fama, en parte por el aislamiento de España e Iberoamérica de las corrientes principales de pensamiento militar y estratégico y, en parte, por la tradicional indiferencia española ante sus propios intelectuales.

En cualquier caso, ni España ni ninguna de las naciones americanas que surgió de la colonización española fueron capaces de crear una escuela coherente de pensamiento estratégico, como sí hicieron Francia, Alemania, el Reino Unido y, por supuesto, Estados Unidos. Los autores españoles e iberoamericanos se asemejan más a francotiradores aislados que a una línea de batalla bien integrada. En las últimas décadas, sin embargo, las condiciones básicas para un potencial despegue del pensamiento estratégico en España e Iberoamérica han comenzado a emerger. Las universidades han superado sus reticencias hacia los estudios estratégicos y de seguridad, mientras que las fuerzas armadas han dejado atrás un cierto antiintelectualismo que las acompañó por casi un siglo. Cada vez hay más grupos de expertos, civiles y militares que, en muchos países, comienzan a asemejarse al embrión de una escuela nacional de pensamiento estratégico.

De los orígenes al siglo XVIII

Probablemente, el primer texto conocido escrito en territorio español sobre arte militar sea *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla que datan de la época visigoda. Dicho texto tiene un carácter enciclopedista al intentar reunir todo el conocimiento de su tiempo en una obra. Dentro de ese conocimiento se incluye el relacionado con la milicia y la guerra, recogido en el libro 13 de los 20 que componen la obra².

Ya en el siglo XIII, Alfonso X el Sabio, rey de Castilla, realiza una profunda reforma administrativa del Estado dotándolo de un cuerpo legal escrito. Este se materializa en los *Códigos de las Siete Partidas*, que sigue la tradición de los *Libros de buen gobierno* en los que se dan consejos al gobernante sobre cómo ejercer su autoridad y administrar el reino. La segunda de dichas partidas, dedicada al comportamiento del rey y la nobleza, incluye también temas militares, sobre todo de organización, reclutamiento y defensa de fortalezas, todos ellos aspectos críticos de la guerra medieval. También trata de las formas de hacer la guerra y de la propia naturaleza de esta, proporcionando una visión muy completa sobre la mentalidad medieval y el papel que la guerra representaba en aquella sociedad³.

En el siglo XV, aparece una obra curiosa y muy ilustrativa de los inicios de la revolución en los asuntos militares que estaba ocurriendo ya en el Renacimiento. El *Tratado de la perfección en el triunfo militar* escrito por Alfonso de Palencia en 1459 es una alegoría de un soldado español dotado de las tradicionales virtudes castrenses que, sin embargo, no logra el éxito hasta que, visitando Italia, aprende que esas cualidades deben ir acompañadas del orden y la obediencia. Una elegante crítica a los ejércitos de los reinos españoles en aquella época, duros y valerosos, pero que no habían experimentado todavía la revolución militar por entonces en marcha en Italia, que recuperaba el modelo romano de disciplina⁴.

Es en ese momento cuando España se revela como una potencia militar de primer orden, que añade su propio modelo militar a la revolución entonces en desarrollo. El protagonista de esa hazaña será Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, veterano de las guerras de Granada en las que experimentará un modelo táctico muy móvil, la importancia de la infantería equipada con

² Julio Pérez Llamazares, *Estudio crítico y literario de las obras de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, y la influencia de las mismas en la reforma de la disciplina y formación del clero*, Editorial Crónica de León, León, 1925, p.31. Disponible en: <https://bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.cmd?id=5253> Consultado el 16 de marzo de 2020.

³ *Las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio, Pensamiento Penal*. Disponible en: <http://ficus.pntic.mec.es/jals0026/documentos/textos/7partidas.pdf> Consultado el 17 de marzo de 2020.

⁴ Rafael Alemany, “Dimensión humanística de una obra menor de Alfonso de Palencia: el Tratado de la perfección del triunfo militar (1459)”, *Anales de Literatura Española*. Núm. 1, 1982, Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcdv1x8> Consultado el 18 de marzo de 2020.

primitivas armas de fuego y el valor de la fortificación de campaña. Todo esto lo pondrá en práctica contra el potente ejército francés en Italia y la victoria sobre la que entonces era la mejor caballería pesada de Europa convertirá a España en potencia militar de primer orden.

Gonzalo Fernández de Córdoba no dejará ningún tratado escrito sobre su modelo militar, pero su gesta será comentada por numerosos autores de la época. Probablemente el más conocido sea Maquiavelo que, en su *Del arte de la guerra* tomará nota de la nueva modalidad de guerra. El autor florentino interpretó el modelo español como un ejemplo de retorno al modelo clásico romano: un ejército «nacional» liderado por un príncipe generoso pero enérgico, que se mostraba muy superior a los ejércitos mercenarios entonces habituales en Italia.

La idea de Maquiavelo del retorno al modelo romano va a dominar la literatura bélica y militar del siglo XVI, y también el pensamiento militar español de la época. En 1536, Diego de Salazar escribirá el *Tratado de Re Militari*, una versión de *Del arte de la guerra* adaptada a los lectores españoles. En esa adaptación, Salazar utiliza la figura de Gonzalo Fernández de Córdoba como personaje conductor del texto (en la versión de Maquiavelo, el conductor era Fabrizio Colonna, un destacado jefe militar italiano)⁵.

El retorno a un modelo militar clásico era muy ilustrativo del espíritu del Renacimiento, y la obra de referencia principal para ese retorno pasó a ser *De Re Militari* escrita por Flavio Vegecio en el siglo V d.C. No obstante, el pensamiento militar español del siglo XVI, probablemente el momento en el que España fue más influyente desde el punto de vista estratégico, pronto se inclinó hacia los aspectos morales de la milicia. Es esta una tendencia permanente que se va a mantener en siglos posteriores y que aún se manifiesta en la actualidad.

Sancho de Londoño es probablemente el tratadista más famoso entre los que se centraron en los valores morales. En su obra *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, incide en la idea de regresar al modelo romano, cuya máxima expresión, y aquí puede percibirse de nuevo a Flavio Vegecio, era la disciplina. Famosa también, y de una temática similar fue el *Cuerpo enfermo de la milicia española* de Marcos de Isaba, publicada en 1594⁶.

El acento puesto en la necesidad de mejorar la disciplina en las unidades militares es un reflejo del modelo de ejército de la época en Europa, compuesto esencialmente por lo que hoy denominaríamos contratistas y que entonces se denominaban mercenarios. La dificultad para controlarlos fue en aumento,

⁵ Diego de Salazar, *Tratado de Re Militari*, Bruselas, 1590. Disponible en: http://www.bibliotecavirtualdeandalucia.es/catalogo/es/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=151464 Consultado el 18 de marzo de 2020.

⁶ Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, Publicaciones de Defensa, Madrid, 1991.

hasta llegar al desastre de la Guerra de los Treinta Años, en la que bandas de mercenarios causaron auténticos estragos en los meses que no estaban en campaña, o cuando se retrasaba la paga.

En general, se suele considerar que las tropas españolas, entre las que había numerosos nobles menores, (hidalgos) eran más fiables y menos dadas al descontrol, aunque las sucesivas bancarrotas de Felipe II y la imposibilidad de que los salarios llegasen a tiempo provocaron también diversos motines entre ellas. En cualquier caso, las tropas del rey de España eran en aquel tiempo tan heterogéneas que resultaba difícil separar el comportamiento de contingentes nacionales específicos. Lo cierto es que la disciplina dejaba mucho que desear en todos los ejércitos europeos de la época y eso se reflejó de manera clara en las obras de pensamiento militar.

Aparte de los «moralistas», el siglo XVI y comienzos del XVII contemplaron la aparición de numerosos escritores militares «técnicos». En aquella época, la artillería, las fortificaciones y las técnicas de asedio constituían el máximo exponente de la tecnología militar y los libros que profundizaban en estos temas eran muy apreciados para la formación de personal especializado.

El más ilustre de los escritores técnicos fue Cristóbal Lechuga, un especialista en sitios que alcanzó el grado de sargento Mayor y fue jefe de Artillería del Ejército de Flandes. Lechuga escribió un apreciado manual técnico titulado *Discurso de la Artillería y de todo lo necesario a ella, con un tratado de Fortificación y otros advenimientos*⁷. El manual, junto con el *Tratado de artillería* de Diego Ufano, fue obra básica de todos los artilleros europeos hasta el final de la Guerra de los Treinta Años. Pero Lechuga también nos dejó una obra en la que fue pionero en destacar la importancia de un adecuado cuerpo de asesoramiento al general en jefe que podría asimilarse a lo que actualmente es un estado mayor. En *Discurso del cargo de Maestre de Campo General*⁸ define las funciones que dicho cargo debe desempeñar y las cualidades que deben acompañarle. También destaca como escritor técnico en el campo de la fortificación Cristóbal de Rojas y su obra *Teoría y Práctica de la Fortificación* publicada en 1613.

Un tercer cuerpo de autores de temática militar en el siglo XVI español es de los historiadores, especialmente el de los cronistas oficiales, en muchas ocasiones militares que acompañaban a ejércitos y expediciones para dejar constancia oficial de sus hechos. Quizá este es el que, a largo plazo, ha dejado una huella más duradera y ha tenido mayor influencia más allá de las fronteras

⁷ Cristóbal Lechuga, *Discurso del capitán Cristóbal Lechuga: en que trata de la artillería, y de todo lo necesario a ella, con un tratado de fortificación y otros aduertimientos...*, Milán, 1611. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/discursos-del-capitan-cristobal-lechuga-en-que-trata-de-la-artilleria-y-de-todo-lo-necesario-a-ella-con-un-tratado-de-fortificacion-y-otros-aduertimientos/>. Consultado el 20 de marzo de 2020.

⁸ Fernando Martínez Laínez, *Una pica en Flandes, La epopeya del Camino Español*, EDAF, Madrid, 2007. p. 182.

españolas. Los historiadores militares narran acontecimientos decisivos para la historia de Europa y de la humanidad que en aquel tiempo fueron protagonizados por España. Bernal Díaz del Castillo y su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* es todavía la referencia histórica básica para comprender la conquista de México y, por extensión, la de América. Algo similar puede decirse de Francisco de Jerez y su *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia de Cuzco llamada la Nueva Castilla*.

Cabe señalar que, en la segunda mitad del siglo XVI, surge un grupo de escritores nativos americanos o mestizos que aportan una visión enormemente valiosa de la conquista, pues se trata de personas que dominan ya el castellano y se han integrado en la cultura hispánica, pero que mantienen todavía el recuerdo vivo de las civilizaciones prehispánicas. Es el caso de Titu Cusi Yupanqui y su *Relación de cómo los españoles entraron en Perú y el suceso que tuvo Manco Inca en el tiempo que entre ellos vivió*⁹, del Inca Garcilaso de la Vega, probablemente el autor mestizo más conocido de esa época, con su obra *Historia general del Perú*¹⁰ o de Hernando Alvarado Tezozómoc y su *Crónica mexicana*.

Las guerras europeas fueron también tratadas en detalle por los historiadores militares que narraron los acontecimientos de este siglo trascendental, desde las campañas del Gran Capitán hasta las guerras en Flandes. Carlos Coloma o Bernardino Mendoza trataron las guerras en los Países Bajos¹¹, mientras que Pedro de Salazar o Jerónimo de Torres y Aguilera se ocupan de las guerras en el Mediterráneo¹². Mención especial merece Diego Hurtado de Mendoza que, a su condición de autor de obras literarias, incluso posiblemente del *Lazarillo de Tormes*,¹³ unió la de historiador con su crónica sobre la sublevación de las Alpujarras, *Guerra de Granada* hecha por el rey de España don Felipe II, nuestro señor contra los Moriscos de aquel reino, sus rebeldes¹⁴.

Un último cuerpo de autores, con una relación más bien secundaria con la estrategia militar, pero que obtendrán un prestigio universal que se mantiene

⁹ José Rubén Romero Galván, "Los cronistas indígenas en el siglo XVII", *Instituto de Investigaciones Históricas IIH*, (UNAM) 2002. Disponible en: <http://www.elem.mx/estgrp/datos/158> Consultado el 21 de marzo de 2020.

¹⁰ M. Ruiza, T. Fernández, y E. Tamaro, "Biografía de Garcilaso El Inca". En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. Barcelona, 2004. Disponible en: https://www.biografiasyvidas.com/biografia/g/garcilaso_el_inca.htm Consultado el 21 de marzo de 2020.

¹¹ Álvaro Asenjo de la Hoz, "La imprenta de Marte: la guerra en los libros de la Edad Moderna", *Documentos de trabajo UCM*, Biblioteca Histórica; Madrid 2016/08, pp. 38-39. Disponible en: <https://eprints.ucm.es/38530/1/DT2016-08.pdf> Consultado el 21 de marzo de 2020.

¹² *Ibid.* pp.39-41.

¹³ Blanca Berasategui, "El Lazarillo no es anónimo", *elcultural.es*, 5 de marzo de 2010. Disponible en: <https://elcultural.com/El-Lazarillo-no-es-anonimo> Consultado el 21 de marzo de 2020.

¹⁴ Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, Cervantes virtual. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/guerra-de-granada-hecha-por-el-rey-de-espana-don-felipe-ii-contra-los-moriscos-de-aquel-reino-sus-rebeldes-historia-escrita-en-cuatro-libros--0/html/fce8dfa0-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.htm, consultado el 21 de marzo de 2020.

hasta hoy en día es el de los autores jurídicos. Sin duda, Francisco de Vitoria y los expertos de la Escuela de Salamanca son sus representantes más conocidos. Ellos se plantearon, ya en el siglo XVI, preguntas que parecen más propias de épocas muy posteriores: la legitimidad de la guerra como instrumento político o las responsabilidades legales y morales del conquistador sobre los conquistados en América. Fueron ellos quienes establecieron los cimientos del Derecho Internacional Humanitario.

En definitiva, el pensamiento estratégico y militar en los siglos XVI y principios del siglo XVII fue rico en España, en algunos aspectos como el historiográfico o el jurídico puede considerarse muy brillante, y tuvo una significativa influencia fuera de las fronteras españolas. Ciertamente, el pensamiento estratégico como tal no se desarrolló en gran medida, pero eso no fue una carencia de España, sino una consecuencia de que ese tipo de obras no se habían desarrollado todavía.

En esa época, los ejércitos pertenecían todavía al monarca, y el propio concepto de nación se encontraba en un estado muy embrionario. La guerra era un asunto práctico que dependía de factores muy específicos como la capacidad de reclutamiento y contrata, la disponibilidad de técnicos en fortificación, artillería o construcción naval, o el mantenimiento de una organización y disciplina básicas en organizaciones militares muy difíciles de controlar y que, a veces, eran más peligrosas para la propia población que para el enemigo. A esos problemas prácticos se dedicaban los tratadistas de aquel tiempo.

Ciertamente, los monarcas y sus gabinetes diseñaban y practicaban diferentes líneas de lo que hoy denominaríamos estrategia, pero la estrategia como disciplina no estaba sistematizada; y la que entonces se utilizaba era un producto del sentido común, de la experiencia práctica de reyes y nobles, y de las conversaciones y discusiones entre líderes. Solo podían deducirse trazos de estrategia de las crónicas de conflictos armados y de los libros de buen gobierno, que como *El Príncipe* de Maquiavelo o *Theorica y pratica de la guerra* de Bernardino Mendoza, trataban de educar al futuro monarca en los asuntos de Estado, entre ellos la guerra.

En la segunda mitad del siglo XVII, la decadencia de España como potencia viene acompañada de la disminución en número y calidad de las obras de pensamiento militar. Esta época resulta, sin embargo, decisiva para la transformación de la guerra como fenómeno político. El desastre de la Guerra de los Treinta Años y su colofón diplomático y legal en el Tratado de Westfalia facilitan el progreso del estado nacional moderno y, con él, se consolida la idea de ejército nacional que defendía Maquiavelo. Para evitar los desmanes de las tropas contratadas, cada nación organiza una fuerza controlada, equipada, alojada y abastecida por el Estado. Los intereses estratégicos del monarca se convierten paulatinamente en los intereses del Estado-nación que representa

también a una clase social de burgueses dedicados a la industria y el comercio. Además, en el siglo XVIII crece el entusiasmo por la razón como guía esencial de la conducta humana y de la política de Estado; y eso abre la puerta a numerosas publicaciones sobre filosofía política, teoría del Estado y, cómo no, sobre el fenómeno de la guerra.

En España, las nuevas corrientes de pensamiento penetran especialmente tras la llegada al trono de la dinastía borbónica, tras el final de la guerra de sucesión. Pronto aparece un excelente representante de las nuevas ideas sobre la guerra, la estrategia y el uso del ejército en campaña, y el que quizás sea el escritor militar español que más renombre internacional alcanzó en su tiempo: don Álvaro de Navia y Osorio, marqués de Santa Cruz del Marcenado.

Nacido en Asturias, el marqués dedica la mayor parte de su vida a las armas. Jefe de regimiento desde su juventud, participa en algunos de los acontecimientos más importantes de la guerra de sucesión. Posteriormente, combinará esa trayectoria militar con otra diplomática que le llevará durante algunos años a Italia. Allí encontrará el ambiente y el tiempo para escribir una extensa obra sobre el arte militar de su tiempo *Reflexiones militares* publicadas por primera vez entre 1724 y 1727 en Turín. La obra se tradujo al francés, inglés, alemán, italiano y polaco¹⁵, y fue un auténtico libro de referencia en su tiempo, y todavía lo era a principios del siglo XIX¹⁶.

La obra de Marcenado es un compendio de casi todo lo que se sabía entonces sobre la guerra. Su mayor virtud es que utiliza un lenguaje que suele calificarse de claro y directo, y que contiene numerosas citas y ejemplos, lo que la convirtió en un buen instrumento didáctico para la formación de oficiales. Sus mayores defectos son su extensión, que se debe en gran medida a la atención y el espacio dedicado a los ejemplos, y el centrarse más en los procedimientos que en la esencia de la guerra. El marqués se esforzó en mayor medida en describir la táctica de su época que en cuestiones de índole estratégico o conceptual. No obstante, eso era lo habitual en la época y ese hábito se mantendrá hasta el siglo XIX, incluso en autores tan renombrados como Jomini. Además, *Reflexiones* incluye partes dedicadas precisamente a la naturaleza y a la legalidad de la guerra, o a aspectos poco tratados como la guerra en el mar o la importancia de la economía en los conflictos armados¹⁷.

El marqués de Santa Cruz no tuvo tiempo de escribir mucho más¹⁸, pues las numerosas campañas en las que participó y su temprana muerte, en 1732,

¹⁵ Pelayo Fernández García, *Las Reflexiones militares del marqués de Santa Cruz de Marcenado y su influencia más allá de las fronteras nacionales*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2015, pp.71-86.

¹⁶ *Ibid.* pp. 93-102.

¹⁷ Álvaro de Navia y Osorio, *Reflexiones Militares*, Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa, Madrid, 2004.

¹⁸ Sin embargo, se suele citar otra de sus obras, que no estaba dedicada a la milicia sino a la economía del Reino, *Rapsodia político económica monárquica*, escrita también en la etapa italiana en la que produjo las *Reflexiones* (Pelayo Fernández García, *Las Reflexiones militares del marqués de Santa Cruz de Marcenado y su influencia más allá de las fronteras nacionales*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2015, p.29).

durante el asedio de Orán, no le dejaron tiempo para ello. Su obra tuvo, sin embargo, una considerable influencia en la organización militar española que se prolonga incluso hasta las Reales Ordenanzas Militares de Carlos III, publicadas en 1768.

Sin ser una obra de pensamiento estratégico, sino simplemente un conjunto oficial de reglas y normas para la organización y el funcionamiento de la institución militar, las Reales Ordenanzas merecen una mención especial por su calidad literaria. En su redacción participaron casi dos generaciones de oficiales, integrados en diversas juntas, aparte del conde de Aranda y su círculo de colaboradores. El título II de las Ordenanzas, dedicado a cuestiones morales y de mando, permaneció en vigor hasta 1978¹⁹, y algunos artículos permanecen vigentes en las actuales Ordenanzas de 2009.

Durante el siglo XVIII aparece lo que podría denominarse literatura estratégica. Se trata de obras que no solo se limitan a describir la organización y procedimientos de un ejército, sino a reflexionar sobre la propia naturaleza de la guerra y de los aspectos más conceptuales del combate como sus principios teóricos, la moral, el liderazgo o la relación entre guerra y diplomacia. En los escritos comienzan a percibirse «escuelas» nacionales como la que en Francia se desarrolla a través de autores como Folard, De Saxe o Guibert, y también comienzan a aparecer los diferentes modelos estratégicos mediante los que pueden abordarse las operaciones militares. Modelos más conservadores, centrados en una guerra limitada con un alto componente diplomático, como el propuesto por De Saxe en su *Reveries* o un modelo más agresivo como el propugnado por Guibert y practicado por Federico II de Prusia²⁰.

España se mantuvo en esa época como un actor principal en la política europea, aunque con una importancia progresivamente decreciente. No surgió ningún otro autor comparable a Marcenado, y toda la institución militar entró en una profunda crisis durante el reinado de Carlos IV, motivada por la ruina económica y los desastres bélicos. Los mediocres resultados en la lucha contra la Francia revolucionaria en la Campaña de los Pirineos fueron seguidos por el desastre naval de Trafalgar y por el desastre mucho mayor de la invasión napoleónica.

¹⁹ Pedro Luis Pérez Frías, “El Ejército de Carlos III”, *Revista Péndulo*, nº 18, 2007, pp.123-124. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=819236> Consultado el 22 de marzo de 2020.

²⁰ R.R. Palmer, “Federico el Grande, Guibert, Bulow. De las guerras dinásticas a las nacionales” en Paret, Peter, *Creadores de la Estrategia Moderna*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1992, pp. 103-122.

Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales, año 22, nº 44. Segundo semestre de 2020. Pp. XX-YY. ISSN 1575-6823 e-ISSN 2340-2199 <https://dx.doi.org/10.12795/araucaria.2020.i44.X>

El siglo XIX

En Europa, las guerras de la revolución y el Imperio francés cambiaron radicalmente el carácter de los conflictos armados. Frente a los pequeños ejércitos profesionales y guerras limitadas del siglo XVIII, se recurre a la movilización de todos los recursos de la nación para la guerra. Ejércitos de cientos de miles de combatientes se enfrentan en batallas gigantescas y en algunos países como España, Portugal y Rusia la población civil se une a las hostilidades utilizando tácticas de guerrilla.

En la explosión de sentimientos que trae consigo el nuevo nacionalismo y el Romanticismo, la guerra se expande como no lo había hecho desde la Guerra de los Treinta Años. En Francia, en particular, Napoleón pone en práctica las ideas acuñadas en el siglo anterior sobre la dispersión de los ejércitos en fracciones para la maniobra previa a la batalla y su concentración en lugar y momento oportuno para librarla. Nace un nuevo modelo de estrategia militar de nivel operacional que se va a mantener como modelo hasta finales del siglo XX.

Las campañas de Napoleón tienen dos intérpretes principales. Inicialmente, el suizo Henri Antoine de Jomini, que sirvió como general del emperador francés es el más leído. Jomini escribe dos obras, el *Tratado de la gran táctica* y el *Resumen del arte de la guerra* que se convertirán en libros de referencia para cualquier mando europeo hasta el final del siglo XIX. Jomini es, en realidad, un hombre del siglo XVIII que sabe describir muy bien los cambios en la táctica y en la conducción de campañas militares, pero omite los cambios trascendentales en el propio concepto de la guerra. En este segundo aspecto destaca, sin embargo, Carl von Clausewitz, un oficial y general prusiano que también sirve en las guerras napoleónicas y que escribe una obra que se publicará tras su muerte, *De la guerra*, que se ha mantenido hasta hoy en día como el texto fundamental de la teoría de la guerra.

En España, tras la victoria en la devastadora guerra de la independencia, se produce una explosión de pensamiento militar, en consonancia con otros países europeos. Numerosos autores se lanzan a interpretar tanto las campañas de Napoleón como las campañas de la guerra de la independencia. Sin embargo, el estado de inestabilidad permanente en el país, la pérdida de las colonias norteamericanas y la concentración del pensamiento nacional en la pugna política entre liberales y conservadores no favorecerá la consolidación de una auténtica escuela de pensamiento estratégico.

Precisamente las guerras de independencia en la América hispana producirán el nacimiento de nuevos Estados y, con ellos, la tradición militar hispana se dividirá en dos, aunque en ambos casos el desarrollo del pensamiento militar se verá muy afectado por las similares características

de ambas sociedades. El modelo político, social y económico español tendrá dificultades para adaptarse a los cambios del siglo XIX. La debilidad de la sociedad civil encarnada en la burguesía hará que los ejércitos aparezcan como una solución temporal para garantizar la estabilidad de los nuevos Estados, pero eso llevará a una tradición de intervencionismo militar en política de muy negativas consecuencias.

En España, adquieren un papel importante y cierta relevancia internacional los historiadores de la guerra de la independencia. José María Queipo de Llano, conde de Toreno, escribirá *Historia del levantamiento, guerra y revolución en España* que será, durante décadas, la principal obra de referencia sobre la visión española del conflicto para los historiadores extranjeros. Ya a finales de siglo, el general José Gómez de Arteche escribirá la *Guerra de la Independencia. Historia militar de España (1808-1814)*. La obra, escrita desde un punto de vista completamente militar, pretendía neutralizar la visión de la historiografía británica, muy basada en William Patrick Napier²¹, que era extraordinariamente despectiva hacia el papel español en el conflicto. Lo cierto es que el que se convertiría en historiador extranjero más prestigioso en estudiar nuestra guerra de la independencia (guerra peninsular en el mundo anglosajón), Charles Oman, tomó como referencia la obra de Arteche y modificó notablemente la visión sesgada de Napier²².

Como en el resto de Europa, en España se pueden identificar dos etapas bien diferenciadas en el pensamiento militar. La primera, hasta la década de 1860-1870, está dominada por el modelo napoleónico, interpretado por Jomini. La segunda, a partir de 1870, cambia la perspectiva hacia el modelo prusiano-alemán, después de su éxito en las guerras contra Austria y Francia en 1866 y en 1870. Clausewitz se convertirá entonces en el referente principal, aunque la influencia de Jomini y el modelo napoleónico se prolongarán hasta el siglo XX.

En la primera etapa destaca la figura del comandante Francisco Villamartín. Su obra principal, *Nociones del arte militar*, publicada en 1862, se convirtió en la obra española de mayor proyección internacional en el siglo XIX, principalmente por la atención que despertó en la Francia de Napoleón III²³. Villamartín fue el originador de lo más parecido a una escuela de pensamiento estratégico que haya

²¹ Charles Frederick Napier combatió en España como teniente coronel en el ejército del Duque de Wellington y escribió *Historia de la Guerra en la Península y en el Sur de Francia. 1807-1814* que fue la referencia esencial para los historiadores de la «Guerra peninsular» durante el siglo XIX. La obra era enormemente hostil hacia los ejércitos y guerrillas españolas, a los que consideraba más un estorbo que un elemento de importancia en la victoria final. (W. Napier, *History of the War in the Peninsula and in the South of France from the Year 1807 to the Year 1814*, Londres, 1828-1840).

²² El propio Oman agradeció a Arteche de su obra la puesta a su disposición de su archivo privado, (Charles Oman, *A History of the Peninsular War Vol II*, Oxford Clarendon Press, 1903, Prefacio p.VII).

²³ Guillermo Pinto Cebrián, *Ejército e historia. El pensamiento profesional militar español a través de la literatura castrense decimonónica*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2013, p.47.

aparecido en España y, como Clausewitz y Jomini, tuvo también sus seguidores e intérpretes nacionales²⁴.

Villamartín puede considerarse como un «jomínista» tardío. Sus ideas básicas sobre operaciones son las del teórico suizo, pero su concepción de la guerra ha sido modelada por los avances tecnológicos del siglo XIX y por el desarrollo del nacionalismo. Eso hace que, en algunos asuntos como la importancia del pueblo y la opinión pública en un conflicto o la necesidad de una movilización humana e industrial completa y eficiente, gire hacia las ideas de la escuela prusiana representada por Clausewitz. En cualquier caso, el talento de Villamartín se malogrará por su temprana muerte, en 1872, a los 39 años de edad.

En la segunda etapa del siglo XIX, la atención al pensamiento militar aumenta considerablemente. La Restauración trae un tiempo de cierto sosiego a la vida política, el intervencionismo militar queda temporalmente neutralizado y el esfuerzo de las instituciones militares se concentra en la modernización, atendiendo especialmente a las lecciones de la guerra franco-prusiana de 1870. Aunque hay muchos tratadistas notables, destaca la figura del general José Almirante, uno de los autores más prolíficos de la historia del pensamiento militar en España.

Almirante es esencialmente un recopilador de ideas de otros autores²⁵, pero su trabajo tiene una gran importancia porque documenta la evolución del pensamiento militar y estratégico en España y describe muy bien el estado de la cuestión en su época. Sus obras, *Diccionario militar, etimológico, histórico, tecnológico* (1869) y *Bibliografía militar de España* se convierten en indispensables para cualquier estudioso de la evolución del pensamiento militar en nuestro país. Asimismo, su *Reglamento para el servicio en campaña* (1882) se publica oficialmente como el primer ejemplo de una doctrina militar unificada en España. Almirante será además un escritor mordaz, que no dudará en señalar los vicios del ejército en su época, lo que le valdrá no pocas críticas²⁶.

Mención especial merece también Carlos Banús, un pensador muy original, y con influencia en Europa²⁷ que se encuadrará entre los profetas de la guerra total que precedieron a la Primera Guerra Mundial.

Mientras España trata de gestionar su decadencia a lo largo del siglo XIX, al otro lado del Atlántico las jóvenes repúblicas surgidas de la descolonización tratan de consolidarse como Estados. La independencia comienza en casi toda Iberoamérica con la guerra y el papel de los militares es allí esencial. La mayor parte de los libertadores son de hecho oficiales del ejército español, que se convierten en líderes de los diferentes movimientos de emancipación. Muchos de los libertadores, especialmente Bolívar, tienen una obra literaria considerable, aunque la mayor parte de ellas son manifiestos, proclamas, textos legislativos,

²⁴ Ibid. p.44 y 166.

²⁵ Ibid. p. 44.

²⁶ Ibid. p. 37.

²⁷ Ibid. p. 271.

o bien obras de naturaleza política. El pensamiento estratégico militar está, en general, ausente y no se recuperará hasta que los historiadores comiencen a analizar las guerras de independencia.

El general y presidente argentino Bartolomé Mitre escribirá ya en la segunda mitad del siglo *Historia de Belgrano o de la independencia argentina* e *Historia de San Martín y de la emancipación americana*, textos que han pasado a formar parte de la historia oficial de la nación argentina²⁸ y que cubrían las operaciones militares que comenzaron desde el Cono Sur de América del Sur. En México, Carlos María de Bustamante analizará las campañas tanto de los rebeldes como de los realistas en, por ejemplo, *Historia militar del general don José María Morelos o Campañas del general Félix María Calleja*²⁹. En Venezuela, el general José de Austria escribe “*Bosquejo de historia militar de Venezuela en la guerra de independencia*” que, si bien es esencialmente una obra de alabanza a Bolívar, tiene el mérito de ser también una historia bastante detallada de sus campañas militares³⁰.

Iberoamérica se vio sacudida por numerosos conflictos civiles e interestatales en el siglo XIX que, en general, retrasaron la consolidación plena de las nuevas naciones, así como de sus ejércitos nacionales. Algunos fueron especialmente sangrientos, como la guerra de la Triple Alianza (1864-1870) que casi aniquiló a la población de Paraguay; otras supusieron cambios geopolíticos importantes, como la guerra del Pacífico (1879-1884), que cerró el acceso de Bolivia al mar y consolidó a Chile como potencia militar dominante en la costa occidental de América del Sur. En algunos casos, las naciones iberoamericanas tuvieron que hacer frente al intervencionismo, tanto de Estados Unidos (guerra contra México en 1846-1848) como de potencias europeas (Francia en la expedición a México de 1861 o España en la intervención en la costa del Pacífico en 1866). No obstante, en lugar de servirse de estas experiencias bélicas para desarrollar modelos militares nacionales, los Ejércitos iberoamericanos recurrieron a solicitar la presencia de expertos militares europeos.

A lo largo del siglo XIX, la tendencia en Iberoamérica va a ser similar a la de Europa con la influencia de Prusia primero, y Alemania después, desplazando progresivamente a Francia como modelo militar. A finales del siglo XIX, la influencia militar alemana, a través de asesores, profesores y técnicos era muy notable sobre todo en Chile, pero también en Bolivia, Argentina y Paraguay³¹.

²⁸ Gonzalo García Garro, “La historia oficial, liberal o mitrista”. *Noticias entre ríos*, 28 octubre 2017. Disponible en: <https://www.noticiasentreros.net.ar/2017/10/la-historia-oficial-liberal-o-mitrista.html> Consultado el 23 de marzo de 2020.

²⁹ Morelos fue uno de los líderes de la primera revuelta en México, precisamente sofocada por Félix María Calleja, primero jefe militar realista y después virrey de Nueva España.

³⁰ Germán Guía Caripe, “Historiografía e Historia Militar: El Bosquejo de Historia Militar de Venezuela en la Guerra de Independencia del general de división José de Austria”, *Revista Tiempo y Espacio*, n. 53, Caracas, junio 2010. Disponible en: http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-94962010000100006 Consultado el 23 de marzo de 2020.

³¹ Frederick, M. Nunn, “European military influence in South America: the origins and nature of professional militarism in Argentina, Brazil, Chile and Peru, 1890-1940”, *Anuario de Historia de*

Perú se mantenía más próximo a Francia y, en México, alemanes y franceses pugnaban por convertirse en asesores y mentores del Ejército mexicano³². Ese mismo fenómeno ocurrió en otros países iberoamericanos, como Argentina o Brasil, hasta la Segunda Guerra Mundial, alternándose periodos «francófilos» o «germanófilos», o dividiéndose los cuerpos de oficiales en simpatizantes de uno u otro modelo³³.

El siglo XX

El siglo XX comienza para España con la sombra del Desastre del 98. La pérdida de las últimas colonias, tras una derrota rápida y completa, socava profundamente el prestigio de la nación. Las Fuerzas Armadas, que hasta la Restauración tenían buena imagen ante la población, la pierden por una acumulación de sucesos desafortunados. El servicio militar obligatorio, instaurado progresivamente a lo largo del siglo XIX, fue siempre impopular por su escasa equidad, las duras condiciones en las que se prestaba y el alto coste en bajas en las guerras coloniales. Las guerras en el Marruecos español, con desastres como el Barranco del Lobo (1909) y, sobre todo, Annual (1921), agudizarán la separación progresiva entre los ejércitos y una gran parte de la sociedad, provocarán graves crisis políticas y convertirán la incompetencia militar en un tópico popular.

En este ambiente tan adverso se produce, sin embargo, un cierto renacimiento cultural con una importante producción literaria militar. Las experiencias de la Primera Guerra Mundial, la guerra del Rif y las propuestas regeneracionistas en el seno del Ejército serán los temas más frecuentemente analizados por los tratadistas militares de esa época. Como ocurrió en Iberoamérica, la oficialidad se divide también en germanófilos y francófilos, aunque a ellos habría que añadir otro grupo numeroso de «africanistas» que se centran en justificar y extraer lecciones de la colonización y siguen normalmente el modelo francés de líderes militares como Bugeaud o Lyautey.

Cabe mencionar entre los regeneracionistas al general Ricardo Burguete, a quien se llega a considerar representante militar en la Generación del 98, y que escribe entre otras obras *El problema militar* (1905) y *La guerra y el hombre* (1911). Burguete continúa la línea iniciada por Carlos Banús, basada en la escuela militar prusiano-alemana, centrada en la guerra industrial que requería una movilización total de recursos económicos y humanos. Burguete mantendrá, no obstante, la línea tradicional española de dedicar una gran atención a los valores psicológicos

América Latina, volumen 12, 01 diciembre 1975, p.233. Disponible en: <https://www.degruyter.com/view/journals/jbla/12/1/article-p230.xml> Consultado el 25 de marzo de 2020.

³² Warren Schiff, "German military penetration into Mexico during the late Diaz period", *The Hispanic American Historical Review* Vol. 39, No. 4, (Nov., 1959), p. 568. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/2510381?seq=1> Consultado el 25 de marzo de 2020.

³³ Frederick, M. Nunn, pp. 237-238.

y morales³⁴. Entre los africanistas destaca el general Dámaso Berenguer y su *La guerra de Marruecos*, obra muy inspirada en el modelo colonial francés que consideraba la colonización como una obligación civilizadora y una escuela de mandos. Alto comisario de España en Marruecos durante el Desastre de Annual (1921) escribirá también *Operaciones en el Rif y Yebala* como defensa contra las acusaciones que se le hicieron por su responsabilidad en el desastre³⁵.

En 1924, se publica en España la *Doctrina para el Empleo de las Armas y los Servicios*, primera doctrina militar realmente oficial tras el antecedente del *Reglamento para el servicio en campaña* de 1882, escrito por Almirante. La doctrina de 1924 muestra la tendencia del pensamiento militar de la época que se mantendrá durante casi todo el siglo XX: la importación de modelos extranjeros. La neutralidad de España en la Primera Guerra Mundial llevó a los tratadistas españoles a adoptar las ideas de sus homólogos en otros países. Curiosamente, las propias experiencias españolas tuvieron poca influencia, e incluso las duras, pero sin duda útiles lecciones aprendidas del Desastre de Annual, se despreciaron explícitamente en la propia doctrina.

La difusión del pensamiento militar extranjero, y los intentos por adaptarlo a las peculiaridades y necesidades de las fuerzas armadas españolas serán la tarea principal de los pensadores militares de la época. En este sentido destaca la iniciativa de los entonces capitanes Vicente Rojo y Emilio Alamán, publicando la Colección Bibliográfica Militar a partir de 1928. En ella se tradujeron y publicaron algunas de las firmas europeas más prestigiosas en el campo del pensamiento militar³⁶.

Precisamente, Vicente Rojo, que durante la Guerra Civil llegó a ser jefe de Estado Mayor del Ejército de la República, fue el tratadista español más notable de la época. Rojo, profesor durante 10 años en la Academia de Infantería de Toledo, era un seguidor del pensamiento militar francés de la época, centrado en el mantenimiento de la iniciativa y la ofensiva. Su experiencia en la Guerra Civil, en la que intentó aplicar sus teorías con escaso éxito, le hizo más escéptico y le hizo girar hacia posiciones más políticas centradas en la lucha contra el imperialismo y la resistencia popular. Sus obras principales fueron escritas durante su exilio en Bolivia, destacando los *Elementos del arte de la guerra*, un completo tratado sobre táctica y estrategia que constituye una de las obras principales del pensamiento militar español de este siglo³⁷.

³⁴ Biblioteca Nacional de España, “Escritores en la BNE. Ricardo Burguete (1871-1937)”. Disponible en: <http://escritores.bne.es/web/authors/ricardo-burguete-1871-1937/> Consultado el 26 de marzo de 2020.

³⁵ María Rosa de Madariaga, “Los estudios sobre el Protectorado Español en perspectiva” en López García, Bernabé y Hernando de Larramendi, Miguel, *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 2007, p.27

³⁶ Se publicaron 95 números entre 1928 y 1936, que incluyeron la traducción de 29 obras militares extranjeras (Aspizúa, Bernabéu & Molina, “La Colección Bibliográfica Militar”, *Revista de Estudios Políticos*, número 64, abril-junio 1989, pp. 299-319)

³⁷ Vicente Rojo Lluch, *Elementos del Arte de la Guerra*, Publicaciones de Defensa, Madrid, 2010.

Pese a que la Guerra Civil española fue utilizada como campo de experimentación para nuevas tácticas y materiales, que luego se utilizaron en la Segunda Guerra Mundial, su impacto en el pensamiento militar español fue muy limitado. Durante el régimen de Franco, la actividad intelectual en las Fuerzas Armadas decayó sensiblemente, aunque algunos tratadistas mantuvieron encendida la llama del pensamiento militar.

Un grupo de ellos se dedicó a la historia militar de la Guerra Civil, obviamente desde el punto de vista de los vencedores. Destacan, entre ellos, Ramón Salas Larrazábal y José Manuel Martínez Bande que realizaron una labor de investigación y recopilación de fuentes que ha servido de base para posteriores historiadores civiles. También aparece una escuela de pensamiento militar centrado, como era tradicional en España, en los valores morales y la filosofía de la guerra con un claro componente de humanismo cristiano. El general Miguel Alonso Baquer, con una extensa obra, es probablemente su representante más conocido.

En cuanto al pensamiento centrado en la estrategia militar y el arte operacional, la lista de autores destacados es más reducida, aunque destaca el teniente general Carlos Martínez Campos. En su obra recoge las experiencias de la Segunda Guerra Mundial y las mezcla con la amenaza de guerra nuclear propia de la Guerra Fría. El resultado es una curiosa continuación de la escuela de pensadores estratégicos de la guerra total, iniciada por Banús y Burguete. La guerra anunciada por Martínez Campos tiene mucho de apocalipsis industrial con retaguardias devastadas por ataques aéreos y armas nucleares.

Mientras, en España, el pensamiento militar se centra en tratar de adaptar los modelos extranjeros, especialmente los que aparecen en las guerras mundiales, en Iberoamérica comienzan a asentarse los centros de pensamiento que dará origen a un pensamiento militar autóctono. Chile se convierte en uno de los referentes iberoamericanos en organización militar, basándose en un modelo netamente alemán. El general Emil Körner Henze, de nacionalidad alemana, pero que pasó gran parte de su carrera militar al servicio del Ejército chileno, fue uno de los principales promotores de su modernización. Körner fue un personaje curioso, pues, siendo alemán, tomó partido en la Guerra Civil chilena de 1891 por la facción que apoyaba al parlamento frente al presidente, y su labor fue lo bastante importante como para que fuese nombrado jefe de Estado Mayor del Ejército a su finalización³⁸.

Aunque Chile exportó un número importante de instructores y profesores a otros países, pronto se encontró con la competición de Argentina y Brasil como referentes militares en Iberoamérica. De hecho, a principios del siglo XX, se desarrolló una carrera de armamentos entre Brasil, Argentina y Chile que se

³⁸ José Javier Díaz Sánchez-Pacheco, "Pensadores militares chilenos y ecuatorianos del siglo XX y su influencia en la Región Andina" en *Pensamiento y pensadores militares iberoamericanos del siglo XX y su influencia en la Comunidad Iberoamericana*, dirigida por Agustín Quesada Gómez, Ministerio de Defensa, Madrid, 2003. pp. 231-232.

reflejó sobre todo en la construcción naval. El proyecto brasileño de dotar a su marina de guerra de tres acorazados tipo *dreadnought* provocó una reacción en sus vecinos que comenzaron programas de construcción similares³⁹. La tensión geopolítica se mantendrá entre las tres naciones, por décadas, aunque finalmente no se traducirá en un conflicto bélico. Sin embargo, las disputas fronterizas entre Bolivia y Paraguay sí que llevaron, en 1932, a la guerra del Chaco, el mayor enfrentamiento bélico en Iberoamérica en la primera mitad del siglo XX.

La tensión y los conflictos locales, así como las experiencias importadas de la Primera Guerra Mundial, provocarán un renacimiento del interés por el pensamiento estratégico en la región. La aparición de la geopolítica como una nueva disciplina, especializada en analizar el equilibrio de poder entre potencias, motivará a muchos oficiales iberoamericanos para abordar estudios geopolíticos. En esta época destaca una iniciativa tomada en Argentina por el teniente coronel Martínez Pita: la creación de una Biblioteca del Oficial consistente en una colección de publicaciones de pensamiento militar autóctono y extranjero⁴⁰ que ha sobrevivido hasta nuestros días y se ha convertido en el mayor referente bibliográfico del pensamiento militar en español en el mundo.

Pero si hay que destacar dos tendencias en la primera mitad del siglo XX en las instituciones militares iberoamericanas es, por un lado, la continuidad del intervencionismo militar en política; y, por otra, la creciente influencia de Estados Unidos como principal referencia militar del continente, reemplazando progresivamente la influencia europea.

Como ocurrió en España en el siglo XIX, la intervención militar en política en Iberoamérica seguirá diversas tendencias, entre las que pueden destacarse dos principales: por un lado, los conservadores, normalmente defensores de los intereses de las oligarquías locales; y, por otro, los populistas, que se acercarán al pueblo como base para una transformación social orientada hacia una combinación de socialismo y nacionalismo. Todos los países iberoamericanos experimentarán gobiernos militares conservadores, pero el impacto histórico y mediático del populismo será considerablemente mayor.

El general y político argentino Juan Domingo Perón se convertirá en el prototipo del militar populista con una influencia que llega hasta nuestros días. Perón fue también un notable escritor militar con obras que comienzan con la historia militar de Argentina, y van evolucionando hacia la teoría política y la geopolítica⁴¹.

³⁹ Seward W. Livermore, "Battleship diplomacy in South America (1905-1925)", *The Journal of Modern History* Vol. 16, No. 1 (Mar., 1944), pp. 31-48. Disponible en: https://www.jstor.org/stable/1870986?read-now=1&seq=1#page_scan_tab_contents Consultado el 26 de marzo de 2020.

⁴⁰ Francisco Javier Martín García, "Pensadores Militares del siglo XX de Argentina, Paraguay y Uruguay, y su influencia en la región" en *Pensamiento y pensadores militares iberoamericanos del siglo XX y su influencia en la Comunidad Iberoamericana*, dirigida por Agustín Quesada Gómez, Ministerio de Defensa, Madrid, 2003, pp. 181-183.

⁴¹ Cabría destacar sus *Apuntes de historia militar* de 1932. Disponible en: <http://www.labaldrich.com.ar/wp-content/uploads/2019/04/Apuntes%20de%20Historia%20Militar%20-%20Juan%20>

La influencia norteamericana aumentará progresivamente en Iberoamérica durante el siglo XIX, especialmente en México y el Caribe. El interés por comunicar el océano Pacífico y el Atlántico, a través de un canal en Panamá, llevó a que Washington apoyase la independencia de este país de Colombia, lo que provocó la Guerra de los Mil Días (1899-1902), que dejó al Estado colombiano devastado. Hasta bien entrados los años 30, Estados Unidos continuó interviniendo en Centroamérica y el Caribe (Haití, República Dominicana, Nicaragua, Veracruz). Sin embargo, fue la Segunda Guerra Mundial la que convirtió a Estados Unidos en el referente militar prioritario en toda Iberoamérica. Durante la Guerra Fría, la creación de la Escuela de las Américas en Panamá, como centro de adiestramiento para militares latinoamericanos en la lucha contra guerrillas e insurgencias, tuvo una gran influencia en la evolución doctrinal de los ejércitos de la región⁴².

Regresando a España, el final del régimen de Franco trajo consigo un renovado interés por cuestiones estratégicas y de seguridad, ya que España comenzó a integrarse en las organizaciones europeas con responsabilidades en seguridad y defensa. Los tradicionales estudios estratégicos se fueron transformando paulatinamente en estudios de seguridad y el pensamiento militar comenzó a integrarse dentro de esa corriente. Ya en los últimos años de dictadura se tomaron algunas decisiones que facilitaron esa transición.

En 1964, se funda el Centro de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN) pensado para impulsar los estudios estratégicos y acercar fuerzas armadas y sociedad civil. En 1970, se crea el Instituto Español de Estudios Estratégicos que pronto orienta su actividad a la colaboración con universidades y centros de pensamiento.

En esos años destaca la figura del teniente general Manuel Díez-Alegría, director del CESEDEN y después jefe del Alto Estado Mayor, que tuvo una influencia modernizadora sobre la institución militar, preparando la transición política que llegaría tras la muerte de Franco. Díez-Alegría escribirá *Ejército y sociedad* (1972) que será una referencia intelectual para el proceso modernizador que se iniciaría solo unos años más tarde.

En los años 90, se estrechará la relación entre centros militares de enseñanza y universidades a través de la firma de convenios, y en 1997 se crea el Instituto Universitario Gutiérrez Mellado una institución fruto de la colaboración militar y civil para impartir títulos de posgrado en estudios de seguridad y defensa. Como ocurrió antes en otros países europeos, o en Estados Unidos, el pensamiento militar fue fundiéndose en los estudios académicos de seguridad y defensa, en los que las universidades fueron asumiendo el liderazgo. Con el cambio de siglo y milenio, esta integración se acentuó y, aunque los estudios

[Domingo%20Per%C3%B3n.PDF](https://web.archive.org/web/20190704210255/http://www.jdperon.gov.ar/institucional/cuadernos/Cuadernillo11.pdf) y *Conducción política*, de 1971. Disponible en: <https://web.archive.org/web/20190704210255/http://www.jdperon.gov.ar/institucional/cuadernos/Cuadernillo11.pdf>

⁴² *Pensamiento y pensadores militares iberoamericanos del siglo XX y su influencia en la Comunidad Iberoamericana*, dirigida por Agustín Quesada Gómez, Ministerio de Defensa, Madrid, 2003, p. 365.

en seguridad y defensa son todavía un recién llegado en el mundo académico español, existe ya una base de expertos, enseñanzas y titulaciones que permiten augurar un futuro brillante para el pensamiento estratégico en España.

En Iberoamérica, durante los años 60 y en el marco de la Guerra Fría, se extendieron los conflictos civiles de naturaleza revolucionaria, tomando como modelo la revolución cubana. Paradójicamente, algunos de los textos más universalmente difundidos del pensamiento estratégico iberoamericano proceden de líderes guerrilleros e insurgentes. Destaca, en primer lugar, *La guerra de guerrillas* de Ernesto Che Guevara, en la que el revolucionario argentino y símbolo de la revolución cubana expresaba su preferencia por la guerrilla como el método más simple y eficaz para derrocar a un régimen autoritario, alejándose de las concepciones de Lenin o Mao sobre una compleja sucesión de fases en la lucha revolucionaria. No obstante, pese a la fama del Che, el libro que mayor influencia y aplicación práctica ha tenido ha sido *El minimanual de la guerrilla urbana* de Carlos Marighella, escrito en 1969, que aún sigue sirviendo de inspiración no solo para grupos revolucionarios, sino para bandas criminales y grupos terroristas islámicos.

La ola democratizadora de los años 80 y la finalización de numerosos conflictos civiles en los años 90, después de la Guerra Fría, redujeron sensiblemente la implicación de los Ejércitos iberoamericanos en la política de sus países, lo que les permitió centrarse en su profesionalización y modernización. Como en España, los estudios estratégicos y de seguridad se extendieron a las universidades y centros de enseñanza, integrándose el pensamiento militar en la corriente general de los estudios de seguridad. La influencia norteamericana sigue presente, pero también han surgido muchas iniciativas de cooperación e intercambio entre los ejércitos de Iberoamérica, desde el Consejo de Defensa Suramericano, la Conferencia de Ministros de Defensa o el liderazgo, por fuerzas armadas latinoamericanas de la misión de paz de Naciones Unidas en Haití (MINUSTAH)⁴³.

Conclusiones

El pensamiento estratégico militar en España e Iberoamérica se ha enfrentado a considerables dificultades históricas. En España, la más evidente fue la decadencia nacional que coincidió precisamente con el momento de mayor auge del pensamiento militar en Europa. En Iberoamérica, el turbulento proceso de consolidación de las naciones surgidas de las posesiones españolas en América

⁴³ Javier Ponce Cevallos, “Iniciativas regionales de cooperación en Defensa” en *Sistemas de enseñanza militar y de educación para la Defensa en Iberoamérica*, Instituto Universitario Gutierrez Mellado, Madrid 2010, pp.25-26. Disponible en: https://iugm.es/wp-content/uploads/2016/07/SISTEMAS_DE_ENSEÑANZA_MILITAR.pdf Consultado el 28 de marzo de 2020.

retrasó la aparición de un pensamiento estratégico militar autóctono y llevó a la adopción de modelos europeos.

A ambos lados del Atlántico, el intervencionismo militar en política que, de manera irregular, se prolongó hasta la segunda mitad del siglo XX, dificultó la profesionalización plena de las fuerzas armadas y la aparición de escuelas de tratadistas y pensadores centrados en los aspectos técnicos de la seguridad y la defensa.

Pese a todas las dificultades ha habido también momentos brillantes. En el siglo XVI y parte del siglo XVII, el pensamiento militar español estaba en la vanguardia de Europa. Los cronistas e historiadores que acompañaban a ejércitos y expediciones son todavía hoy una referencia esencial y no solo por el interés histórico de lo que describen, sino por el modelo estratégico que presentan. En disciplinas asociadas, como el derecho de la guerra y el derecho humanitario, los tratadistas españoles de la época fueron auténticos pioneros, mientras que los hombres de armas que empuñaron la pluma sentaron las bases de un modelo militar que siempre ha concedido una importancia esencial a los valores morales.

Esa época brillante ha quedado un tanto en el olvido, marginada por el gran desarrollo del pensamiento estratégico militar en los siglos XIX y XX, cuando España se encontraba no solo en decadencia, sino en una larga y dolorosa crisis interna. No es que hayan faltado excelentes autores en los dos últimos siglos, pero su labor ha quedado oscurecida porque, sin el apoyo de unas instituciones militares y académicas centradas en otros problemas más acuciantes, su labor tuvo que limitarse normalmente a importar y analizar ideas nacidas en el extranjero.

Algo similar ocurrió en Iberoamérica donde, hasta la segunda mitad del siglo XX, muchos ejércitos nacionales seguían bajo la tutela de asesores y profesores militares europeos primero y norteamericanos después. Aunque surgieron excelentes autores locales, especialmente en el campo de la historia militar, tuvieron que superar, como sus homólogos españoles, las limitaciones e inercias de unas instituciones militares poco proclives a la investigación académica y de unas instituciones académicas poco interesadas en lo militar y lo estratégico.

La llegada del siglo XXI ha traído consigo el fin del intervencionismo militar, grandes avances en la profesionalización de los ejércitos y que la colaboración militar multinacional se convierta en habitual. Además, los estudios de seguridad y defensa han experimentado un notable auge a ambos lados del Atlántico y la mayoría de los centros universitarios ofrecen hoy programas de titulación en estas materias. En este contexto, las oportunidades para un renacimiento del pensamiento estratégico militar tanto en España como en Iberoamérica se multiplican, aunque el pensamiento militar como tal se integra progresivamente en una corriente más general, que incluye a cada vez más académicos, y en la que los estudios estratégicos se convierten en una rama de los estudios de seguridad y defensa.

El desarrollo de una escuela de pensamiento estratégico que utilice el español y el portugués como lenguas de trabajo es una aspiración tradicional tanto en la

península Ibérica como en América Central y del Sur. Con ello, se abriría una vía nueva en un campo tradicionalmente dominado por expertos anglosajones y se sentarían las bases para abordar problemas de seguridad que son comunes en ambas orillas del Atlántico. Esperemos que este nuevo siglo y milenio sea testigo de cómo el pensamiento estratégico español e iberoamericano recupera el terreno perdido en los dos últimos siglos y ocupa el puesto que por justicia histórica le corresponde.

Referencias bibliográficas:

Agustín Quesada Gómez (director) *Pensamiento y pensadores militares iberoamericanos del siglo XX y su influencia en la Comunidad Iberoamericana*, dirigida por Agustín Quesada Gómez, Ministerio de Defensa, Madrid, 2003.

Alfonso X, *Las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio*, PensamientoPenal. Disponible en: <http://ficus.pntic.mec.es/jals0026/documentos/textos/7partidas.pdf> Consultado el 17 de marzo de 2020.

Álvaro Asenjo de la Hoz, “La imprenta de Marte: la guerra en los libros de la Edad Moderna”, *Documentos de trabajo UCM*, Biblioteca Histórica; Madrid 2016/08. Disponible en: <https://eprints.ucm.es/38530/1/DT2016-08.pdf> Consultado el 21 de marzo de 2020.

Álvaro de Navia y Osorio, *Reflexiones Militares*, Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa, Madrid, 2004.

Apuntes de historia militar de 1932. Disponible en: <http://www.labaldrich.com.ar/wp-content/uploads/2019/04/Apuntes%20de%20Historia%20Militar%20-%20Juan%20Domingo%20Per%C3%B3n.PDF>

Bernabéu & Molina Aspizúa, “La Colección Bibliográfica Militar”, *Revista de Estudios Políticos*, número 64, abril-junio 1989.

Biblioteca Nacional de España, “Escritores en la BNE. Ricardo Burguete (1871-1937)”. Disponible en: <http://escritores.bne.es/web/authors/ricardo-burguete-1871-1937/> Consultado el 26 de marzo de 2020.

Blanca Berasategui, “El Lazarillo no es anónimo”, *elcultural*, 5 de marzo de 2010. Disponible en: <https://elcultural.com/El-Lazarillo-no-es-anonimo> Consultado el 21 de marzo de 2020.

Conducción política, de 1971. Disponible en: <https://web.archive.org/web/20190704210255/http://www.jdperon.gov.ar/institucional/cuadernos/Cuadernillo11.pdf>.

Cristóbal Lechuga, *Discurso del capitán Cristoual Lechuga: en que trata de la artillería, y de todo lo necesario à ella, con un tratado de fortificación y otros advertimientos...*, Milán 1611. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/discurso-del-capitan-cristoual-lechuga--en->

- [que-trata-de-la-artilleria-y-de-todo-lo-necesario-a-ella-con-un-tratado-de-fortificacion-y-otros-advertimientos/](#) Consultado el 20 de marzo de 2020.
- Charles Oman, *A History of the Peninsular War* Vol II, Oxford Clarendon Press, 1903.
- Diego de Salazar, *Tratado de Re Militari*, Bruselas, 1590. Disponible en: http://www.bibliotecavirtualdeandalucia.es/catalogo/es/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=151464 Consultado el 18 de marzo de 2020.
- Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, Cervantes virtual. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/guerra-de-granada-hecha-por-el-rey-de-espana-don-felipe-ii-contralos-moriscos-de-aquel-reino-sus-rebeldes-historia-escrita-en-cuatro-libros--0/html/fee8dfa0-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.htm Consultado el 21 de marzo de 2020.
- Fernando Martínez Láinez, *Una pica en Flandes, La epopeya del Camino Español*, EDAF, Madrid, 2007. p. 182.
- Francisco Javier Martín García, “Pensadores Militares del siglo XX de Argentina, Paraguay y Uruguay, y su influencia en la región”
- Frederick, M. Nunn, “European military influence in South America: the origins and nature of professional militarism in Argentina, Brazil, Chile and Peru, 1890-1940”, *Anuario de Historia de América Latina*, volumen 12, 01 diciembre 1975, p. 233. Disponible en: <https://www.degruyter.com/view/journals/jbla/12/1/article-p230.xml> Consultado el 25 de marzo de 2020.
- Germán Guía Caripe, “Historiografía e Historia Militar: El Bosquejo de Historia Militar de Venezuela en la Guerra de Independencia del general de división José de Austria”. *Revista Tiempo y Espacio*, n. 53, Caracas, junio 2010. Disponible en: http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-94962010000100006 Consultado el 23 de marzo de 2020.
- Gonzalo García Garro, “La historia oficial, liberal o mitrista”. *Noticias entre ríos*, 28 octubre 2017. Disponible en: <https://www.noticiasenterrios.net.ar/2017/10/la-historia-oficial-liberal-o-mitrista.html> Consultado el 23 de marzo de 2020.
- Guillermo Pinto Cebrián, *Ejército e historia. El pensamiento profesional militar español a través de la literatura castrense decimonónica*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2013.
- Javier Ponce Cevallos, “Iniciativas regionales de cooperación en Defensa” en *Sistemas de enseñanza militar y de educación para la Defensa en Iberoamérica*, Instituto Universitario Gutiérrez Mellado, Madrid 2010, pp. 25-26. Disponible en: https://iugm.es/wp-content/uploads/2016/07/SISTEMAS_DE_ENSEANZA_MILITAR.pdf Consultado el 28 de marzo de 2020.

- José Javier Díaz Sánchez-Pacheco, “Pensadores militares chilenos y ecuatorianos del siglo XX y su influencia en la Región Andina”
- José Rubén Romero Galván, “Los cronistas indígenas en el siglo XVII”, *Instituto de Investigaciones Históricas* (UNAM) 2002. Disponible en: <http://www.elem.mx/estgrp/datos/158> Consultado el 21 de marzo de 2020.
- Julio Pérez Llamazares, *Estudio crítico y literario de las obras de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, y la influencia de las mismas en la reforma de la disciplina y formación del clero*, Editorial Crónica de León, León, 1925, p.31. Disponible en: <https://bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.cmd?id=5253> Consultado el 16 de marzo de 2020.
- M. Ruiza, T. Fernández, y E. Tamaro, “Biografía de Garcilaso El Inca”. En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*, Barcelona, 2004. Disponible en: https://www.biografiasyvidas.com/biografia/g/garcilaso_el_inca.htm Consultado el 21 de marzo de 2020.
- Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, Publicaciones de Defensa, Madrid, 1991.
- Maria Rosa de Madariaga, “Los estudios sobre el Protectorado Español en perspectiva” en López García, Bernabé y Hernando de Larramendi, Miguel, *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 2007.
- Pedro Luis Pérez Frías, “El Ejército de Carlos III”, *Revista Péndulo*, n 18, 2007. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=819236> Consultado el 22 de marzo de 2020.
- Pelayo Fernández García, *Las Reflexiones militares del marqués de Santa Cruz de Marcenado y su influencia más allá de las fronteras nacionales*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2015.
- R.R. Palmer, “Federico el Grande, Guibert, Bulow. De las guerras dinásticas a las nacionales” en Peter Paret, *Creadores de la Estrategia Moderna*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1992.
- Rafael Alemany, “Dimensión humanística de una obra menor de Alfonso de Palencia: el Tratado de la perfección del triunfo militar (1459)”, *Anales de Literatura Española*. Núm. 1, 1982. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcdv1x8> Consultado el 18 de marzo de 2020.
- Seward W. Livermore, “Battleship diplomacy in South America (1905-1925)”, *The Journal of Modern History*, Vol. 16, No. 1 (Mar, 1944), pp. 31-48. Disponible en: https://www.jstor.org/stable/1870986?read-now=1&seq=1#page_scan_tab_contents Consultado el 26 de marzo de 2020.
- Vicente Rojo Lluch, *Elementos del arte de la guerra*, Publicaciones de Defensa, Madrid, 2010.

W. Napier, *History of the War in the Peninsula and in the South of France from the Year 1807 to the Year 1814*, Londres, 1828-1840.

Warren Schiff, "German military penetration into Mexico during the late Diaz period", *The Hispanic American Historical Review* Vol. 39, No. 4, (Nov., 1959), p. 568. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/2510381?seq=1>
Consultado el 25 de marzo de 2020.



Hiperglobalización y geoeconomía ¿el futuro que emerge?

Hyperglobalization and Geoeconomics: the Emerging Future?

Andrés González Martín¹

Teniente coronel del Ejército de Tierra (España)

Recibido: **XX-XX-XX**

Aprobado: **XX-XX-XX**

Resumen

Una estrategia de seguridad y defensa comienza con un buen diagnóstico que permita identificar el principal desafío. El momento que nos toca vivir no facilita las cosas. Todo fluye, apuntaba Heráclito, pero ahora más rápido y fuera de los cauces habituales.

La hiperglobalización puede transformar el contexto con un salto diferencial de escala nunca visto. La cuarta revolución industrial ha abierto nuevos dominios. La geografía del espacio exterior y cibernético, del espectro electromagnético, de las aguas profundas y de los intangibles no puede proyectarse en un mapa político donde las líneas y colores definen los ámbitos de soberanía y de influencia.

En esta nueva era, quien pueda configurar y adaptarse al entorno operativo, estratégico, político, psicológico e intelectual obtendrá una gran ventaja en términos de poder. Ganar esta disputa supone imponer una cultura y un modo estratégico principal. Por ahora, China parece tener ventaja con una guerra geoeconómica sin restricciones.

Palabras-clave: Hiperglobalización, geoeconomía, legitimidad, zona gris, intangibles, bipolar.

¹ (agonmar@et.mde.es) Andrés González Martín es teniente coronel de Artillería diplomado de Estado Mayor, diplomado superior en Estadística Militar, máster en Matemática General y Estadística por la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesor de estrategia en la Escuela de Guerra del ejército de Tierra y profesor de estrategia en la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas. Ha impartido clases en la Universidad Complutense de Madrid, en la Universidad Carlos III y en la Universidad de Navarra. Actualmente, se encuentra destinado en el Instituto Español de Estudios Estratégicos. Ha publicado el libro *Asimetría, guerras e información*, por la editorial Dilex y *El conflicto de Irak*.

Abstract

A security and defence strategy begin with a good diagnosis that allows the identification of the main challenge. The moment we are living does not make things easier. Everything flows, Heraclitus pointed out, but now faster and out of the usual channels.

Hyperglobalization can transform the context with a differential jump in scale never before seen. The fourth industrial revolution has opened new domains. The geography of outer and cyberspace, of the electromagnetic spectrum, of deep waters and intangibles cannot be projected on a political map, where lines and colours define the spheres of sovereignty and influence.

In this new era, those who can configure and adapt to the operational, strategic, political, psychological, and intellectual environment will gain a great advantage in terms of power. Winning this dispute means imposing a major strategic culture and mode. For now, China seems to have an advantage with an unrestricted geo-economic war.

Key-words: Hyperglobalization, Geoeconomics, Legitimacy, Grey Zone, Intangibles, Bipolar.

Efectos en los debates de seguridad y defensa

Introducción

Los debates en torno al concepto seguridad han sido siempre complejos, en gran medida por el grado de subjetividad que necesariamente va unido a cada una de las diferentes evaluaciones. La seguridad surge como necesidad cuando se percibe un peligro contra los valores y los objetivos de un grupo y, ciertamente, el peligro no puede medirse con la matemática aplicada.

Realmente el problema no es la seguridad; el verdadero problema es sentir su ausencia. La inseguridad es lo que nos preocupa. La dificultad arranca de la falta de objetividad en la percepción de la amenaza, de su naturaleza, de su comportamiento y de los efectos que sobre ella ejercen nuestras acciones.

Por otra parte, el estudio de la seguridad es objeto de constantes reevaluaciones y adaptaciones, siendo este elemento un factor añadido de debate e incertidumbre. El campo de estudios de la seguridad es un elemento fundamental en las relaciones internacionales, y no escapa, como el resto de disciplinas relacionadas, a las profundas transformaciones que caracterizan a la humanidad en este tercer milenio.

Cada época tiene sus propias percepciones y exigencias de seguridad, siendo en este aspecto interesante considerar que un mismo tiempo cronológico no supone necesariamente una misma época. Las fracturas del presente en

distintas épocas tienen que ver con el desarrollo tecnológico, pero también con las realidades culturales de cada espacio. Desde luego no perciben la inseguridad de la misma manera el mundo desarrollado que el subdesarrollado, Oriente que Occidente, el mundo del centro y el de la periferia, el mundo ordenado por la democracia liberal que el sometido a un gobierno autocrático o teocrático.

El fenómeno de la globalización se ha superpuesto con las diferentes dinámicas culturales y de niveles de desarrollo económico. No considerar el efecto diferencial de la penetración de los desarrollos técnicos en distintas realidades sociales puede colocarnos delante de una aparente paradoja. Simultáneamente a una creciente interrelación entre personas y organizaciones alejadas hasta ahora, ha surgido un rechazo a la imposición de un único modelo monocultural que ha empoderado la dimensión local. «La tecnología produce el espejismo de la uniformización cultural». Por lo que «cabe hablar de uniformización en lo poco profundo y de diferencias culturales profundas». Surge el término «glocalización» que alude a este proceso simultáneo de actuación global y local: «Piensa globalmente, actúa localmente»².

Por otra parte, a la inversa, grupos sociales alejados por el espacio se vinculan con fuerza, mientras se desligan de las relaciones con los más próximos, pudiendo exacerbar tensiones internas.

La revolución tecnológica

Mientras tanto, el amplio y efervescente desarrollo de los cauces de la globalización está empezando a reconfigurar un fenómeno diferenciado que podemos identificar como hiperglobalización. La revolución tecnológica de la segunda etapa de la era de la información será el origen de un nuevo marco de interrelaciones y flujos, que deja atrás la potencialidad y las pautas de la primera fase para configurar algo diferente.

El fenómeno no es nuevo y es lo que cabe esperar de un salto tecnológico disruptivo. Los avances de los nuevos descubrimientos científicos se implementan por fases, produciéndose rebotes y mutaciones cada vez más profundas. Los cambios de paradigma se producen de forma intermitente. La innovación no sigue una senda continua porque se combinan e interrelacionan los descubrimientos y desarrollos de varias tecnologías que progresan en paralelo, reforzándose mutuamente y que, a través de distintos saltos cada vez más amplios, conducen a un patrón diferente de producción, de organización social, de seguridad y de defensa.

El cambio comienza con una primera fase de instalación, en la que se inventa y comercializa un nuevo conjunto de tecnologías, a menudo

² Andrés Ortega Klein, “La Red y la política supranacional” en Pablo Mayor; José M. de Areilza, coord.: *Internet, una profecía*, Barcelona, Ariel, 2002.

coincidiendo con una burbuja financiera. La segunda fase es la de despliegue del crecimiento económico constante. En esta segunda fase, la implantación de los cambios se aplica en una escala cualitativa y cuantitativamente más amplia y trascendente. Entre ambas fases existe un punto de inflexión en el que la nueva economía sustituye a la antigua y la sociedad se reestructura para adaptarse³. En estos momentos, nos encontramos precisamente acercándonos al mencionado punto de inflexión.

La hiperglobalización será un nuevo escenario en el que la capacidad de proceso, aceleración y tratamiento de información y datos alcanzará nuevos niveles. Tan relevante puede ser la transformación del contexto como para que sectores importantes de la punta de lanza de la ciencia y del pensamiento consideren la nueva revolución tecnológica, la Cuarta Revolución Industrial, como un salto diferencial de escala, superior en alcance a todos los que ha vivido la humanidad hasta el momento. La hiperglobalización puede suponer una alteración de los fundamentos de la forma de vivir, de trabajar, de producir, de consumir, de hacer negocios, de relacionarse las personas y, por supuesto, de competir y combatir.

Especialmente relevante es el potencial de desarrollo de la inteligencia artificial, que permite utilizar algoritmos perfeccionados que facilitan el tratamiento y procesamiento de un inmenso volumen de datos, tanto estructurados como no estructurados, para optimizar las decisiones y favorecer el aprendizaje de los propios sistemas. Los revolucionarios avances en la robótica anticipan no solo un aprendizaje cognitivo de las máquinas sino incluso una capacidad de aprendizaje prospectivo. La Inteligencia Artificial permitiría poner en funcionamiento sistemas capaces de evaluar, seleccionar la información y tomar decisiones para el futuro adaptándose al riesgo. Estos avances irían de la mano de otros como el Internet de las cosas, los vehículos autónomos, la impresión en tres dimensiones, la nanotecnología, la biotecnología, la ciencia de materiales, el almacenamiento de energía y la computación cuántica, con tanto potencial como para reconfigurar la propia naturaleza de no pocos procesos sociales.

La hiperglobalización abre un debate entre los especialistas sobre su impacto en el propio concepto de seguridad y defensa. El nuevo escenario pone en cuestión muchas de las anteriores referencias. Surge de esta manera la tensión entre el cambio y la permanencia. La tarea es identificar y analizar tanto las líneas de ruptura como las de continuidad que existen con los elementos que hasta ese momento eran válidos en el campo de la estrategia. Inevitablemente, tenemos que añadir los cuestionamientos éticos necesarios que el desarrollo, en el campo de la seguridad y la defensa, presentan las nuevas oportunidades que la revolución tecnológica promete proporcionar.

³ Carlota Pérez, *Technological Revolutions and Financial Capital the Dynamics of Bubbles and Golden Ages*, Cheltenham UK, Edward Elgar Publishing Ltd. 2002.

No sería extraño que la rapidez del ritmo de cambio tecnológico fuese por delante de los cambios de enfoque teórico, de los conceptos y de la formulación de las estrategias nacionales o colectivas⁴.

Una estrategia de seguridad y defensa comienza con un buen diagnóstico del contexto, de los actores, de los procesos de cambio, de sus diferentes ritmos y sus efectos, para resaltar nítidamente el principal desafío. El momento que nos toca vivir no facilita las cosas. Todo fluye, apuntaba Heráclito, pero ahora más rápido y fuera de los cauces habituales. Cuanto más dinámica e intempestiva es la realidad, más incertidumbre emerge de las evaluaciones descriptivas y preceptivas, que requiere el diseño, el planeamiento y la conducción de las estrategias de seguridad y defensa.

La situación es potencialmente peligrosa para los equilibrios de poder en un mundo multipolar en evolución. Sabemos que surgirá un escenario completamente diferente. Tomar la delantera en el desarrollo de los avances técnicos definirá su arquitectura de soporte. La ventaja de llagar primero tendrá efectos en su posterior aplicación a diferentes ámbitos, también a los nuevos sistemas de armas y su implementación en la doctrina militar, otorgando una ventaja clara para quien defina las reglas del juego.

En noviembre de 2014, el secretario de Defensa, Chuck Hagel, presentó la *Iniciativa de Innovación en Defensa*, conocida como la tercera estrategia de compensación (*Third Offset Strategy*). El documento reconoce que la intensidad de los cambios impone la necesidad de poner en marcha una estrategia de compensación, que como en las dos anteriores ocasiones, acepta la necesidad de superar un desajuste en las capacidades de las fuerzas armadas norteamericanas. El objetivo de la propuesta es una reconfiguración del diseño de los medios y doctrina militar, para afrontar con garantía de éxito el reto de superar los desafíos que se derivan de la transformación de las capacidades de las llamadas potencias revisionistas⁵.

La cuestión que debemos considerar es en qué medida, la propuesta de compensación estratégica, es suficientemente amplia o, por el contrario, en qué medida se presenta excesivamente polarizada en una nueva revolución de los asuntos militares, desconectada en exceso de todo lo demás.

⁴ «Los ritmos de adopción de tecnologías disruptivas se han acelerado exponencialmente en las últimas décadas. Así, si la introducción de inventos como la radio o el automóvil a principios del siglo XX tardaron cerca de 50 años en adoptarse generalizadamente, el uso de internet o de los teléfonos inteligentes lo ha hecho masivamente en apenas cinco años». Ignacio de la Torre, “La disrupción tecnológica ya está aquí. Cómo afecta a las personas, los gobiernos y las empresas”, en Eduardo Serra Rexach, coord.: *Cuaderno de Estrategia número 199, Gobernanza futura, hiperglobalización y Estados menguantes*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2018.

⁵ Paul Mcleary, “The Pentagons third offset may be dead, but no one knows what comes next” en *Foreign Policy*, 2017.

El Estado, la soberanía y los nuevos dominios

Después de esbozar el necesario debate que provoca el cambio tecnológico en la seguridad y la defensa, es necesario considerar la más ampliamente tratada discusión sobre el papel del Estado en la nueva configuración de la distribución del poder en el mundo. Tradicionalmente se ha entendido que el estado era el único protagonista de las relaciones internacionales y de los temas relacionados con la paz y la guerra. Este enfoque se ha visto superado por una realidad cada vez más compleja. Aparecen nuevos protagonistas con peso creciente como las organizaciones internacionales, las empresas multinacionales, las organizaciones no gubernamentales, las opiniones públicas, el crimen organizado transnacional, los grupos terroristas con estrategias globales, etc.

El nuevo planteamiento aumenta el número de protagonistas en el escenario de conflicto o de prevención del conflicto, creando una situación que genera una relación más enrevesada entre actores desiguales. La asimetría de los jugadores no facilita los acuerdos y las nuevas cooperaciones añaden más incertidumbre al escenario. Una apuesta por una aproximación integral a los problemas apunta a la necesidad de una acción concertada. El Estado seguirá siendo el actor imprescindible para articular la capacidad de adaptación e integración necesaria para permitir cambiar los registros, posibilitar la interlocución, reunir energías, perspectivas y legitimidad.

Tradicionalmente los desafíos de la seguridad estaban relacionados con la soberanía, el territorio y las instituciones del Estado. Este enfoque está en cuestión y aparecen nuevas amenazas que requieren ampliar el horizonte. Los graves desafíos que vienen asociados con el terrorismo internacional, el crimen organizado transnacional, la agresión al medio ambiente, las violaciones de los derechos humanos, las pandemias, la inmigración irregular, la protección de la libertad de uso del espacio exterior, el ciberespacio, el espectro electromagnético, las aguas profundas para navegar en superficie o debajo de ella y el ámbito de la información y comunicación, requieren una acción concertada de aliados y socios que compartan principios comunes. La libertad en un mundo hiperglobalizado es cada vez más claramente indivisible. Estos nuevos desafíos no están constreñidos a una población o a un territorio y se presentan como cuestiones de carácter regional o global que requieren una acción convenida.

La expansión de las posibilidades de agresión en los nuevos dominios implanta en todos los cálculos un nuevo operador exponencial, que dispara el nivel de incertidumbre, asociado siempre al conflicto. La guerra siempre fue la comarca de la incertidumbre, pero ahora las alarmas en el campo de la seguridad y la defensa son más sensibles y pueden sonar continuamente, sin necesidad de que la violencia adquiera demasiado protagonismo. En estos momentos, se puede hacer daño y colapsar una sociedad sin matar y derramar sangre.

Las guerras de la información y las ciberguerras son reales, suceden a la velocidad de la luz, son globales, no son fáciles de atribuir y evitan la batalla decisiva al crear nuevos espacios de batalla, amplificando las dimensiones de las zonas grises.

La amplitud de la zona gris es cada vez mayor. Por lo tanto, requiere una rápida adaptación de la misión y de los objetivos impulsando el cambio en el entorno operativo. El adversario buscará obtener ventaja de la indefinición y la confusión, que genera este ambiente diluido en términos de tiempo, geografía y dominios, donde aparecen difuminadas las diferencias entre un estado de paz y de guerra. Las fronteras y ámbitos de soberanía se desvanecen y los Estados no pueden defender sus fronteras porque se han evaporado,

La ventaja en el dominio de la información que proporciona el desarrollo de la quinta generación de las tecnologías y estándares de comunicación inalámbrica por una empresa china es entendida por algunos de nuestros aliados como una grave amenaza. Otros, sin embargo, pueden entenderlo como una oportunidad de desarrollo de la industria tecnológica nacional. En cualquier caso, este puede ser solo un ejemplo. En otro momento sería una cuestión exclusivamente comercial, económica o técnica. Ahora adquiere un nuevo sentido al afectar a una nueva dimensión donde se compite por la supremacía tecnológica, por la definición del marco del nuevo espacio y por algo tan valioso como la información y los mensajes. Esta competencia entre empresas tiene también una nueva dimensión de seguridad y defensa, especialmente relevante si tenemos en cuenta la naturaleza singular de las compañías chinas.

Tradicionalmente se diferenciaba la seguridad interior de la exterior porque el tratamiento de la amenaza era distinto. Los problemas de seguridad internos no iban normalmente asociados a un estado de excepcional potencial como ocurre con los externos. El papel de la fuerza era distinto dentro y fuera. Sin embargo, las amenazas transnacionales han roto las viejas barreras. La frontera entre la seguridad interna y la externa se ha difuminado.

La geografía del espacio exterior, del dominio cibernético, del espectro electromagnético, de las aguas profundas de superficie o submarinas y de los intangibles no puede proyectarse en un mapa político donde las líneas y colores definen los ámbitos de soberanía. Las acciones desde estos ámbitos permiten realizar operaciones desde cualquier región del mundo y, en no pocas ocasiones, dirigidas contra objetivos civiles. Quizá especialmente claro es el caso del ciberespacio, desde el que se puede violar cualquier frontera política de un Estado y actuar contra todo tipo de instalaciones por su grado de conexión. Un ciberataque puede afectar al funcionamiento de las infraestructuras críticas, del sistema financiero, del comercio, de la distribución, de cualquier sector económico y, evidentemente, sin distinción de lo privado, público o militar.

¿Dónde están los límites?

El tercer debate tiene que ver con las funciones militares de las fuerzas armadas en el nuevo contexto operativo, estratégico, político y geopolítico. Tradicionalmente la seguridad y mucho más la defensa se ha entendido como una cuestión esencialmente militar. En la actualidad, los aspectos no militares de la seguridad se imponen de tal manera que algunos incluso llegan a olvidar la necesidad de tener en cuenta los aspectos militares. Parece que se impone una creciente securitización de la defensa.

Establecer una barrera entre lo civil y lo militar es una práctica maniquea que no podemos permitirnos. Es difícil posponer el pago siempre, al final antes o después nos encontraremos con problemas de solvencia. El pago hay que hacerlo en términos de disuasión, estrategia de la no acción o en términos de empleo, estrategia de la acción. En no pocas ocasiones, las compañías quiebran no por falta de negocio, sino por falta de liquidez. En términos de seguridad y defensa, la fuerza es la caja que permite disponer del dinero necesario para, si fuera preciso, asegurar las transacciones que nos interesan. Es malo un exceso de liquidez, pero es peor un déficit si uno tiene limitadas o cerradas las líneas de crédito. El flujo de caja es una medida suficiente del nivel de solvencia del conjunto del sistema.

Sin necesidad de recurrir a un ejemplo militar, se puede ilustrar esta necesidad de músculo estratégico recordando la alarma generada por la COVID-19. Uno de los más graves problemas para muchos países, entre ellos Estados Unidos y algunos de la Unión Europea, es su actual dependencia de la industria farmacéutica y de maquinaria hospitalaria china.

Desde los años 90, la política norteamericana aceptó como axioma que el ascenso de China y su integración en el sistema internacional respondía a sus intereses estratégicos. Los norteamericanos actuaron consecuentemente intentando favorecer la integración de China en el mundo, sacándola de su aislamiento. China vendió y los Estados Unidos compraron el concepto de ascenso pacífico. 30 años después, China ha desarrollado su poder y potencial a expensa de la soberanía de otros.

Los planteamientos del pasado han saltado por los aires y han comenzado las guerras comerciales que son guerras por la posición de cada uno en el mundo. La lentitud de los Estados Unidos en responder al ascenso asertivo de China es desconcertante. China siempre ha sido una potencia revisionista, antes cuando era miserablemente pobre y ahora más cuando ha conseguido convertirse en la fábrica del mundo y aspira a convertirse en el líder de la innovación económica mundial.

Con la situación comentada, el tercer debate podríamos presentarlo de otra forma. En qué medida, con un contexto de competición geopolítica global entre

poderes que aspiran a reconfigurar la distribución de equilibrios y fijar nuevos espacios de influencia, las décadas venideras estarán marcadas por una disputa determinada por el poder económico y tecnológico más que por el militar.

A lo largo del tiempo el escenario estratégico no ha dejado de expandirse. La tecnología tiene algo que ver con esta ampliación. Han aparecido nuevas dimensiones y posibilidades para los sistemas de armas. Hoy en día el armamento alcanza con precisión y poder letal cualquier objetivo independientemente de su naturaleza civil o militar. El campo de batalla ha desbordado todos los viejos límites y el mundo entero es un único teatro de operaciones militares. Tierra, mar, aire, espacio exterior, ondas electromagnéticas, ciberespacio, control de las tecnologías emergentes y capacidad de imponer los propios estándares y reglas en los nuevos dominios, capacidades industriales, control de las cadenas de suministros globales, control de las cadenas de valor, poder en los mercados financieros y de divisas, son dimensiones donde simultáneamente se compite por el poder.

Por otra parte, el cambio social y político tiene también relevancia en este aumento de la proyección de la acción estratégica. Hoy se combate también por el dominio de las opiniones públicas, por el dominio de las ideas, por el control de los deseos y ambiciones, por la conquista de los corazones y las mentes de los demás. Las dimensiones inmateriales cada vez pesan más frente a las materiales. Los intangibles son cada vez más poderosos.

La guerra en la era de la información no trata fundamentalmente de aspectos militares. La guerra de la era de la información trata de ganar el derecho a ser escuchado primero, de sintonizar mejor, para influir en las personas y las decisiones que toman.

Tradicionalmente la guerra no tenía sentido solo tenía función. En el pasado, la guerra descubre quién gana y quién pierde. Sin embargo, no descubría quién tenía razón. No resolvía el debate de los valores, ni el de los intereses. La guerra se ajustaba al veredicto de las armas. El campo de batalla se reducía a un choque de discursos, donde el discurso que gana era el del mejor guerrero. Pero actualmente las cosas son más complejas.

El centro de gravedad ha dejado de ser físico y, por lo tanto, el resultado es todavía más impredecible. La nueva situación nos coloca en paz y en guerra simultáneamente, siempre en medio de la incertidumbre y la complejidad. El centro de gravedad del conflicto ha dejado de ser militar y la guerra es mucho más que batallas. Desde hace tiempo, las batallas han dejado de ser el acontecimiento decisivo.

Este repaso de aspectos controvertidos, generados por los cambios impuestos por la hiperglobalización que llega, nos coloca delante de un punto de ruptura. La situación es especial, requiere analizar la naturaleza controvertida de algunos conceptos básicos. La interpretación y la relación entre poder y

fuerza, seguridad y defensa, guerra y paz, público y privado, interior y exterior, competencia y colaboración son esencialmente un campo más en disputa. La controversia conceptual y terminológica no es inocente y forma parte del juego que intenta imponer el discurso de cada contendiente. La confusión está servida, es ineludible y forma parte del continuo movimiento de los adversarios en escenarios siempre cambiantes.

La ambigüedad y la niebla de la guerra han invadido también el campo semántico y de las ideas. La expansión del campo de batalla ha llegado a ocupar también el espacio académico, convirtiendo el conocimiento en un dominio más de la complicada comarca de la incertidumbre, donde reina el conflicto.

La tensión que surge por intentar definir el campo de acción, los mecanismos de trabajo, la tipología de los procesos y los fines propios de la seguridad y la defensa no solo es consecuencia de los diferentes enfoques posibles desde las distintas disciplinas académicas. La disputa conceptual persistirá porque va más allá. Quien fija la doctrina de lo que es o no campo propio de la seguridad y la defensa se otorga una gran ventaja en términos de poder, porque define el entorno operativo, estratégico, político, psicológico e intelectual donde medirse. Ganar esta disputa supone imponer una cultura y un modo estratégico principal, ajustado a las preferencias, fortalezas y debilidades del vencedor.

China parece haber conseguido ventaja al declarar una guerra sin restricciones⁶. Una competencia entre voluntades que no resuelve el derramamiento de sangre. Una generalización del estado de guerra en todos los entornos con un empleo sin restricción de todos los medios, tácticas, técnicas y procedimientos, al margen de cualquier limitación de leyes, usos o costumbres.

Una guerra sin reglas que afecta a todos los planes, decisiones, relaciones y vínculos que establece la República Popular China con cualquier actor interno o externo en cualquier ámbito.

China ha jugado con las cartas marcadas siempre, a la vista de todos. Mientras tanto, el mundo seguía haciendo buenos negocios y ganando dinero dejándola hacer. El armonioso ascenso de China se ha forjado con el fuego de la codicia de muchos y la insuficiente atención a sus prácticas y a la evolución del contexto por parte de los Estados Unidos y la Unión Europea. El éxito de China ha sido ganar poder saliéndose del estrecho marco de seguridad y defensa definido por sus competidores. China ha ampliado el marco conceptual tanto como ha podido para recolocarse como el imperio del centro. El resto ha tardado demasiado tiempo en entender que es para China seguridad y defensa, algunos no lo han hecho del todo todavía.

⁶ Liang Quiao y Xiangsui Wang, *Unrestricted warfare*, Pekín, PLA literature and Arts publishing House, 1999.

Aproximación geopolítica

Evolución de los modelos

En los últimos 50 años, el poder en el mundo ha estado ordenado por tres sistemas geopolíticos diferentes. Cada uno de ellos parecía tan sólido como para marcar una era. Sin embargo, al menos los dos primeros, seguramente también el que nos ha tocado vivir, duraron mucho menos de lo previsto. En menos de dos décadas es más que posible que veamos emerger otra vez un mundo bipolar, pero con otras características.

La URSS se disolvió por dentro sin que la OTAN disparase un solo tiro. Como todos los grandes imperios, la URSS no fue destruida por el enemigo exterior, sino corrompida por sus males internos. Fue infectada por una epidemia política, social, económica y moral desintegradora que tiene su origen en las mismas fuerzas que la llevaron a convertirse en gran potencia. No fue una guerra, sino la pérdida de legitimidad del sistema comunista quien hundió a la gran potencia soviética.

El escenario geopolítico de la post-Guerra Fría, en un mundo globalizado y complejo, emerge una hiperpotencia con poder material e inmaterial suficiente para ejercer la hegemonía, sin que nadie pudiera y quisiera entonces disputarla. El siglo XXI empezó siendo el siglo de los Estados Unidos, pero lo que parecía anunciar una nueva era pronto terminó descubriéndose como un breve momento. Los ataques a terroristas del 11 de septiembre de 2001 impulsaron a los Estados Unidos a actuar, utilizando la fuerza, pero sin conseguir aumentar su poder. La sobreextensión estratégica y el coste de sostenerla pusieron al descubierto los límites de la fuerza y las vulnerabilidades del poder de los Estados Unidos.

La cita, atribuida a Benjamin Franklin, apunta acerbamente que «las guerras no se pagan durante el tiempo de guerra, la factura viene después». Sin que todavía se pueda dar por terminada la guerra en Afganistán, la guerra más larga sostenida por los Estados Unidos, el desembolso de la guerra viene ahora. La factura es, por supuesto, económica, tiene que ver con el coste y con costes de oportunidad, pero también con la distribución del poder, con la imagen proyectada por los Estados Unidos y la legitimidad o falta de ella de sus acciones.

Sin embargo, el comienzo del fin de la hegemonía norteamericana tiene que ver más con la crisis financiera de 2008 que con las guerras en Oriente Próximo. La crisis de 2008 anuncia el inicio de un discurso de impugnación global crítico con la libertad de mercado y con la democracia liberal. Es como pasó con el comunismo en la URSS una crisis de legitimidad.

En 2010, la primera Estrategia de Seguridad Nacional del presidente Obama anunciaba la necesidad de reconstruir los cimientos de la fuerza y la influencia de los Estados Unidos. La economía norteamericana se estaba

debilitando y los Estados Unidos reconocían que habían llegado demasiado lejos. Mientras sus soldados luchaban en tierras lejanas, los tiburones financieros luchaban codiciosamente por ganar más, especulando en los mercados mientras los manipulaban. El resultado no era el descrédito de unas fuerzas armadas o de unos mercados financieros. El resultado era el descrédito de un sistema político, la democracia y el de un sistema económico, el capitalismo.

Reinstaurar la confianza era una tarea imposible a corto plazo. El presidente Obama intentó recuperar la centralidad norteamericana a través del dominio del conocimiento y de los mercados globales. El nuevo pilar del poder norteamericano no tenía que ver con un balance, sino con la capacidad de desequilibrarlo favorablemente mediante la innovación⁷.

El presidente Obama vinculó en su estrategia el desarrollo de la economía estadounidense con su seguridad. En esta orientación geoeconómica, seguían apareciendo dos dimensiones que desaparecerán después con la llegada a la presidencia de Donald Trump.

1. Estados Unidos debe continuar siendo los líderes del mundo, reconociendo los límites que imponen sus recursos, pero sin renunciar a mantener una posición privilegiada como imprescindible referencia global.

2. La fortaleza y la sostenibilidad del liderazgo norteamericano descansa en el respeto de un orden internacional construido sobre la base del respeto a las leyes internacionales, el respeto de los derechos humanos, la seguridad y la prosperidad global.

El presidente Obama no renuncia del todo a ejercer el liderazgo de los procesos de globalización, a respetar a los compromisos y alianzas, a respetar las pautas del orden internacionales y sus organizaciones y a mantener los mercados internacionales cada vez más abiertos. Su nueva política se identifica con el conocido lema de *Leading from behind*, que podía interpretarse como un *Business as usual*. El fin de la hegemonía norteamericana se reconoce dentro de los Estados Unidos cuando gana las elecciones el lema *American First*.

La primera NSE del presidente Trump es reflejo de una nueva concepción que rompe con el enfoque de 70 años de política exterior norteamericana. Se presenta como una estrategia de principios realistas, guiada por los resultados, no por la ideología. La nueva NSE de 2017 supone una reevaluación del panorama estratégico que reconoce que el éxito ha provocado tanta complacencia como para llegar a creer que el poder de los Estados Unidos sería no solo indiscutible, sino también capaz por sí mismo de financiar su sostenimiento.

⁷ «American innovation as a foundation of American power». Presidente de los Estados Unidos de América Barack Obama, *National Security Strategy 2010*, Washington, la Casa Blanca, 2010.

Los cambios que se introducen reflejan la incapacidad de la clase política norteamericana de aceptar los cambios. Washington había establecido consensos entre visiones incompatibles, envuelto en una retórica brillante llena de carisma prefabricado, pero incapaz de formular un diseño estratégico concreto.

La actitud del viejo y acomodado *establishment* ha permitido a otros actores implementar sus planes a largo plazo para desafiar a los Estados Unidos. La autosatisfacción permitió a los competidores estratégicos avanzar paso a paso en el desarrollo de sus desafiantes agendas, explotando las ventajas que les proporcionaba el sistema internacional y las instituciones que los Estados Unidos habían ayudado a construir. Fareed Zakaria resumía con acierto, en un artículo titulado “La autodestrucción del poder norteamericano”, la nueva situación, «The greatest error the United States committed during its unipolar moment was to simply stop paying attention»⁸.

El ascenso de China a potencia global

La planificación financiera, económica e industrial de China durante más de 30 años se había centrado en la penetración y dominio de los recursos, las cadenas de valor, las cadenas de suministro y las infraestructuras de los Estados Unidos y sus aliados. China, con una aproximación aparentemente ordenada por un marco internacional abierto, había conseguido subvertirlo. La estratégica de Pekín ha conseguido asegurarse la dependencia norteamericana y de muchos de sus aliados de la fábrica del mundo, para mientras tanto acumular los recursos y la tecnología que necesitaban para dar un gran salto adelante que le permite en la actualidad competir con ventaja en el dominio de sectores claves del futuro desarrollo económico.

Durante décadas, China ha ido vaciando de capacidades industriales y técnicas a los Estados Unidos, cooptando gran parte de las ventajas competitiva de las empresas occidentales. China ha integrado gran parte de la industria básica y tradicional de Occidente en su estructura de producción y ha sabido dirigir sus incentivos para desplazarla. Una vez consolidado este proceso ha comenzado a apuntar más alto con el propósito de conseguir el mismo éxito con los sectores tecnológicos más avanzados de la cuarta revolución industrial.

En estos momentos, cuando el mundo se enfrenta a una pandemia provocada por el coronavirus, alrededor del 80 % de los productos farmacéuticos vendidos en los Estados Unidos se producen en China. El mayor y, a veces, único proveedor mundial de los ingredientes activos de algunos medicamentos vitales es China. No solo es el proveedor mundial dominante de productos farmacéuticos, sino que también es el mayor proveedor de dispositivos médicos de Estados Unidos, como por ejemplo respiradores artificiales. El suministro

⁸ Fareed Zakaria, “Self-destruction American power”, en *Foreign Policy*, 2019.

de estos productos esenciales aún no ha sido severamente interrumpido por el coronavirus, pero si China no quisiera o no pudiera suministrarlos, miles de occidentales podrían morir⁹.

Estados Unidos ha permitido que su industria médica y farmacéutica dependa de China y también que sea inhibida, paralizando el desarrollo de sus capacidades. La situación de la industria farmacéutica y médica norteamericana no es la única; muchos otros sectores industriales viven un estado semejante. La pérdida de capacidad industrial y la dependencia de China no podrán corregirse, sino a largo plazo.

El desajuste de la producción industrial norteamericana y, en general, de Occidente no es casual. El desequilibrio de la economía productiva, de la economía real, es el resultado de una voluntad ordenada en un plan diseñado e implantado por China desde hace tiempo. El éxito de la economía china, en gran parte, se debe a las inadmisibles prácticas comerciales, financieras, cambiarias, medioambientales y laborales que exigen los mercados de libre competencia del siglo XXI¹⁰. El modelo de guerra sin restricciones, propuesto en 1999 por los coroneles del Ejército Popular de Liberación chino, Quiao Liang y Wang Xiangsui, es una réplica de las prácticas económicas sin restricciones de China. El valioso paraguas diplomático chino sumergió durante años sus ambiciones revisionistas, proyectando una imagen simpática e inocente de un ascenso enmascarado como pacífico.

La aceptación de una nueva era de competencia con las llamadas potencias emergentes, especialmente con China, es la base del nuevo enfoque de las relaciones internacionales del presidente Trump. La dimensión geoeconómica es para esta administración fundamental. Desde la investidura del presidente Trump, su Administración se ha centrado en cuestionar la regulación de los flujos de la globalización que han favorecido la deslocalización de industrias, las transferencias forzadas de tecnología, las distorsiones impuestas a los mercados por China, la manipulación del valor de las divisas y los movimientos desordenados de inmigrantes. El cambio de filosofía política en el exterior también se aplica a las políticas internas. La política económica de la Administración demócrata estaba ahogando a las empresas y a su capacidad innovadora con una regulación excesiva con altos niveles impositivos y con una creciente intervención social del Estado. La situación dentro de los Estados Unidos también tenía que reconvertirse.

Es cierto que la respuesta del *American First* comparte con la anterior aproximación estratégica del presidente Obama la relevancia de la actividad económica como fuente de poder y prosperidad, pero rechaza la ceguera

⁹ Andrew Natsions y Christine Crudo Blackburn, "The silent threat of the coronavirus americas dependence on Chinese pharmaceuticals", en *The Conversation*, 2020.

¹⁰ Nathan Picarsu y Emily de La Bruyere, "The reach of chinas military civil fusion coronavirus and supply chain crises" en *Real clear Defense*, 2020.

ideológica de los que entienden que la competencia comercial, productiva y tecnológica es un juego abierto, donde inevitablemente los valores y los intereses de los Estados Unidos se impondrán. El dogma ideológico, que vincula el desarrollo económico y social con la evolución política hacia modelos más participativos y democráticos con mayor grado de respeto a los derechos y libertades personales, sencillamente no podía seguir sosteniéndose. La reacción requería que Estados Unidos respondiera a la creciente competición de las potencias emergentes, China y Rusia, en los campos político, económico y militar. Estados Unidos anunciaba que no aceptarían un modelo de enfrentamiento que le atase las manos a las espaldas.

El emergente orden bipolar plus

El mundo multipolar de nuestros días, igual que los anteriores modelos, está en crisis y sujeto a cambios muy rápidos que pueden pasar desapercibidos. En los actuales escenarios de competencia global, donde un conflicto armado abierto y directo entre grandes potencias destruiría la continuidad de sus fundamentos de poder y su posición de privilegio, la probabilidad de que la disputa económica y tecnológica se convierta en el principal escenario de rivalidad es muy alta.

En un escenario donde la probabilidad de un enfrentamiento militar directo entre las grandes potencias es absolutamente improbable, por no decir imposible, la fuente más importante de poder es la economía, que será determinante en el reposicionamiento de cada una. El enfoque geoeconómico requiere nuevos métodos de defensa y ataque que serán comerciales, financieros, tecnológicos, de inversión y desarrollo, de gestión empresarial, de inteligencia, de mejora del capital humano, logísticos y de liderazgo.

En el nuevo orden bipolar plus que emergerá en breve, China y Estados Unidos simultáneamente podrán ser socios, colaboradores y competidores estratégicos. Esta pluralidad de naturalezas en la relación la hace más compleja e inestable, pero también menos peligrosa; existen más espacios de negociación con mayor número de opciones de enfoque.

La hegemonía norteamericana de comienzo del siglo XXI suponía el reconocimiento del fin de las esferas de influencia de las grandes potencias en competición geopolítica. La supremacía de los Estados Unidos superaba el viejo reparto para imponer, en singular, una única esfera de influencia global, gestionada por una poder hegemónico indiscutido. En la nueva era de competición entre grandes potencia en la que ahora mismo nos encontramos, vuelven a emerger en plural las esferas de influencia. La otra cara de esta realidad es el resurgimiento simultáneo de áreas abiertas a desplazamientos y oscilaciones, donde la competencia abierta, no necesariamente militar o directamente política, es posible.

Por lo tanto, el juego de competencia entre los grandes actores se restringe geopolíticamente a las regiones no incluidas en los espacios de interés estratégico vital, incluso para los Estados Unidos. En estas partes del mundo, lo que está en juego no es tan relevante como para que, en un mundo desideologizado, sea preciso recurrir fundamentalmente a medios militares. La competencia será en los nuevos cinturones de quiebra, es decir, en las zonas de transición, especialmente geoeconómica¹¹.

El panorama descrito no supone una desmilitarización de los Estados Unidos, China y Rusia; todo lo contrario. La competencia tiene una dimensión militar importante porque asegura los irrenunciables extranjeros próximos o de interés vital a cada parte. Los nuevos desarrollos militares exigirán grandes inversiones que tendrán asociados proyectos civiles de doble uso para mantener el pulso competitivo.

La función de los nuevos arsenales será disuasoria y proporcionará también una herramienta de negociación. Los arsenales estarán ahí para no ser utilizados y también para evitar que los utilice el competidor. Las tres grandes potencias aspirarán a alcanzar tanto la disuasión por negación como la disuasión por castigo. Uno y otro modelo se refuerzan.

El desarrollo de capacidades antiacceso y denegación de área (A2/AD) por parte de China y de alguna manera de Rusia ha permitido a estas potencias colocarse al mismo nivel que los Estados Unidos, asegurándose que, en sus áreas de influencia, no habrá una intervención de las fuerzas norteamericanas convencionales con éxito, reduciendo la tensión de la escalada. El peligro para todos es el coste de mantener una carrera de armamentos que pueda desajustar su economía.

El colapso de la URSS como potencia fue consecuencia del fracaso de un modelo económico incapaz de mantener el ritmo de avance de las sociedades abiertas y libres. El colapso de la hegemonía norteamericana fue consecuencia de su autoconfianza en el control del modelo económico de integración internacional de las cadenas de valor y suministro impulsado por la globalización. El multipolarismo inestable actual caerá por su incapacidad de ordenar los flujos generados por la globalización. El modelo de hoy no puede reajustar la redistribución de los efectos perversos que provoca y por eso será puesto en cuestión. Los norteamericanos lo han hecho ya con el presidente Trump y los británicos con Boris Johnson y el *brexít*.

El único modelo estable que podemos esperar es un condominio de los Estados Unidos y China que permita conformar un marco equilibrado de los cambios impulsados por los crecientes movimientos globales de capitales, mercancías, servicios, personas e información. La competencia geoeconómica

¹¹ Saul Bernard Cohen, *Geografía y política en un mundo dividido*, Madrid, Ediciones Ejército, 1980.

es más que probable que termine pronto siendo un duopolio imperfecto. Al final, lo más razonable es que las dos partes descubran el mutuo interés por mantener una posición de privilegio compartida, aunque sea asociada a tensiones continuas de diferente magnitud.

En esta situación, tanto China como los Estados Unidos buscarán posicionarse favorablemente frente a su competidor, explorando posiciones de ventaja. Sus decisiones llegarán tan lejos como sea posible y serán pragmáticas y pacientes. El equilibrio se mantendrá mientras no se desajuste. Consecuentemente, las dos partes se esforzarán por mantenerse en el juego, intentando igualar sus ganancias marginales con sus costes marginales, empleando su poder para no dilapidarlo.

El resto del mundo deberá, por lo tanto, estar muy atento a la gestión de esta competencia para encontrar oportunidades que le permita sincronizar las políticas nacionales con el gran juego global bipolar. Ahora bien, según avance el modelo bipolar plus, algunos Estados tendrán que empezar a tomar posiciones más claras. El modelo bipolar plus está a las puertas y, con el paso del tiempo, es posible que deje de ser plus para ser fundamentalmente bipolar.

El ministro de Defensa de Singapur, Eng Hen, expresó la nueva situación con claridad. En los próximos años, los vecinos de China se enfrentarán a un dilema impuesto por la relación de las dos grandes potencias. Cuanto mayor sea la distancia entre Estados Unidos y China, más difícil será para todos los países del Sudeste Asiático mantener una posición neutral¹². Por supuesto, lo que aspiran a conseguir los Estados de la región es una solución diplomática entre China y los Estados Unidos que les evite tener que terminar tomando partido. Elegir para no pocos de ellos supondrá renunciar y el coste de la renuncia puede ser alto en términos económicos. Tal y como están las cosas no parece que un acuerdo general entre China y Estados Unidos en el Pacífico Occidental sea una opción con muchas posibilidades de éxito. Desde el punto de vista de uno y otro competidor, el comportamiento de su adversario no es aceptable. Cada uno de ellos confía en poder reconducir las ambiciones de su rival para, mientras tanto, imponer las suyas. Ambos intentarán reforzar su peso en su propia esfera de influencia mientras intentan erosionar la influencia de su adversario en su periferia.

¹² Danson Cheong, "US and China must find common ground Ng Eng Hen", en *The Straits Times*, 2020.

La evolución estratégica, de la coacción a la seducción

El profesor José Antonio Marina Torres en el primer capítulo de su libro *La pasión del poder: teoría y práctica de la dominación* nos descubre el proceso de evolución del poder a lo largo de la historia estructurado en tres fases.

En la primera fase, el hombre descubre el poder como fondo primordial de su actividad. La voluntad de poder es una voluntad de mejorar la vida y de afirmarla. No es voluntad de existir, es voluntad de ser más. Frente a la voluntad de vivir, la voluntad de poder no se conforma con sostener la vida porque no se vive para sobrevivir. Se vive para crecer, crear, expandirse, dominar, realizarse. Con nuestra especie apareció en el universo un dinamismo expansivo, una inquietud emprendedora que no tiene que ver solo con la supervivencia, en algunos casos la llega a poner en peligro.

La segunda fase aparece con el desarrollo de mecanismos más sofisticados de dominación que la propia coacción. Tradicionalmente la prueba de una gran potencia era su fuerza bélica. La guerra era el juego crucial en el que se jugaban las cartas de la política internacional y se comprobaban las apuestas de poder relativo. A lo largo de los siglos, al evolucionar la tecnología y la sociedad, las fuentes del poder han cambiado. Las sociedades posindustriales anhelan más el bienestar social que la gloria y aborrecen los números elevados de bajas, excepto cuando está en juego la supervivencia. En la era de la información global, el poder se está haciendo menos tangible y menos coercitivo, sobre todo en los países más avanzados, pero en gran parte del mundo no existen sociedades totalmente incorporadas a la nueva realidad globalizada.

La tercera fase exige dotar al poder de un fondo de legitimidad que le permita fundamentar su acción en el convencimiento. El poder de esta manera se sostiene en la identificación de su acción con los valores e intereses que comparten los sujetos que se están afectados por el alcance de su dominio. La fuerza no es suficiente, sino en momentos de excepcionalidad y de forma es, por lo tanto, provisional. En esta fase, fuerza y poder se distancian por la necesidad de legitimar la intervención del poder. Las grandes potencias de nuestros días se encuentran en esta fase, aunque no quisieran. La globalización y los flujos de información y de ideas imponen una dinámica que las atrapa.

La necesidad de legitimar el poder, especialmente en tiempos de crisis, impone un salto en la evolución la estrategia. Las fuentes de poder han cambiado con el tiempo. La antigua relevancia de la fuerza ha perdido su puesto de privilegio. En un mundo cada vez más pequeño y mejor informado, los resultados dependen de los mecanismos y los recursos que el poder utiliza, pero también, de manera creciente, de la ética y del estilo que le preceden. La forma en que se ejerce el poder, su puesta en escena, y el fondo en que se sustenta, su fundamento de legitimidad, pesan cada vez más porque todo está a la vista. A estas alturas del curso, el juego del poder y el uso de la fuerza han

dejado de ser un pasatiempo exclusivo de una aristocracia, al margen del resto de la gente.

Las amenazas o los incentivos envenenados no son suficientes, porque provocan rechazo y resistencia, incluso en grupos inicialmente indiferentes. El poder duro a secas cada vez tiene menos margen y más pronto que tarde termina siendo insostenible, incluso entre los más convencidos de sus partidarios porque resulta demasiado caro.

El contexto donde el poder se ejerce se ha expandido. El dominio de ese contexto otorga una ventaja insuperable, porque permite diseñar la agenda, marcar los preestablecidos y fijar las cuestiones previas que quedan al margen de cualquier disputa. La capacidad de marcar las preferencias tiene que ver con resortes intangibles que se activan por la cultura, la moda, el estilo de vida, la forma de vivir, la cosmovisión y la eficacia institucional de cada actor estratégico. El arte de seducir obliga al poder a ser mejor y más guapo, con la intención de inspirar los sueños y los deseos de los propios y si se puede de los otros. La evolución estratégica como arte además de acciones decisivas necesita palabras, discurso y un relato coherente. El movimiento de los anhelos ha dejado de ser un medio para convertirse en un fin estratégico.

Donde se percibe la acción de la fuerza del poder surge la resistencia. Resistir es una forma de autoafirmarse frente a una imposición más o menos evidente. Pero si autoafirmarse es precisamente no resistir, sino dejarse conquistar por quien antes nos ha seducido, las cosas se vuelven más fáciles. Sin resistencia el poder no se desgasta. Si los objetivos deseados están al alcance de la mano, la potencia no necesita transformarse en acto. Evidentemente esta situación no es espontánea. Seducir cuesta trabajo y dinero. La seducción empieza por el oído, sigue por la vista y olfato para terminar en el gusto y el tacto. Trabajar la secuencia supone dotar al poder de una inteligencia capaz de enamorar con sus palabras, de una estética irresistible para la vista y el olfato y de una ética suave para el gusto y el tacto.

Mientras que la fuerza del poder es indiferente a la subjetividad del contrario, el poder de la legitimidad quiere actuar sobre su conciencia y sobre sus sentimientos, para que se convierta en sujeto obediente, incluso para alcanzar su colaboración. El poder legitimado no se enfrenta a la resistencia, la incorpora a la relación, por eso admite, dentro de unos márgenes, cierto rango de alternativas.

«La fuerza como único recurso del poder deja lugar a otros recursos más sofisticados e irreales. La seducción sustituye a la coacción y los mecanismos de dominación se van haciendo cada vez más simbólicos»¹³. Esta tendencia se ha impuesto en nuestros días y lo simbólico tiene cada vez más relevancia en el ejercicio del poder. La relevancia de lo simbólico convierte a las palabras

¹³ José Antonio Marina, *La pasión del poder*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2008.

y a las imágenes en las más poderosas armas en las decisivas batallas de las ideas y de la memoria. La cultura al servicio del poder y de la fuerza tendría, en este escenario, la función de contribuir a crear una comunidad de ideas y sentimientos, pero también una comunidad de obligaciones.

Todos sabemos que al carro se le combate preferentemente con otro carro, al avión con otro avión, a la guerrilla con otra guerrilla, de la misma forma a los símbolos y mitos se les combate con símbolos y mitos, a las narrativas se las combate con narrativas más adaptadas y esperanzadoras. Mandar es generar esperanzas, luego gobernar será ofrecer un porvenir. Las operaciones basadas en el ámbito de los símbolos requieren armas con suficiente alcance en el campo de los sentimientos, de las creencias, de las percepciones, de la memoria, de los deseos. Se trata de conseguir imponer a la nación, a los aliados, a los escépticos e incluso al enemigo lo que conviene pensar y sentir.

La estrategia evoluciona, porque aspira a persuadir y no a convencer dentro y fuera de casa. Cada acción, cada gesto, cada palabra, cada noticia, cada acuerdo o desacuerdo forman parte de la dinámica estratégica que pretende emitir mensajes concurrentes y coherentes con el relato de justificación sobre el que se sostiene el ejercicio del dominio y su proyección.

La comunicación estratégica se convierte en la función que sincroniza todos los niveles de autoridad y cada una de sus decisiones en los distintos ámbitos. La nueva estrategia requiere una administración paciente de los medios, una medida aversión al riesgo y una mirada serena en unos propósitos que solo se vislumbran a largo plazo, pero que se saborean con pequeños avances diarios.

La articulación de los distintos horizontes temporales es la competencia crítica del planeamiento estratégico. Su objetivo es sostener el adecuado equilibrio entre el querer, el saber y las capacidades para tintinear una melodía descriptiva y evocadoramente armoniosa.

En este capítulo de la historia de la estrategia, en el campo táctico, los mensajes son la munición, los medios de información son los cañones y fusiles y los ámbitos de comunicación y control son el terreno y el ambiente donde se combate. No es por lo tanto extravagante destacar la singular relevancia de la ciberseguridad. La ciberguerra es real y posiblemente sea la piedra angular que sostiene la capacidad moderna de disuadir o de hacer la guerra.

En la actualidad, más de 20 Estados disponen de capacidad para lanzar ciberataques. Disuadir a estos potenciales atacantes es inducirles a contener sus agresiones como consecuencia de una evaluación de la respuesta y efectos de nuestras capacidades demostradas, dentro de un suficiente nivel de incertidumbre. El problema de la disuasión en este dominio es demostrar las propias capacidades sin lanzar un ataque¹⁴. Una errónea valoración por

¹⁴ Richard A. Clarke y Robert K. Knake, *Guerra en la red: Los nuevos campos de batalla*, Barcelona, Planeta, 2011.

parte de un adversario de la capacidad propia de respuesta podría inducirle a lanzar un ciberataque preventivo de grandes dimensiones, confiando en anular el segundo golpe y, de esta manera, alcanzar el dominio de la información desde el principio. La potencia que fuese capaz de asegurarse el dominio de la información con un único golpe habría ganado la confrontación sin necesidad de disparar un solo misil.

La trampa de Tucídides no es un imperativo

Tanto Rusia como China saben, por experiencia, que el déficit de gobernanza de un Estado determina su capacidad de defender sus intereses y su relevancia como actor geopolítico y, por lo tanto, tomarán todas las precauciones necesarias para que este déficit no aumente sin control dentro de sus fronteras.

El desarrollo social y económico requiere el desarrollo de nuevos mecanismos de control político que necesariamente deben ser progresivamente más simbólicos. La fuerza, como recurso fundamental de poder, deja lugar a otros modos más sofisticados e inmateriales, como exigencia de este poder que, sin embargo, puede convertirse en una palanca de contrapoder.

En el caso de China y de Rusia, los avances colectivos en los campos económicos, técnicos, de prestigio internacional, militares y también sociales es la fuente de legitimidad de sus dirigentes. La rigidez autoritaria y la insuficiencia de derechos personales y libertades políticas se aceptan como un precio necesario para mantener el orden y avanzar en la consecución de objetivos nacionales que, además, tienen su proyección en un entorno personal más favorable o al menos más esperanzador. Estas razones se refuerzan con la experiencia histórica y la cultura política de antiguos imperios donde los súbditos no tenían derechos políticos y, en la mayoría de los casos, sus derechos individuales eran muy limitados.

En este contexto, las subidas de aranceles y las guerras comerciales no son un capricho de un populista. Se trata de un ataque a la base de legitimidad de Estados que fundamenta el control político en las perspectivas de progreso y mejora personal y colectiva, pero no en las libertades individuales y los derechos políticos de los ciudadanos. En todas las guerras, también en las comerciales o económicas, las partes enfrentadas pierden, pero unas más que otras. Al final suele haber un reajuste más o menos claro de las posiciones.

La crisis financiera de 2008 ha socavado la confianza en el sistema de mercado desregulado y ha debilitado la confianza de las propuestas optimistas más liberales. El resultado ha puesto en valor los modelos de las potencias revisionistas. El ascenso de China y los cambios en la distribución del poder global que ha provocado han permitido descubrir que el poder económico

puede ser utilizado y será utilizado por algunos como un modo estratégico de desarrollo geopolítico. La geoeconomía surge como una geoestrategia que utiliza el poder económico para definir y dirigir el entorno global, para alcanzar los objetivos fundamentales del interés nacional sin recurrir al uso directo de la fuerza.

El actual orden multipolar fluido es un modelo abierto a cambios de posición de los Estados situados fuera de la esfera de influencia de las grandes potencias. Los movimientos en las regiones de transición serán clave en la determinación de los equilibrios de poder y estarán vinculados con las ventajas económicas que supongan tomar posición. Consecuentemente, los factores estructurales del orden multipolar globalizado alentarán a las grandes potencias a utilizar instrumentos económicos para sus propósitos geoestratégicos.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, hemos visto progresivamente cómo el acontecimiento decisivo, la batalla, la campaña o la guerra ha dejado de ser el regulador fundamental de los cambios geopolíticos. En este siglo XXI no es fácil imaginar un acontecimiento capaz de recomponer la distribución de poder mundial. El duelo tendrá que ver con la capacidad de mantenerse de forma prolongada en pie y en equilibrio a pesar de todas las pruebas. La disposición a aprender y adaptarse es crucial en esta lucha prolongada. Si las partes demuestran su aptitud para resistir, con el tiempo, los factores no militares se harán progresivamente más importantes. La trampa de Tucídides no es inevitable¹⁵.

¹⁵ Allison Graham, "The Thucydides Trap" en *Foreign Policy*, 2019.

Referencias bibliográficas:

- Allison Graham, “The Thucydides Trap” en *Foreign Policy*, 2019.
- Andrés Ortega Klein, “La Red y la política supranacional” en Pablo Mayor; José M. de Areilza, coord.: *Internet, una profecía*, Barcelona, Ariel, 2002.
- Andrew Natsions y Christine Crudo Blackburn, “The silent threat of the coronavirus: Americas dependence on Chinese pharmaceuticals”, en *The Conversation*, 2020.
- Carlota Pérez, *Technological Revolutions and Financial Capital the Dynamics of Bubbles and Golden Ages*, Cheltenham UK, Edward Elgar Publishing Ltd. 2002.
- Danson Cheong, “US and China must find common ground Ng Eng Hen”, en *The Straits Times*, 2020.
- Fareed Zakaria, “Self-destruction American power”, en *Foreign Policy*, 2019.
- Ignacio de la Torre, “La disrupción tecnológica ya está aquí. Cómo afecta a las personas, los gobiernos y las empresas” en Eduardo Serra Rexach, coord.: *Cuaderno de Estrategia número 199, Gobernanza futura, hiperglobalización y Estados menguantes*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2018.
- José Antonio Marina, *La pasión del poder*, Barcelona, Editorial anagrama, 2008.
- José Julio Fernández Rodríguez, “La Hiperglobalización y su impacto” (en Eduardo Serra Rexach, coord.: *Cuaderno de Estrategia número 199, Gobernanza futura, hiperglobalización y Estados menguantes*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2018).
- Liang Quiao y Xiangsui Wang *Unrestricted warfare*, Pekín, PLA literature and Arts publishing House, 1999
- Nathan Picarsu y Emily de La Bruyere, “The reach of chinas military civil fusion coronavirus and supply chain crises” en *Real clear Defense*, 2020.
- Paul Mcleary, “The Pentagons third offset may be dead, but no one knows what comes next” en *Foreign Policy*, 2017.
- Presidente de los Estados Unidos de América Barack Obama, *National Security Estrategy 2010*, Washington, la Casa Blanca, 2010.
- Presidente de los Estados Unidos de América Barack Obama, *National Security Estrategy 2015*, Washington, la Casa Blanca, 2015.
- Presidente de los Estados Unidos de América Donald Trump, *National Security Estrategy 2017*, Washington, la Casa Blanca, 2017.
- Richard A. Clarke y Robert K. Knake, *Guerra en la red: Los nuevos campos de batalla*, Barcelona, Planeta, 2011.
- Saul Bernard Cohen, *Geografía y política en un mundo dividido*, Madrid, Ediciones Ejército, 1980.



La doctrina militar: del pensamiento estratégico a las operaciones militares

Military Doctrine: from Strategic Thinking to Military Operations

Enrique Silvela Díaz-Criado¹

General de brigada de Artillería, jefe del Mando de Artillería Antiaérea (España)

Recibido: **XX-XX-XX**

Aprobado: **XX-XX-XX**

Resumen

Para pasar del pensamiento y la filosofía de la guerra a su práctica es necesario un puente conceptual que facilite la transformación de los principios en acciones. Ese puente es la doctrina militar, como guía de actuación del mando en combate.

Para entender la doctrina, es necesario conocer cómo se genera, de dónde se parte, a través de un análisis histórico y conceptual. Este análisis nos lleva desde las características de las sociedades hasta su esfuerzo en la guerra, acorde con su tiempo.

Una vez efectuado el análisis histórico podemos volcarnos en comprender la doctrina militar actual, en el caso que nos preocupa que es el de España y sus Fuerzas Armadas, que responde igualmente a la sociedad española actual.

Palabras-clave: Doctrina militar, guerra, operaciones, historia, filosofía, sociedad.

¹ (esilvela@yahoo.es) Enrique Silvela Díaz-Criado es general de brigada de Artillería. Actualmente es el jefe del Mando de Artillería Antiaérea. Diplomado de Estado Mayor por los Ejércitos de España y Estados Unidos, doctor en Paz y Seguridad Internacional por el Instituto Universitario Gutiérrez Mellado y máster en Ciencia y Arte Militar por el Command and General Staff College de Estados Unidos. Es autor de diversas monografías y artículos profesionales, así como ponente y conferenciante en diversas instituciones.

Abstract

Moving from the idea and philosophy of war to its practice requires a conceptual bridge, facilitating the transformation of principles into actions. Military doctrine constitutes this bridge, guiding command action in combat.

To properly understand doctrine, we need to know its generation process, where it comes from, through a historical and conceptual analysis. This analysis will lead us from the features of a society to its war effort, concordant with its own time.

Once the historical analysis has been presented, we can dive into current military doctrine, specially in our immediate concern, Spain, and its Armed Forces, which respond to the current state of the Spanish society.

Key-words: Military Doctrine, War, Operations, History, Philosophy, Society.

Práctica, arte y ciencia de la guerra

El fenómeno de la guerra es tan antiguo como la humanidad. Su práctica ocasiona muerte y destrucción, por lo que es natural que desde antiguo se haya estudiado y analizado cómo ejecutarla de la manera más eficaz antes de ir al combate. Sin embargo, el estudio reposado no es siempre compatible con la ejecución violenta; tampoco es frecuente que la persona con la energía física, la voluntad y la acometividad necesarias para ser un buen guerrero disponga, al mismo tiempo, de la capacidad intelectual y de comunicación para reflexionar sobre la guerra que practica, así como para volcarlo por escrito.

Aun así, a lo largo de la historia han existido suficientes guerreros con capacidad de reflexión y comunicación, así como suficientes intelectuales con capacidad de observación y comprensión de un fenómeno que no ejercían, como para que se haya ido escribiendo la mejor manera de hacer la guerra en cada momento histórico.

La guerra es un fenómeno social de gran complejidad, quizá el más complejo de todos, sobre todo por sus consecuencias que trascienden el buen gobierno. Ese esfuerzo de reflejar por escrito la mejor forma de hacer la guerra, por tanto, es igualmente complejo, tanto en extensión como en profundidad. Los escritos sobre la guerra tienen que abarcar desde la ejecución de acciones manuales individuales de manejo de un arma hasta el más profundo análisis sobre su sentido. Y el manejo del arma es tan cuestión de vida o muerte para quien la sostiene en su mano, como lo es también el sentido de la guerra para quien la decide y dirige.

Por eso, desde la Antigüedad existen escritos sobre la guerra para su comprensión y su mejor práctica. Estos escritos son acordes con el estilo cultural

y social de su tiempo. Por ello, en la actualidad que nos atañe, es necesario comprender dos ideas fundamentales para entender la guerra del siglo XXI: las sociedades hacen la guerra de acuerdo con su estructura social; los que escriben sobre la guerra lo hacen igualmente de acuerdo con su aproximación cultural².

La necesidad de explicar la guerra a las siguientes generaciones ha llevado desde el inicio a buscar un relato «científico» o al menos racional de su ejecución³. Sin embargo, la citada complejidad, la variedad de situaciones y las personalidades en juego hacían difícil encontrar un método aplicable de forma generalizada.

Al ser la guerra un asunto de vida y muerte también ha tenido siempre en su pensamiento una orientación transcendental. Antes de lanzarse a la batalla era necesario preparar el alma para el resultado, tanto individual como la responsabilidad asumida por el jefe de las vidas que pudieran pesar en su conciencia. Por eso la reflexión sobre la guerra ha incluido la preocupación por sus causas, por si era suficientemente justificada, atendiendo a una filosofía metafísica de la violencia⁴.

Ante este enfoque se han producido dos respuestas históricas. Por un lado, los que despreciaban cualquier estudio de la guerra; bastaba con su práctica; con el ejercicio, la preparación, la destreza individual y la experiencia era suficiente. También se despreciaban sus consecuencias, la guerra era una práctica natural de la humanidad en la que triunfaba el más fuerte. Bastaba con ser más fuerte, por tanto.

Por el otro, de quienes han tratado de reducir la guerra a una ciencia o un procedimiento que podía ser aprendido y aplicado tal cual, con sus reglas, principios y resultados. En este apartado se incluye desde el diestro manejo de las armas, pasando por la organización básica de las fuerzas, hasta directrices para su empleo táctico ordenado: un enfoque científico.

Como solución intermedia, se ha atribuido a la conducción de la guerra la categoría de arte. Al ser un arte, no se desprecia a la ciencia, pero se reconoce que no se puede reducir su práctica al mero estudio de principios y procedimientos, que es imprescindible contar con talento e inspiración, como el de un artista que no está reñido con el aprendizaje, el estudio y la experiencia. El puente entre arte y ciencia se ha apoyado siempre en una filosofía de la guerra, poniendo el estudio de sus principios fundamentales en parangón con los estudios filosóficos de cada época.

² González-Pola de la Granja emplea el término «mentalidad militar». Pablo González-Pola de la Granja. *La configuración de la mentalidad militar contemporánea y el movimiento intelectual castrense. El siglo crítico 1800-1900*. Universidad Complutense, Madrid, 2002.

³ Como por ejemplo, la obra del griego Tucídides, que proporciona una explicación racional a las Guerras del Peloponeso, escrita en el siglo IV a.C. Tucídides. *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Planeta De Agostini, Barcelona, 1996.

⁴ Alex J. Bellamy, *Guerras justas de Cicerón a Iraq*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2009.

Los distintos periodos históricos han volcado este equilibrio entre práctica, arte y ciencia en un sentido o en otro, acorde con su propia sociedad y cultura. En la Antigüedad clásica, el equilibrio era bastante ajustado, pasando en la Edad Media a desplazarse hacia la práctica; el Renacimiento trajo un retorno de la ciencia y el arte, buscando una “teoría” de la guerra. La evolución del pensamiento humano hacia la aplicación generalizada del método científico ha ido poco a poco desequilibrando este dilema entre práctica, arte y ciencia en favor de esta última. La filosofía de la modernidad, con especial empeño en apoyarse en la ciencia, ha sido la protagonista de los escritos más recientes sobre la guerra. Pero la posmodernidad, con su exclusión de todo lo que no sea ciencia, la ha empujado radicalmente en dicha dirección, abandonando cualquier metafísica y retorciendo su verbalización en manos del giro lingüístico.

Los ejércitos que saben que algún día participarán en combate han tratado de sobreponerse al debate reflexionando en todos los órdenes, el de la práctica, el del arte y el de la ciencia. A lo largo del siglo XX, continuando en el XXI, la denominación que ha recibido esta reflexión ha sido la de «doctrina», que va a ser la protagonista de este escrito. La doctrina ha sido la forma de expresión militar profesional de la reflexión sobre sí mismo para su actuación en combate, dejando aparte la metafísica y la filosofía. Dejadas aparte no significa que hayan sido ignoradas: bien al contrario, son la fuente de pensamiento de los que escriben doctrina, pero no la reflejan de forma explícita.

La doctrina es la parte más específicamente militar de los escritos sobre la guerra. Por supuesto que tiene que contemplar sus causas y su filosofía. Por supuesto que tiene que contemplar la percepción social de sus fuerzas armadas. Pero de todo lo que se escribe sobre la violencia, sobre la guerra, sobre las fuerzas armadas, la doctrina es la que va orientada a su empleo en combate, que es la expresión principal de su acción. La doctrina es la gramática de la guerra⁵.

Doctrina militar

La doctrina es, ante todo, una teoría de la victoria⁶. Cuando es la vida lo que se arriesga –no el resultado de una operación económica o de un partido deportivo–, solo vale ganar. No hay sustituto para la victoria. Aunque sí haya restricciones, tampoco hay reglas, ni justicia. No tiene por qué ganar el mejor, ni el más bueno. No hay merecimiento de la victoria, la victoria no tiene apellidos. No se busca un combate equilibrado, no se otorgan ventajas ni compensaciones a un enemigo, como sí se puede hacer con un adversario.

⁵ Pedro Valdés Guía, *La dirección de la guerra: conducción operacional y gobierno político de las operaciones militares*. Tesis Doctoral, Universidad de Navarra, Pamplona, 2019.

⁶ Stephen Peter Rosen. *Winning the Next War: Innovation and the Modern Military*. Cornell University Press, Ithaca, 1994.

El que no haya reglas ni justicia no quiere decir que el combatiente no se ponga límites, puesto que sí hay respeto a los derechos humanos, respeto al derecho internacional. Pero es un respeto autoimpuesto por las sociedades democráticas modernas, por las sociedades antiguas que tenían un respeto a la dignidad humana. A lo largo de la historia han existido sociedades que no han tenido ese respeto, nadie dice que no puedan volver.

Aunque no tiene apellidos, la victoria tiene muchas expresiones en la realidad, sobre todo *a posteriori*. Ganar puede ser simplemente no perder contra un enemigo superior, puede ser frenar al invasor, puede ser sobrevivir. Pero eso es la práctica, no la teoría. En la teoría solo está la victoria, no se teoriza con cómo empatar. No se guerrea para perder, aunque se asuma que la derrota es posible, incluso probable.

Por ello, la doctrina es una teoría de la victoria. Un desarrollo escrito de cómo se puede y se debe conseguir. Qué factores son necesarios, qué principios gobiernan la guerra, qué acciones hay que emprender, qué actitudes y procedimientos llevan a la victoria. La victoria que hay que conseguir en cada combate, cada batalla, cada operación, victoria final en la guerra.

La doctrina la escriben los propios militares. Se fundamenta en la sociedad a la que se pertenece, con su cultura, sus valores, su legislación y su estilo que son los que han recibido los militares en su educación antes de ingresar en los ejércitos. De forma inconsciente refleja esa filosofía y el pensamiento predominante en su época⁷.

La doctrina se escribe sobre las operaciones militares. Debe contener, por supuesto, las referencias esenciales de la institución, pero su objetivo son las operaciones. Por tanto, no es un manual ni un ensayo de filosofía de la guerra o de estrategia; tampoco debe descender a los procedimientos técnicos de manejo de armamento o de funcionamiento de algunos elementos militares. La doctrina proporciona coherencia a las operaciones militares, en un contexto estratégico y contando con los medios existentes en el momento de su redacción.

Estos límites, superior el de la estrategia e inferior el de la técnica, no están determinados, son permeables y van a depender del espíritu que ilumine a los redactores y decisores. No tienen por qué ser similares en distintos países o momentos históricos. Aun más, existe una indeterminación sobre el campo de la doctrina considerada como tal y los escritos que son «doctrinales», pero no son doctrina. Estos últimos pertenecen al dominio de la táctica, en donde se determinan procedimientos de empleo local de fuerzas específicas, con cometidos propios. Los textos que reciben directamente el nombre de doctrina suelen referirse al llamado nivel o «arte» operacional, que es el «nexo de unión

⁷ Conrado Cebollero Martínez, *Escribir para pensar: la doctrina como motor de la innovación*. Instituto Español de Estudios Estratégicos, 2019. Disponible en: http://www.ieee.es/contenido/noticias/2019/03/DIEEEO21_2019CONCEB-doctrina.html

entre el Nivel Estratégico y el Táctico, donde se materializa verdaderamente la acción conjunta como integradora de las formas específicas de actuación de cada ejército»⁸. En cualquier caso, los equipos que dirigen la edición de unos como otros quedan bajo la denominación de doctrina.

El contenido de la doctrina sobre las operaciones militares debe buscar un equilibrio difícil de alcanzar, del que existen buenos ejemplos históricos. Por una parte, está la tendencia a detallar los procedimientos que se deben aplicar en cada caso, dejando un estrecho margen de decisión a los ejecutores que deben ajustarse a lo redactado; en el otro extremo está la mera recopilación de máximas y principios a tener en cuenta, dejando gran capacidad de decisión e inventiva al ejecutor de la doctrina.

El punto de equilibrio dependerá del contexto histórico y cultural, así como del impulso personal de quien lo acometa. Al final, una doctrina debe contener parte de ambas tendencias, configuradas en todo o en parte de los siguientes contenidos:

- Contexto político y legal en el que se van a desarrollar las operaciones.
- Interpretación del entorno operativo contemporáneo en el que van a tener lugar.
- Articulación de la cadena de mando y decisión desde la política hasta la ejecución de las operaciones, incluyendo la articulación de la Fuerza que las ejecuta.
- Articulación de los niveles de conducción de las operaciones.
- Organización del espacio donde tendrán lugar las operaciones.
- Principios generales de conducción y ejecución de las operaciones.
- Atribuciones, responsabilidades y cometidos del mando militar.
- Funciones principales que se desarrollarán y responsabilidades específicas por elementos.
- Relaciones que se establecen entre los elementos que participan en las operaciones.
- Conceptos necesarios para utilizar una cultura e interpretación común.
- Definiciones terminológicas necesarias para emplear un lenguaje común.

⁸ Alberto Asarta Cuevas, *El nivel operacional*. Monografías nº 149, CCDC, IEEE, Madrid 2016, p. 10.

Como simplificación de lo anterior, la doctrina va a contener principalmente una articulación de las operaciones, más los principios, conceptos y definiciones necesarios para obtener una interpretación común.

La doctrina no se refiere a un conflicto ni a un enemigo concreto, sino que se trata de un estudio abstracto de la mejor forma de organizarse y ejecutar la batalla. Debe permitir a cualquier comandante militar la concepción de cualquier operación militar y, junto con su Estado Mayor, la elaboración de un plan, la organización de sus medios y la conducción de la batalla.

Para ello, la doctrina, como el origen etimológico de la palabra muestra, se convierte en un instrumento didáctico que sirve para enseñar a las generaciones de militares, previamente a su participación en combate, cómo prepararse y cómo actuar con una gramática común.

El origen de la doctrina está, sobre todo, en la experiencia, en el buen aprovechamiento de la experiencia ajena. Por eso bebe de la historia, ya que es la que nos proporciona las lecciones de la experiencia sin sus costes. No hay más duro aprendizaje que en cabeza propia. Pero además hay que considerar otros factores, como las necesidades de los Estados, el impacto de la tecnología y las características sociológicas de los ejércitos y las sociedades⁹.

Evolución histórica de la doctrina actual

Las sociedades en conflicto potencial han buscado siempre disponer de una ventaja frente a un adversario; pero el número de posibles ventajas es amplio. Hay ventajas basadas en el número, la masa: ya sea masa de personas por superioridad demográfica o masa de recursos económicos o materiales. También se puede alcanzar la superioridad por el conocimiento, ya sea tecnológico o de una mejor organización, cohesión o forma de combatir. Igualmente se puede alcanzar mediante la mera voluntad, la capacidad de asumir riesgos y jugarse la vida de no tener nada que perder. Existirían muchas otras expresiones de ventaja que tradicionalmente se pueden agrupar en tres campos: querer, saber y poder; es decir, la voluntad, el conocimiento y los recursos. Estos tres se pueden combinar de diversas formas; lo que las doctrinas militares han hecho ha sido seleccionar alguna de estas combinaciones en un modo específico de hacer la guerra a lo largo de la historia, en función del querer, saber y poder de cada momento.

Como antes se ha indicado, los ejércitos han combatido como han vivido, de acuerdo con su sociedad. En una gran simplificación, Alvin

⁹ Carlos Javier Frías Sánchez, *El sistema internacional y las Fuerzas Armadas en el horizonte 2050*. Documento de Opinión 106. IEEEE, Madrid, 2017.

Toffler¹⁰ ha identificado tres grandes periodos, tres «olas» en los modos de combatir: una primera ola de guerra basada en el músculo, cara a cara, que se remonta al neolítico; una segunda ola, a partir de la revolución industrial, en que el desarrollo demográfico y económico ha permitido ejércitos mucho más numerosos, dotados de máquinas, que hacen la guerra a cada vez más distancia; pronostica una tercera ola, en la que estaríamos ahora inmersos, donde predomina la información y se produce una desmasificación y una personalización del enfrentamiento.

A lo largo de la primera ola, se pueden identificar igualmente numerosos modos de combatir muy distintos. La historia nos relata frecuentes enfrentamientos de pueblos nómadas contra pueblos sedentarios: los nómadas combaten desde su menor número, pero con mayor cohesión y con experiencia de su vida pastoril de conductores de ganado; los sedentarios, habitualmente más numerosos y dotados de mayor organización, podían carecer de voluntad o experiencia útil para el combate¹¹.

En la antigua Grecia nace una forma peculiar de combate que, con el tiempo y la evolución, se ha venido a denominar «el modo occidental de hacer la guerra»¹². Los pueblos griegos estaban divididos en ciudades –*polis*– que se enfrentaban unas a otras. Estas *polis* estaban formadas por ciudadanos libres, pequeños propietarios agrícolas que participaban en los combates aportando su armamento. En su participación en combate destacaba la igualdad social entre ciudadanos. Los pequeños ejércitos griegos formaban en cuadros denominados «falanges» con poca distancia entre sus componentes codo con codo. Estas falanges chocaban unas con otras, frente a frente, hasta que una cedía y dejaba el campo a la triunfante. Contrasta esta forma de combatir con los antiguos persas –conocidos como *medos* por los griegos–, a los que se enfrentaron en las llamadas guerras médicas. Los persas eran un pueblo sedentario con una mayoría de la población sometida a una pequeña casta dominante. Sus ejércitos estaban formados por siervos en masa con poca motivación, pero muchos recursos, mandados por buenos generales. Los ejércitos griegos, mucho menos numerosos, formados por ciudadanos libres y con gran motivación, acabaron alcanzando la victoria.

La expansión de Alejandro y luego de Roma daría primacía a esta forma occidental de guerra, cada vez más compleja, pero basada inicialmente en el ciudadano combatiente, aprovechando al máximo sus recursos con una fuerte cohesión dentro de la unidad militar. El feudalismo cambió la forma de combatir al igual que cambió la sociedad. La fragmentación social llevó a una especialización en la que las élites dominantes, habitualmente de origen

¹⁰ Alvin Toffler, *La tercera ola*. Barcelona: Plaza & Janes, 1998.

¹¹ Azar Gat, *War in Human Civilization*. Oxford: Oxford University Press, 2008.

¹² Geoffrey Parker, *The Cambridge History of Warfare*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

externo, asumían tanto el mando político como la ejecución militar, mientras que los campesinos pasan a condiciones de servidumbre, protegidos por sus dueños feudales y sin participar de la contienda. Por ello, se abandonan los cuadros de infantería y el elemento principal de combate pasa a ser la lanza a caballo, el caballero con costosa armadura.

La baja Edad Media y el Renacimiento trajeron un desarrollo demográfico, económico y tecnológico que influyó en los modos de la guerra, sobre todo a partir de la aparición y domesticación de la pólvora. La artillería era un arma muy cara, por lo que ya no era posible para los nobles obtener una superioridad local en su feudo. Los reyes, aliados con el capital formado en las ciudades, fueron los nuevos protagonistas del poder militar¹³. La nueva igualdad en la población recuperó la forma de las falanges con los tercios españoles, formados por ciudadanos voluntarios y remunerados. El protagonismo de las ciudades también se refleja en los asedios, así como en la tecnología defensiva abaluartada.

Hasta entonces, los escritos sobre la guerra eran históricos y tácticos. Se explicaba la mejor organización de la fuerza y se relataban batallas, se redactaban tratados del arte o la teoría militar, pero todavía no se escribía sobre lo que hoy podemos entender como doctrina. Durante muchos años, se mantuvo la sabiduría del Imperio romano, reflejada en el tratado de asuntos militares de Vegetio, pero en esos tiempos comienzan a trasladarse por escrito algunas normas de la guerra, como las elaboradas por Sancho de Londoño a instancias del Duque de Alba en 1568¹⁴.

La denominación de «doctrina» para este campo del saber entre el arte y la ciencia militar se remonta al siglo XIX, por analogía con la doctrina religiosa como conjunto de reglas de actuación. Escritos sobre la guerra existen desde todas las épocas, pero se puede poner el inicio de los escritos científicos que explican la mejor forma de ejecutarla en la Ilustración. Los generales de la época, como Mauricio de Sajonia, relataban de forma ilustrada su propia práctica en combate. Este modelo alcanza su culmen en los intérpretes de Napoleón, como Clausewitz y Jomini. Clausewitz¹⁵ escribe filosofía de la guerra, que nos sirve para entenderla, aunque también proporciona principios y conceptos útiles para su ejecución, en lo que él llama «teoría». Jomini sí que se vuelca con perspectiva científica en un estudio principalmente doctrinal que fue estudiado durante años en las escuelas de formación militar europeas y norteamericanas.

¹³ Charles Tilly, *Capital, coerción y Estados europeos: 900 – 1990*. Madrid, Alianza Editorial, 1992.

¹⁴ Sancho de Londoño, *Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y antiguo estado*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1992.

¹⁵ Jon Tetsuro Sumida, *Decoding Clausewitz: A New Approach to On War*. Lawrence, Kansas: University Press of Kansas, 2008.

Por tanto, el origen de los escritos doctrinales es, principalmente, histórico. Se analizan las campañas de genios militares como Napoleón para extraer lecciones de sus éxitos, para ser capaz de reproducirlos en el futuro. Sin embargo, los lectores de Jomini no fueron todo lo victoriosos que esperaban, mientras que, con el tiempo, se vio que algunos comandantes que sí obtenían victorias, como Moltke en la guerra franco-prusiana, citaban a Clausewitz como referencia.

Jomini y Clausewitz, que son contemporáneos, nos enseñan que no todos los que escriben lo hacen siguiendo la misma línea de pensamiento de su época. Jomini es un ilustrado que pretende convertir en ciencia geométrica la actividad humana, mientras que Clausewitz es un idealista anti-ilustrado que filosofa sobre la guerra, introduciendo una perspectiva teleológica kantiana. Esta perspectiva teleológica es la que otorga superioridad a la interpretación clausewitziana sobre la jominiana, ya que se adapta a la realidad de la época –de cada época–. En el caso concreto de Napoleón, el gran cambio que produce la revolución francesa es la superioridad del pueblo en armas sobre los pequeños y valiosos ejércitos casi profesionales de los reyes ilustrados.

El siguiente proceso que irá cambiando la doctrina militar será la extensión de la revolución industrial, que incrementa tanto la potencia demográfica como de armamento disponibles en una contienda. Precisamente Moltke, estudioso de Clausewitz, es quien aprende a aprovechar tanto el nacionalismo panalemán como el desarrollo tecnológico e industrial que suponen las nuevas armas de fuego –como el fusil de percutor de aguja–, el telégrafo y el ferrocarril.

La combinación de desarrollo tecnológico, económico y demográfico, junto al nacionalismo y la filosofía supremacista que se abre paso, culminan en la primera guerra mundial. Millones de personas manejando millones de toneladas de armamento y equipo se enfrentaron con un notable desprecio por la vida siguiendo una doctrina de ofensiva a ultranza –de origen francés–. Desprecio que no solo partía de los comandantes militares, sino en su origen de las sociedades que enviaban voluntariamente a sus hijos con orgullo racial.

En los primeros años del siglo XX es cuando se comienzan a codificar con formatos modernos los escritos doctrinales, algo imprescindible para comunicar ese pensamiento común a organizaciones tan grandes y complejas como las que nacen en esos años. La doctrina adquiere una redacción articulada y moderna, más sistematizada, basada en principios que se van estudiando en cada país.

Si bien el desarrollo de la guerra de sucesión norteamericana pasó casi desapercibido para los teóricos militares europeos, no pudieron sustraerse al gran empate táctico producido en la primera guerra mundial, contra las previsiones doctrinales. Ambas contiendas llevaron a un debate que hoy continúa entre

dos formas de afrontar las operaciones militares: con predominio del fuego o predominio de la maniobra¹⁶.

Este debate se puede ampliar aun más, a un debate entre quienes optan por un modo de combatir que parte de la habilidad de los comandantes y los oficiales para concebir y ejecutar las operaciones asumiendo riesgos, frente a otro modo que busca apoyarse sobre la superioridad material donde exista, a base de predominio demográfico e industrial. Estos dos modelos estarían respectivamente representados por Alemania y Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

En esta época cristaliza igualmente, partiendo de teóricos soviéticos, conscientes de los grandes espacios en los que podría combatir su patria, el concepto de un nivel intermedio de la conducción de la guerra entre el estratégico y el táctico. Este nivel, de las operaciones militares y, por ello, llamado operacional, pasa a protagonizar los escritos doctrinales por entonces.

A partir de la aparición del arma nuclear, epítome del poder industrial, la doctrina militar cede inicialmente paso a la estrategia nuclear dominante. La masa, la superioridad brutal que concede el arma nuclear hace palidecer la adquisición de ventajas con otros medios. Sin embargo, la conciencia de que el empleo del arma nuclear conduce a la destrucción mutua, la desigualdad convencional entre bloques y la necesidad de emplear fuerzas en escenarios secundarios revitaliza los estudios de doctrina.

El desarrollo científico y la mentalidad industrial contemporánea alejan a la doctrina y a quienes la promueven o escriben del pensamiento filosófico para acercarlo al económico y empresarial. La dirección científica de las empresas iniciada por Taylor y Fayol, los estudios de investigación operativa y estadística y el progreso de la sociología llevan a codificar de forma más detallada la nueva doctrina para las operaciones. Esta postura recibió un notable impulso por el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Robert McNamara, protagonista de esa formación empresarial de contenido científico, que impulsó su aplicación a la doctrina norteamericana, a su vez la de referencia para todos los países desarrollados, especialmente en la OTAN¹⁷.

De ahí nacen unos procedimientos que procuran operacionalizar todas las variables posibles, unificando los métodos de planeamiento sobre líneas de acción alternativas y empleando o dotando de nueva vida a conceptos como el de «centro de gravedad». Procedimientos que, de nuevo, retratan una cultura occidental en expansión económica. La teoría crítica influye igualmente en la

¹⁶ Para conocer la evolución doctrinal entre la Primera y Segunda Guerras Mundiales, las doctrinas de fuegos y de maniobra y las de ofensiva y defensiva conviene leer el blog del coronel Carlos Javier Frías en GESI. Disponible en: <https://global-strategy.org/author/carlos/>. Consultado el 16 de marzo de 2020.

¹⁷ Lawrence S. Kaplan, Ronald D. Landa y Edward J. Drea, "The McNamara Ascendancy; 1961-1965". *History of the Office of the Secretary of Defense*, Vol. V. OSD, Washington D.C. 2006.

previa inclusión en todas las doctrinas de referencias sociales y de derecho internacional de los conflictos armados que minimicen los daños ocasionados.

En esta época renace el debate entre ciencia y arte en el sentido procedimental y protocolario de la acción colectiva frente a la libertad y creatividad del individuo. Es conocido el debate entre dos escuelas de pensamiento norteamericano, la nacida de la Segunda Guerra Mundial que desconfía de la iniciativa del subordinado, exigiendo procedimientos detallados comunes y la que confía en su creatividad. Este debate, en Estados Unidos, fue inicialmente ganado por los procedimentales¹⁸. El debate no ha cesado en el paso del siglo XX al XXI. La necesidad de conseguir una mayor eficiencia, en consonancia con la evolución de los conceptos de dirección estratégica de la empresa, ha ido arrinconando las doctrinas excesivamente procedimentales, recuperando la iniciativa del subordinado orientada por la misión asignada, en lo que se ha venido a denominar «mando orientado a la misión»¹⁹.

El giro lingüístico ha tenido un protagonismo menor, pero significativo en la redacción de las doctrinas. Se ha buscado un lenguaje que asume la sustitución de la realidad sobre la base de un notable aumento del número de conceptos y definiciones abstractas que retratan la realidad del campo de batalla, pero en niveles contenidos. Hay una excepción en que la filosofía de Deleuze y Derrida ha tomado un gran protagonismo, partiendo de una iniciativa israelí llamada «diseño operacional sistémico» que fue parcialmente imitada en Estados Unidos y algunos países de la OTAN. En el caso israelí, se atribuye la derrota ante Hizbolá, en el conflicto de 2006 en la frontera sur libanesa, a la equivocada aplicación de esta doctrina²⁰. En la OTAN tomó la forma, menos acusada, de una nueva orientación a las «operaciones basadas en efectos»²¹ que no ha desaparecido, pero sí ha suavizado su radicalidad.

Las doctrinas actuales

La elaboración y redacción de documentos doctrinales es, a fecha de hoy, un proceso constante en los países aliados occidentales como España. Las doctrinas se revisan periódicamente para adaptarse al entorno cambiante. Incorporan

¹⁸ Paul H. Herbert, *Deciding What Has to Be Done: General William E. DePuy and the 1976 Edition of FM 100-5, Operations*. Leavenworth Papers N° 16, Combat Studies Institute, US Army CGSC, Fort Leavenworth, Kansas, 1988. pp. 51-59. Disponible en: <http://www.cgsc.edu/carl/resources/csi/herbert/herbert.asp>

¹⁹ Denominado *mission command* en inglés.

²⁰ Matt M. Matthews, *We Were Caught Unprepared: The 2006 Hezbollah-Israeli War*. The Long War Series Occasional Paper 26. Fort Leavenworth, Kansas: Combat Studies Institute Press, 2008.

²¹ Phillip S. Meilinger, *The origins of effect-based operations*. Joint Force Quarterly, otoño 2004, N° 35, pp. 116-122. Disponible en: <http://www.docstoc.com/docs/890059/The-Origins-of-Effects-Based-Operations>

progresivamente los modos y principios de la sociedad contemporánea, puesto que son los modos y principios de sus redactores. Una vez promulgadas, son la referencia de consulta principal en cualquier argumento profesional.

España ha actualizado recientemente su principal documento doctrinal, la publicación doctrinal conjunta PDC-01(A) *Doctrina para el empleo de las Fuerzas Armadas*, promulgada el 27 de febrero de 2018. Este documento ilustra el proceso doctrinal y la adaptación a la sociedad antes mostrado, con las particularidades propias de la profesión militar de sus redactores. De manera similar se generan las doctrinas de la OTAN como alianza, al igual que las de los países principales que la componen. Son menos conocidas y divulgadas las doctrinas de países no OTAN, que no son objeto de este escrito. Los iberoamericanos toman como referencia los procesos de la Alianza, pero los países no occidentales tienen una diferente idiosincrasia.

En el caso español, la PDC-01(A) refleja en su contenido las características de la sociedad española actual. Su proceso de redacción parte de un análisis estratégico del entorno global de seguridad, basado en documentos producidos igualmente en el seno de las Fuerzas Armadas y, por supuesto, en la Estrategia de Seguridad Nacional del Gobierno español como referencia fundamental. La doctrina hace mención expresa de los bienes y valores que se consideran como intereses nacionales, derivados de la herencia histórica y cultural. De entre ellos, considera vital la preservación de la «soberanía, la independencia, la integridad territorial y el ordenamiento constitucional como elementos constitutivos del Estado, así como la libertad, la vida y la prosperidad de los españoles, dentro y fuera del territorio nacional»²².

A continuación, menciona otros intereses que considera estratégicos, como el suministro energético y de recursos básicos, el comercio internacional, las infraestructuras críticas y la pertenencia a alianzas. De la misma forma refiere otros intereses nacionales «derivados de la posición que ocupa España en la comunidad internacional, de su contribución a la causa de la paz y la libertad, y de su relación con las naciones de la misma comunidad histórica y cultural»²³, reconociendo que «los valores que defiende España, propios de la civilización occidental, son comunes a la Unión Europea y a la Alianza Atlántica»²⁴.

El empleo de las Fuerzas Armadas se describe encuadrado en un marco legal, ajustado a los principios de legalidad y legitimidad, partiendo de la Constitución española y reconociendo expresamente la Carta de Naciones Unidas, el Tratado de Washington para la Alianza Atlántica y el Tratado de la Unión Europea. En este marco, la legislación aplicable establece un sistema de seguridad nacional que parte del presidente del Gobierno y cuenta con diversos

²² Ministerio de Defensa. Publicación Doctrinal Conjunta PDC-01(A) *Doctrina para el empleo de las FAS*. Madrid 2018, p. 23.

²³ *Ibid.* p. 24.

²⁴ *Ibid.* p. 24.

elementos a todos los niveles de la administración. La doctrina proporciona cohesión para el entendimiento armonizado de todos estos elementos y procedimientos hasta el empleo de las Fuerzas Armadas en cualquier situación.

Las propias Fuerzas Armadas merecen una atención detallada a su estructura, su concepto de empleo, su financiación y sus misiones, conforme a la legislación vigente. Acorde con el momento actual, las capacidades militares se definen en un entorno de desarrollo tecnológico, donde la innovación y la transformación militar son esenciales. De acuerdo con estas ideas se procede a la articulación de la fuerza en sus capacidades y su organización.

La parte fundamental es la volcada en las operaciones, como corresponde a una doctrina. Para ello, la doctrina, partiendo de los principios de empleo del instrumento militar, estudia el entorno operativo contemporáneo, los potenciales adversarios, el espacio de las operaciones y el espectro de los conflictos, contribuyendo a articular el escenario en el que se emplean las Fuerzas Armadas. Este escenario es el que necesita una permanente actualización, lo que se comprueba en esta edición de la doctrina, donde ya se contemplan los ámbitos cognitivo y ciberespacial que están tan presentes en nuestra sociedad. Igualmente, en el estudio de los potenciales adversarios, están también incluidos los nuevos conceptos de zona gris, la amenaza híbrida y con especial atención a los actores no estatales, además de los adversarios convencionales.

El desarrollo de las operaciones se efectúa con principios, conceptos y definiciones adaptados a los niveles de las operaciones, estratégico, operacional y táctico. Estos conceptos y definiciones cobran todo su sentido al estar enmarcados en los contenidos previos de marco legal y entorno de seguridad. Todo ello, se vuelca en las consideraciones sobre el mando militar que es la figura que proporciona cohesión y decisión al conjunto, personalizando estas acciones teóricas en decisiones que se tomarán de forma individual.

Para comprender este conjunto de contenidos es esencial conocer el proceso de redacción y promulgación de un documento de esta trascendencia. No es el capricho de un oscuro grupo de redactores expertos; bien al contrario, el proceso es colectivo e involucra a todos los elementos relevantes de las Fuerzas Armadas.

En primer lugar, este es un documento que reemplaza a uno anterior y que tiene ya una vida prevista para que se actualice regularmente. Inicialmente, el jefe de Estado Mayor de la Defensa proporciona directrices para su contenido, partiendo de la versión anterior. Un equipo multidisciplinar y con participación de todos los organismos inicia la redacción del nuevo documento. Los primeros borradores circulan dentro de este equipo hasta que se logra un borrador final. Ese borrador se distribuye para comentarios de todos los organismos con lo que son ojos nuevos los que lo leen y proporcionan comentarios y debaten el

contenido. Cuando se logra un acuerdo de todos, el borrador se transforma en consolidado y regresa a su origen, el jefe de Estado Mayor de la Defensa, para su promulgación.

Es un trabajo en el que se ha dado voz a todas las Fuerzas Armadas que se ha consultado y circulado por todos sus organismos. En los equipos de trabajo, se han incorporado expertos no solo militares, también civiles en los campos donde ha sido necesario, aunque el contenido es puramente militar.

Tal y como antes se ha definido, la doctrina es una teoría de la victoria. El JEMAD y las Fuerzas Armadas han definido en la PDC-01(A) qué elementos son esenciales para la victoria. Por eso está contemplado el marco legal y los principios y valores que emanan de la sociedad española, ya que la victoria es cosa de todos, toda España debe estar implicada, no se puede escribir una doctrina militar ajena a la sociedad a la que defiende.

Esa doctrina tiene que estar acorde con el tiempo y el escenario en que actuarán las Fuerzas Armadas. Por eso es esencial para la victoria que se enmarque la actuación militar española en el entorno contemporáneo y que tenga en cuenta las evoluciones más recientes, tanto tecnológicas como de valores. Y, por supuesto, dentro de ese marco, es necesario aplicar los principios y conceptos militares que cobran todo su sentido dentro del entorno contemporáneo. Esos serán los procedimientos que nos lleven a la victoria si llega el caso.

Aun así, y precisamente por estar enmarcados en la actualidad española, la doctrina recuerda que las Fuerzas Armadas necesitan una estructura y una financiación que dote de contenido a las capacidades y procedimientos teóricos que se exponen, pues de nada valen los principios si no hay recursos detrás. La doctrina no entra en la realidad de esos recursos, pero es evidente la necesidad de que sea coherente con su disponibilidad. Pues la victoria necesita ventajas, como antes se ha mostrado. Y entre esas ventajas no está solo el saber, al que responde la doctrina, sino también el querer y el poder, que es donde se encuentran los principales retos de la España contemporánea.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas se ha presentado cómo se escribe la doctrina militar. La perspectiva de partida es su utilidad en el momento actual, para lo que es necesario comprender su origen histórico. Se aprecia que la doctrina, como teoría de la victoria, refleja profundamente el modo de ser y de pensar de cada sociedad, no lo puede ser menos en la actual. Modo de ser en la forma de combatir, modo de pensar en la forma de escribir.

Ese modo de ser, en la España de la primera mitad del siglo XXI, es acorde con la época actual: una sociedad basada en el capitalismo liberal que cree fervientemente en el multilateralismo y en la solución a los conflictos sobre la primacía del derecho internacional. Por eso, la doctrina recurre a una compleja organización militar dotada de recursos tecnológicos –capitalismo– en un marco de empleo jurídico muy definido y en el entorno de una alianza de países de cultura similar.

La forma de escribir es directa, escueta y bien estructurada en torno al marco jurídico y normativo mencionado. Diríase más escrita por juristas que por ingenieros, aunque tiene una mezcla de ambas, con perspectiva sociológica. Refleja el espíritu interdisciplinar de sus redactores militares que buscan la seguridad jurídica de la redacción sin descender al detalle, pero avanzan en conceptos y definiciones organizativas más técnicas que normativas.

Al final, con el modo de ser y el modo de escribir, queda una definición de ventajas en la guerra que llevan a la victoria, basadas en la legitimidad que impulsa la voluntad, en la capacidad tecnológica que acompaña el poder, pero, sobre todo, en la mezcla de arte y ciencia que proporciona el saber militar.

Referencias bibliográficas:

- Alberto Asarta Cuevas, *El nivel operacional*. Monografías nº 149, CCDC, IEEE, Madrid, 2016.
- Alex J. Bellamy, *Guerras justas de Cicerón a Iraq*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2009.
- Alvin Toffler, *La tercera ola*. Barcelona: Plaza & Janes, 1998.
- Azar Gat, *War in Human Civilization*. Oxford: Oxford University Press, 2008.
- Carlos Javier Frías Sánchez, *El sistema internacional y las Fuerzas Armadas en el horizonte 2050*. Documento de Opinión 106. IEEE, Madrid 2017.
- Charles Tilly, *Capital, coerción y Estados europeos: 900-1990*. Madrid, Alianza Editorial, 1992.
- Conrado Cebollero Martínez, *Escribir para pensar: la doctrina como motor de la innovación*. Instituto Español de Estudios Estratégicos, 2019.
- Geoffrey Parker, *The Cambridge History of Warfare*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- Jon Tetsuro Sumida, *Decoding Clausewitz: A New Approach to On War*. Lawrence, Kansas: University Press of Kansas, 2008.
- Lawrence S. Kaplan, Ronald D. Landa y Edward J. Drea. "The McNamara Ascendancy; 1961-1965". *History of the Office of the Secretary of Defense*, Vol. V. OSD, Washington D.C. 2006.
- Matt M. Matthews, *We Were Caught Unprepared: The 2006 Hezbollah-Israeli War*. The Long War Series Occasional Paper 26. Fort Leavenworth, Kansas: Combat Studies Institute Press, 2008.
- Ministerio de Defensa. Publicación Doctrinal Conjunta PDC-01(A) *Doctrina para el empleo de las Fuerzas Armadas*. Madrid 2018.
- Pablo González-Pola de la Granja. *La configuración de la mentalidad militar contemporánea y el movimiento intelectual castrense. El siglo crítico 1800-1900*. Universidad Complutense, Madrid, 2002.
- Paul H. Herbert, *Deciding What Has to Be Done: General William E. DePuy and the 1976 Edition of FM 100-5, Operations*. Leavenworth Papers Nº 16, Combat Studies Institute, US Army CGSC, Fort Leavenworth, Kansas, 1988.
- Pedro Valdés Guía, *La dirección de la guerra: conducción operacional y gobierno político de las operaciones militares*. Tesis Doctoral, Universidad de Navarra, Pamplona, 2019.
- Phillip S. Meilinger, *The origins of effect-based operations*. Joint Force Quarterly, otoño 2004, Nº 35.
- Sancho de Londoño. *Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y antiguo estado*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1992.
- Stephen Peter Rosen. *Winning the Next War: Innovation and the Modern Military*. Cornell University Press, Ithaca, 1994.

Tucídides. *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Planeta De Agostini, Barcelona, 1996.